3 1761 08105485 0

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/elhombre00oyha

67

HORACIO B. OYHANARTE

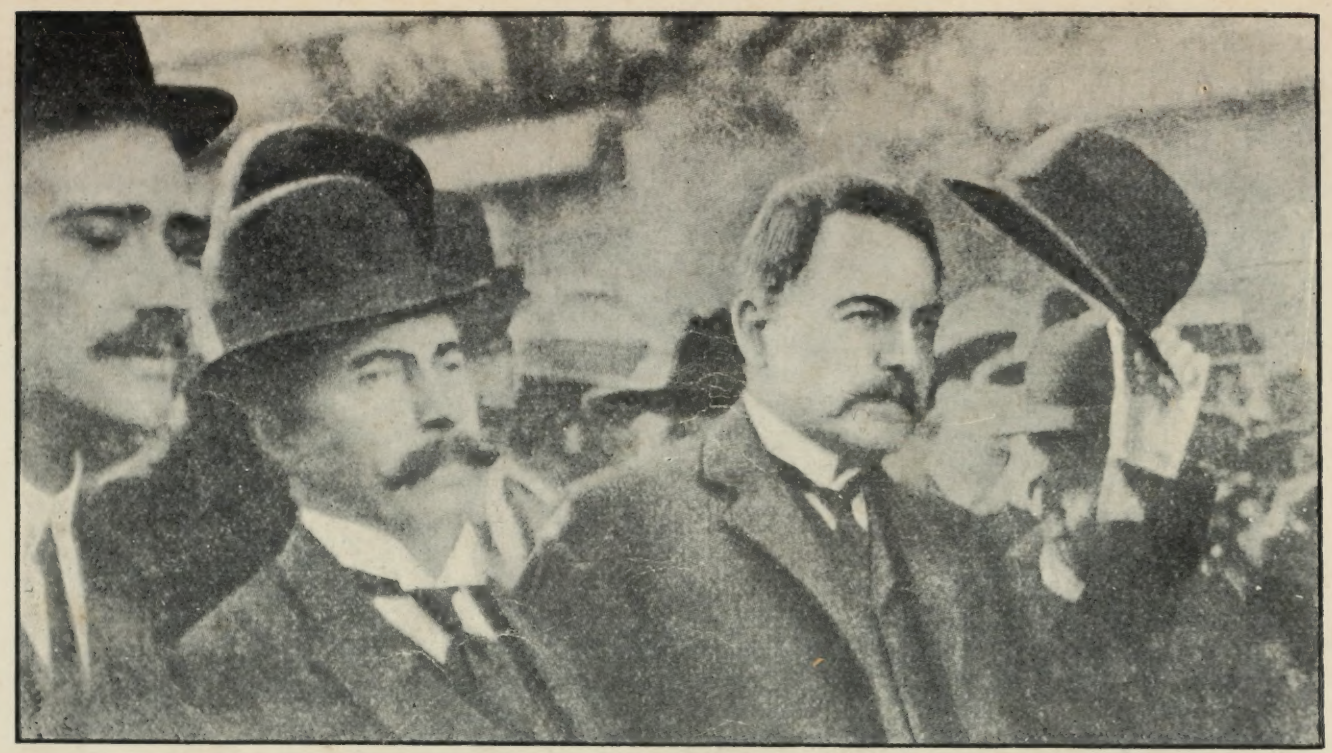
207

EL HOMBRE"

CUARTA EDICIÓN

EDITOR
LIBRERIA MENDESKY
DE
AUGUSTO SABOURIN & HIJO (SUCESORES)
359, FLORIDA, 359
BUENOS AIRES

F
2848
I75
094



EL DR. HIPÓLITO IRIGOYEN ENCABEZANDO LA COLUMNA

(De una instantánea)

LIBRARY
MAY
24
19
UNIVERSITY OF

Madre:

Este boceto, escrito, tú lo sabes, nerviosa y precipitadamente, bajo la presión de los acontecimientos inmediatos, debe patrocinarlo tu nombre porque en mi espíritu vive la llama del tuyo y de otro excelso espíritu afín, y por que, en lo poco que pueda significar como hombre y como argentino, estará presente siempre la obra de tu virtud y de tu ejemplo.

Los grandes pueblos y los grandes hombres tuvieron grandes madres y si la sinceridad en la causa y en el credo pueden definir la grandeza, no te hemos traicionado, madre.

Ejemplo viviente y raro de lo que han sido en el pasado histórico y de lo que deben ser las madres argentinas, el tuyo culmina por la perseverancia de tu carácter, por la molestia insigne y sacrificada de tu mérito.

En el silencio augusto de nuestro hogar nos enseñaste, con acendrado respeto, a venerar la memoria del padre caído y a honrarla, más que con palabras, con hechos; a querer a la Patria más que a

ti misma, sobre todas las cosas y sobre todos los cultos.

En la alta noche de la tragedia, tú presidiste el hogar en derrumbe, salvado por tu valor. De los chicuelos de entonces, perplejos por la desgracia, vas sacando empeñosamente hombres. Tampoco deseaste más.

Los dos últimos dan más trabajo, causan más vigilias, son más rebeldes a la disciplina y al estudio. Han alcanzado horas menos duras y, como corceles jóvenes, gastan las energías sanas en alegrías y en escarceos. Pero han de ser buenos, han de salir de ley, para tu honra y para tu respeto. porque son hijos tuyos. Y los cito aquí, fuera de lo que me estaría permitido, para comprometerlos.

En estas horas de prueba no decir la verdad, tal como uno la siente, fuera una imperdonable cobardía.

La que siento yo, la que se incendia en mi interior como un resplandor sagrado, está dicha en estas páginas, que creo puedan ser útiles a los hombres que se van formando, a los jóvenes en cuyas filas acampo, que no conocen en toda su extensión estos hechos ni estos ejemplos, porque se los han ocultado, diríase que intencionadamente.

Nadie ha vivido más cerca que yo del repúblico que perfilo. Las horas de mi orfandad las llené en gran parte en su compañía jadeando a las veces las mismas fatigas.

Estoy, pues, en condiciones de decir la verdad sin pasión y sin timideces.

Sea, pues.

Vaya, para terminar, una confidencia ingenua, que brota del alma, difícil de exteriorizarse en el común de la vida, en sus afectos hondos, pero que ahora fluye de su propia endurecida roca al discernirte esta pobre justicia, que yo bien sé que no ambicionas siquiera, pero que aceptarás conmovida porque viene de mí. Cuando una estrella errante cruza la bóveda inmensa, invariablemente, como si un conjuro me lo mandara, pienso en ti, y renuevo entonces el mismo voto por tus días, que deben de alargarse mucho, si es cierto que tras del Infinito radica una justicia y hay algo más que la nada.

Renuevo el voto ante estas páginas, que echo a volar al albur de quién sabe qué encontrados vientos. Renuevo el voto, madre mía, y que tu nombre me ampare, que tu cariño me guíe, que tu sombra augusta nos acompañe siempre, siempre!...

A LA JUVENTUD

Descendéis jóvenes argentinos, de los más ilustres y graves antecesores.

Allá en el confín de nuestra historia nacísteis a las contingencias de la guerra emancipadora reconociendo por jefe a Moreno, joven como vosotros, intrépido como vosotros, soñador como vosotros. Su genio dió rumbo, firmeza y orientación a la jornada primera. Parpadeó su vida menos que una estrella en el silencio de una noche, pero su fulgor, fué tan nítido y claro que aún se le percibe, como un reguero de soles volcado sobre la ruta misma por donde asciende nuestra joven raza, camino de la inmortalidad, del poderío y del ensueño.

Moreno fué vuestro jefe cuando recién abríais los párpados ofuscados a la gran claridad, que centelleaba sobre la pesada noche colonial. Cuando aquel Cristo de treinta y tres años, sucumbió; cuando su cuerpo fué entregado, no a la tierra, como los de los dioses antiguos, sino al agua, elemento más primordial aun en la formación geológica; cuando su cabeza cayó en el Océano, sus ondas fosforecieron, como si sobre sus aguas salobres un sol se hubiese hundido y chirriara su ascua candente sobre los abismos.

Entre todas las desorientaciones contemporáneas, él solo sabía a dónde se iba y por qué se peleaba. El y sólo él, en breves días creadores derroteó con su

índice enarcado hacia el futuro, la ruta que la patria había de seguir. El vió en toda su trascendencia que el movimiento de Mayo iba a la emancipación, a la libertad, a la independencia, mientras los demás, querían paliativos, se perdían en la separación momentánea, o buscaban cabezas extranjeras para ceñirles una ridícula corona.

Luego, jóvenes argentinos, os enrolásteis en los ejércitos patricios. Salísteis campo afuera a batiros por la patria, muchos de vosotros obedeciendo a esa voz del instinto popular que no equivoca, y otros, los menos tal vez, porque ya habíais bebido en el turbión de la enciclopedia y porque habíais encontrado en la representación de los hacendados el sólido basamento de la nueva cruzada libertadora.

Con Belgrano llegásteis al Paraguay, a llevar al pueblo hermano a través de los esteros, de los miasmas y de las fiebres, el santo y seña de la libertad; y cuando Paraguay quebró vuestra fila, hacia el cerro levantásteis la vista y allí cubrísteis la retirada, respaldándoos sobre las tremolaciones del pabellón novel y bisoño. En Suipacha caísteis en la vanguardia de la victoria y presenciásteis confusos y entristecidos el inevitable y obligado martirologio de Liniers y sus compañeros de infortunio, de Liniers, cuyo sable resplandecía aún con el brillo de sus jornadas del año 6 y del año 7.—Con San Martín montásteis a caballo en San Lorenzo y fuísteis a sofrenar los trotones invictos en Ayacucho, luego de haberles dado de beber en el Pacífico. De ahí sin descansar volvísteis grupas, cubriendo otra vez la jornada de los Andes, sobre cuyos dorsos vuestros corceles pampas piafaban sobre los picachos, relinchaban a las auroras, y se lanzaban a los despeñaderos en la carrera sin rienda de los ocho corceles que disparan sobre la visera de Minerva.

En Cancha Rayada vuestra frente se nubló con

la derrota para fulgurar nuevamente con el coraje y con el desquite en Maipo. Vosotros entrásteis, las botas enlodadas con el barro de Chacabuco, por las callejas coloniales y azoradas de Santiago, cuyos monasterios, iglesias y conventos, daban la sensación de una ciudad claustral, desplegando a todos los vientos, en la tierra extraña, el pedazo de nube que Belgrano izara en las barrancas del Paraná. Vosotros, jóvenes patricios, caísteis para no levantaros más en Ituzaingó, cuando ese otro adolescente, contertulio de la victoria y de la gloria, os señalaba con su cuerpo de efebo el lugar más encarnizado del combate. Vosotros seguísteis el sobresalto de Pringles, cuando prefirió lanzarse al mar antes que rendirse. En ese gesto está toda vuestra alcurnia, vuestro más nítido blasón, vuestro rasgo más preclaro. En él palpita toda vuestra osadía y todo vuestro arrojo. Vosotros diseñasteis, con vuestra lanza los contornos difusos de la patria de hoy, y le disteis por límite el que el destino parecía haberle asignado: de un lado el Ande, que nos acerca al Infinito, y del otro el Atlántico, que nos acerca a la civilización; allá arriba el Ecuador que cuaja su lujuria y quema su llama, y al Sud, siguiendo los brazos de la constelación evangélica, el polo, con la nieve de sus fríos, con sus noches eternas y bellas, con sus ventisqueros, sus lobos de mar y sus auroras boreales fastuosas como un príncipe indú. En la montonera os dividísteis siguiendo el índice de vuestra convicción, o el impulso de vuestro anhelo, pero dondequiera que militásteis, vuestra lanza confusamente inspirada se quebró por la libertad y por la República.

En la tiranía os dividisteis también; así pudisteis caer en la vuelta de Obligado, mejor que los compañeros de Leonidas a las sombras de las flechas enemigas, y acompañar en silencio los huesos de

Lavalle, en aquel viaje dantesco en que los despojos del héroe, iban a pedir asilo a otra patria menos rencorosa. Cuando Caseros terminó nuestra breve Edad Media de 30 años, vosotros, jóvenes argentinos, de los cuatro rumbos de la nacionalidad desangrada, salísteis a la luz del Sol y llevásteis vuestra esperanza y vuestro fervor a la villa del Paraná, donde los manes de la Patria cubrían el suelo tutelar y llamaban a todos los hermanos dispersos por el infortunio para confundirse en el abrazo de la reconciliación que funde los odios y pone perdón en los agravios. Allí, por fin, después de tanto guerrear, de tanto verter la sangre generosa en las más audaces y meritorias empresas, allí, por fin, después de tanto desenvainar el alfange en los campos de batalla, allí, pensásteis. Era tiempo ya. El dolor y el infortunio os habían hecho más buenos y más tolerantes.

Teníais la misericordia de los que han sufrido y la sublimidad de los que se han expatriado. Allí, en el pequeño pueblecillo que se asoma al Paraná como una ondina, realizásteis la más ímproba y fundamental de las tareas, tan magna en su aparente simplicidad, que aún hoy, después de sesenta años de su laboriosa engendración, nos batimos por su verdad, caemos de cara al Sol, por la efectividad inviolable de su reinado. Alberdi, que estaba en el extranjero, nos envió el fruto de su destierro y de su pobreza, el mensaje luminoso de su libro inmortal. Cruzó sobre los Andes como un cóndor y fué a detener su vuelo en aquella asamblea de patricios y de inspirados. Fué su letra y su espíritu el alma de nuestro primer estatuto. Por su verdad sencilla como un evangelio, hemos arrastrado treinta años de rebeldías y de infortunios; por haber contrariado sus enseñanzas y sus principios, la República ha malogrado en más de un cuarto de siglo

su destino; por no haber cumplido su sencilla eficacia hemos rotado de la revolución a la anarquía, estagnando a la República en los treinta años que debieron de ser de su mayor y definitivo progreso. Por eso, jóvenes argentinos, vosotros sois nuestra historia en cuanto tiene de enseñanza y de leyenda. —Sois nuestra historia desde las cargas de Pueyrredón contra los ingleses, hasta estas horas de hoy, en que vuestra grave adolescencia, mirando las constelaciones lejanas y el cielo despejado de la patria, debe de sentir todo el peso de vuestra actual responsabilidad. Vuestro fervor, vuestro idealismo y vuestro ensueño no pueden haber desaparecido a través de la jornada fatigosa. En el silencio de los campos fecundos, habéis gobernado la mancera del arado y seguido el surco de luz de la tierra que se abre, para recibir el fermento de la vida.

Habéis poblado el desierto con la resolución de un "pioneer". Sobre el lomo de vuestro palafrén épica, os habéis dedicado a las tareas proficuas de la paz, porque la visión de los acontecimientos había cambiado. A las veces, tal vez, habéis vivido más de la realidad que del ideal, y es por eso que la obra magna se ha dilatado tanto! Vosotros lo érais todo: nexo de unión entre el pasado y los resplandores hermosos del porvenir.

Los cuarteles, jóvenes argentinos, os han vinculado en forma de un pequeño sacrificio, con la patria y con el ejército, que es el custodio de su grandeza. Yo os he visto llegar, después de fatigosa marcha, desde la Pampa, en viaje de resistencia y entrar coreando himnos y canciones guerreras por la calle Florida, en una tarde inolvidable. Veníais desde lejos, sucios y cuasi andrajosos. Las botas patrias roídas por los arenales del camino. Traíais el mauser terciado con desaliño en orden de marcha. La cara negra de polvo y tostada de sol. Vuestra

caravana era un contraste en la calle lujosa, llena de mujeres y de hombres pulcros y atildados, de una gran multitud de extranjeros que os miraban como si vieran una revelación. Cuando irrumpísteis por la vieja calle porteña y los peatones y curiosos se arremolinearon para veros pasar en las aceras; cuando vuestro garbo, vuestros cantos y vuestras bizarrías pasaron tremolando en un grupo épico el pequeño trapito bicolor, todos los ojos se humedecieron; la patria estaba allí, concretada en vosotros, bravos muchachos, hijos de todas las razas, pero indivisibles en vuestra integridad argentina. Eran las viejas civilizaciones que pasaban reencarnadas en vosotros. Era nuestra historia. Era el viejo Sarmiento quien debiera de miraros desde la inmortalidad con los ojos arrasados en lágrimas.

Era la Nación en marcha, camino de la conquista pacífica de nuestro progreso, pero capaz también de las heroicidades sublimes de nuestros abuelos. Lo erais en ese momento único, todo. Entonces, como hoy, yo os saludo, yo os aclamo dueños del destino, predilectos de la gloria, con las manos callosas y las conciencias limpias, mejores que los jóvenes esparciatas, superiores a los jóvenes atenienses, más invictos que los compañeros de Celio, de Bruto, de César y de Pompeyo, pisando la tierra más fértil del mundo, cubiertos por el cielo más hermoso de la tierra, y dilatados los pulmones masculinos por la caricia de nuestro aire y por el ansia de la libertad.

Vosotros también tenéis vuestro duro martirologio republicano. Vosotros habéis permanecido alejados de la vida pública, replegados en vuestra austeridad, sabiendoos extranjeros en vuestra propia patria, que es el más duro de todos los infortunios. Vosotros habéis permanecido fuera del peculado, y de la corrupción. Vosotros no transásteis, y por eso es posible la victoria. Vosotros habéis sa-

bido conservaros en la soledad, lejos de los negocios públicos entregados al usufructo y al escándalo. Vosotros fuísteis al cantón revolucionario, y cada derrota inmerecida os afirmó más a vuestro ideal, os acercó más a la patria dolorida. Llegáis en estas horas augurales para los destinos de la República, desde lejos: desde la abstención férrea, donde como en una ciudadela, se ha guardado el honor argentino, con los ojos constelados de inquirimiento, la mente cargada de ideas como árbol en flor y el corazón abroquelado de ansias y de valentías. Muchos de los vuestros se han consumido en su propia llama, en el anónimo y en el olvido. En estos treinta años ¡cuántas cabezas preclaras se han anulado en sí mismas, por falta de escenario, entregando la confidencia de su talento a la tierra querida, que ha eclosionado flores sobre esas tumbas anónimas! Otras cayeron, como la de Andrés Chenier, al pie del cadalso; tal la de Fernández Villanueva, el pincel más puro de América, que recién boceteaba sus cuadros de batalla y que fué a encontrar en la barricada el descanso sin fatiga de la muerte.

Vosotros caísteis sacrificados en los villorrios y en las ciudades, entre la sombra, apuñaleados por las espaldas. Vosotros fuísteis proscriptos y encarcelados, vosotros comisteis en los estrechos fueguinos el pan amargo que os brindaban vuestros carceleros y trocásteis por el birrete, glorioso como una corona, el morrión legendario.

Para vosotros son estas páginas, que ojalá sean de hoy y de mañana; voleadas en vuestro espíritu vivirán siempre; serán gérmenes de luz sobre las almas pristinas.

Hay en nosotros, cuando decimos la verdad, potencias desconocidas; tenemos en ese momento algo de la Providencia, del destino, de lo que está por

sobre nosotros y por sobre la vida. La verdad, jóvenes amigos, es ultraterrena por naturaleza y por origen, viene a la vida a desenmascarar el error, a orientar los extravíos, a fundir los vicios. Quien se apodere de ella y la conduzca sin miedo, se transforma en un agente de lo desconocido, en un laborador de lo eterno. Una sola verdad ha bastado para hacer cambiar de frente a toda una época, a una sociedad desquiciada, a una legión de siglos consumidos en el error. Sobre todos los falsos convencionalismos, la verdad ha alumbrado su luz y sobre el flanco de las épocas, ha puesto como el remonte de alas insospechadas. La verdad es Cristo, proyectando su doctrina cándida y sencilla sobre los desenfrenos del pueblo romano; la verdad es Marco Aurelio doblegada la cabeza por el peso de su corona, e iluminando los rincones más lejanos del imperio con sus pensamientos zahumados de estoicismo y de sabiduría; la verdad es Dantón dando al tajo su cabeza, que el caer en la cesta ensangrentada, fué como si cayera en el abismo de los tiempos, sacando de sus ecos un eco que por siempre rondará sobre el haz de la tierra; la verdad es el fraile de Eisleben, compareciendo a la dieta de Worms, presidida por Carlos V, para desafiar, sin más armas que las de la verdad, a los dos poderes que hacían temblar la tierra: el papado y el rey; la verdad es Moisés vislumbrando a la tierra prometida; es Leonardo soñando su Gioconda; es Miguel Angel, corporizando en la dura roca la esencia inmortal de su genio; es Colón dilatando el mundo; es Sócrates bebiendo el veneno destilado por la intemperancia y el sofisma; la verdad es Moreno, es Sarmiento, es Irigoyen, y la verdad, por último, es esa cosa impalpable que aprisiona un siglo en un hombre, en el peñasco sombrío de Santa Elena!

Somos la verdad y no podemos retroceder. Y co-

mo es llama que ilumina y no odio que ciega, hemos de promulgarla tal cual se nos hace presente: sin convencionalismos ni timideces. Ella, volvemos a decirlo, está por sobre nosotros, por sobre todo.

Este es mi homenaje, juventud; mi verdad; en ella se cierne la fe y la esperanza.

¡Para vosotros sea!

EL 90

El doctor Hipólito Irigoyen asoma a la vida pública el 90: en la misma fecha en que la Unión Cívica Radical inscribe con sangre su partida de nacimiento en las barricadas del Parque.

Aquel amotinamiento de la cólera popular estaba presidido por los talentos más preclaros del país; entre éstos, el más joven era el doctor Irigoyen. En las enconadas y bravías luchas comiciales de la época de Alsina, el doctor Irigoyen, estudiante de derecho a la sazón, dejaba el aula, y, llevado por la preocupación patriótica y viril, compartía el atrio ahumado de pólvora y ennegrecido de pasión. Era la característica, por otra parte, de los tiempos. Entonces, apenas si se concebía el comicio sin el epílogo sangriento. Las pasiones desequilibraban a los hombres, y el soplo trágico del 80 cercano detonaba el coraje como una provocación.

El atrio no era la Agora tranquila donde el pueblo estuviera en posesión de sus derechos: el atrio era una sucursal del cantón, una variante de los encuentros callejeros, de los asaltos a los clubs contrarios. Además, perder una elección no se concebía sino como una deshonra. ¡Perder la vida, primero!

Surgió así aquel comicio hosco y bravío, donde el veredicto popular se proclamaba vencedor por

el bando que quedaba con las mesas, como con un reducto. En aquel caos—que era, a pesar de todo, la vida cívica volcándose en su propio e instintivo vigor,—el doctor Irigoyen, en quien se adivinaban ya las condiciones de serenidad y de rumbo de un jefe, ponía tranquilidad en el apasionamiento, calma en los ánimos destemplados por la ofuscación partidista.

Sus incursiones por el comité eran lo imprescindible para no faltar a sus convicciones. El estudio le retraía, su retraimiento conocido, y vuelto de las campañas agitadas y violentas, daba otra vez en los libros y en su preocupación de ilustrarse, que la sentía tan urgente e imperiosa como para pasarse años y años casi sin salir, sin abandonar su recogimiento, ahito de teorías, repleto de abstracciones, rotundo de sueños y de doctrinas. Estudiaba como quien se pertrecha de vituallas para largo viaje. El alba solía sorprenderle doblegado sobre los textos, y cuando su vislumbre pálida se refractaba mortecina en los cristales, la cabeza cargada de conceptos y de ideas caía rendida. Muchos años de esta vida anormal y fructífera, luego renovada por su tarea docente, han dado al doctor Irigoyen esa sólida ilustración que le hace familiar de los ingenios esclarecidos y que le suscitan el comentario exacto de cosas que luego no ha vuelto a leer, en la brega permanente de su tiempo diluído y de sus responsabilidades acrecentadas.

Ya en sus comienzos este espíritu alto y selecto venía sintiendo esa sed sagrada, que hace buscar a través del tiempo y del espacio la comunión con los espíritus inmortales, la amistad de los libros, en el silencio de las bibliotecas, esos grandes osarios de almas que se sobreviven, clareadas de luz interna, donde la llama del genio humano se incendia perenne como en una lámpara votiva.

Como si hubiera sospechado su rudo viaje de misionero sin descanso ni cuartel, allá no más en sus comienzos, abría las alas en los vastos campos de la inteligencia y del saber. Cargó sus alforjas espirituales para dilatado viaje, y en la revelación que dan los grandes muertos a los grandes predestinados, oyó la voz del deber, conoció el mandato del sacrificio, escuchó la palabra cálida del estímulo.

César le reveló su afán guerrero, sus penas devoradas, en las Galias y en la Bretaña, el dolor del ostracismo, cuando se creía coronado y traicionado a la vez por sus amigos; Bruto le dijo del afán de la libertad, llevada hasta la muerte en los campos aciagos de Filipos. Empezó a sospechar a Cicerón, porque, aun cargado con sus geniales metáforas, le faltaba carácter; y de Atico, porque le faltaba aún más todavía: le faltaba civismo. En la mansedumbre evangélica de "El Federalista" aprendió cómo se hace patria con la honestidad y el buen deseo, cómo se promulga el decálogo de la democracia y de la república, por la simplicidad de espíritus rectos, de sencillos pastores, que aciertan en la solución de los complicados problemas que implican la constitución de una nueva fórmula de gobierno, llevados sólo del ansia bienhechora y del común y honesto buen propósito.

Sobre esas luces esmaltó la propia; sobre esas llamas alimentó la interna, y fué diseñando de inmediato el vasto campo de aplicación que le reservaba en su propio país una democracia robusta e idealista, que ya se la sentía desplazada de la normalidad, por los ávidos que consumaron el despojo.

Sus estudios clásicos de entonces le abrieron — para no encerrarse en la unilateralidad de la ciencia política, cuyo doble conocimiento ha ido luego

acrecentando en los textos y en los hombres — el campo maravilloso de la ciencia humana y le familiarizaron con las ideas generales, que son como el basamento de todos los conocimientos, de otro modo dispersos y anquilosados.

La filosofía espiritualista, con sus ensoñaciones y sus voceros iluminados, le atrajo, subyugándole. Pero no paró ahí su ansia escrutadora: leyó de todo y sobre todo. No se clausuró en el recinto cerrado de una determinada escuela. Venteó el espíritu más allá del bien y del mal. La herrumbre de la ciencia antigua, las brillazones de los postulados modernos, compartían sus ansias y llenaban su silencio. La vasta extensión ilimitada se poblaba, como a un conjuro misterioso, de sombras augustas y de razonamientos superiores. Como el hierro en la fragua se enrojece, hasta adquirir el alma del acero, así sobre el yunque rehacio de la experiencia humana, golpeó su martillo este constructor ciclópeo. Más alla de su cabeza se amurallaba el infinito, esmaltado de estrellas, como de ideas desveladas, y en la compenetración genial de las almas concordes, dijérase que los textos le hablaban con el imperio de las voces extintas.

Desde entonces ha seguido frecuentando los amigos ilustres, en los retazos de tiempo robados a sus vigilantes tareas, o en los intervalos, relativamente largos, de las estagnaciones y de los desbandes. Pero, a quien ha frecuentado con mayor predilección es al sucesor de Ahrens en la Universidad de Bruselas, al clásico Tiberghien. Es éste un filósofo espiritualista lleno de encantos complicados y de razonamientos puros.

Era necesario decir estas cosas, porque esto explica al invencible doctrinario que hay en el doctor Irigoyen. Su convencimiento no nace, como muchos creen, sólo de su carácter: se ratifica y se

reafirma en su ciencia, en sus vastos conocimientos de derecho político, de finanzas y economía y en su firme comprensión de la filosofía y de la historia.

Estamos en el 90. Allí nació, decíamos, el doctrinarismo político, la reparación nacional, que había de encontrar en el doctor Irigoyen su conductor blasonado y su realización efectiva, después de un ciclo abrumador y estoico.

A los ágapes revolucionarios concurrían las figuras directoras de aquella protesta inicial, cuyo mayor significado es el de haber sido un movimiento precursor. En realidad, el 90 fué más una reacción instintiva que un postulado directriz. Se peleó entonces por derrocar el orden existente, con el anhelo de que, lo que se constituiría después del derrumbe, sería mejor. No hubo — como más tarde lo concretó el doctor Irigoyen—un principio inconmovible, una dirección cierta, una escuela del civismo, del carácter y de la fe republicanas. El 90 no fué sino la gran página inicial más respetable en su instintivo beneficio, porque se mojó con sangre inocente y valerosa. Los componentes mismos de aquella jornada nos están diciendo la falta de unidad y de credo, que les hacía coincidir por caminos múltiples en el mismo campo de batalla. Sus elementos eran heterogéneos. En sus filas sentaron plaza los que luego habrían de aliarse con el régimen, en el acuerdo nefasto que hizo fracasar a la revolución triunfante. Aquella alianza ha importado los treinta años que ha insumido esta obra, superior a muchos apostolados y no inferior a ninguno.

Bien pudo ser que el acuerdo fuera, en su hora, un error de buena fe. No habría por qué no creerlo, sobre todo desde esta altura de la jornada, en

que hemos de ir perfilando los acontecimientos y los hombres, sin otra pasión que la loable de la verdad.

Lo que agrava a aquel pacto entre el régimen y una fracción importante de la reparación, es su reincidencia o su continuidad.

Reafirmado el régimen en su usufructo, para cuya destrucción los pueblos se habían convocado, el acuerdo quedó subsistente; fué una especie de puntal siniestro que ha sustentado durante treinta años a los enemigos de la víspera.

Muchos hombres del acuerdo—hay que reconocerlo con justicia — convencidos de su desorientación, se reintegraron y se siguen reintegrando a las filas originarias. Jipan con nosotros su fatiga y agostan su esfuerzo en los mismos insomnios y en los mismos desvelos. Hay actualmente un grupo respetabilísimo de aquellos hombres, en quienes debemos reconocer condiciones de honestidad y de virtudes privadas muy respetables, que deben aunar al nuestro su esfuerzo,—algunos ya lo han hecho,—porque, aquí, donde se dice la verdad y no se lisonjea la adhesión, se sabe compartir sin reatos los imperiosos deberes que nos tienen convocados. Loado sea el propósito y feliz el arribo, a este hogar espartano, que sabe de fatigas, de derrotas y de dolores, y que ofrece a los recién llegados, sin retraimientos ni cavilaciones, todo su patrimonio de altiveces y toda su fraternidad inalterable!

Salgamos de estos comentarios para retornar al 90, génesis de la causa nacional, portalón heroico, sobre cuyo frontispicio podría inscribirse sin desmedro, un verso enrojecido del Dante.

Fué tan subconciente el arrebato del 90, tan abandonado a su propio impulso, a pesar de la plé-

yade, o tal vez por ello, de cabezas directrices que la presidían, que, triunfante la revolución, derrocado el gobierno, casi podríamos decir por la gravitación de sus propios vicios y culpas,—la revolución se entregó inerme y se consideró vencida, frente a su enemigo que huía.

¿Cómo este contrasentido? ¿Cómo esta enormidad, que lleva a un pueblo a la barricada y le rinde después de la victoria?

Por una razón muy simple: porque en el Parque no faltaban jefes, ocurría el defecto contrario, que casi es peor,—sobraban.

Era un brillante estado mayor. Lo componían las primeras cabezas del país e indiscutiblemente, los patriotas más abnegados y ardorosos.

Pero no había dirección. Las responsabilidades no estaban clasificadas. En el montón brillante de la junta revolucionaria, se multiplicaban los comandos, se paralizaba la acción y se eclipsaban las responsabilidades. No había, en una palabra, un solo jefe impuesto por las circunstancias y acatado por todos.

Y resultó lo inevitable. Un magno esfuerzo generoso perdiéndose en su propio incontenido desborde. El Parque era la desorganización y el desbande. Nadie sabía a quien obedecer ni a quien acatar.

Los voluntarios llegaban confusos y por propia inspiración se armaban, como con igual facilidad tiraban su fusil y abandonaban sus puestos. En los cantones, la desorganización no podía tampoco ser más desoladora. Nadie entendía a nadie. No se sabía a quien respetar ni a quien obedecer.

Faltó muy poco para que Alem fuera asesinado por la soldadesca embriagada, formada en aquel entonces de veteranos enganchados, llenos de los vicios y de los defectos de los campamentos lejanos

donde en algo había que matar la ociosidad.—y no como ahora, de la selección de la juventud de veinte años, la reserva más gloriosa, más fuerte y más sana de la patria.

La junta revolucionaria estaba bien como cuerpo legislativo, como junta consultora, pero era el absurdo y la ineficacia misma como dirección militar y revolucionaria. El gobierno revolucionario que lo reemplazó en los momentos de la prueba, tenía su mismo defecto, sobre todo ante el antagonismo de las tendencias, que hizo imposible su labor.

Así fracasó en su objetivo inmediato y concreto, aquella gran jornada, que desde lejos todavía alumbra la trayectoria conturbada de la Nación.

En lo que no fracasó, fué en sus resultados mediatos, en sus propósitos no sospechados por los mismos revolucionarios. La reparación argentina estaba de pie, y desde su vía crucis indicaba, allá a lo lejos, los lindes de la tierra prometida.

La revolución había armado su brazo formidable y no cejaría en su empeño, según la frase del caudillo, "hasta consumar la obra."

En esa sacrosanta tarea nos sorprende una nueva alba, como al inmortal andante, desvelado por sus caballerías, calenturienta la mente por los utopias y por los imposibles. Somos hijos legítimos de aquel Sinaí, que en su reflujo de mar, azotó los muros de la satrapia en escándalo, puso respeto en los culpables y temor en las licencias palaciegas.

Esta es toda la eficacia trascendente y legítima de aquel movimiento, precursor o preparatorio.

Tampoco fué la revolución de Julio un movimiento nacional, por lo menos en su gestación revolucionaria y en su estallido mismo. Quedó, como recordarán los actuantes y espectantes de aquella hora, reducido a la capital federal.

Las provincias no se conmovieron en realidad, si bien, hay que reconocerlo, acompañaron con sus anhelos y sus aspiraciones la suerte de la República que se jugaba en el Parque.

Como hemos dicho antes, el doctor Irigoyen concurría con su palabra y con su consejo a las deliberaciones de la junta revolucionaria. La revolución estaba sentida por el gobierno, pero el ambiente caldeado y vibrante ahogaba toda tentativa de reacción. Se conspiraba en la calle, en los clubs, en los comités, en los cuarteles, en la armada, en las redacciones de los diarios. La revolución había encendido ya su tea roja y flameaba al impulso de todos los vientos, por encima de todas las cabezas: las de los mártires y las de los responsables. La revolución no se ocultaba, asomaba su semblante espectral y trágico a la luz del día,—en plena plaza de Mayo.

En las esquinas, en los cafés y en las tertulias, se hablaba del próximo estallido, se citaban nombres, se indicaban fechas. Nadie se percataba de nada. La revolución había adquirido derecho de legitimidad y comprometiendo su éxito, se paseaba amenazante a la luz del día. Sus parciales tenían una acentuada reminiscencia de la Montaña y de la Gironda.

Saint Just, Danton, Desmoulins y Robespierre, paseaban su sombra por entre aquel cenáculo de fervientes entre cuyos destacados veíanse algunas frentes que se dilataban como una promesa.

Había en las pulsaciones colectivas arranques de innegable valor. Se deseaba el escarmiento, se ambicionaba el holocausto. Los inauditos escándalos del

régimen habían atosigado a la muchedumbre y el rojo que le asomaba al rostro, participaba del rubor y de la cólera. Las hojas volantes, los diarios, daban alimento cuotidiano a la hornalla comús. Sus artículos flagelaban, denunciaban los despilfarros, los negocios y complacencias, injusticias y atropellos, que con una ceguedad inexplicable, de continuo se repetían. La prensa cumplió por última vez con su deber. Fué una llama que se apagó con la derrota. Después transó también y formó en las filas del régimen, atada al carro de los vencedores, con sus silencios culpables, con sus loas licenciosas y con sus ataques sistemáticos que siempre provenían de algún despecho. Allí enterramos nuestra prensa libre, nuestra prensa de verdad. Después hemos tenido la industria periodística.

Las caricaturas de "Don Quijote", daban pábulo al comentario de toda la semana. Se esperaba el domingo como esperan los jugadores de lotería la próxima extracción.

¿Qué diría Sojo en su piedra mordaz, que roía a la par en el regocijo público y en el ánimo de los martirizados por su sátira? Allí aparecía la fauna grotesca en ese verdadero infierno, que como el del poeta florentino, tenía también su breve gloria, para idealizar a los caudillos de la revuelta, —sobre todo a Alem, ídolo del pueblo en aquellos instantes impacientes y vengadores. Ya volveremos sobre él. No había apenas vidriera de almacén o de pequeño negocio que no abriera entre la sucia multitud de botellas y de muestras, aquel estandarte de la rebelión, que estaba incitando al escarmiento.

Si bien la revolución quedó circunscripta, localizada a Buenos Aires, diríase que había ganado en intensidad lo que había perdido en extensión.

Desde la célebre reunión del Jardín Florida los ánimos estaban vibrando como armas esgrimidas. La ovación justiciera tributada por la magna asamblea a dos lampiños y jóvenes cadetes, que asistían con el uniforme de la patria a aquel recinto en que se estaban perfilando sus destinos, fué, por así decirlo, el abrazo entre el pueblo revolucionario y el ejército. Aquellos dos jóvenes simbolizaban, sin saberlo, en aquel acto primario, el concepto de la solidaridad permanente y efectiva entre el ejército de la nación y el pueblo. La presencia de aquellos dos cadetes, casual, como todas las cosas trascendentes, ratificaba un hecho y promulgaba una doctrina.

El ejército, — sabedlo bien, aguerridos veteranos y núbiles desposados de las armas, si estas páginas dan en caer en vuestras manos amigas, — el ejército, es para el pueblo y no para los gobiernos. La soberanía es para el pueblo y no para los gobiernos.

La jura simbólica y emotiva que hacéis como un connubio con la patria, cuando quebráis el acero frente a su pabellón, es para el pueblo y no para los gobiernos. Vuestra consigna de honor y gloria también es para el pueblo y no para los gobiernos. No creáis en las doctorales arengas de los culpables, cuando os claman fidelidad absoluta a los gobiernos, en nombre de la constitución.

Cuando os dicen semejante impiedad, perjuran ellos, que se han sustentado en las eminencias del poder, precisamente a espaldas de la constitución. Cuando se atreven con semejantes sarcasmos, quieren enredar la verdad y hacer de vosotros, no el ejército de la ley, guardián armado de las instituciones libres, sino una caduca guardia pretoriana, cómplice con ellos en el usufructo y en el delito.

Pero vosotros sabéis mejor que nadie, — sin oír

más voz que la de vuestra conciencia. — dónde se asila el sonor y dónde se cae por la patria. Por eso, en el derrumbe general y nivelador, vosotros, abnegados veteranos, jóvenes oficiales, habéis salvado la tradición de gloria abrumadora y nítida de la gran armada y del gran ejército, del que hizo la independencia, batiéndose con el despotismo, que cargó en la montonera batiéndose por la organización y que fué al Parque para consolidarla.

Después de la reunión histórica del Jardín Florida, vino el proceso a los dos jóvenes militares, que fué seguido nerviosamente por la opinión pública. Todo esto electrizaba más el ambiente, ya de suyo caldeado y presagiaba la próxima tempestad.

La tormenta se avecinaba en efecto. Todos caminaban,—algunos sin quererlo y sin saberlo,—hacia el Parque, que debía ser el núcleo de aquella efeméride. Los espíritus venían en línea recta a la hecatombe, atraídos por el magnetismo de las circunstancias, de los gestos, de las palabras, de las arengas, de esas cosas informes que flotan en todos los grandes acontecimientos reformadores e iniciadores y que se dijera que susurran al oído confidencias de otras épocas, voces lejanas, santos y señas formidables!

La junta revolucionaria, sin dirección real y efectiva, sin unidad de mando, desperdició, puede decirse, todos estos factores. El régimen agonizaba, se moría por asfixia, casi era innecesario el apresto bélico.

En el seno de la junta, las opiniones hasta el último momento, estuvieron divididas.

Había quiénes deseaban postergar el movimienao hasta tener toda la fuerza de línea comprometida y quiénes querían lanzarse a la calle, sin esperar más.

azuzados por la cólera colectiva que picaba como una espuela.

La primera opinión era sustentada por el doctor Irigoyen, quien entendía y con razón, que comprometiendo a los dos únicos cuerpos que faltaban, que era el 6º de infantería y el 11 de caballería, —por lo menos el primero,—el gobierno quedaba sin fuerzas y estaba de hecho derrocado. Esto era tan factible que mientras la junta discutía la fecha del pronunciamiento se consiguieron al 10º de infantería y parte del 4º El doctor del Valle,—de quien intentaremos más adelante el perfil,—le acompañaba en aquella opinión.

Creía que este temperamento evitaría desangres inútiles. Prevaleció la tendencia contraria y ya sabemos cuáles fueron los resultados. Esta decisión fué más que todo la obra de la fatalidad.

La mañana que debía reunirse la junta para fijar la fecha del pronunciamiento, el doctor Irigoyen llegó tarde, debido a un accidente imprevisto. Bajaba por la escalera del comité el doctor del Valle, mientras el doctor Irigoyen subía, y aquel moviendo pesarosamente la cabeza le murmuró: "ya no hay nada que hacer, acaba de resolverse que sea el 26 de Julio".

La tarea revolucionaria, para el momento de la prueba, había sido dividida entre los diversos miembros de la junta. Al doctor Aristóbulo del Valle se le encomendó la conducción al Parque de la escuela de cadetes y del regimiento 1º de artillería—ambas fuerzas acampaban en los cuarteles de Palermo,—donde hoy se levanta la estatua de Sarmiento.

Del Valle puso como condición para aceptar aquella tarea, que era ardua, que le acompañara el doctor Irigoyen. Este estaba designado, a su vez, para tomar la policía de la capital, pues le había requerido al mismo doctor del Valle que le reservara un puesto sin escatimarle peligros.

Debemos consignar también que el doctor Irigoyen concurrió a la revolución, haciendo la declaración previa de que no aceptaría ningún cargo público.

A pesar de esta decisión la junta sin su consentimiento, le nombró jefe de policía sin aceptarle la renuncia y el doctor Irigoyen quedó en su puesto, haciendo constar que permanecería en él durante los días indispensables que durara el estallido. Creemos útil publicar la carta que el doctor del Valle dirigiera al doctor Irigoyen con motivo de estos hechos.

He aquí la carta:

"Señor director de "La Prensa":

Deliberadamente he guardado silencio algunos días, sobre la alusión hecha a mi amigo doctor Hipólito Irigoyen, en una discusión del comité de la U. C. N., esperando que él mismo desautorizara la equivocada versión; pero el tiempo transcurrido me induce a pensar que la gentileza de su carácter le habrá aconsejado reserva, y yo, por mi parte, entiendo que le debo testimonio público de todo lo sucedido. Con tal objeto, le ruego quiera facilitarme el espacio que requiere la publicación de estas líneas en las columnas de "La Prensa".

Cuando escribí una breve narración de las sucesos en que había intervenido personalmente, y que

se relacionaba con la revolución de Julio, para el libro titulado "Origen, organización y tendencias de la Unión Cívica", dije lo siguiente:

Nos habíamos preocupado en sesiones anteriores de la designación del Jefe de Policía. Al principio pensamos en el señor don Emilio Castro, pero después decidimos, unánimemente, por indicación del general Campos, que ocupara ese puesto el doctor Hipólito Irigoyen, cuyas condiciones personales y conocimiento de la policía le indicaban con ventaja sobre cualquiera otra para desempeñarla en los primeros momentos. Cuando el doctor Irigoyen supo, su designación, se excusó terminantemente, pero ante nuestra insistencia manifestó que aceptaba, como una imposición de su deber y sólo para permanecer al frente de esa repartición los días que durase el movimiento revolucionario.

Ahora, voy a agregar algunos detalles, ya que me vuelvo a ocupar de este asunto, que si no toca el honor, puede lastimar en la susceptibilidad legítima de un caballero, que es severamente escrupuloso en los asuntos que atañen a su decoro.

El doctor Hipólito Irigoyen, se entendió directamente conmigo cuando se incorporó al movimiento revolucionario, y al hacerlo, me pidió con insistencia que no le economizara peligros, pero que tuviera siempre presente que no aceptaría cargos públicos alguno y más tarde, al saber que había sido designado por la junta revolucionaria para ponerse al frente de la policía,. no solamente me manifestó la resolución de no aceptar ese puesto, sino que me hizo un cargo amistoso por haber consentido su designación, diciéndome: "No quiero ocupar puestos públicos de ninguna especie, pero aun cuando fuera otro mi deseo, siento incompatibilidades de corazón y de cabeza con el de jefe de policía,

y ustedes no deben de imponerme su aceptación.''

Como el nombramiento había sido hecho después de madura reflexión, teniendo en cuenta la situación delicadísima en que íbamos a entrar, que reclamaba al frente de esa institución un hombre de energías y de levantado carácter, que pudiera garantizar la tranquilidad social durante el período revolucionario, la junta insistió en su nombramiento, y fué entonces que Irigoyen declaró que aceptaría el puesto, por aquellas consideraciones, como una imposición del deber y con la condición expresa y terminante de que únicamente se le impondría ese sacrificio durante los días de la revolución. Poco después, la junta revolucionaria llamó a su seno al doctor Irigoyen para que tomara parte en sus deliberaciones.

Así se produjeron los hechos, y cumplo mi deber despejando definitivamente una alusión que cualquiera que sea la importancia que se le atribuya, es contraria a la verdad, sin olvidar, por esto, que en circunstancias semejantes los cargos públicos no implican beneficios, sino responsabilidades, y convencido de que Irigoyen había aceptado ese puesto, u otro, con la serena independencia de su espíritu, según el propio criterio de su deber, en una situación suprema para la patria, fuera quién fuese el que refrendase su nombramiento. Esa es mi convicción íntima y lo afirmo en el conocimiento que tengo de su carácter tan austero como altivo. —Su amigo affm., A. DEL VALLE.

Enero 15-1892.

S|c. Avenida Alvear 361''.

Ambos ciudadanos, como decíamos debieron pues llenar la referida comisión. Veamos cómo la cumplieron.

A altas horas de la noche salieron por la calle que hoy va a Palermo, aquellos dos hombres, que tenían entre sí coincidencias simpáticas y afectivas, una amistad íntima, fortalecida en los azares y en los peligros de la lucha.

Era una de esas noches de nuestro Buenos Aires, intensamente fría, llena del aliento sutil de la neblina que ponía como una gran pantalla tenue y difusa en los reverberos de gas de las esquinas. Los faroles brillaban como fatigados, proyectando apenas, en las sombras espesas, su haz amarillento.

Para picar el diálogo, el doctor Irigoyen preguntó al doctor del Valle:

"¿Usted se ha dado cuenta de la misión que nos han dado?"; a lo que éste, siempre pronto en las respuestas, contestó sonriendo: "¡Vaya si me he dado!"

Continuaron, ya iniciada la conversación, caminando despacio, con las manos debajo de los sobretodos y congeladas por el frío. A lo lejos se oía el rezongo intermitente y cansero del río sobre cuya corriente no se reflejaba una sola estrella. Musitaba a esa hora el Plata su súplica, su ruego, su juramento, su cantilena, su sollozo.

La ciudad, en tanto, fingía dormir, insomne, como un faro en la alta noche, cruzada por grupos sombríos, por las partidas que se dirigían a su sitio de deber y de muerte. Un rodar siniestro se percibía en las sombras, y con el gran trágico inglés, se hubiera podido exclamar, "ya tienes armado tu brazo: ¡oh, revuelta!"

Entretanto llegaron a los cuarteles los miembros de la junta revolucionaria que debían de conducir al Parque al 1º de artillería y a la escuela de cade-

tes. De éstos, sabían algunos jefes y clases que no estaban comprometidos en la revolución, entre ellos el hoy coronel Moscarda.

La junta había decidido, para poder sacar a los cadetes, ultimar a los que pudieran oponerse a este propósito. Cuando el doctor Irigoyen conoció esta resolución, se opuso decididamente, juzgando que se iba a cometer una irreparable desgracia y pidió se le dejara proceder y se le encargase de llevar las tropas. Y así lo hizo.

Anotaremos una coincidencia que revela esa magnanimidad, tan asiduamente exteriorizada por el doctor Irigoyen quien, cuando ha concurrido a las revoluciones, lo ha hecho por deber, sin odios, ni rencores para los adversarios. En todo caso, contristado por la fatalidad que obliga a los pueblos sojuzgados a caer en los cantones y en las barricadas fraticidas, para reconquistar su soberanía y sus derechos.

El doctor Irigoyen entró en la revolución evitando un sacrificio estéril y salió de ella en la misma forma. Producido el desbande en el Parque, fué de los últimos en abandonarlo.

Antes de alejarse, el día 29 de Julio, se dió con este suceso: el coronel Falcón, que se encontraba en el Parque, por habérsele tomado prisionero, era requerido a voces por dos señoritas, sus hermanas, que desde a calle de Talcahuano le llamaban.

Atravesar la calzada era exponerse a caer, porque las tropas insubordinadas hacían fuego. Falcón pidió al doctor Irigoyen que le acompañara a cruzar la calle y éste así lo hizo, dejándole entre los suyos.

Más tarde, el coronel Falcón fué jefe de policía, en la presidencia del doctor Figueroa Alcorta.

La pesquisación que se observaba con el doctor

Irigoyen era de lo más insolente y atrevida. Se le seguía sin reparos, sin guardar las formas.

Los pesquisas marchaban tras de este hombre—que mientras la ciudad inmensa vivía la vida material y grosera, cruzaba enhiesto, quemando en la cabeza prominente la llama de su idealismo. — Fué menester que, contrariando sus costumbres, el doctor Irigoyen enviara al coronel Falcón un mensaje recordando la escena del 90. El bravo coronel pidió disculpa. Tal vez allá dentro de sí mismo sentiría la mortificación de la tarea que se veía precisado a desempeñar, y retiró unos metros hacia atrás a la implacable trahilla.

En el cuartel los esperaba el entonces sargento Hermelo, quien manifestó a los doctores del Valle e Irigoyen que iba a ser necesario proceder violentamente, porque parte de los cadetes y algunos clases estaban despiertos.

El doctor Irigoyen hizo que el doctor del Valle, acompañado del sargento Hermelo, atravesaran la avenida para sacar el 1º de artillería, operación que no ofrecía dificultades, quedando él guardando la salida en la escuela militar.

El rodar de los carros en las calles pavimentadas de piedra, producía un estrépito que se dilataba en la quietud de la noche. Los ruidos de los trenes en marcha, el martilleo de las herraduras de los brutos, el golpe de los sables, todo suspendía el ánimo de suyo vibrando en una emoción desconocida.

Mientras salía el 1º de artillería, se presentó, sin que nadie lo sospechara, el 9º de infantería que había recibido una orden insólita de trasladarse a la escuela de tiro.

Este cuerpo formó también con la revolución.

Ya en la Avenida el 1º de artillería, en la calma

solemne se oyó un grito épico que repercutió en la soledad, se magnificó en el corazón de los jóvenes imberbes y de los curtidos veteranos, se proyectó en toda la República, silbó vengador sobre los falsarios, se divinizó como una parábola, se alzó en el viento, se petrificó en las constelaciones y como el rumor del marisco guarda la resonancia del mar, hoy todavía nos repite el mandato del deber y diseña nítido el calvario de nuestra democracia.

Aquel grito lo articuló el sargento Hermelo, pero por sus labios lo promulgaba la raza, sobre aquel montón glorioso de sus hijos:

"¡Muchachos! ¡Viva la patria! ¡Viva la revolución!" Los cadetes salieron de su cuartel y todos emprendieron la marcha.

Pero vamos al encuentro del Hombre. Iremos a tomarlo donde le ha colocado la historia como en un altar: en su Sinaí, entre los escombros humeantes del Parque.

En la mañana formidable el estampido de los cañones despertó a la urbe somnolienta. ¡Por fin! —dijo la ciudad, bendiciendo la hora.—¡Por fin! —respiraron los pechos de las madres angustiadas y el sollozo de los niños adormidos.—¡Por fin!— clamó el coraje y el odio y el extravío y la virtud. Era la lluvia sobre la tierra reseca y requebrajada. Era la Providencia asomándose al mundo y señalando con su índice de misterio el camino de un nuevo calvario. Cada disparo tenía un eco en la conciencia colectiva. El áspero olor de la pólvoro era absorbido por el viento, y el viento, cargado ya con ese presagio de libertad dilataba los pulmones y coloreaba de rubor y de valor los rostros. Llegaba el escarmiento tantas veces ansiado. Sobre la

humillación, Buenos Aires levantaba su cabeza desafiante, cabeza de rebelde, más terrible que la caprina cabeza de Satanás. Ya Buenos Aires era digna de su tradición, de un pasado, de su historia, de su gloria es decir, de sí misma. Era la ciudad sublevada pidiendo cuentas a sus tiranuelos que al despuntar no más de su cólera ya habían huído. Por fin sus calles, cruzadas por los recios troncos que paseaban a los insignificantes arrivistas, batiendo su barro contra los patricios que andaban a pie y con el calzado roto, enseñando como una lección su miseria respetable, por fin, Buenos Aires se sentía vibrando bajo la marcha de los carros de artillería, bajo el arremeter de los escuadrones y el contrapunto de las descargas.

Era la vieja Buenos Aires, no era la ciudad: esta había ascendido hasta a aldea. Privilegio de su heroismo. Su magnificencia moderna se había agachado hasta la colonia, hasta 1806 y 1807. Había ascendido descendiendo más todavía, se había puesto al ras de 1810.

He aquí un pueblo que se eleva andando hacia abajo, volviendo hacia atrás, caminando con la cara hacia el pasado y ofreciendo, desdén o bravura, las espaldas al porvenir.

Se combatía, demás está decirlo, con valor, con rabia y con placer. Eran argentinos los que peleaban y caían.

El Parque era en ese momento y ha continuado siéndolo, una cima.

El Aconcagua se destaca así entre los Andes, con su copón de nieve, prendido al picacho como un turbante. Esta otra cúspide tenía circuida la frente de rayos y sobre u frente se abría el claror de una nueva aurora.

El grito de los que allí cayeron por la patria fué

también como articulado en una cordillera:—rebotó de abismo en abismo, halló eco de cumbre en cumbre y todavía no se ha cansado en su rodar sin término:—los pueblos oprimidos le oyen y los culpables le temen.

Sobre aquel cuadro de dolor y de angustia, de coraje e indignación, se destacaba un hombre.—el hombre.—como un bronce sobre su plinto. El era en ese momento la revolución, era su vocero, su portaestandarte, su apóstol y su soldado. Caminaba sobre los muertos, con su tranco de titán pensando más que en los derribados, en los que no habían nacido, en los que desde su recinto de penumbras ya tal vez entreabrían sus ojos sobre los sucesos. Avanzaba hacia el porvenir, en línea recta, y se dormía en su seno como una ola sobre el mar. Todo eso ensangrentado que le circuía eran balbuceos, eran voces lanzadas hacia adelante por los labios quebrados en frío sobre las piedras de la calle y sobre la barricada.

El era en esa mañana brumosa, el reflejo más cierto, la aurora más brillante.Venía desde las tinieblas, pero caminaba con su pecho descubierto hacia el remoto futuro. El era esa cosa terrible que se llama la muerte, que únicamente el heroismo y la utopía se atreven a mirar cara a cara.

El era todo, porque era el vengador y era también el derrotado. En la grupa de su visión estaba el infinito, a sus espaldas el ludibrio inmediato: sobre el suelo socavado por el rencor, la sangre hermana y sobre su cabeza de ángel rebelde: Dios!

¿Qué vientos le aventuraban, qué presagios le rondaban al oído, qué avatares siniestros ya desde entonces le diseñaban la sombra de la bala con la que él mismo había de quebrarse el cráneo?

Traía desde la infancia un signo aciago. Sobre

su cuna habían piafado los potros de la venganza y del odio y su alma misericordiosa y sublime, se había reducido en sí misma, buscando la penumbra, desde la cual los acontecimientos lo precipitaban.

El era la revolución. Había recibido su consigna al borde de la nacionalidad postrada, jurando cumplirla por sobre todas las imposibilidades.

Por eso estaba allí. Por eso le rodeaba la tragedia; por eso sus botas rotas se manchaban de sangre humana y sus barbas níveas alzaban, como un relente, el humo de la pólvora.

Por eso se hallaba en la encrucijada más obscura, en el portalón más tétrico, en la barricada más desoladora, la que se alza en el recinto de la propia nacionalidad; muralla que divide en dos a los hermanos, que fragmenta en cólera la familia y que eleva, frente al trapo de una oligarquía, el pendón encolerizado de la patria.

DESPUES DEL PARQUE

LAS PARALELAS

La revolución del 90 terminó en la derrota; pero las fuerzas que se habían conflagrado para producir aquel movimiento quedaron convocadas después del fracaso. Esas fuerzas, como ya lo hemos dicho, eran heterogéneas; existían entre ellas tendencias discordes que muy pronto habrían de agruparse polarizándose cada una en el sentido de sus propósitos y designios. Al Parque concurrieron los mitristas, roquistas, hombres del régimen distanciados de él momentáneamente y los que habían de componer y fundar en seguida la reparación. El Parque fué una corazonada, la reparación un apostolado.

La revolución del 90 no había nacido tampoco de la deliberación serena del país. No hubo ni se pensó convocar a una convención nacional, para que en ella se manifestara la opinión pública y fuera ella misma la que determinara el camino a seguir. Los jefes del 90 se habían abrogado por imperio de las circunstancias una representación que legítimamente no poseían, y jirando en blanco al país. Este había auspiciado la revolución porque las causales que la imponían eran más que justas y apremiantes. Pero la nación, en realidad, había aparecido expectante en aquella hora. Las re-

voluciones posteriores, la del 93 y la del 4 de Febrero, fueron el voto del pueblo argentino ratificado en magnas convenciones nacionales. Las tendencias discordantes que llevaban en su seno aquel grupo de hombres que se confederó en el Parque, no tardaron en exteriorizarse en el seno de la junta consultiva que era la más alta autoridad de la Unión Cívica. Como se insinuaran dos tendencias, no ya en la junta, sino en la juventud, ésta resolvió incorporar a dos ciudadanos que la interpretaran para que los jóvenes tuvieran su representación en aquel cuerpo formado por los hombres más eminentes del país, entre los que figuraban: Leandro Alem, Aristóbulo del Valle, Luis Sáenz Peña, Bonifacio Lastra, Vicente Fidel López, Pedro Goyena, Juan E. Torrents, José M. Gutiérrez, Bernardo de Irigoyen, el general Mitre y muchos otros.

Aquella designación recayó en los doctores Francisco Ramos Mejía e Hipólito Irigoyen. Era el doctor Ramos Mejía un distinguido caballero, lleno de prendas morales y de carácter, con más la inteligencia que ha sido patrimonio de su estirpe. El mismo día de incorporarse a la junta se planteó una cuestión previa que luegi había de dilucidarse en una de las discusiones más luminosas en que hayan contendido desde dos puntis distintos los destinos nacionales.

En aquella primera sesión, el doctor del Valle planteó esta premisa: "Que el contraste del Parque importaba la revolución vencida y definitivamente terminada y que en consecuencia li que correspondía era iniciar un movimiento de resistencia levantando como bandera la personalidad del general Mitre."

Terminó de hablar el doctor del Valle explican-

do su tesis con todos los prestigios de su talento y los encantos de su forma cálida y cuidada.

Al apagarse el eco de su voz se hizo un profundo silencio, y visto que nadie respondiera, el doctor Irigoyen, que recién se incorporaba, debió tomar la palabra. Disintió en absoluto con las opiniones del doctor del Valle: su tesis fué: "Que la revolución no estaba vencida, porque acontecimientos de tal carácter en la vida de los pueblos no desaparecen por razón de un contraste, sino que se vivifican por las causas que los han determinado. Que la República acababa de producir con aquella conmoción un grande acontecimiento y que manteniendo el concepto de la revolución, lo que correspondía era convocar a la opinión nacional por medio de la representación pública, para que pronunciara su juicio sobre los sucesos ocurridos y diera las orientaciones que llevaran impreso el sentimiento público dominante".

Quedaron así planteadas y en discusión estas dos premisas, Abatir la bandera revolucionaria para levantar una personal, importaba descalificar a la revolución, ponerle su epitafio y hacer de la causa argentina un partido de política militante, coexistente con el régimen y coparticipando con éste las funciones públicas.

La revolución, que era el pensamiento del doctor Irigoyen, era el ideal reparador, la causa nacional que hoy nos agrupa en sus cuarteles.

El doctor del Valle pidió que se pasara a cuarto intermedio, diciendo que las consideraciones exteriorizadas por el doctor Irigoyen, eran fundamentales y que debían de ser meditadas.

Al salir de la reunión el doctor del Valle solicitó una conferencia al doctor Irigoyen. Después de un cambio de ideas en que ambos conferenciantes ex-

presaron íntimamente sus juicios, quedó convencido el doctor del Valle de la bondad de la tesis defendida por el doctor Irigoyen. En la segunda sesión de la junta consultiva lo hizo constar el doctor del Valle, y en consecuencia retiró su proposición. Pero ésta subsistió, no obstante, porque el doctor don Bernardo de Irigoyen la hizo suya. Sabido es el talento y las condiciones de orador eminente que aquel ciudadano poseía en alto grado. Sostuvo un concepto equivocado, pero lo hizo con tal argucia y con tal empecinamiento, que la discusión debió de prolongarse durante más de un mes. Si de aquel duelo singular en que contendieron dos épocas hubiérase guardado actas, sería uno de los debates más importantes y que proyectaría luces más nítidas en los caminos a las veces espesados, por donde ha debido preliminar la nacionalidad. Eran dos escuelas, dos tendencias, dos principios los que se debatían, Lo encarnaba a uno aquel viejo consular. Representaba al otro un hombre nuevo, que destacaba entre aquel concurso de cabezas graves que debieron de mirar asombradas esta claridad que fijaba rumbos y determinaba orientaciones. Como decíamos, la discusión entre ambas tendencias se prolongó por más de un mes. Por fin, se fijó un día para clausurar el debate. Al salir de la penúltima reunión el doctor José Manuel Estrada se acercó al doctor Irigoyen y le estrechó la mano en forma que importaba su solidaridad. El doctor Irigoyen que tenía al doctor Estrada por antagonista suyo, se sorprendió de esta adhesión inesperada. Conversó con él y supo su juicio. Compartía en un todo su doctrina. Díjole, además que le extrañaba que el doctor Bernardo de Irigoyen se obstinara todavía en ese debate, pues la noche anterior le había dicho que retiraría su tesis.

Esta situación anunciada por el doctor Estrada se produjo al día subsiguiente.

El doctor Bernardo de Irigoyen manifestó que la suma de consideraciones que se habían traído a juicio estaba demostrando que efectivamente se trataba de una cuestión muy trascendental para que pudiera resolverla la junta consultora, y que en consecuencia se adhería al pensamiento de que ella fuera sometida al juicio de una convención nacional como lo sostenía su contrincante.

Como consecuencia de esta solución se convocó al país a una convención que se reunió en la ciudad del Rosario, para que manifestara su juicio sobre la revolución de Julio y para que se pronunciara sobre los rumbos a seguirse.

En esta discusión está toda la causa y la obra reparatoria. Es a la Unión Cívica Radical lo que el 25 de Mayo de 1810 a la Independencia. La reparación fué fundada por el doctor Hipólito Irigoyen, contendiendo con toda una generación de hombres eminentes. El trajo la palabra de la verdad, él plantó allí la bandera que hoy nos cobija y la doctrina que hoy nos orienta. Toda la reparación está compendizada en aquella justa memorable.

Fenecía el gobierno del doctor Uriburu, y en la desorientación de aquellos momentos surgió, auspiciada por el general Mitre, la llamada política de las paralelas. La política de las paralelas o de la coalición se auspició al final de la gobernación del doctor Udaondo, o sea en el año 1897.

Como decíamos, su iniciador fué el general Mitre, quien desde las columnas de "La Nación" for-

muló el plan de coincidencias entre los cívicos y la U. C. R., proponiendo que actuaran ambas fuerzas bajo la dirección política del doctor Hipólito Irigoyen. Dicha unión la propiciaba el general Mitre bajo la base del reconocimiento de los comicios de la República.

De haber pactado la U. C. R. con aquel propósito de política militante, los resultados no habrían podido ser más desconsoladores. En primer lugar el móvil sólo de la alianza con objetos utilitarios y no de resistencia nacional desvirtualizaba a la reparación. Luego, los resultados del reconocimiento de los comicios de la República significaba entregar al régimen trece de los catorce estados políticos del país y repartirse entre los paralelistas la capital federal y la provincia de Buenos Aires.

Otro de los móviles no confesados pero evidentes de aquella alianza, estaba en buscar un expediente cualquiera para que el mitrismo no perdiera, como sucedió, la provincia de Buenos Aires.

Terminaba el gobierno del doctor Udaondo, al que había de suceder el del doctor Bernardo de Irigoyen y aquel escenario era íntegro de la Unión Cívica Radical, pues había obtenido tres victorias electorales consecutivas durante la intervención López, y otra posterior más importante aún en que se venció a los dos partidos unidos, o sea al nacional y al mitrista. Esta última elección que tuvo lugar durante el gobierno del Dr. Udaondo, fué de diputados nacionales. Los mitristas y los nacionales concurrieron llevando por candidatos a Miguel Cané y a Benjamín Zorrilla y la U. C. R. sacó triunfantes los nombres de los doctores Leandro N. Alem y Mariano Demaría. La política coalicionista o de las paralelas aparecía disfrazada ante el pueblo con un propósito de resistencia, y por ello

sin duda, muchos hombres de significación de la U. C. R. se sintieron inclinados a propiciarla en los primeros momentos. El doctor Irigoyen fué el único que la resistió desde el principio. Hubo entre tanto una manifestación pública preparada por los coalicionistas, y ella evidenció que el pueblo no se engañaba, resultando un evidente fracaso. Ante esta perspectiva, que había dejado perplejo a un grupo de ciudadanos distinguidos del radicalismo, la reacción no tardó en producirse y se condensó sobre todo en la dirección de la U. C. R. de la provincia de Buenos Aires. Fué así que, no obstante que la convención se pronunciará a favor de las paralelas, ellas no se llevaron a cabo, porque la opinión pública les negó sus sufragios, mientras que el comité de la provincia de Buenos Aires prefirió disolverse antes que acatar aquella sanción.

La bandera se salvó y fué esta vez, como siempre, la actitud del doctor Hipólito Irigoyen la que salvaguardó los principios.

En el manifiesto dado al país por los dirigentes de la provincia de Buenos Aires al abandonar los cargos de los comités y retirarse a sus hogares, entre otras consideraciones se hacen las siguientes:

"Clausurados los comicios al sufragio libre en toda la República, pretender reunir la oposición arriando la bandera con que surgiera la U. C. R., el simulacro de combate que se libraría importaría aceptar un cambio de acción que repugna a nuestras instituciones y sancionar la victoria del mismo adversario a quien se pretende combatir. La contienda en ese terreno significa reconocer la legalidad del triunfo futuro en mengua de las apiraciones de la opinión, que tiene derecho a mantener vivas sus esperanzas en días mejores. Su resultado positivo entonces no será otro que llevar el des-

aliento a las fuerzas vivas de la opinión y consolidar el predominio del partido autonomista nacional que aparecerá así prevaleciendo sobre un movimiento de opinión que no siendo sino artificial, se presentaría ante la República como un supremo esfuerzo del civismo nacional''.

''Por otra parte, a la sombra de esta alianza, la U. C. Nacional habrá asegurado, si no aumentado, las mismas posiciones que adquiriera en siete años de vinculación con el partido que hoy pretende resistir''.

''El Partido Radical, en tanto, habrá defeccionando de su credo, producido el desgarramiento en su seno, y descalificado para siempre ante la opinión, perderá la fe que en él se depositara''.

''La República habrá nuevamente caído en el mayor desconcierto y la opinión, sujeta al vaivén de los sucesos, no encontrará una institución política donde pueda acudir en busca de la reacción definitiva''.

''No podemos, pues, ejecutar una política que consideramos tan contraria a la integridad de nuestro partido como a la nuestra propia. No nos hemos congregado a ese fin ni ha sido esa nuestra misión, ni son esas las declaraciones hechas ni los compromisos contraídos. Cuando iniciamos la organización del partido, al llamar a los ciudadanos a alistarse para la lucha, muchos nos encontramos bajo la impresión del desencanto que habrá producido el acuerdo de 1891''.

''Y por reiteradas ocasiones debimos afirmar que, bajo nuestra dirección en ningún caso experimentaría un nuevo desencanto.''

Firmaban aquel documento los siguientes señores: Hipólito Irigoyen, José León Ocampo, Leonardo Pereyra, José Gregorio Berdier, Juan Mar-

tín de la Serna, Angel T. de Alvear, Manuel A. Ocampo, Eufemio Uballes, Francisco Ayerza, Francisco Wrigth, Manuel Durañona, Marcelo T. de Alvear, Cornelio Baca, Emiliano Reynoso, Julio Moreno, Norberto J. Casco, Angel Gallardo, Mariano H. Alfonso, Felipe G. Senillosa, Eduardo Bullrich, José de Apellaniz, Tomás A. Le Breton, Manuel de la Fuente y Manuel Rodríguez Ocampo.

DURANTE LA PRESIDENCIA DE PELLEGRINI

Finalizaba la presidencia del doctor Pellegrini, allá por el año 92, es decir, terminaba el vicepresidente del doctor Miguel Juárez Celman el mandato constitucional que éste no concluyera, por su renuncia, consecuencia de la revolución del 90.

Las palabras del doctor Pizarro en el Senado nacional se habían cumplido: "la revolución estaba vencida pero el gobierno estaba muerto."

Ni en la naturaleza ni en las sociedades las grandes crisis quedan circunscriptas al momento de su estallido; como las tormentas, se van acumulando poco a poco, vienen gestándose en silencio de lejos, irrumpen y luego sus efectos también se proyectan hacia adelante, como si el pasado tocara en el presente para penetrar resueltamente en el porvenir.

La revolución del 90 había tenido una elaboración lenta y azarosa. Sacudió su cólera vengadora en un día, pero dejó en el ambiente los gérmenes poderosos de una gran reacción benéfica. El pueblo había medido su poder y ya sabía que ante uno de sus rugidos temblaban los déspotas y se desplomaban los falsos dioses.

La revolución había pasado, pero como una tormenta que no ha llovido todas sus nubes, ahí estaba amenazando un nuevo chubasco. Se vivía en

un período netamente revolucionario. Era el período del 90 al 93.

El fracaso del 90 había encendido más los entusiasmos — y ya corporizada, con programa y bandera la reparación nacional, — todos veían en ella el custodio de las libertades públicas.

El doctor Pellegrini terminaba su mandato, pero percibía las dificultades que se derivarían de la imposición de una fórmula presidencial. Había que evitar inconvenientes y tener mucha cautela, pues ya el pueblo había hecho sentir en forma harto significativa su protesta.

Así fué como el doctor Pellegrini quiso dar a la cuestión presidencial una solución de cámara,— pero en la que estuvieran conformes todos los partidos o sus dirigentes que habían de interpretarlos. En el concepto de ese ciudadano aquello significaba la paz,—aunque no se apercibía que era la paz varsoviana.

Para hacer práctica su idea, cita el Dr. Pellegrini a una conferencia a los partidos y agrupaciines políticas. Debían de asistir dos representantes de cada partido. A la reunión concurren por los Cívicos: el general Mitre y el doctor Manuel Quintana; por los Nacionales, el Dr. Miguel Cané y Bonifacio Lastra, y por la Unión Cívica Radical los doctores Hipólito Irigoyen y Oscar Liliedal y además, el doctor Aristóbulo del Valle, llamado por su alta representación personal.

Explica el doctor Pellegrini desde su punto de vista la situación del país, las responsabilidades que cada uno tenía con respecto a ella y la necesidad de dar una solución patriótica al problema de la futura presidencia. Esta solución consistía en que los representantes de los partidos allí convocados, se pusieran de acuerdo en los candida-

tos que debían ungirse presidente y vice de la Nación.

En una palabra, aquella asamblea de ocho personas que en otro momento pudo llamarse de notables, debía de reemplazar al pueblo en sus deliberaciones y otorgarle una fórmula presidencial gestada en una componenda y con el exequatur del presidente. Se quería pues, no solamente hacer un pacto y un acuerdo político descalificativo de la austeridad y del principio reparador, sino también, no interrumpir la serie de presidentes nombrados y no electos.

Termina de explicar los móviles de la conferencia el doctor Pellegrini y contesta el General Mitre. Dijo en síntesis: que dado el propósito patriótico que inspiraba al señor presidente él y su partido, estaban dispuestos incondicionalmente a secundarlo y para hacer más definitivo el concepto, repitió la palabra "incondicionalmente".

Habló en seguida el doctor Irigoyen, y dijo que la Unión Cívica Radical no solamente no estaba incondicionalmente dispuesta a secundar los planes del presidente, sino que que éste no cumplía con su deber, ni se colocaba en su puesto; que la presidencia futura debía nacer de los comicios y no de un pacto o de un conciliábulo.

El doctor Pellegrini, dándose una palmada en la rodilla contestó agitándose: ¡Y cómo quiere el doctor Irigoyen que me coloque en mi puesto si siento que me queman la cara las llamaradas de una revolución hecha por su partido!

—A lo que el doctor Irigoyen respondió también, repitiendo el mismo ademán y en el mismo tono apasionado: "Cumpla el presidente con su deber, garantice el comicio y verá como no le queman la cara las llamaradas de ninguna revolución radical."

Habló en seguida el doctor del Valle para decir que, en circunstancias trascendentales, el presidente de la República tenía el derecho y el deber de reunir a los hombres eminentes para buscar soluciones. Iba a continuar el doctor del Valle, y el doctor Irigoyen le interrumpió para decir que, efectivamente, en circunstancias anormales o graves el presidente podía tener ese derecho, pero no cuando la Nación sólo reclamaba garantías para concurrir a darse sus gobiernos legítimos.

Y ya no habló nadie más. Aquella connivencia, una más en la larga serie de las análogas, acababa de hacerla fracasar el Dr. Irigoyen. En su voz vibró el acento de la persuasión y por sobre el artificio de los cónclaves que se anteponen al pueblo y le giran en blanco, él había reclamado del gobierno lo único que éste podía dar: garantías y no candidatos.

Aquello debió de sorprender por lo desusado a esos hombres, sobre cuyos respetos acababa de hacerse presente el General Mitre, viejo y cargado con el peso de su tradición y con los recuerdos de su cercana y avasalladora popularidad, esfumada después del abrazo famoso.

El más joven de todos aquellos hombres había articulado la palabra que no se contesta; la razón que no se discute; la fórmula que nadie rebate, porque es irrebatible.

En la modulación de su sinceridad hablaba en ese momento todo nuestro pueblo y toda nuestra historia.

Por esa idea sencilla, por ese rudimentario dogma, por esa paradoja del pueblo-gobierno, del pueblo-rey, del pueblo-soberano, se había hecho la independencia, habían rodado los hombres y las generaciones — se había pasado por la anarquía, por

el despotismo, por las revueltas, por las revoluciones. Por que el pueblo mandara, y no le mandaran, se habían abierto todos los caminos de las prescripciones políticas y todos los patíbulos de las venganzas rencorosas. Era un hombre que interpretaba un siglo y que vinculaba toda nuestra historia frente mismo a los que la habían escrito, frente a las oposiciones de todos los grupos, frente al primer magistrado del país.

Voces así son las que orientan a los pueblos en su desgracia, sacuden los largos marasmos, rompen las estagnaciones infecundas; voces así, llenan una época y son como el acápite de grandes renovaciones futuras.

Quienes las pronuncian pueden venir del destierro, pueden llegar del anónimo, pueden arribar de lo desconocido, pueden volver de la adversidad. Todo es indiferente, en su seno como en una nube, la verdad ha fermentado su relámpago, el derecho ha encendido su chispa y la fe ha batido sus alas, Son voces inmateriales, gestadas en el dolor, acrisoladas en el infortunio. Tienen de la unción y de la plegaria, caen de arriba como los rayos y sobre las cabezas aun de los extraviados, eclosionan vislumbres extrañas. Danton hablaba así en la convención. Robespierre decía esas cosas antes de subir al cadalso, Moreno las lanzaba de sus labios misteriosos como la pitonisa desde su trípode bullente.

Al disolverse aquel concurso, el doctor Quintana que no había hablado en la reunión, lo hizo para formular, con su conocida vanidad, esta crítica: "¡Que mocito petulante, este señor Irigoyen!", —A lo que el General Mitre, que le había escuchado lleno de respeto y simpatía, respondió: "no solamente no es petulante, sino que es una gran esperanza para la patria"...

Como dejamos dicho el doctor Irigoyen hizo fracasar aquel acuerdo sin conseguir que el presidente, como consecuencia de esta oposición, cumpliera con su deber.

Se avecinó el momento, no diremos de las elecciones sino de las sucesiones, y el presidente Pellegrini tuvo su candidato que lo fué también del oficialismo de la provincia de Buenos Aires, el doctor Roque Sáenz Peña. Esa candidatura hubiera sido impuesta, pero el General Roca levantó para matarla la del doctor Luis Sáenz Peña, padre del candidato modernista. Entre el General Roca y el doctor Roque Sáenz Peña mediaba una situación de enemistad personal que llevó a aquel a oponerse a la candidatura de éste. El doctor Luis Sáenz Peña sucedió al doctor Pellegrini por los medios que el régimen usa en tales casos.

Pero hemos hablado del doctor Pellegrini y volvamos a él. El doctor Pellegrini era de esos hombres con los cuales se podía ser adversario y amigo a la vez. Tenía innegables condiciones de corazón, y de inteligencia. Se debía a su escuela, a su medio y a sus amigos. Tomó una senda equivocada y en lugar de ser una cifra positiva lo fué negativa y de lo más absoluto. A él debe el país como a pocos el retardo en llegar a la normalidad efectiva de su vida política. Aquel hombre vivió equivocado, desplazado de su verdadero centro de acción y de eficacia, rotó por un cielo sin horizontes y agazapado entre nubes, no pudo irradiar conforme le hubieran permitido sus cualidades.

Corría el año 1895 y Pellegrini dirigió una carta al doctor Urdapilleta en la cual hacía cargos a los jefes de la Unión Cívica Radical sin nombrarlos. El doctor Irigoyen, que era presidente del comité de la provincia de Buenos Aires, llega del

campo y se encuentra con aquella publicación. Al principio no se dió por aludido, pero luego recapacitó y consideró que hasta él podían pretender alzarse las palabras del doctor Pellegrini.

Le envió entonces sus representantes: los doctores Marcelo T. de Alvear y Mariano Demaría. Estos se apersonan al doctor Pellegrini y cuando le informan de su misión aquél exclama: "¡Caramba"!; pero si no me he dado cuenta que mis palabras podían afectar también al doctor Irigoyen". Después de reflexionar agregó: "pero en fin, ya estoy en la prueba y no sé si deberé llevar las cosas adelante. Demen ustedes tiempo hasta mañana y les contestaré". Al otro día el doctor Pellegrini dirigió a los padrinos del doctor Irigoyen la hidalga carta que publicamos:

"Buenos Aires, Agosto 10 1895.

Señores doctores Mariano Demaría y Marcelo T. de Alvear:

Estimados amigos:

No contesté inmediatamente a la pregunta que ustedes me hacían en nombre del doctor don Hipólito Irigoyen sobre si debía considerarse incluído en el cargo que dirijo a algunos prohombres del partido Radical en mi carta al doctor Urdapilleta por razones que ustedes reconocieron atendibles.

Una vez publicada la carta no debía dar explicaciones individuales dejando que se dieran por aludidos, pero tratándose del doctor Irigoyen el caso era especial en razón de conocidas y viejas simpatías, que se han sobrepuesto a situaciones más difíciles.

Ellas me inducen hoy a hacer una excepción a la regla de conducta que me había propuesto seguir y la hago sin violencia y con placer, autorizándolos a ustedes a manifestar al doctor Irigoyen que en documentos que lleve mi firma no debe nunca leer un ataque dirigido a su buen nombre y merecido concepto público. Dejando así contestada la pregunta que ustedes me hicieran, soy

S. A. S. S. y amigo.
C. PELLEGRINI

Así era Pellegrini: capaz del error, pero con nobleza para afrontarlo o para reconocerlo.

Ya veremos que el General Roca murió como Voltaire, cuyas últimas palabras fueron: "Todo lo que veo son las semillas de una revolución; dichosos de los jóvenes que puedan verla"... Voltaire había contribuído como nadie con su genio demoledor y con la pica terrible de su ironía a armar a la revolución francesa. Su estallido lo presintió el historiador de Carlos XII y de Federico el Grande. El General Roca que ha sido uno de los hombres que más ha contribuído también, pero por otros medios muy distintos, a mantener de pie la resistencia pública, murió previendo y deseando su encumbramiento.

Si una causa puede gloriarse de que sus adversarios más definidos y de mayor representación, la reconozcan y la respeten, la reparación argentina ha tenido en la larga vida de su pertinacia y de su ejemplo, muchas veces, este reconocimiento que viene de fuera, para decirle que ha cumplido con su deber.

Ha ocurrido, entre tantos otros ejemplos, lo propio con el doctor Pellegrini. Este también se

fué pronunciando las palabras de Voltaire y lamentando no haber consagrado su vida a la causa popular.

Una doctrina que triunfa aun en el juicio de sus propios adversarios, tiene que tener una alta misión histórica, cumplida y desenvuelta, sin una vacilación y sin el más insignificante desmedro. Así es la verdad: la Unión Cívica Radical triunfa del tiempo, del cansancio y de las fatigas de los hombres, de su descreimiento, permanece inalterable sin que una alianza o un pacto le perjudique su aleación pura; se impone a los indiferentes y en las horas de las grandes desorientaciones ella marca el rumbo y señala el derrotero. A sus cuarteles llegan hombres de todas partes, las nuevas generaciones que recién sienten la responsabilidad de la misión patriótica y los adversarios de ayer, que reconocen su error y reaccionan honrosamente.

Ha sido la única escuela del carácter y del patriotismo. Sin su existencia la nacionalidad habría descendido tanto de su nivel moral, que hubiera sido menos que una tienda de mercaderes sin patria y sin bandera, menos que Fenicia y Cartago, porque siquiera aquélla se dilató sobre el mundo descubriéndole en parte en arriesgadas empresas y ésta tuvo a Aníbal que llegó a las puertas de Roma inscribiendo con su genio una de las grandes páginas de la historia.

Sin esta suprema idealidad ¿qué hubiera sido de las nuevas generaciones? Habrían tenido que tirar del carro de la casual mediocridad victoriosa o permanecer en el retraimiento, sin fe y sin esperanza de alcanzar algún día la dignificación de la República. Son precisamente los jóvenes, — para quienes se hace esta obra, — los que más le deben y los que más también le han prestado el calor de sus convicciones sin timideces. Por ellos y para

ellos se ha perseverado y cuando la reparación en la plenitud de su eficacia dirija los destinos nacionales, ¿qué hermosa perspectiva no habrá para todas las cabezas iluminadas, para todas las frentes donde todavía el tiempo no ha labrado su surco?

Decíamos que el doctor Pellegrini murió descorazonado de sí mismo y lamentando no haber seguido el camino contrario a aquél en que dilató su acción regresiva. El doctor Pellegrini, según lo repite hasta la saciedad en sus discursos, artículos y cartas, creía que, la normalidad institucional — que él confesaba sin retraimientos que no existía — se podía alcanzar evolutivamente.

Estos juicios los emitía en sus últimos tiempos. pues nadie ignora que él contribuyó como pocos a feudalizar el comicio; él dirigió largos años la política del país y al enarcarse de su entrecejo caían o se elevaban los hombres. El hacía gobernadores, diputados, senadores, ministros.

El contribuyó en primer lugar al segundo encumbramiento del General Roca, de quien fué gestor político hasta la ruptura, por aquel proyecto de la unificación, que fué en realidad del General Roca, pero que Pellegrini en un bello gesto cargó con las responsabilidades. Pero escuchemos las propias palabras del doctor Pellegrini. Al discutirse los diplomas de los electores por la provincia de Buenos Aires, pronuncia un discurso en la Cámara de Diputados (Mayo de 1906).

Refiriéndose a la situación de los partidos y a la mayoría regimentada del Congreso dice:

"Hemos visto en la Capital un partido que se llama Unión Electoral; en la provincia de Buenos Aires, Partidos Unidos; allá en Corrientes, un partido Liberal, en Santa Fe, partido Provincial independiente, derivaciones de pequeñas oligarquías o banderías, pero aquel gran Partido Autonomista Nacional no lo veo aquí".

Como se ve el doctor Pellegrini se lamentaba de un fenómeno frecuente en el régimen. La fragmentación en pequeñas banderías provinciales para medrar mejor.

Si algún espíritu curioso recapitulara los nombres con que se han atalajado estas conveniencias, se haría una lista casi interminable. Las etiquetas, los rubros, han variado hasta el infinito. En la guardarropía del régimen como en la de los cómicos, han existido una exhuberante variedad de disfraces. Se iban usando según lo imponían las circunstancias. Lo que no variaban eran las personas en sus designios, ni en sus procedimientos. El régimen ha ensayado todas las combinaciones imaginables. Se mostraba una conveniencia que ayer no más se había atacado, pero que hoy podía coparse, pues se iba a ella muy fácilmente: se cambiaba de hábito y ya se estaba en condiciones de aceptar hoy, lo que se había fustigado ayer. Sin más finalidad que el medro y sin otro propósito que subsistir y no dejarse desplazar por las mismas camaraderías aliadas, el régimen ha ido cambiando de nombre, se ha ido disfrazando y a cada etiqueta nueva ya había que pensar en un interés distinto. En esta rotación de banderías se han descalificado todos y a las veces algunos ingenuos que venían de fuera y creían que con el cambio de rótulo se modificaba el contenido.

Más adelante, continúa diciendo el doctor Pellegrini:

"No podría ir siquiera contra la situación de la provincia de Buenos Aires porque allí se ha iniciado una nueva administración (el gobierno de don Ignacio de Irigoyen, sucesor del señor Ugarte) con palabras que halagan, pues responden a nuestro propósito y seríamos injustos si prejuzgáramos sobre su actuación aunque yo debo decir con verdad, que poca fe tengo en ella, no porque

dude de la sinceridad del gobernante, sino porque sé que va al poder sin haberse lavado del pecado original, que va agarrotado por los antecedentes de su elección y sé algo más: que si ese barco ha cambiado de capitán, la tripulación está juramentada para arrojarlo al agua, el día que pretenda arriar la bandera de piraterismo que tiene enarbolada y substituirla por la bandera de los principios y de las libertades electorales''.

Cabría aquí preguntar: ¿qué gobierno del régimen, desde una comuna hasta la presidencia de la República, no ha tenido el pecado original, a que se refiere el doctor Pellegrini y no ha ascendido agarrotado por los antecedentes de su elección?

En lo que fallaron las previsiones del orador fué en su vaticinio de que el gobernador sería arrojado al agua por los tripulantes. Nada de eso. Lo último que pierde el régimen es el instinto de la conservación. Aquel gobernador se pasó con toda la tripulación al bando del presidente y la bandera de piraterismo político que hacía flamear el gobernador cesante fué arriada hasta mejor oportunidad.

Pero sigamos con el discurso del doctor Pellegrini ''tenemos una nación independiente, libre, orgánica, y vivimos en paz; pero nos falta algo esencial: ignoramos las prácticas y los hábitos de un pueblo libre y nuestras instituciones escritas son sólo una promesa o una esperanza.''

Transcribiremos del mismo discurso estos otros párrafos:

''El artículo 10 de la Constitución dice que la República adopta la forma de gobierno representativa republicana y federal, y la verdad real y efectiva es que nuestro régimen en el hecho no es representativa, ni es republicano, ni es federal.''

''No es representativo porque las prácticas viciosas han ido aumentando día a día, han llevado

a los gobernantes a constituirse en los grandes electores, a substituir al pueblo en sus derechos políticos y electorales, y este régimen se ha generalizado de tal manera, ha penetrado ya de tal modo en nuestros hábitos, que ni siquiera nos extraña, ni nos sorprende: hoy si alguien pretende el honor de representar a sus conciudadanos, es inútil que se empeñe en conquistar méritos y títulos; lo único que necesita es conquistar la protección o voluntad del mandatario''.

''No es republicano porque los cuerpos legislativos formados bajo este régimen personal no tienen la independencia que el sistema republicano exige; son simples instrumentos manejados por sus mismos creadores''.

''No es federal porque presenciamos a diario, como las autonomías de las provincias han quedado suprimidas—acaso necesito recordar a esta cámara un ejemplo clásico que todos hemos presenciado en esta capital hace apenas unos meses?''

''Algo se discutía en las antesalas de la presidencia (época del doctor Figueroa Alcorta) y en los conciliábulos de los ministerios... en la capital federal. ¿Qué? La gobernación de una provincia. Surgían candidatos un día y eran vetados al día siguiente para ser reemplazados por nuevos... y la prensa daba diariamente la alternativa de la discusión y la lucha... y allá, allá había un pueblo que veía jugarse aquí con su destino y elegirle un gobernador sin que tuviera derecho de hablar, ni de protestar, recordando tal vez, en medio de su grandeza presente, otra época de pobreza, en que hubiera saltado como una pantera herida, si un núcleo de porteños hubiera pretendido en esta ciudad de Buenos Aires imponer un gobernador a la provincia de Santa Fe''.

Más adelante continúa diciendo: ''Cuando reprochábamos la revolución política, cuando comba-

tíamos la anarquía muchos revolucionarios bien intencionados, nos decían: cuando se cierran todas las puertas, cuando se desoyen todas las reclamaciones, cuando nos vemos privados de todas nuestras libertades, cuando no tenemos a quien recurrir, ¿qué se hace? ¿Cuál es la situación que se le crea para un ciudadano? Nos era difícil contestar, pues la verdad, es que con elecciones como ésta y con despachos como el de la comisión, cual es la situación que se crea? ¿Qué es lo que diremos al pueblo que protesta y reclama No sé si acaso lo colocamos en la terrible disyuntiva de ser sometido o rebelde''.

''Y bien, señor presidente, lo que el país entero pide en estos momentos, su gran anhelo es de paz y de orden''.

''Yo digo: No estamos conspirando contra ese anhelo nacional, no estamos atentando contra la paz pública, si cerramos los ojos y nos tapamos los oídos para no ver, ni oir, hasta poder aceptar el hecho consumado por escandaloso y fraudulento que sea ¿Y en nombre de qué ¿En nombre de la solidaridad del fraude ''

''Mañana vendrá a esta cámara una ley de perdón (la amnistía de los revolucionarios del 4 de Febrero de 1905). Nosotros la vamos a discutir, y la vamos a votar. Y si algunos de esos amnistiados nos pregunta: quién perdona a quién? Es el victimario a la víctima o la víctima al victimario? ¿Es el que usurpa los derechos del pueblo, o es el pueblo que se levanta en su defensa? ¿Cuál sería la autoridad que podríamos invocar para dar estas leyes de perdón, para hacer estos actos de magnanimidad y de generosidad? ¿Y quién nos perdona a nosotros?''

''Mañana acudirá aquí el señor presidente de la República y desde esa alta tribuna proclamará ante la faz del país su programa de paz y de reac-

ción institucional, el mismo que nosotros defendemos. Y si alguien se levanta en este momento y pregunta: ¿Y de qué manera se va a realizar ese programa? ¿Es acaso cobijando todas las oligarquías y aprobando todos los fraudes y todas las violencias, es acaso, arrebatando al pueblo los derechos y cerrando las puertas a toda reclamación?''

''Se asegura que la mayoría de esta cámara es ministerial. Creo que lo es y me felicito de que lo sea, porque así se facilitará la tarea de los poderes públicos. Pero entonces pregunto yo a esa mayoría: ¿Qué es lo que entiende por prestar su apoyo político al presidente de la república? ¿Acaso ir a recibir órdenes a la Casa Rosada para determinar su actuación en la cámara?''

''No; esas son las viejas prácticas humillantes. No; esas son las tradiciones y las cotumbres del incondicionalismo que no coexisten con la independencia de los poderes, ni se concilian con su dignidad''.

¿Puede hablarse más claro, o más contundente, ni rezar un ''mea culpa'', con gesto más varonil? En estos párrafos está hecha la apología de la Unión Cívica Radical por el más decidido de sus adversarios.

Llega, según lo anunciado por el doctor Pellegrini al Congreso la ley de amnistía de los revolucionarios del 4 de Febrero y pronuncia en la sesión del 11 de Junio de 1906 un discurso en que todavía es más categórico. Como se habrá visto, el doctor Pellegrini reconoce que vivimos fuera de la normalidad institucional, que nuestro gobierno no es ni representativo, ni republicano, ni federal; que los cargos electivos no los otorga el pueblo sino la protección o buena voluntad de los presidentes; que los cuerpos legislativos están formados a ima-

gen y semejanza del supremo elector y son simples instrumentos manejados por sus creadores; que las autonomías de provincias están asimismo suprimidas; que desde Buenos Aires el primer mandatario impone en esos momentos un gobernador a Santa Fe; que el pueblo es desoído en sus justas reclamaciones y privado de sus libertades; que en nombre de la solidaridad del fraude, no se puede cerrar los ojos y taparse los oídos para aceptar los hechos escandalosos, por fraudulentos que sean; que con estos procedimientos se coloca al pueblo en la terrible disyuntiva de ser sometido o rebelde! Y termina por último preguntando que cuando se dicte la ley de amnistía: ¿quién nos perdonará a nosotros?

En el discurso sobre la amnistía, los juicios no pueden ser más lapidarios, ni el reniego de su obra y de su pasado más decisivo.

Dice entre otras estas verdades:

Y bien, señor presidente: "han pasado trece años, hemos seguido buscando en la paz, en el convencimiento, en la prédica de las buenas doctrinas, llegar a la verdad institucional; y si hoy día se me presentara en este recinto, la sombra de Del Valle y me preguntara: ¿Y cómo nos hallamos? Tendría que confesar que han fracasado lamentablemente mis teorías evolutivas y que nos encontramos hoy peor que nunca".

Y agrega en seguida:

"Y bien, señor presidente:

"Si esta es la situación de la República, como podemos esperar que por esta simple ley de olvido vamos a modificar la situación, vamos a evitar que se reproduzcan aquellos hechos. Si dejamos la semilla en suelo fértil, ¿acaso no es seguro que mañana con los primeros calores ha de brotar una nueva planta y hemos de ver repetidos todos los hechos que nos avergüenzan ante las grandes na-

ciones civilizadas? ¿No nos dice esta ley de amnistía, no nos dice esta exigencia pública que viene de todos los extremos de la República, esta exigencia del perdón que brotó al día siguiente del motín, que hay en el fondo de la conciencia nacional algo que dice: esos hombres no son criminales, esos hombres podrán haber equivocado el rumbo, pero obedecían a un móvil patriótico? Ha habido militares que han sido condenados, que han ido a presidio, que han vestido la ropa del presidiario y cuando han vuelto, nadie les ha negado la mano; ¿por qué? porque todos sabemos la verdad que hay en el dicho del poeta: "es el crimen, no el cadalso el que infama."

"Bien, señor presidente, sólo habrá ley de olvido, sólo habrá ley de paz, sólo habremos restablecido la unión de la familia argentina, el día que todos los argentinos tengamos iguales derechos, el día que no se les coloque en la dolorosa alternativa, o de renunciar a su calidad de ciudadano, o de apelar a las armas para reivindicar sus derechos despojados".

Así hablaba aquel hombre del régimen—uno de nuestros adversarios de mayor significación — en su último discurso político.

No ha menester causa tan magna de otras justificaciones que la de su propia historia, que afirma día a día con sus enseñanzas y sus ejemplos, los idealismos recónditos que la mueven, como un soplo en que se volcara hacia afuera en toda su integridad el alma del pueblo argentino. Pero hemos de dejar consignadas las palabras más que de justicia, de arrepentimiento de los adversarios de la reparación.

Dice bien el doctor Pellegrini: es el crimen y no el cadalso el que infama. Por eso los infamados no eran los revolucionarios del 4 de Febrero.

Aquellos militares que se sublevaron con el pue-

blo, eran la encarnación más denodada y consciente del pueblo argentino. Iban al sacrificio y muchos se tumbaron en él, visionados por la patria, impulsados por su culto. No eran los despechados del éxito, ni los retardados de la marcha, eran puede decirse todos: una generación entera y brillante de soldados que se jugaban en aquella varonil decisión: su carrera, su porvenir y su vida.

Ellos merecieron bien de la patria y de la gratitud nacional. Ahora cabe repetir: ¿Y quién perdonará al régimen?

EL 93 Y EL 4 DE FEBRERO

Exponentes de las consagraciones más generosas realizadas en aras del ideal reparatorio son las revoluciones del 30 de Julio de 1893 y la del 4 de Febrero de 1905, ambas dirigidas y organizadas por el doctor Hipólito Irigoyen.

Nos ocuparemos de ellas en orden cronológico y sucintamente, porque el tiempo nos apremia para terminar con estos apuntes y porque ambos estallidos revolucionarios viven frescos en el recuerdo de los pueblos de la República. Después del 90 había ocurrido un doble fenómeno: el régimen se había consolidado en sus posiciones y el pueblo se había reafirmado en el ideal reparador. El gobierno, sin embargo, sentía como que el suelo trepidara bajo sus plantas. Ya nos hemos referido al propósito del Presidente Pellegrini de dar a la cuestión presidencial una solución de ilegalidad, pero con la aquiescencia de todos los partidos, o, si se quiere, con la complicidad de la Unión Cívica Radical, pues los demás eran grupos que sostenían al gobierno.

Fracasado aquel propósito, debido a la actitud asumida por el doctor Irigoyen, el Presidente Pellegrini dejó por sucesor al doctor don Luis Sáenz Peña.

El nuevo presidente encontró a la República agitada por una intensa y honda crisis. Era el mismo estado del 90, reagravado todavía por los efec-

tos que recién se iban percibiendo originadas por aquella "debacle," por aquella crisis de la dignidad y de las finanzas cuyos responsables, siempre hábiles para encontrar frases explicativas, la apellidaron la crisis del progreso.

En realidad era la crisis de todo. La bancarrota general que comprendía desde los valores bancarios, desde el tipo de la moneda, desde la solvencia del comercio y del trabajo hasta los factores morales, que son en realidad donde finca la verdadera grandeza de los pueblos. Esquilmada nuestra riqueza, había rodado nuestro nombre en los Estados extranjeros. ¿Qué dirían entonces los culpables, los mismos que se llevaban las manos a la cara para cubrirse el rubor, cuando una revolución había hecho sentir por el mundo que aun quedaban en nuestro suelo gérmenes generosos, esperanzas de futuras regeneraciones?

El doctor Luis Sáenz Peña Presidente de la Nación, se encontró en una situación casi análoga a la que debiera rodear veinte años más tarde a su hijo el presidente doctor Roque Sáenz Peña.

El doctor Luis Sáenz Peña llega al gobierno humeando todavía los escombros del Parque, y su hijo asume el mando sobre las últimas trepidaciones de la revolución del 4 de Febrero.

Se produce así, al través de dos décadas, como consecuencia de idéntico estado de cosas, una orientación análoga que es impuesta por la situación política y general del país.

Ambos presidentes—padre e hijo—buscan hacerse visar por el pueblo la inanidad notoria de sus títulos, conocen que les falta el imprescindible punto de apoyo, y el espanto del vértigo les orienta hacia la única y grande posibilidad salvadora.

Vamos a ver también reproducida en la actitud del Presidente doctor Luis Sáenz Peña un fenómeno derivativo de todos los estallidos revolucionarios

a que ha sido obligado el país. La revolución del 90 es derrotada; se entrega victoriosa; pero el régimen que casi ha presenciado su derrumbamiento, tiene como una tentativa, aunque leve, de reacción. Ya hemos visto al presidente Pellegrini tratando de buscar términos conciliatorios: de ungir un mandatario si bien designado y no electo, pero con la conformidad de todos los grupos políticos y de la Unión Cívica Radical. Le sucede el doctor Sáenz Peña, y éste trata de buscar el apoyo del pueblo como una necesidad de su situación comprometida.

La revolución del 93, que estudiamos, triunfa en la provincia de Buenos Aires, cambia, puede decirse en 24 horas, el régimen de aquel Estado aunque se malogra el triunfo porque van las bayonetas del poder federal a derrotar a la revolución triunfante.

Pero en aquel estallido tiene su origen la intervención López, y ésta da la posibilidad de acercarse al comicio y con ello la Unión Cívica Radical puede obtener cuatro victorias en elecciones consecutivas.

La revolución del 4 de Febrero de 1905, aquella condensación, la más grandiosa, calculada y científica de la resistencia pública, cae vencida también, pero deja el ambiente galvanizado y trae como inevitable consecuencia la ley electoral, las promesas y semigarantías de la presidencia Sáenz Peña.

Quiere decir que cada estallido revolucionario ha abierto, aunque transitoriamente, las puertas clausuradas del comicio.

Es la piqueta revolucionaria la que como un viejo y férreo aldabón ha dado sobre las vetustas puertas feudales, llamando con el mismo ademán bravío de aquella mañana lluviosa del Cabildo abierto. La revolución es la verdad hecha justicia, trocada en escarmiento; la cólera de los hombres

restallando el látigo que arroja a los mercaderes del templo. La revolución ha sido el Calvario sobre cuya arena teñida de rojo, han peregrinado los pueblos, se han sublimado las naciones, se han inmortalizado las razas.

La revolución nace como el sol desde el oriente, barre los cielos en borrasca, tremola su estertor como un trueno y difunde en las almas y en los hombres vértices nuevos, horizontes ignorados, La revolución tarda casi mil ochocientos años en asomar su faz sangrienta sobre Francia; entonces la historia suma, y en la columna de los grandes haberes anota 18 siglos de esclavitud. La revolución es el dolor humano abriéndose calles al través de las sociedades desquiciadas y corrompidas; es la justicia de los pueblos repechando su propio infortunio bajo el insomnio de los astros y la desolación de los cielos.

La revolución es el rayo que todos los hombres libres llevan en el corazón para tatuar la frente de los tiranos.

El Dr. Luis Sáenz Peña encontróse perplejo dentro del gobierno. Hubo un momento en que su situación amenazaba derrumbarse, y como ensayo de salvación llama en su auxilio al doctor del Valle. Le da el cometido de que forme su gabinete. Este así lo hizo, reservándose la cartera de guerra. El doctor del Valle no iba al gobierno a apuntalar un oficialismo, sino a servir a la solución que el país venía buscando tan denodada como empeñosamente.

Del Valle era uno de esos hombres que llevan el alma hacia afuera, asomada al exterior en ideas, en afectos, en intimidades, en lumbre de amistad, en generosidad de altruista. Tenía el gesto y las condiciones de un gran señor. Vehemente co-

mo una tea que se incendia, sus ojos profundos se alumbraban al calor renovado de las ideas que hasta ellos se asomaban, para quemarse como en una pira. En la conversación familiar renovaba inconscientemente sus ademanes de gran tribuno. Iba a la intimidad, a la afección pura, a la amistad leal y franca como una flecha sobre el blanco. De corazón a corazón, no gustaba poner más vallas que las que entrelazan las enredaderas en los bosques: pétalos, corolas, flores, perfumes. Bravo como un acero y bueno como una bendición, sobre su señorío mundano de las últimas épocas asomaba —tal una herrumbre antigua—el coraje criollo que le llevaba como a todos los de aquella generación valiente a afrontar los entreveros ensangrentados del comicio con el cuchillo en la diestra. Aquel profesor de derecho constitucional, aquel orador ferviente y cálido, una de las más altas voces que se haya voleado sobre las multitudes argentinas; aquel soñador irreductible, aquel corazón magnánimo, aquel abogado eminente, aquel artista curioso, era capaz de pelear por su fe y por su credo lo mismo que Juan Moreira. Era el ambiente inmediato que daba a estos hombres destacados de la cercana montonera bravía los impulsos no extinguidos del valor gaucho que se había disfrazado en el traje regional, trocando el sombrero con pluma la capa y la hoja de Toledo del antiguo caballero español, en los atavíos rústicos de nuestro paisano, con su poncho, su daga y su chambergo quebrado sobre la frente, ante la cual habían de abrirse los horizontes. Hombres cerebrantes y militantes, al decir de Hugo, necesitaban del brazo como de la idea, y creados en un ambiente de fuegos y de contingencias hombrunas, tenían el valor como una calidad indispensable. El brazo secundaba a la

idea, como el cuerpo sustenta al alma. Donde uno de estos idealistas hacía pie, caía con su razón y con su propósito. Alsina, Lagos, Alem, todos, eran así como los dioses griegos que entremezclan a sus razones de oro y a sus diálogos divinos, la beligerancia de sus exaltados combates. Su cuerpo tallado en roca culminaba en el cráter de una cabeza hecha a cincel, hermosa, arquitectural, donde se había concentrado toda la vida de aquella personalidad extraordinaria. En los grandes discursos que le abrieron campo en la política nacional y amotinaron tantas veces los entusiasmos del pueblo, echaba la cabeza hermosa hacia atrás como un airón, mientras su voz de bronce, pura y sonora, agotaba hacia afuera la fiebre que bullía dentro y el brazo de rotundo ademán subrayaba como a sablazos las metáforas, los conceptos y las gallardías.

Cuando dejaba la tribuna caldeada por su acento y su convicción, cuando salía de su bufete ahito de realidad y de cansancio, cuando su cátedra de derecho constitucional le insumía en el estudio a que se vió forzado, la prodigiosa actividad, sobre sus telas, sus bronces y sus mármoles dejaba caer su espíritu que se iba aquietando poco a poco, hasta el éxtasis de la belleza absoluta, como el mar sobre la playa amiga echa a descansar la formidable rebelión de sus olas. Fué de los primeros que sintió casi instintivamente la solemnidad del arte. El hizo que Europa nos enviara en la solvencia necesaria que nos creaban nuestros trigos y ganados, uno que otro cuadro de sus artistas, unos que otros mármoles soberbios. Del Valle poseyó, en una época en que pocos se preocupaban de las expansiones superiores del espíritu, la Diana de Falguière, que hoy desde la escalinata del Jockey inmovilizada en su esplendor augusto tira hacia el sol sus venablos primiti-

vos como indicando a los hombres que se atropellan junto a su pedestal, que pasan sudorosos y polvorientos, la trayectoria sobre la cual deben de alzar las mentes y los espíritus. Dijérase que aquel soñador medio perdido en un ambiente reacio, hubiera querido dar a sus contemporáneos una lección objetiva, para decirles que la riqueza y el oro sirven en lo individual y en lo colectivo de medios para llegar a las altas cúspides, donde la belleza dialoga sin intermitencias con la esfinge que pareciera cerrar los horizontes del más allá. A él tocó, mejor que a nadie, decirnos en el lenguaje singular de los hechos que debemos, hijos de la América sagrada, embellecer la vida y que de la palestra del estadium y de la tribuna debemos salir hacia el Partenón; que la vida es sólo digna de llevarse a modo de una clámide agitada por todos los vientos, salpicada por todos los lodos y oreada por todos los astros; que debemos hijos predilectos del Destino que vuelca sobre nuestro solar el material de todas las razas para fundir la nuestra, que será por eso mismo superior a todas, huir de la uniteralidad del horizonte menguado, que se abotaga sobre la frente, como una muralla que cierra las perspectivas lejanas.

Debemos de ser múltiples como nuestras selvas, como nuestros ríos, como nuestro suelo; en fin, como el mar, el cielo y la montaña, que se acoplan como en un terceto formidable del Dante para cantar la grandeza de la patria!

Decíamos que el doctor del Valle no iba a respaldar a un gobierno que se moría por falta de ambiente; iba, por el contrario, a crearle elementos naturales de vida, colocándolo en el plano superior del respeto al derecho de los pueblos. Fué así que, una vez que se le ofreció al doctor del Valle la reor-

ganización del Gabinete, se apersonó al doctor Irigoyen y le ofreció bajo la seguridad de su palabra todos los ministros para la U. C. R. El doctor Luis Sáenz Peña formulaba el mismo ofrecimiento que más tarde había también de hacerle al doctor Irigoyen, otro presidente, hijo de aquel ciudadano, el doctor Roque Sáenz Peña.

El doctor Irigoyen declinó en forma absoluta tales situaciones de gobierno; dijo entonces, lo que más tarde repitiera: "que la Unión Cívica Radical busca tan solo rehabilitar el comicio, hacer ciertas y reales nuestras instituciones políticas, y no coparticipaciones gubernativas."

Ya hemos concretado a lo largo de este esbozo varias declinaciones análogas, que hubieran podido hacer pensar en la bondad de aceptar esas posiciones. para intentar desde arriba lo que tan amarga y trágicamente ha habido que realizar desde abajo.

El doctor Pellegrini ofrece al doctor Irigoyen la gobernación de Buenos Aires después del período del doctor Udaondo; aquel rechaza tal ofrecimiento. El doctor Luis Sáenz Peña al comienzo de su período, con seis años por delante de gestión, ofrece al doctor Irigoyen todos los ministros y tampoco son aceptados.

El mismo ofrecimiento formula el doctor Roque Sáenz Peña antes de recibirse del gobierno, es decir, con la misma perspectiva de seis años por delante, y obtiene igual contestación.

El doctor Roque Sáenz Peña, como antes Pellegrini con respecto a la gobernación de Buenos Aires, se le insinúa al doctor Irigoyen, en quien deseaba ver en beneficio de la patria al futuro presidente, y el doctor Sáenz Peña oye la palabra nazarena del doctor Irigoyen, siempre en la misma declinación. Hechos y no palabras. Actitudes y no declaracio-

nes, principios morales inflexibles y no programas calcados para engañar a los ingenuos; eso es lo que pide el pueblo; eso es lo que demanda la República, y eso es lo que con una austeridad única ha ofrecido el doctor Irigoyen, reencarnando en sí la reparación argentina.

¿Donde podría encontrarse en nuestra historia un ejemplo así renovado y permanente? ¿Dónde está la causa, dónde la doctrina política, que haya recibido esta clase de solicitaciones, para no aceptarla "ipso facto"?

¿Y no han sido, acaso, aun los gobiernos considerados históricos, simples soluciones de cámara, transacciones concertadas entre media docena de hombres dirigentes?

Todos nuestros hombres públicos, sin una sola excepción, han tenido por legales estos procedimientos de aceptar el poder, no ganado en los comicios, sino recibido como consecuencia de una dádiva o una transacción, en que todo se tenía en cuenta menos al pueblo. Es así como la doctrina reparatoria trae una luz nueva, una integridad antes no conocida: una firmeza rara que durante mucho tiempo ha intimidado a nuestros adversarios y ha hecho sonreir a otros, que murmuraban como una condena: "¡Son unos ilusos!"

Sí, somos de los benditos ilusos, levadura de la historia, que traen en sus alforjas precarias, una videncia nueva, una razón de estado superior a la razón misma, un postulado que ha de proclamarse, tarde o temprano, porque así lo pide el derecho de los oprimidos.

Sí; somos de los ilusos que han hecho todas las realidades tangibles que gobiernan a los pueblos y que han bordeado, sobre el abismo, cosas imperecederas. Sí; somos de los ilusos. Nuestra sandalia

peregrina ha cruzado los arenales sin encontrar un oasis; el sol del desierto quemó nuestra piel y empavonó nuestras almas y la visión de los espejismos lejanos nos soliviantó hacia adelante, donde el mar finge sus olas y donde las fatigas esperan un poco de descanso... para volver a continuar.

La labor revolucionaria de aquellas horas fué afrontada por el doctor Irigoyen con la contracción que él tiene para el trabajo, que le hace fructificar los días maravillosamente, que le lleva a realizar jornadas abrumadoras, sin una impaciencia, sin un desgano, sin una nerviosidad, como si el tiempo siempre le sobrara. Conferenciaba con los hombres de la Provincia uno a uno, tomaba datos, daba instrucciones, requería nombres para almacenarlos en los archivos de su memoria sorprendente. Cada hombre que oye, siquiera una palabra de los labios de este vidente, sale otro. Un espíritu nuevo se apodera de quienes le tratan y le frecuentan. El sol debe de producir ese mismo efecto misterioso en la vida general del planeta. Las decepciones caen como abochornadas, ante esta gran radiación. Los escépticos, los pobres de espíritu, los lisiados morales, sienten una voz nueva y como Lázaro se incorporan y andan. Los prevenidos, los que llegan con prejuicios, los que han oído hablar de dictatorialismo y de absorciones, ante él recién comprenden que su imperio es el de la verdad, que su absorción es la mayor fatiga, que su indiscutible jefatura nace de su fe y de que se destaca sobre todos para mejor señalar el rumbo. En el timbre persuasivo de su voz, en su ademán, en lo que dice y en lo que calla, en lo que afirma y en lo que sugiere, como sin querer, en lo que oculta y en lo que revela, en todo está presente una sugestión única, que es del convencimiento y que es más que del convencimien-

to, como todas las grandes sugestiones, de la sinceridad y de la esperanza. Nadie como él persuade, ni nadie como él convierte. Dadle un esquivo, aproximadle un pedante, que llegue hasta él un incrédulo y saldrá otro. Podrá no acompañar a la causa, pero entonces confesará sus compromisos, sus imposibilidades y a las veces hasta sus egoísmos. Nadie tiene tampoco un respeto más profundo por los compromisos de los hombres. Su voz que vuelve de otras épocas, es como si un oráculo las pronunciara. Ha realizado en la persuasión individual una tarea única por lo magna. Puede decirse que el doctor Irigoyen ha convencido al país, hombre por hombre, es un milagro, como el de Napoleón, que recordaba el nombre y las hazañas de todos sus soldados. Lo mismo el doctor Irigoyen ha hablado, ha convencido persona por persona, a un ejército que va hoy al combate y triunfa. Recuerda de cada soldado su foja de servicios, sabe sus méritos y olvida sus fracasos.

Cuando en la preparación revolucionaria algún oficial vacilaba ante el cumplimiento de su deber, había un síntoma: esquivaba al doctor Irigoyen; algunos lo confesaban de plano:—Si hablo con él —decía—ya no podré substraerme. ¿Qué es lo que le da este imperio sin imperio, esta ejecutoria sin título oficial, este poder sin cargos? ¿Su talento? ¿Su sinceridad? ¿La simpatía de que se rodea y despierta en los demás? ¿La persuasión irresistible que hay en su voz, en su gesto, en sus palabras y de que parece estar imantada su persona? ¿El servir a una causa nacional histórica? ¿Sus antecedentes de sacrificio? ¿Su línea de conducta intachable, como no se encontrarán sino muy pocas en la vida de los hombres ilustres? Es más que todo eso separado y es más que todo eso junto. Todos los

grandes apóstoles, que han cumplido una tarea trascendente que aparecen de intervalo en intervalo en la humanidad, han traído ese misterio de la persuasión que convence a los hombres y que agita hasta el heroísmo a los pueblos.

¿Qué ha podido mostrar y ofrecer el doctor Irigoyen a sus adeptos? El cumplimiento del deber argentino, y para realizarlo, como premio, el cantón revolucionario, la barricada, la pérdida del grado militar, la carrera truncada, las expatriaciones, la nieve del polo, la bodega de los pontones, los pesquisas, prendidos como sombras tras de los sospechados y, por último, el holocausto de la vida. Esas han sido sus recompensas; sus dádivas han sido análogas a las que ofrecía San Martín y Belgrano.

Descreídos, egoistas, hombres de sangre fría, eternos epicúreos satisfechos con las prebendas que por ellas todo lo disculpan, panegiristas del éxito, catecúmenos de los que suben, enemigos de los derrotados: sabedlo, oidlo bien, quiero gritarlo con toda la potencia de mi convicción: hay algo más que vuestra mesa ahita, que vuestro bolsillo repleto, que vuestras noches sin preocupaciones: Hay algo más grande que todo eso, hay algo que nos espiritualiza como un asceta y nos envalentona como un héroe: cumplir con el ideal, rendirle la consagración de las horas presentes y los latidos de las horas venideras; alzarse por sobre las pequeñeces circundantes, para ver, allá lejos, el horizonte tocando con la tierra, la patria con doscientos millones de argentinos, sin bandera, porque el cielo se ha tendido de punta a punta, como una sola, única e inmortal bandera de la patria!

La historia nos enseña y la historia nos orienta,

¿Tendremos, acaso, miedo de hacer tarea de más por la causa que nos impulsa y que hemos corporizado con la sangre de nuestros mayores? ¿Nos entregaremos al ideal cómo a un cálculo, nos daremos a la verdad en fragmentos? La historia nos enseña, con sus montoncillos de tierra sacra, la trayectoria seguida por la virtud y por el denuedo. Ayer no más sonaban sobre el mundo las máquinas de contar, las arcas no terminaban de llenarse, los Cresos pedían más, mientras que los siervos respondían desde abajo, que ya no podían resistir y caían desfallecidos y hambrientos. Ahora rompe su eco el trueno del cañón: su voz trágica funde a todos y tirando sobre el abismo de las épocas lejanas ¡quién sabe qué telones no destruye ni qué sorprendentes mirajes habrá tras de ellos!

* * *

Terminada la tarea revolucionaria, se dió a toda la provincia el santo y seña. La revolución debía estallar a la misma hora en la madrugada del 30 de Julio, y con la rigurosidad de un simulacro se cumplió la consigna. Puede decirse que en el término de breves horas la provincia había cambiado de destino y pasado casi sin denuncias exteriores, desde el régimen al pueblo. La palabra presidencial había sido recogida y el oficialismo de Buenos Aires abandonado a sí mismo había caído casi sin estruendo.

El doctor Irigoyen había recomendado severamente que no se hicieran más sacrificios que los indispensables: que se respetara a los adversarios, dándoles toda clase de seguridades y garantías, y así se hizo. Y aquella revolución que fué magnáni-

me, fué asimismo una enseñanza. Era el pueblo quien la realizaba por deber y por patriotismo, y bajo la egida de su soberanía, todo hubo de desenvolverse como la resultante de un silogismo. No se incomodó a nadie: se respetaron todos los intereses: no se cometió ni siquiera como determinado por una ofuscación parcial o individual un solo acto injustificado. Se protegió por igual a los hombres y a los intereses. Fué tan popular aquel estallido, que la prueba pudo rendirse sin mayores excitaciones en ochenta pronunciamientos distintos, con que cada pueblo derrocó su comuna y la provincia recuperó así su soberanía.

Este plan tenía la ventaja de exteriorizar la fuerza y el ambiente con que contaba la revolución, evitando la efusión de sangre que se hubiera producido con cualquier otro.

El pronunciamiento revolucionario se realizó con todo éxito. Fueron muy pocas las localidades donde hubo necesidad de combatir, porque casi la totalidad de las situaciones locales se entregaron. En Temperley se concentraron en seguida quince mil ciudadanos, todos ellos hombres de labor, estancieros, colonos, los cuales habían abandonado sus tareas y sus hogares para liberar a la provincia y proyectar tan hermoso acontecimiento en el orden nacional.

En su primitivo plan el doctor Irigoyen había decidido dirigir el pronunciamiento desde Temperley. Pero a último momento supo que por la línea de Las Flores las cosas habían flaqueado. Entonces pensó concurrir personalmente a la prueba, lo que si importaba una abnegación más, era imprudente, pues comprometía a la dirección general. El doctor Irigoyen decidió dejar en su puesto al doctor Marcelo T. de Alvear. Este debía evitar el paso de las tropas. El doctor Alvear cumplió con su deber,

batiéndose con fuerzas superiores, a las cuales, no obstante, les interceptó el paso.

Entretanto, veamos la tarea realizada por el doctor Irigoyen. Este se traslada a su estancia de Las Flores "El Trigo". Allí concentró a un grupo como de veinte oficiales amigos y otros tantos estancieros y gente conocida. En la madrugada del 30, conforme la orden general, salió de su establecimiento para tomar aquel pueblo. Era una de esas noches, crudamente frías de nuestra campaña; noche de luna, con ladridos lejanos; cantos de gallo, balidos de ovejas y mugir de vacas. La campiña se desdoblaba como una inmensa sábana y las zanjas y baches tenían escarchada el agua. Los hombres iban como fumando el aire que salía de los pulmones caldeados, en columnas de humo sutil.

Las Flores fué tomada sin dificultad. Se rodeó la manzana de la comisaría y el doctor Irigoyen, acompañado del teniente Menéndez, penetró en el local dónde estaban los retenes. Se dió un grito y 20 mocetones que eran los vigilantes, tomados desprevenidos se asustaron y corrieron hacia el fondo, tratando de huir. Tranquilizados por el doctor Irigoyen, se calmaron. Luego que se les explicó por qué se hacía y qué significaba la revolución y se les dijera que estaban en libertad de retirarse o de acompañarlos, todos a una pidieron quedarse. Aquellos mocetones que habían huído por el pánico que la sorpresa les produjo, se portaron después valientemente. Ya lo dijo Ney: sólo los cobardes no han sentido miedo.

Tomadas Las Flores, el doctor Irigoyen, esa misma madrugada siguió para Olavarría, donde debía tomar aquella ciudad y la cárcel de Sierra Chica.

Se comunicó con ésta por teléfono y obtuvo, lue-

go de una conferencia personal con el director Costa y con el jefe de la fuerza, la rendición de las mismas. Hubo entonces de ocurrir otra tragedia como la de Pirovano. Los soldados de la cárcel fueron incorporados con los revolucionarios, pues que tratándose de hombres de malos antecedentes, sin tener a quien respetar se hubieran dedicado al pillaje.

Se estaba en la estación de Hinojo cuando un soldado le comunica al doctor Irigoyen que la tropa se estaba por sublevar; éste penetra en seguida al vagón en que se encontraba, llama al teniente Menéndez y antes de que los soldados puedan reponerse, empieza a hacerles desarmar. Tenían todos sus cartucheras provistas de balas y en el momento del desarme estaban por amotinarse.

De Hinojo pasa el doctor Irigoyen y sus compañeros a Olavarría, que es tomada sin resistencia, siguiendo luego hasta el Azul. En aquella ciudad estaba destacado el inspector Zorracain, que tenía las policías y soldados distribuídos en posiciones estratégicas. El doctor Irigoyen se comunica por telégrafo, desde varias estaciones, con el inspector Zorracain, obtiene una conferencia con éste, quien concurre con el comisario Stein, y consigue la rendición de la ciudad, ahorrando la lucha. Después de toda esta jornada hecha a base de audacia y de valor, porque el doctor Irigoyen no llevaba cuando salió de "El Trigo" entre civiles y militares, sino unas setenta personas, regresa a Temperley con cuatro mil hombres, después de tomar en cuarenta y ocho horas Saladillo, Sierra Chica, Olavarría y el Azul, ciudades estas dos últimas donde había gran cantidad de fuerzas, asegurando el triunfo revolucionario en una región importantísima de la provincia.

Nos falta tiempo, porque este, es uno de los úl-

timos capítulos, que escribimos cálamo currente, para relatar en sus incidencias y audacias esta empresa en que el doctor Irigoyen puso en evidencia todas sus condiciones de serenidad y de mando.

Regresa, como decíamos, triunfante a Temperley, y cuando llega ya la Provincia está liberada.

Victoriosa la revolución, se reunió la convención de la provincia en Lomas de Zamora. Dicha asamblea proclamó obstinadamente gobernador al doctor Irigoyen, quien renunció, considerando que no podía ir al gobierno el jefe de la revolución. No hubo forma de hacerle declinar de esta actitud. Fué proclamado entonces el doctor Juan Carlos Belgrano.

Sabemos lo que luego ocurrió y cuál fué el premio de tantas abnegaciones. El Gobierno Nacional prestó oídos a los ases del régimen y retrocedió. Volvió a producirse la reacción fatal. Después de haber precipitado un semejante esfuerzo, cuando la provincia había triunfado y estaba en condiciones de darse el gobierno de ley que le correspondía, la autoridad nacional falta a su palabra, a sus solemnes compromisos contraídos ante la opinión pública; se entrega nuevamente al régimen y los batallones del ejército de línea van a derrocar a la revolución triunfante. Entretanto, el doctor Del Valle, que había prometido cortarse la mano antes de firmar un decreto interviniendo una provincia que hubiera depuesto a sus autoridades, abandona dignamente el Ministerio y la intervención pasa como si dijéramos por sobre él.

Abreviaremos. Va la intervención López a la Provincia de Buenos Aires y bajo sus relativas garantías la opinión puede acercarse a los atrios.

Tienen lugar cuatro elecciones consecutivas y en todas ellas triunfa la Unión Cívica Radical. De es-

tas cuatro elecciones, dos son de diputados nacionales; una de renovación total de la Legislatura y la otra de electores a Gobernador. Todas estas campañas electorales fueron dirigidas personalmente, como antes lo fuera la revolución, por el doctor Irigoyen, a la sazón presidente del comité de la provincia. Sucintamente referiremos aquellas luchas.

La primera elección bajo la intervención López fué de diputados nacionales. La reparación triunfó; obtuvo una mayoría y envió al Congreso de la Nación 10 o 13 diputados. La segunda prueba fué la renovación total de la legislatura. Se vuelve a triunfar y por mayor número de sufragios que en la primera. Vienen luego las elecciones para electores de Gobernador. La Unión Cívica Radical vence a todas las agrupaciones aisladas y le faltan tres electores en el colegio para triunfar sobre todas juntas e imponer su fórmula. Aquella lucha electoral concitó una gran expectativa, un entusiasmo sano y fecundo. El doctor Pellegrini dirigía el partido autonomista. El Dr. Carlos Salas, la Unión Cívica. El doctor Dardo Roca a los rochistas, el doctor Irigoyen a la Unión Cívica Radical. Llega la última jornada; se trataba de elegir dos diputados nacionales; los autonomistas renuevan con los cívicos uno de los tantos pactos y acuerdos. La reparación tiene que batirse con ambas fuerzas aliadas y las derrota. Saca victoriosos los nombres del doctor Alem y del doctor Mariano Demaría que contendían con el doctor Cané y Bonifacio Lastra, candidatos del acuerdo.

Debemos de hacer constar que esta última elección se realizó durante el mismo gobierno del doctor Udaondo, y que derrotó a los mitristas, unidos con los nacionales.

Quiere decir, que la reparación ha concurrido a los comicios cuando éstos ni han sido en absoluto clausurados, cuando ha habido por lo menos un mínimum de libertad.

Vemos también realizarse este dualismo, que parecería incompatible. El doctor Irigoyen, jefe de una revolución que la impone victoriosa, no solamente por el admirable plan, sino concurriendo personalmente a la acción dirige en seguida las cuatro campañas electorales, con igual éxito.

Es que el Dr. Irigoyen además de ser el gran patriota, es el gran estadista. La palabra, la acción, los comicios, la propagación de las ideas, el convencimiento, la predicación, no son para él sino desintegraciones, fases distintas de la misma magna labor. Todo lo hace y todo la realiza, porque todo lo anhela para su patria. En la doctrina carlisliana, el héroe, es así una gran acumulación de condiciones distintas. Unas prosperan sobre las otras, según el ambiente lo reclame. Pero el héroe, subjetivamente puede serlo todo, si los factores objetivos así lo exigen. Gran general, gran predicador, gran reformador, gran místico, gran poeta.

Odin, el fabuloso Dios de la mitología escandinava, Rousseau, Napoleón, Mahoma, en esencia, son lo mismo, varían según las épocas, los tiempos y la tarea que les toca abordar.

Una análoga situación de hecho y las mismas finalidades que determinaron el estallido del 93, vuelven, al través de doce años, a imponer un nuevo martirologio, en el intervalo que va del 93 al 4 de Febrero de 1905. El régimen había disfrutado de un período de más de una década para continuar

en la posesión tranquila. Durante este largo término, la obra de desquicio, de subversión, había fulminado. El 90 era el comienzo del desastre y del declive; por eso produjo la sorpresa y la indignación, que concitaron el estallido. El 90, el pueblo todavía no estaba acostumbrado al espectáculo que el régimen ofrecía. Se acababa de salir de una época de probidad y de honor. Antes del 90, puede decirse que desde el 70, el país había vivido una existencia, precaria a las veces, pero digna siempre.

Aquellas generaciones anteriores al peculado, estaban formadas por hombres intachables, por patriotas austeros que tenían la honda preocupación de la cosa pública, que amaban a su tierra, que querían aclimatar en el desierto y la pobreza, las instituciones más libérrimas de que pueda gloriarse una nación. Entonces ni se concebían siquiera las cosas que vinieron después; aquellos cometieron errores, pero todos disculpables por el móvil y el propósito. Aquellos hombres entraban y salían del gobierno, como un predicador de su convento, con su sayal raído, limpias las manos, puras las conciencias y en la frente un nuevo surco.

Así se explica el azoramiento con que el pueblo contempló el desenfreno, que tuvo por epílogo la jornada de Julio.

Después del 90, el régimen trató de acostumbrar al país en el duro aprendizaje del deshonor. Ya nada sorprendió. Las nuevas generaciones habían nacido sin conocer otra modalidad que aquella licenciosa, y sin término posible de comparación, muchos creyeron que eso podría ser lo normal. Cualquier fragmento de tiempo, cualquier período posterior al 90, ha sido de mayores delincuencias, y de más afligentes desconciertos. Lo que ocurría es que las

cosas ya no asombraban. El mal se había hecho casi orgánico, sin que tratara siquiera de disfrazarse.

Después del 90, la corrupción y la licencia rebalsaron. Aquello fué el comienzo; lo que vino después fué la obra fría y calculada, la expoliación como sistema, la ilegalidad constituída en institución, el peculado en oficio, el país en una inmensa estancia entregada a la explotación del régimen.

En este período el país sufre sus mayores endeudamientos, se le despoja de su tierra pública, no para entregarla al trabajo, sino para improvisar inmensos terratenientes; se crearon artificialmente, por la incapacidad de los gobiernos entregados a la explotación de las funciones públicas, incomprensibles conflictos internacionales, las provincias son avasalladas y descalificadas en todas las manifestaciones de su autonomía, se nombran los diputados y los senadores y se llenan todas las magistraturas electivas desde la casa Rosada. La nación es en el interior, un caos, y en el exterior, pierde los atributos que antes la hicieron respetable y digna.

Los conflictos internacionales nos cercenan el mapa, modifican nuestra herencia histórica y perdemos un gran puerto en el Pacífico, cuya importancia actual no puede ser mayor.

Esta era la situación de la República cuando el país hubo de confederarse nuevamente en la jornada del 4 de febrero de 1905.

Las causales de aquel sacudimiento están en los antecedentes referidos. Fué aquella la revolución más justa, más magnánima y a pesar de ello fracasada. Su condensación preparatoria abarcaba, no solamente a todas las fuerzas armadas del país, sino también a todo el pueblo. El movimiento estaba calculado como el del 93, es decir, para sofocar el

régimen, para maniatarlo, impidiendo así toda tentativa de resistencia y toda posibilidad de dolorosos desangres. Fué aquella una labor titánica. Se la realizó con una perseverancia, con una obstinación, que, malogrado el movimiento, el régimen quedó como despavorido, contemplando el abismo sobre el cual había dormitado.

¡Qué inmenso bien no hubiera realizado el triunfo de aquel magnífico esfuerzo, hecho por y para la patria! Ya hemos insumido, entretanto, otros once años, en la misma empresa, y durante ellos los males que la nación sufre, no han hecho sino ahondarse más, deteniéndole en todos los órdenes de sus energías.

En los siguientes párrafos, que transcribimos del manifiesto dado al pueblo, después de vencida la revolución, se concretan las causas que esterilizaron aquella protesta nacional:

"La traición y la perfidia, que siempre fomentan los gobiernos sin moral, y que fueron los verdaderos enemigos con que el movimiento revolucionario tuvo que luchar, desde el comienzo de sus trabajos, obligando en septiembre su suspensión, han hecho frustar, por fin, la demostración más grandiosa de opinión y de protesta armada que la República pudiera realizar, en vindicación de su honor, reparo de sus instituciones y seguridad de su bienestar.

"Lo que el gobierno no pudo conseguir por la vigilancia de una pesquisación constante, practicada con los recursos y en las formas más abusivas y deprimentes, lo ha obtenido por aquellos inicuos medios, a los cuales debe su estabilidad y sobre los que, desde entonces, gira la suerte de la Nación.

"En la frente de quienes de tal manera han traicionado deberes sagrados, infamando sus nombres,

pesarán eternamente la ignominia de su villanía y la execración de la República.

"La dirección del movimiento tuvo, en la tarde del día anterior, casi la seguridad de que el gobierno poseía hasta el secreto de la hora, y había resuelto suspenderlo. Pero la insistencia terminante y sin discrepancias de los representantes de los elementos organizados civiles y militares, corroborada por los que iban a ser sus jefes inmediatos, de encontrarse en las mejores condiciones y sin el menor indicio de estar sentidos, y la comunicación afirmativa recibida en el día de toda la república, la indujeron a desistir de aquel propósito, pensando que ese era su deber, cuando tantas veces había retardado el momento de la acción por iguales motivos.

"Fué así que la autoridad pudo prepararse y modificar el curso de los hechos. Cuando en la noche la dirección tuvo noticias de las medidas que el gobierno adoptaba rápidamente y de los contrastes que había ocasionado, se vió impedida ya de ordenar una suspensión, que debía comunicarse a todo el país. Quedó, de esa manera, sin ejecutarse gran parte del plan en muchos puntos. A la inversa del que se trazó el 90, concretando la acción a esta capital y haciendo puramente militar la primera prueba, se había resuelto, ahora, que fuera general y concurrente desde el primer momento, teniendo los ciudadanos y militares sus puestos señalados de antemano. No pudo, empero, exteriorizarse la poderosa organización civil preparada en la capital y otros centros; la policía estorbó las reconcentraciones del pueblo, secuestró armamentos, redujo a prisión los ciudadanos que alcanzaron a reunirse y, casi todos, no pudieron llegar a las posiciones que les estaban indicadas, por la per-

turbación del plan y la sorpresa del momento. A su vez, quedaron importantísimos y decisivos elementos militares sin pronunciarse. Haciendo justicia al pundonor, notoriamente reconocido por sus compañeros, y demostrado en la eficaz acción desplegada durante el curso de la preparación, debe pensarse que realmente se vieron en la imposibilidad de cumplir sus compromisos y que, como los que más, habrán lamentado esa fatalidad de tan sensibles consecuencias. En tal situación, las fuerzas civiles y militares, que se han levantado en la República, lo han hecho teniendo las armas del gobierno a su frente y venciendo sus medidas defensivas.

"El movimiento era tan vasto que no era posible concebirlo mayor: la magnitud de su poder excluía en absoluto el riesgo no sólo de una guerra civil, sino de otros trastornos, que los inevitables en el primer instante, y permitía abrigar la convicción de que el gobierno se vería imposibilitado de toda resistencia. De otra manera no se habría decidido la acción; nada inducía a precipitarla y sólo debía consumarse estando totalmente preparada, como así sucedía.

"La delación y la perfidia, pues, han sacrificado un nuevo y supremo esfuerzo de la Nación, que vive perenne y hondamente conmovida, ansiosa, a justo título, de volver a su nivel moral, y a entrar en el goce de sus derechos y garantías e incorporarse a la categoría de los Estados con personalidad bien definida y respetada.

"Han causado la inmolación de nobilísimos ciudadanos y militares que han rendido su vida en aras de la redención nacional, a la que entregaban todos sus desvelos y el desprendimiento de su probidad y de su fervoroso patriotismo. Guiados siem-

pre por principios y virtudes inalterables y rodeados de todos los encantos de la existencia, se apartaban del bien que debían disfrutar, para ir en pos del que podían hacer, con esa generosa superioridad de ánimo que, exenta de toda prevención y sin más ambición que el cumplimiento del deber, es impulso y voz de estímulos para todas las grandes acciones. Eran apóstoles y pasan a ser mártires, uniendo sus sacrificios al de los que les han precedido, en holocausto de los más sagrados ideales de la patria, dejando, en las filas de la Unión Cívica Radical, claros imperecederos. Ellos reposarán al amparo del reconocimiento público y del respeto de la posteridad.

"Han causado también el encarcelamiento, la persecución y el destierro de numerosos civiles y de casi toda una generación militar brillante, pura y llena de promesas. La unión del ejército con el pueblo, en las horas de prueba, ha sido en la historia del mundo la más augusta y solemne demostración de solidaridad. Ninguna acción tiene mayor intensidad de luz, más poder de fuerza y más grandiosa conjunción de ideales y esperanzas. El ciudadano militar lleva el símbolo más vivo de la patria y siente con vigor intenso su infortunio y su grandeza.

"Pretender que abdique de su personalidad moral, sustrayéndose a las inspiraciones de su razón y su conciencia, es convertir la institución militar en fuerza ciega, y entregar, indefensas, las sociedades a la arbitrariedad de gobiernos sin origen ni sanción popular. Tal tendencia es completamente contraria a los principios de la justicia y de las leyes inmutables, que rigen al mundo y marcan su civilización.

"El valor y la capacidad militar, acreditados en

la hora de la realización del deber, que fulguran en la frente de los que se levantaron, estando sus superiores prevenidos y preparados, así como en la del joven comandante que, con el concurso de sus dignísimos colaboradores, dominó uno de los centros más prepotentes de la oligarquía, organizando un ejército con el que habría atravesado la República, si esa hubiera sido la consigna, tan altas cualidades, de nuevo reveladas por todos, se recordarán con orgullo y reflejarán siempre honor sobre las armas argentinas, pasando a los anales de sus glorias.

"La misma dignidad y corrección con que procedieron en la prueba y que guardaron antes de ella, cuando podían creer con fundamento en la certidumbre del triunfo, observaron durante los procesos, y mantienen, hoy, sufriendo, con altivez, las mortificaciones del infortunio. Justo es también mencionar a los demás que, vinculados a la obra revolucionaria con la mayor decisión, y separados del mando o enviados a los confines de la República, no han podido concurrir a la acción.

"Todos han obedecido con la absoluta disciplina del honor a ciudadanos desprovistos de investidura de gobierno y de influencia oficial, sin más representación que la integridad de la causa de la reparación nacional. Para mayor honra de la abnegación de sus sacrificios, debe quedar constancia por siempre que expresamente habían pedido que no hubiera ascensos ni compensaciones de ninguna clase, y así estaba acordado. Mientras que en su patria están encarcelados y perseguidos, ¡cuántas naciones quisieran que fueran de su seno!

"Imposibilitándose el éxito de la revolución, se ha impedido, finalmente, que la República compruebe la existencia de elementos capaces de fun-

dar un gobierno de severa moralidad, respetuosos de las instituciones, que impulsara sus destinos por la senda de los grandes y sólidos progresos, y despertara anhelos y energías a una verdadera vida de labor fecunda.

"El movimiento del 4 de Febrero ha sido un hecho normal en la vida argentina, previsto como la resultante necesaria de causas de toda índole, acumuladas durante años. Las revoluciones están en la ley moral de las sociedades, y ni es dado crearlas, ni es posible detenerlas, sino mediante reparaciones tan amplias como intensas son las causas que las engendran. La anunció pública y lealmente la Unión Cívica Radical, al resolver la abstención electoral, exponiendo las causas que fundaban tan grave medida y formulando el proceso del régimen imperante en el país. Grandes asambleas previas y posteriores a esa decisión le dieron la sanción calurosa de la voluntad popular. Ha podido ser evitada por la eliminación de los motivos que la determinaban, imponiéndola como un deber, y ha sido provocada por la persistencia y agravación de los mismos.

"Si así no fuera no habría incorporado, bajo su bandera, los grandes elementos que la han servido. No se concibe la determinación de tantas voluntades para una acción armada, en la que se juegan el porvenir y la vida, si no existen anhelos públicos que la fortifiquen, altos ideales, como objetivos, y un ambiente propicio que las estimule. Si la revolución no estuviera justificada por sus causas, tendría en el hecho notorio de la magnitud de sus fuerzas la prueba plena de su razón de ser y de la exigencia nacional a que ha respondido. Ningún propósito es más innocuo e imposible de germinar y prosperar, que el de la protesta por las armas, si las sociedades no lo alientan con el concurso de

su solidaridad, y si no reposan sobre la base de grandes verdades.

"Fué impulsada por un anhelo de bien público, extraño a antagonismos y móviles personales. Representó la encarnación de sentimientos nacionales profundamente arraigados; ha sido la culminación de una lucha de sacrificios y de inmolaciones contra la corrupción y la arbitrariedad de un sistema. Aun dominada será benéfica por su carácter y la amplitud de sus tendencias, y como esfuerzo de patriotismo, por la vindicación del país, la eficiencia de sus instituciones y la grandeza de su porvenir.

"Era su visión tan amplia, que no determinaba vencedores ni vencidos, y se realizaba en nombre de deberes, a que no pueden substraerse los ciudadanos que se consideran obligados a cumplir la tarea impuesta por la época de la sociedad a que pertenecen y por la situación que atraviesa.

"Las naciones más civilizadas deben a los movimientos revolucionarios del carácter de los que datan del 90 a la fecha, gran parte de su bienestar presente; ellos han sido faros que han iluminado su camino y factores de grandes conquistas.

"No ha de invocarse, en su contra, el respeto al orden, porque éste supone la armonía de las actividades y de los derechos, al amparo de la libertad y de la justicia y bajo la garantía de gobiernos regularmente constituídos. Ese es el orden que surge de la vida social y que hay el deber de considerar. La revolución no ha atentado contra él, porque la República no lo conoce: ha tendido, por el contrario, a restablecerlo por el predominio de las reglas morales y de los preceptos de ley que lo constituyen.

"Las fuerzas conservadoras de la sociedad, com-

prendidas en su alto y verdadero significado, son las que realizan la labor común, cumple con independencia sus deberes y revelan energía en la defensa de sus derechos. Los movimientos de opinión, cuanto más desinteresados, llevan en su seno mayor suma de ellas. Singular inversión de juicio, acusa el criterio que sólo considera fuerzas conservadoras los elementos afines a los gobiernos y sostenedores de su autoridad, cualquiera que sea su origen y su forma de ejercicio. Triste condición sería la de un país si su prosperidad sólo hubiera de consistir en el fomento de sus intereses materiales. El progreso es preferentemente constituído por las fuerzas morales que contiene en acción, por la altivez de los ciudadanos, por la probidad pública y privada, por la decisión intensa para todas las nobles labores humanas. Las sociedades no avanzan, con paso firme, cuando los gobiernos no se inspiran en tan elevados conceptos; la prosperidad material que alcanzan está de antemano condenada a desaparecer en la disipación. Las fuerzas morales desarrolladas concurren a caracterizar la personalidad social, forman barreras de defensa contra los atentados y las arbitrariedades de los gobiernos, y permiten levantar, sobre la base de una sólida fraternidad de voluntades, la grandeza colectiva. El progreso material de la República, que se invoca, es obra de la naturaleza que no se detiene, y más que del esfuerzo argentino, del brazo extranjero. No es conquista de la paz, ni fruto de los gobiernos que lo han destruído en el escándalo, y que volverán a hacerlo, si severos principios no los inspiran y rigen la vida argentina.

. . . . . .

"La Unión Cívica Radical, al reiterar su supremo esfuerzo, ha procedido en esa forma afrontando

la lucha leal y generosamente, prefiriendo como siempre ser vencida, sin vestigios de daños innobles, a triunfar con sombras. Las personas de los gobernantes y demás ciudadanos con influencia oficial fueron desde el primer momento objeto de especiales cuidados y consideraciones; durante la conmoción misma no podrá señalarse, en ninguna parte, el más leve abuso.

"Las justificaciones presentes e históricas están en el espíritu de la patria y cada vez más libradas a la conducta de los gobiernos. Ellos demostrarán, día por día, la justicia y la oportunidad de la viril reacción.

"La República presencia, en estos momentos, el espectáculo de gobernantes, partidos y hombres, que fundan su desenvolvimiento y la subsistencia de su autoridad, en la sumisión al presidente, y asiste a la reproducción, en todo sentido, de las formas y procedimientos que caracterizaron la época del 86 al 90. Así tenía que ser, porque cuando los males no se extinguen, es fatal que se renueven con mayor intensidad.

"El anatema estaba previsto para el caso de adversidad, debía reproducirse como tantas otras veces. Estaban igualmente previstas las alabanzas para el caso del triunfo, pero, como siempre, aquél se estrellará en la integridad de nuestra frente.

"La Providencia fija los destinos de los pueblos y de los hombres; ¡qué ella proyecte un rayo de luz, en nuestro sendero, mientras nos mantengamos dignos!"

Pero hay, indudablemente, otras causas que allí no se determinan y que quién sabe no sean las que contribuyeron más poderosamente al fracaso. Hay

un fatalismo en los hechos y en la naturaleza, superior a todas las previsiones humanas. Todo lo que ha de ocurrir ya está contenido en esencia en los hechos anteriores, como en el embrión está el niño, en el niño el adolescente y en el adolescente, el hombre.

La revolución del 4 de Febrero, ratificada en la manifestación política más grande que haya visto el país, la que recibió a los militares proscriptos y encarcelados, la revolución del 4 de Febrero, es la progenitora de los sucesos actuales.

Aquel movimiento perdió una batalla, pero ha ganado otra sin disparar un tiro y sin quemar un cartucho. Batalla que abarca un período de once años, y durante el cual, todas las cosas que han ocurrido en el escenario del país, reconocen este solo y sagrado antecedente. Las intentonas de la presidencia del doctor Figueroa Alcorta, que no engendraron un hecho, pero abortaron en una frase: "la reparación institucional"; la actitud del doctor Sáenz Peña, que ofrece situaciones gubernativas a la reparación y promete garantizar el comicio, no son sino resultancias de aquella cruzada.

Vencida en los hechos, la revolución triunfa en los espíritus, se impone por su justicia.

Estas horas que alcanzamos son su consecuencia. Aquella hoguera alumbra con estos resplandores. Alguna justicia se alcanza para las víctimas de Pirovano, para los que durmieron sobre la sábana blanca de la Tierra del Fuego, a los que cayeron para no levantarse más y para los que peregrinaron por Chile, por Montevideo, por el Paraguay y por el Perú.

Este presente es aquel pasado y será también el grandioso porvenir.

***

El doctor Sáenz Peña regresaba del Perú. Había ido a asistir a la inauguración de la estatua de Bolognesi, su camarada y compañero de gloria en el Morro de Arica. En Valparaíso, conoció al doctor José Nestor Lencinas, expatriado conjuntamente con un grupo de militares. Sáenz Peña quiso conocer en la tierra extranjera—que es donde más se quiere a la patria—a sus compatriotas. Tuvo lugar una recepción, donde estos le fueron presentados.

El doctor Sáenz Peña se conmovió ante aquel grupo de convencidos y de abnegados. Allí debió de comprender que el camino de los destierros no se cerraría en el país, mientras no se cumpliera lo inevitable. Que el brazo de las revoluciones no se puede desarmar, sino por la legalidad; y que mientras esto no ocurra, siempre habrá calvarios, siempre habrá desangres, siempre habrá culpables y siempre habrá mártires y héroes.

LA PRESIDENCIA

Dada la constitución política y social del país, el Gobierno de la República es la presidencia. La presidencia es todo el gobierno; sólo desde esa cúspide se puede cargar con las responsabilidades que comporta la fatigosa y previsora función.

Así lo ha entendido la Unión Cívica Radical desde sus comienzos. Y así, desde su primera conmoción revolucionaria, puso sitio a la Bastilla. El régimen, como absorción, es uno e indivisible, por mucho que se difunda en los Estados Federales. La cabeza de la hidra ha estado siempre en la Casa Rosada.

El problema de la reparación nacional ha sido planteado en términos irreductibles: todo o nada. No era que se buscase la totalidad del Gobierno, pues ya se ha dicho que no ha sido la posesión de los gobiernos lo que ha orientado a la revolución, sino que la obra no podía realizarse fragmentariamente. No se podía ni se podrá destruir al régimen con la conquista gradual de algunas provincias o de algunos Estados, lo que tampoco es posible realizar con el atrio impedido. Este procedimiento haría únicamente comprometer la acción, desviando el avance regeneratorio con objetivos subalternos a los móviles generales y permanentes que se persiguen.

La lucha ha estado siempre planteada en estos

términos perentorios: entre el régimen y la Nación. La finalidad patriótica que ha aventurado a los espíritus generosos en este largo interregno de la ilegalidad, no ha sido otra que restaurar las prácticas efectivas de la Constitución. Rehabilitar el comicio: he aquí, en toda su sencillez, el postulado de la Unión Cívica Radical y el comicio no puede repararse ni condicional ni parcialmente.

La soberanía popular es, también, como el comicio en que se ejercita, una, de un extremo a otro del país, pues se sobrepone a las autonomías jurisdiccionales, para integrarse en todo el pueblo de la República en que radica. No se conciben dos soberanías dentro del mismo Estado: dos pueblos dentro de la misma Nación.

Rehabilitar la soberanía nacional era una obra indisoluble y única, y con este concepto fué planteada por la reparación. Decíamos que gobernar entre nosotros significa tener la Presidencia de la república. No hay un país de Constitución más esencialmente unitaria que el nuestro. El Ejecutivo lo es todo: principio y fin, medio y propósito. Su influencia se ejercita sobre el país en una forma que no admite impedimento.

La presidencia está presente, a pesar del federalismo constitutivo, en los más insignificantes detalles de la administración federal; en las impulsiones, como en los sojuzgamientos al parecer más nimios. Y esta modalidad absorbente se realiza en los dos ejecutivos, o sea en el de la Constitución y en el del régimen.

Nuestra forma federativa ya nació en sus comienzos con un poder central, fuerte y lleno de graves preeminencias.

El predominio colonial español había sido uno, manifestándose en su rancio despotismo por una en-

tidad unitaria: el virrey. El pasado colonial era de plena absorción, y por eso al constituírnos, bajo los acicates de la anarquía, se buscó dar a la autoridad central, consistencia, realidad, efectividad de mando y de poder.

Así surgió nuestro Ejecutivo: jefe de la administración, del ejército y de la marina, con facultades para intervenir en las provincias, con prerrogativas de conmutar penas, de nombrar con acuerdo del Senado los ministros de la Suprema Corte y los altos dignatarios de la Nación.

Nuestra organización política atribuye al ejecutivo verdaderas facultades extraordinarias, y hasta la regalía de la gracia le ha sido reservada.

No hacemos crítica sino que anotamos un estado de cosas que es bueno puntualizar para entrar en el fondo mismo del objetivo reivindicatorio.

El ejecutivo del régimen fué, como se concibe, más allá del poder constitucional y de acuerdo con su origen espureo, no tuvo más norma ni más respetos que sus propias conveniencias.

El ejecutivo del régimen fué el poder absoluto, la absorción completa. Frente a él, el congreso—de origen también ilegal y formado a su antojo—fué lo que el Senado en tiempos de Augusto: un conclave de sumisos, que, como no debían su representación al pueblo, sino al gran elector, se prosternaban ante éste y mantenían una dependencia y una tutoría consentida y consciente.

En los congresos del régimen, cualquier Cromwell criollo pudo poner el cartel conocido: "esta casa se alquila". Pero no hubo necesidad, pues la sumisión previó todo conflicto. Nadie avasalla lo que de suyo está rendido.

Sólo una vez fué necesario desalojar a los insubordinados, que luego volvieron como antes a sen-

tarse tranquilamente en las mismas bancas prestadas.

La justicia, con alguna que otra excepción, también se rindió a las plantas del gran elector. Las provincias se gobernaban por procónsules, en forma que todo se aunaba en los mismos remaches de la Casa Rosada.

Luis XIV, César, Napoleón: éstos han sido en cuanto a sus facultades discrecionales, los presidentes del régimen, con menos el genio y el talento.

Por eso la Unión Cívica Radical ha procedido con lógica rigurosa, aceptando la solución del conflicto creado por el absolutismo, en el terreno que éste lo ha planteado. Hay que derrumbar todo, para repararlo todo.

Lo demás podrá ser la conveniencia: una diputación, una intendencia o una provincia; móviles respetables para los que quieren el gobierno, aunque sea en su porción más insignificante, nó la reparación. Pero, ya lo hemos dicho: la Unión Cívica Radical podría pasarse sin el gobierno, desde que ése no es su móvil, aunque debe ser su medio; pero el gobierno no puede ser legalizado sin la reparación.

Una de las grandes dificultades con que ha tenido que luchar la Unión Cívica Radical, dentro de su propio recinto, ha sido lo que yo llamaría el apego, la preocupación por la ínsula. Esta propensión que parece que radicara en el fondo de la naturaleza humana ha sido como una contramarca que ha pretendido siempre desviar a la causa argentina de sus fines nacionales, desmontando la totalidad de su reclamación para derivarla en petitorias parciales frente a cada gobierno y aun a cada comuna. Esto habría sido el caos, y el usufructo se hubiera sustentado desde las filas mismas de donde se esperaba la reacción.

En el orden común de los intereses, de lo que todos los días nos duele y nos ofusca, la gradación es la siguiente: el hogar, la comuna, la provincia y la nación.

En el orden de los acontecimientos trágicos y de excepción, todos los ánimos se soliviantan por la bandera y por la patria. En el común de la vida ordinaria, en la sucesión monótona de los días, los hombres son tomados por el ambiente más inmediato, y él es, desde luego, lo que más les preocupa.

Así, a un hombre, lo primero que atrae sus esfuerzos es su propio hogar; luego, como este mismo hogar, acrecentado, la comuna, con sus preocupaciones lugareñas, donde se entremezclan las pasiones ahondadas por los pequeños centros. La comuna es la tranquilidad de la casa. Es la buena administración, la buena justicia de paz, el buen comisario, la buena luz, la buena calle, los buenos caminos, la buena banda de música,—que hasta esta deleitación del ánimo es importante en los pueblos, por la necesidad limitada de la vida sociable; es el buen cementerio limpio, en homenaje a los que han partido primero, o un cicutal que denuncia la inercia y blasfema el olvido. Desde otro punto de vista, la comuna es el saqueo, el alza aterradora de los impuestos por los pseudo-servicios municipales, el comisario coimero y apaleador, cómplice en los abigeatos; los malos caminos, los alambrados cortados de noche en las estancias y chacras de los que no acompañan al oficialismo; el compadraje insolente y criminal, paseando su impunidad por las calles atemorizadas de las localidades; en una palabra, la inseguridad de la vida y de la hacienda.

Se explica, pues, por qué muchos hombres patriotas y dignos de la campaña, reinciden en la cuestión local, en el gobierno de la ínsula; porque

desean esgrimir sus armas contra las municipalidades. Es que el gobierno de la propia casa se mezcla en todas sus cosas y en todos sus asuntos. Está presente, como una pesadilla, en los más insignificantes actos. Rodea a los ciudadanos, los envuelve y concluye por ofuscarles.

Por ofuscarles, decíamos, porque ni hay que dejarse sorprender por las apariencias: ese gobierno despótico, tiránico e irresponsable de la comuna, es el primer escalón del régimen. Es su célula primaria, que no se destruye sino con la muerte de todo el organismo. Hay quienes creen lo contrario, y se esfuerzan inútilmente con hacer cierta la máxima popular: "lo primero es lo primero". Y se obcecan y se obstinan, creyendo posible conseguir la tranquilidad de la propia casa, para luego conquistar la liberación de la República. Esto es precisamente lo imposible. En la reivindicación de los derechos conculcados hay que ir de lo general a lo particular, y no a la inversa. Hay que hacer como un gran trabajo de síntesis, para luego llegar, por impulso espontáneo de las cosas, al detalle, al análisis.

Los escombros de la Bastilla promulgaron la libertad de Francia, en la extensión de todos sus derechos. Allí también se tumbó el régimen, se fué a la causa originaria sin perderse en los detalles. Se abatió la tiranía, y sobre sus ruinas surgió el régimen de la libertad. A nadie se le ocurrió la peregrina idea de reparar parcialmente, es decir, "pari passum": primero una aldea, después una provincia y luego el país entero. Todo o nada: he ahí el lema inmutable de todas las revoluciones humanas, hechas por un gran principio de equidad y de justicia. Después del titánico esfuerzo, Francia se irguió, teñida de sangre las plantas, pero exten-

diendo hacia el mundo el evangelio de la Fraternidad sustentada en su declaración de los Derechos del Hombre. De aquel chocar violento de pasiones contenidas y exacerbadas durante siglos, de aquel zig-zag de odios y de rencores, de la sangre vertida en el cadalso por Dantón, Robespierre, Saint Just, Desmoulins, Roland y cientos y cientos de otras cabezas geniales, surgió como un bronce resplandeciente esta cosa sencilla y grande, piadosa y terrible: la Libertad.

Si los revolucionarios hubiesen planteado la revolución en el terreno acomodaticio de las reivindicaciones graduales, habrían fracasado y hecho sonreir a la monarquía y a la nobleza entronizadas

Todos los derechos fueron conquistados juntos: la libertad de la palabra; la libertad de acción; la abolición de la esclavitud; la gratuidad de la educación; la organización de la instrucción superior; la unidad de los códigos; la creación del crédito público, de telégrafos, asilos, hospitales, del Instituto, asistencia de la infancia, de la maternidad, de los ciegos, de los huérfanos y la promulgación de este apotegma que es la base de la convivencia social: "la libertad de un ciudadano termina donde empieza la libertad de otro". Toda aquella obra inmensa que compendia la legislación moderna, en todos sus problemas sociales, fué realizada de un solo golpe, como si la fecundara el mismo tajo de la guillotina, que hacía rodar las primeras testas creadoras de tanta luz y por la luz cegadas.

La revolución de Mayo también inscribió en sus estandartes novicios el mismo lema: "todo o nada: o sea, la independencia o la esclavitud. A nadie se le ocurrió conquistar la libertad de la metrópoli, por ejemplo, y dejar sumido en el despotismo al resto de la República. Loco habría sido conside-

rado quien tal despropósito pretendiera. La independencia de suyo implicaba terminar con toda tutoría extraña, y no para una parte privilegiada, sino para todo el país. Nadie habría propuesto como plan posible la independencia gradual.

Actualmente nos encontramos ante la misma perspectiva, con la diferencia de que el despotismo no nos llega desde fuera: se ha sentado entre nosotros y tomado carta de ciudadanía. Pero la acción, los móviles y los procedimientos son los mismos. El despotismo, al ciudadanizarse se ha hecho más contumaz y su expulsión es más difícil. Cuando el enemigo está en la propia casa, se le arroja menos fácilmente que cuando viene de fuera. Por eso la independencia insumió 16 años y la reparación radical dura ya 30.

Ese sentimiento lugareño, ese afán por las cosas inmediatas, esa preocupación por la ínsula es uno de los problemas de orden interno que ha agitado al radicalismo, aun cuando siempre ha conseguido dominarlo.

Después viene la preocupación provincial: a un porteño le interesa incuestionablemente más la renovación de las marcas en su provincia, que la cuestión de los bonos de tesorería en Santiago del Estero o Mendoza. Y a la inversa, en Mendoza y Santiago no preocupa, porque nadie siente de inmediato sus efectos, la rapacidad que significa la renovación de las marcas; pero, en cambio, sienten la cuestión de los bonos provinciales, impuesto interno,—que eso es, al fin, el papel moneda emitido clandestinamente por las provincias.

De ahí que la preocupación y la defensa se orienten hacia al mismo plano en que se esgrime la acometida. De ahí el provincialismo, que ha sido el origen histórico del caudillismo, como éste es el ori-

gen histórico del federalismo. ¿Qué le importaba en realidad a Ibarra lo que Rosas hiciera en Buenos Aires, con tal de que no estorbase sus planes de dominación local? El feudalismo caudillesco vivía de sí mismo. Cada uno tranquilo en su ínsula. Las guerras y las revueltas surgían cuando alguien rompía este statu quo. Si un caudillo quería aumentar su feudo a expensas del vecino, estaba armada la revuelta; y de la revuelta se vivía, porque lo que agitaba la mentalidad, clara en algunos y confusa en otros de los caudillos, era la unidad nacional. Catorce gobiernos autonómicos y entregados cada uno a la explotación de un señor feudal, representaban catorce naciones o estados. El vínculo de la unidad se disolvía en este feudalismo. La nación era un vocablo; el federalismo era un hecho. La nación era el anhelo, el derecho que buscaba su fórmulo y el federalismo era el heho que le imposibiltaba, el eterno valladar que se interponía entre el ideal y la realidad.

Pero, por sobre toda esa desorganización, el espíritu de la nacionalidad flotaba en el caos, como el de Dios en las aguas, según el símbolo del Génesis. La nacionalidad, difundida y rota por las lanzas de los caudillos, trabajaba en silencio, como una resultante de las cosas, sin conciencia de su propia conciencia por llegar a la unidad. Un anticipo fecundo de este empeño, lo dá el unitarismo dogmático y prematuro de Rivadavia, a quien, si le sobraba talento de reformador, le faltaban condiciones de percepción y de adaptabilidad. Por eso confundió a una nación de seiscientos mil habitantes desamparados en un territorio inmenso, sin comunicaciones, viviendo en un rudo aislamiento, con una nación susceptible de resistir un gobierno centralizador. Pero lo que hay de utopía en los

unitarios, es también lo que hay de confuso en el entrechocarse de la montonera: el espíritu de la nacionalidad, trabajando su fórmula, buscando su consolidación, parteándose a sí mismo entre el desfiladero, el aislamiento, el caudillo y la pobreza. Obra misteriosa y fecunda en que han intervenido de consuno, sin darse cuenta, casi siempre, los hombres y los acontecimientos.

Y en ese trabajo subconsciente, Rosas fué el hecho. El abatió el caudillismo; elevó por sobre los señoríos comarcanos la soberanía de la nación, y eso, gobernando una provincia. Rosas cercenó despiadadamente las cabezas de todos los caudillos prepotentes. Realizó la misma obra oblicua y trágica de Luis XI, fundador de la Francia, con los grandes dignatarios de la corona. En una época en que el duque de Borgoña, Carlos el Temerario, el duque de Bretaña, el conde de Armagnac, levantaban frente al derecho de la corona, sus penachos de vasallos, más erguida que la misma insignia real, Luis XI empezó aquella tarea tétrica, en que desplegó tanta maldad como arte. Construyó jaulas de hierro para encarcelar a sus vasallos rebeldes, inventó cepos y suplicios, hizo ahogar como a rebaños, a miles y miles de prisioneros juntos, en Dinant, masacró a miles en Lieja. Juraba para sorprender a sus amigos y adversarios por los amuletos de hojalata de su gorra mugrienta: se santiguaba y blasfemaba a la vez; usó de todas las artes y de todos los recursos; comulgó con el pueblo, con el cual compartía su pan y su mesa, y del cual recibía las mejores delaciones: y así, de entre esa obra de raposa, de carnicero, de cómico y de impávido, sacó triunfante la unidad de Francia. Esa es su gloria. Fué el hecho. Después debió de venir la Convención y sus horrores para hacer el derecho. En-

tre un momento y otro, hay un intervalo de tres siglos, del 1470 al 1793.

Entre Rosas y Luis XI hay analogías de procedimientos y de finalidades, realmente sorprendentes. Luis XI buscó al pueblo, Rosas se apoyó en él. Luis XI paseaba—dice un historiador—frente a la caballería feudal, relampagueante y empenachada su ropón raído, como Rosas frente al grupo aristocrático de los unitarios, su poncho rojo. Uno y otro fueron el hecho; la necesidad, la voz misteriosa de los acontecimientos, que saca de entre el dolor, la podre, la miseria y el crimen, la soberanía de una nueva nación, el estandarte de un nuevo pueblo.

Rosas, fué el hecho. A él tocó la misma tarea ingrata que a Luis onceno. El unificó a la República, abatiendo el caudillismo. Tarea enorme en la que puso toda su sombría alma, al servicio de esa pasión, que él sintiera tan urgentemente como el monarca francés. Concentradas en sus manos todas las soberanías locales, la unidad estaba realizada. Faltaba el derecho, y, apareció con la voluntad de los pueblos dispersos, en otra convención: la asamblea constituyente del Paraná, convocada por Urquiza, lugarteniente victorioso de Rosas.

Entre Rosas y la constituyente, hay apenas un intervalo de veinte años, tomando las cifras más dilatadas. Asombroso prodigio de nuestra evoluciones abreviadas.

Francia necesitó tres siglos, para lo que nosotros necesitamos veinte años!

Pero volvió la inevitable reacción, y en ella estamos. Francia tuvo la reacción imperialista con Napoleón, y la restauración monárquica después: nosotros hemos tenido al régimen, que es el hecho, la ilegalidad, la reacción. Promulgada la constitución

incorporada Buenos Aires a sus hermanas, después de la revisión de aquella, unidas todas las provincias y gravitando sobre ellas la soberanía de la Nación, concordes el hecho y el derecho, aquel reacciona en la sombra y rompe el equilibrio.

Volvamos a encontrarnos otra vez frente al hecho. La Unión Cívica Radical representa el derecho, la armonía superior de las cosas reconocidas en la constitución y por ella tuteladas, la realidad de los principios republicanos, la verdad democrática, la moralidad superior, sin la cual los estados no definen ni pueden realizar nada. Esta tarea ha sido ya más costosa y más sacrificada, es la evolución más lenta que haya hecho el país, apesar de que la realizaba bajo el acicate de la espuela revolucionaria. Lleva insumidos treinta años, en que el hecho ha acorralado al derecho, negándole en el propio recinto de la patria, la sal y el agua. Tampoco nosotros hemos dado cuartel; por eso ahí está el hecho, el régimen que es su encarnación viva, muerto antes de combatir.

Hemos debido resignarnos a una calificación nueva, a un estado inverosímil; hemos sido los únicos argentinos de verdad, extranjeros en nuestra propia patria. Se nos han cerrado y negado todos los caminos. Hemos permanecido, empero, dignificados en la clausura de nuestro aislamiento, sin pactar con la ilegalidad, fortaleciendo el alma en los grandes ejemplos de nuestros mayores, para conquistar los derechos conculcados, para abrir la escena a todas las calidades, a todas las virtudes que hoy se pierden en la penumbra y en el anónimo.

¿Qué han sido en el criterio de la reparación las victorias electorales últimamente alcanzadas? Trincheras tomadas, jalones plantados en el derrotero que conduce a la victoria final.

Los gobiernos de provincia y las diputaciones y representaciones públicas, no pueden tener otra finalidad que la de aportar elementos al triunfo definitivo. De suyo nada significan. Al régimen hay que derrotarlo totalmente y aun el día que caiga su cabeza, es decir, la presidencia, las vértebras conservarán por un instante la vida celular y se agitarán espasmódicamente. Será como una vislumbre de resistencia, será como el hipo postrero que clausura la vida.

Desmenuzar la reparación sería anularla,. Este ha sido el principio sustentado con una pertinacia sin desmayo por el doctor Irigoyen. El ha visto con esa penetración de su espíritu, que le dá la visión real de las cosas, cómo debía plantearse la reparación. Y se planteó como una causa nacional que no admitía transacciones, ni relevaba responsabilidades. Su energía tutelar ha contenido por eso muchas veces tentativas de desbandes parciales y de situaciones dubitables. El ha sido quien ha puesto entre la reparación y el régimen una valla, que no se abate, una línea que no se cruza.

Volvamos a las victorias electorales. Decíamos que ellas son un medio y no un fin. Creer que se puede gobernar con el régimen es trocar las representaciones públicas en una culpable y deliberada complicidad. Entre el régimen y la reparación no caben alianzas ni coparticipaciones, ni gobiernos a medias. Como entre los revolucionarios franceses era inconcebible la república y la monarquía gobernando juntos porque eran términos irreconciliables y antagónicos, lo mismo ocurre entre nosotros. ¿Quién concluirá con quién? Esa es la fórmula. Y esto por principismo, por puro principismo y no por animadversión a los hombres, ni por odio a las personas, que no somos capaces de sentir. Va de

ejemplo: si la representación radical del Congreso pudiera hacer obra, promulgar leyes y orientar la vida política argentina desde sus actuales 28 bancas, no habría objeto de continuar luchando. Ya estaríamos dentro de la legalidad. Pero no es así: las diputaciones nacionales son avances en el largo camino, retazos de triunfos obtenidos en comicios, la mayor parte de ellos viciados: esa no es la sanción de la legalidad, ni es ese el Congreso que representa a la soberanía nacional. Las diputaciones no pueden tener otra eficacia ni otro alcance. Son victorias parciales que sirven en cuanto anticipan la victoria definitiva. Sirven también para exteriorizar verdades, pero la verdad nos acompaña *ab initio;* es la realidad, lo que nos falta conseguir para recomponer a la República quebrantada en su civilización y en su progreso.

Si mañana el fraude—lo que no es creíble felizmente—arrebatara la presidencia de la República a la reparación, ¿podría acaso, ésta, hacer obra, ni modificar nada con los fragmentos de poder que le quedarían en sus manos? Ocurriría con esos gobiernos una de estas dos cosas: o serían derrocados por el régimen triunfante, o tendrían que traicionar el veredicto público y pasarse a las oligarquías. En cuanto a las diputaciones nacionales, serían gritos perdidos en la soledad. Su tarea habría concluído; y permanecer con el régimen en el mismo recinto, él representando la usurpación y nosotros la legalidad, sería otra coparticipación culpable, otra descalificación mortificante. Habría que renunciar. Dejar al régimen en la absorción plena. No hacerlo implicaría una complicidad delictuosa que descalificaría ante la opinión a los diputados radicales, y, lo que es más grave, a la reparación.

Por eso, también, desde las bancas actuales no

se puede ni debe intentar obra alguna. El régimen que no hace nada, se cuida muy bien de dejar hacer. Cualquier tentativa de bien público cae vencida por el número. Desde mi banca de diputado—y como tantos otros de mis colegas—he formulado entre varias iniciativas benéficas cuatro interpelaciones y minutas: una sobre la crisis, antes de la guerra europea, y antes de que ésta se declarase como un mal conocido y aceptado. Otra, sobre la municipalización de la venta de artículos de consumo, contralor de los alquileres de los trabajadores, para que éstos guardaran relación con sus jornales e inspección permanente para higienizar los conventillos. Otra minuta sobre el concepto con que nuestro gobierno había intervenido sin conocimiento y sin dar participación al congreso, en el conflicto originado entre la República de México y los Estados Unidos de Norte América. Otra sobre las medidas tomadas por el Poder Ejecutivo para que el logro de las cosechas de 1915 a 1916 se realizara sin inconvenientes que las cercenaran en su legítimo aporte. Comprendía este pensamiento crédito a los colonos por el Banco de la Nación, (lo que después de la minuta se consiguió); transportes ferroviarios y marítimos de la cosecha; perjuicios ocasionados por el acridio y trabajos realizados por la Defensa Agrícola; transporte gratuito de los peones de las provincias del Norte, allí donde su trabajo fuese requerido.

Estos cuatro pensamientos, que no tenían finalidad política, que concretaban graves cuestiones y problemas urgentes del país, fueron desechados por el congreso, es decir, por la mayoría del régimen que allí también lo componen todo lo que no es radical. Y, caso único en la historia y en la tradición parlamentaria argentina, esas cuatro minutas de

interpelación fueron pasadas a las comisiones respectivas, siendo que siempre, invariablemente, vinieren de donde vinieren, se votaban "sobre tablas". Esta forma de votación es, puede decirse, un derecho substantivo de cada diputado, que en mí únicamente hizo excepción, lo que yo ya me sabía de antemano.

Por eso también, porque consideramos nuestra actual representación, no como un fin, sino como un medio, es que yo he creído que no debía votar la supresión de un solo empleo, de un solo instituto de enseñanza, de ningún servicio público, ni la rebaja de un solo sueldo. Y así lo he hecho y en ello me ratifico. No se pueden curar en los efectos las causas. Hay que terminar con las causas y los efectos no se sentirán. Lo demás es equívoco.

¿Debe, acaso, el país su postración económica a los siete millones que importaban las rebajas en los sueldos públicos y no a todas las enormidades del régimen?

¿Y ahora cree el régimen que va a componer las finanzas, sacándoles partes de sus emolumentos, algunos precarios hasta la miseria, a los empleados públicos? Ante semejante pretensión no cabría sino encogerse de hombros. Si el país está en la bancarrota es por el régimen, cuya absorción ilegal no ha tenido otro objetivo permanente que el usufructo ilimitado de la fortuna común.

Por el despilfarro, las inepcias, las apropiaciones fraudulentas, las obras públicas realizadas, como pretexto para beneficios personales, compras de armamentos que han enriquecido a muchos; en fin: toda la gama de los abusos y de los delitos, es lo que ha originado la situación actual, lo que nos ha endeudado con el extranjero, y comprometido la renta pública, lo que ha traído como consecuencia

el estado desastroso de la economía nacional. Terminemos con las causas y veremos desvanecerse los efectos, sin necesidad de decretar ridículas economías sobre el hambre y la aflicción de los empleados.

Pongo estos ejemplos, entre tantos otros análogos, para reafirmar con los hechos la doctrina. A la República se la gobierna en la acepción efectiva de la palabra, desde un solo punto, desde la presidencia. Lo demás es secundario y accesorio y viene de suyo.

Sobre ella todos los esfuerzos y todos los impulsos.

LA REVOLUCION

Se ha reprochado, por la superficialidad corriente, que la Unión Cívica Radical haya levantado la bandera revolucionaria para cumplir su apostolado histórico.

Hay quienes creen, y otros que fingen creer, que la revolución es un atentado casi divino que sólo ha podido echar raíces en las mentes ofuscadas y en los corazones impacientes. Ni una ni otra cosa. Dilucidaremos el tema para los que están equivocados, que los otros bien pueden continuar como hasta aquí, disparando sus flechas contra el sol.

Lo que tiene de magnífico, de trascendente, de espiritualizado, la Unión Cívica Radical, es la revolución. Los que solamente ven las apariencias de las cosas, podrán pensar lo contrario; pero los que desciendan al fondo del análisis, verán que la reparación institucional no podía plantearse con los comicios clausurados, sino revolucionariamente. ¿Qué se ha propuesto la reparación argentina? Ya lo hemos dicho, pero habrá otra vez que repetirlo: la verdad institucional, la realidad del comicio.

La revolución de Mayo se propuso la independencia; la revolución francesa, derrocar la monarquía y establecer la igualdad, y la norteamericana concluir con la dominación inglesa. ¡Simplicidad de las grandes causas!

Esta idea primaria y al parecer tan simple, es toda la verdad política nacional de treinta años a esta parte. Es toda nuestra historia, gravitando sobre un solo punto, para abrirse brecha como las aguas detenidas y precipitarse camino libre sin valladares que la contengan. Este es el programa de los programas. El lábaro constitucional, la efectividad democrática, el país armonizado con su derecho, rigiéndose a sí mismo, por fin, dueño de sus destinos.

En una nación constitucionalmente organizada como la nuestra no hay más que un solo poder inmanente y actuante: el pueblo. El gobierno, nó directamente, como en la antigua república ateniense, grupo pequeño y selecto que se reunía a deliberar en la plaza pública, sino por medio de sus mandatarios nombrados libremente, emergiendo del ejercicio de su soberanía.

Pero cuando el pueblo no nombra sus representantes, cuando sus gobiernos no emanan de la ley, sino de sí mismos, de la ilegalidad, todo el engranaje, la máquina institucional está destruída y en lugar de un gobierno tenemos una satrapía, una mentira, una inmoralidad, un simulacro, una parodia, una subversión total que degrada lo mismo a los falsos mandatarios como al pueblo burlado.

Un pueblo sin su gobierno, el de la ley, es una entidad decapitada. No es una nación realizando su vida en la armonía, en la solidez perfecta entre el hecho y el derecho. Sacad a un país de su verdad para precipitarlo en la absorción y tendréis estas dos cosas: el pueblo frente a la oligarquía y el derecho frente al hecho. Y como ni los hombres ni las cosas pueden vivir fuera de la normalidad, ya se tiene planteado el dilema de hierro: someterse o rebelarse.

La revolución no nace en los pueblos, cuyo instinto de conservación es su vida misma; la revolución nace en los gobiernos. Ellos la engendran, ellos la fortalecen y ellos, por fin, la precipitan. No fué el pueblo francés quien se sublevó contra la monarquía; fué la monarquía la que conflagró al pueblo en un trabajo de convulsión lento, pero seguro.

La reparación argentina se propuso rehabilitar el comicio. ¿Cómo podría hacerlo desde el comicio mismo, si éste estaba confiscado? Si hubiera sido posible votar, no habría existido problema que resolver. Si la fuerza había clausurado el comicio, la fuerza debía abrirle.

He aquí planteado el problema por la realidad inexcusable de los hechos. Retroceder por miedo o cualquier otra consideración que no fuera la de los intereses públicos, habría sido perpetuarnos en la absorción, en la tiranía y en el escándalo.

Hubo otra vez que avasallar aquella triste realidad y la revolución nació como resultado de las desviaciones sociales, como un dolor nuevo en que la nación purgaría los errores y los crímenes del régimen.

Y como toda grande idea colectiva, como toda necesidad urgente de los pueblos, la Revolución Idea encontró su apóstol. Se apoderó, por así decirlo, de él, le acrisoló el alma como los volcanes se queman por dentro con su propia lava, le dió tenacidades desconocidas, pertinacias inquebrantables y como Kempis le murmuró las palabras de fuego: toma tu cruz y sígueme!

Y ya tenemos la idea corporizada, el alma realizándose en su cuerpo. Ya es posible la lucha: hay un credo y un hombre que le conduzca—una fe que le ampare; una valentía que se sacrifique, un gran

conductor que es su verbo y su enseña; un brazo fortalecido por todos los brazos; una mente razonando por todas las mentes; un pecho donde el corazón enorme de la multitud bate su ritmo.

Fué el apóstol, ca le vimos el 90 cumplir con el retazo del deber que le estaba encomendado, interponerse entre la fatalidad y los hombres y columbrar sin duda en aquella pira encendida por la rebelión de Buenos Aires el camino único que se ofrecía a la esperanza patricia.

La gloria que siempre se ha enamorado de los oropeles exteriores, fué esta vez a buscar a un hombre todo sencillez y todo sinceridad, que estaba casi al margen de los sucesos, retraído por duelos íntimos, replegado sobre sí mismo como una bandera sobre su asta. Fué a buscar no al mariscal francés, lleno de entorchados, adusto el ceño y desafiante la bizarría altanera del bigote—sino a un hombre civil, a lo Wáshington o a lo Lincoln, que repartía sus horas entre el trabajo, las meditaciones de sus libros predilectos, esos compañeros sin desganos, ni impertinencias, y las vislumbres lejanas del porvenir. Fué a buscar a un hombre todo austeridad que en la penumbra clareada de su propio retraimiento, giraba como desplazado en la órbita de los hechos comunes.

¿Quién busca a quién? ¿Los acontecimientos al hombre o el hombre a los acontecimientos?

En otros términos: ¿es el hombre quien conduce a los acontecimientos y los deriva como una síntesis, o son los acontecimientos que se corporizan en un hombre y desde él actúan, marchan y caen o triunfan?

El fenómeno es complementario. Para la manifestación de una alta personalidad, para hacer un apóstol, se necesitan las condiciones de ambiente

que reclama el apostolado que pide la doctrina, y el hombre que sea capaz de interpretarla, de sacarla de sí mismo, como una revelación y ofrecerla, desde el Sinaí o desde el Calvario, a la asombrada espectación de los pueblos.

Cristo no habría podido producir, porque eran factores objetivos extraños a él mismo, el estado político y social de la Roma Cesarea, con sus degradaciones inverosímiles, con sus circos ensangrentados, con la crápula de sus ciudadanos corrompidos, con sus procónsules que contaminaban las provincias lejanas de los pecados del Satiricón, en que la capital del mundo se afeminó hasta sucumbir.

Pero Cristo trajo en su cándida simplicidad la doctrina destinada a cambiar la faz del mundo y a levantar sobre la ruina del imperio romano, un nuevo estado político, una sociedad regenerada y digna.

Sin lo que hubo de personal en la doctrina de Jesús, su fe no se hubiera impuesto. Toda su obra fué exclusivamente suya. Negarle ese patrimonio sería como discutirle su Cruz. Fué él y sólo él, quien impuso su evangelio. Fueron sus parábolas sahumadas de unción, que salidas de otros labios no hubiéranse infiltrado en las conciencias sencillas de los pastores de la Judea. Fueron sus predicaciones, su semblante que anticipaba su martirio, sus ojos que se dilataban sobre el mundo, como si de otros mundos vinieran. Fué su expiación, fué su sangre, la suya, la que acabó de convencer a los inconvencibles, la que habló mejor a los descreídos y a los pesimistas. No puede darse nada más personal, más acaudillante que la prédica de la doctrina menos personalista y más trascendentalmente humana. Con otro que no fuera Cristo, a pesar de

la corrupción, del inmenso imperio sin alma, que se balanceaba beodo como para tumbarse, el cristianismo hubiera sido imposible y hubiera fracasado.

Así se explican todas las grandes causas y todas las grandes doctrinas: por la integración en una resultante única del principio en un hombre, del hombre en la multitud.

Sin Bismarck, nadie se puede explicar el imperialismo prusiano; sin Gladstone, el liberalismo inglés; sin Napoleón, la Francia imperial retoñando desde los cadalsos igualitarios; sin Mazzini y Garibaldi, la unidad italiana, ya soñaba cuatro siglos antes por Macchiavelo; sin O'Conell, el dolor irlandés no habría tenido eco; sin Moreno, la independencia habría carecido de dirección y sin Irigoyen, la revolución argentina no habría encontrado su apóstol.

El fenómeno es el mismo en todas las épocas y bajo todas las latitudes. El hombre es el agente misterioso del destino, del pueblo o de Dios.

De sus labios recibe la consigna y se lanza a peregrinar para cumplirla. Lleva su carga abrumadora y no se deshace de ella, sino cuando la tarea está terminada; cuando los sueños se han tornado realidad o las realidades se han tornado sueños.

Entretanto, sigue con su carga, vaga, insomne como un condenado, bajo el desvelo de los astros y la pesadilla de su misión revelada.

Y así transcurren las horas de los misioneros, agitadas, sombrías, llenas de un misterio enorme, de un zumbido obsesionante que parece que en la fragua misma de los hechos, vocea su consigna como una clarinada que no da tregua ni al dolor ni al cansancio.

Desde los abismos de la historia, se levantan las sombras de estos forjadores abrumados, todos con su cruz a cuestas, siendo objeto de escarnio y de admiración a la vez, indiferentes ante el aplauso o el dicterio, superiores al acaso y a la trivialidad, agenos casi siempre a las modalidades subalternas del ambiente inmediato, vislumbrando cosas que nadie percibe más allá del límite en que las pupilas vulgares no penetran en la excrutación insondable de lo eterno.

Hormigas laboriosas, como sí bordearan una montaña, van con su carga a cuestas, sobre los despeñaderos, hacia el sol, hacia la cúspide de los progresos ignorados, donde el picacho suda su nieve como si se hubieran engarzado en su cono bravío blancas y abrillantadas las estrellas.

Y ya tenemos la bandera y el brazo; la doctrina y el hombre; la frente y el ceño que le virtualiza; la palabra y la acción, la multitud y su conductor. De esta síntesis nace la verdad, fecundación de astros en el tiempo!

No se puede concebir nada más arriba ni superior que el ideal revolucionario, bandera que flota sobre los vientos trágicos, que llama a una nación al cumplimiento de sus deberes ineludibles.

Más difícil y ardua la empresa revolucionaria en un ambiente diluído y mercantilizado como el nuestro, donde la inmensa masa extranjera vuelca su indiferencia y donde el objetivo permanente de la riqueza adocena los convencimientos y mella las voluntades, circunscribiendo los impulsos a los objetivos inmediatos y hacederos.

La mayor parte de nuestra gente, aun en las clases populares, brega por su solvencia económica. Se la ve pasar por las calles como intranquila caravana izando en la diestra el símbolo de sus as-

piraciones, concretadas en el caduceo de Mercurio. Alzar el ideal revolucionario en una sociedad así, por deber imperioso e impostergable, es realmente una ímproba audacia, que sólo pueden realizar los convencidos.

La revolución era necesariamente la solución del problema político, de la real y efectiva organización nacional, que será todavía una premisa sin solución, hasta que no hayamos entrado en el uso legítimo y regular de nuestras instituciones.

Eso y no otra cosa es la organización nacional. Sus actuales dioses penates, algunos de ellos sostenedores del régimen, tendrán que ceder su nombradía: han de ser disminuídos en sus mármoles prematuros, cuando la reparación argentina cumpla su misión y termine su empresa.

Hasta ahora, ¿de qué organización nacional hemos disfrutado? ¿Puede llamarse organización en el orden político, al fraude como sistema en el administrativo, el usufructo como finalidad, y en el social el desorden como característica?

La real organización nacional, la trascendente, concorde con las altas idealidades de la raza, está por hacerse: es decir, está culminándola en estas horas la Unión Cívica Radical.

Es verdad que tenemos la organización en el papel, en las páginas blancas e impracticadas de la Constitución. Todo eso ha sido un hermoso epitafio puesto en una tumba.

La organización encubría el desorden, la anarquía, el vasallaje de los estados, meras reparticiones administrativas del poder federal. Es cierto que nadie quiere darle el alcance único y grandioso que debe tener. Al decir organización, en realidad, se ha querido decir unificación. Buenos Aires y las provincias formando una sola entidad. Pero este

anhelo, ya movió hace un siglo a los revolucionarios de Mayo. Todos los gobiernos provisionales, desde la primera junta, fueron nacionales, argentinos, unitarios, en el sentido de comprender a todas las provincias. Los ensayos constitucionales, los de los años 19 y 26, ya legislaban para la nación, ya unificaban la identidad histórica, que era más que una creación de los hombres y de los constituyentes, el resultado irrevocable de los sucesos, del pasado colonial, del Virreinato y hasta de la constitución geográfica del territorio.

La asamblea del año 13 y la del 16, que proclama la independencia, lo hacen ambas en nombre y representación de todas las provincias. Ni en el concepto de la unificación puede admitirse la organización nacional, tal como lo pretenden los mismos que en su hora pusieron obstáculos al advenimiento de la familia argentina y quisieron constituir un estado independiente.

Tampoco hemos de restar méritos a la obra de Urquiza: aquella convención convocada por él, fué un grande acto, lleno de concordia y de sabiduría.

Por ese impulso generoso, Urquiza merece los respetos que le ha otorgado la posteridad. En él redimió todos sus errores y hasta sus crímenes, que fuera inútil negarlos.

Pero la obra de Urquiza y la de los constituyentes fué una declaración de derecho; fué una organización en el papel, porque lo que hasta entonces no había ocurrido, Buenos Aires se separó de sus hermanas. Transó después, aunque refunfuñando, su viejo localismo. Antes de ese momento ya se habían realizado varias y reiteradas organizaciones

(constituciones), juntas, triunviratos, directorios y presidentes de la república, con una jurisdicción "in nómine", más extensa que la del año 52, y la que constituye nuestro actual patrimonio geográfico. El defecto de todas estas constituciones (organizaciones) gobiernos, es que no se infiltraban en los hechos, no modificaban el estado, discordantes de las cosas tal como ocurrió después del 53. La sanción legal, la constitución, se promulgó, pero faltó la organización nacional, en el concepto de que la vida política de la república se conformara con aquellas declaraciones que hasta nuestros días han sido meramente ilusorias.

Entiéndase bien, la organización nacional, en su justo sentido y en su verdad verdadera, se deberá, aun que muchos pretendan asombrarse, a la reparación radical.

Hasta ahora se ha organizado la ilegalidad.

Ya tocamos los momentos en que hemos de poder por fin dar organización al derecho. Consumar esta obra es terminar la evolución política de una sociedad comenzada allá en la aldehuela de 1810, y que después de un siglo de luchas, descalabros y victorias, recién llegará a un alto de la jornada en que podrá mirar con gratitud hacia el pasado y con plena confianza hacia el porvenir.

En esta dilatación asombrosa de las horas, el ideal del patriotismo argentino, tenía que ser el mismo ideal viejo que sacudió a la colonia y armó el brazo de los guerreros de la independencia: la revolución. Ella ha sido el norte, el rumbo, el polo, el punto de conjunción de todos los hombres y todos los propósitos. Había que derribar la Bastilla, había que derrocar al régimen, y para este intento inexcusable era menester valerse de la fuerza, había que tronar la revolución.

Pero la revolución, que es una antorcha, quema por lo común el brazo que la sustenta. Por eso, hubo momentos en que no había en el país otro revolucionario que el doctor Irigoyen. El había planteado, dentro de esa lógica rigurosa en que desenvuelve su vida y vive sus doctrinas, el ideal revolucionario como la única posibilidad de destruir al régmen, como la "ultima ratio" a que apela el pueblo en el naufragio de todas las legalidades. Por eso entre el ideal revolucionario y su gestor y abanderado hay una identidad perfecta. Por la revolución se conoce en un encadenamiento lógico al doctor Irigoyen y por el doctor Irigoyen se comprende la revolución.

Apóstol de la reparación, comprendió que no siendo posible la controversia electoral, no cabía más fórmula de lucha que la absoluta revolucionaria.

Cualquier otra concepción no hubiera sido el ideal, hubiera sido la conveniencia. Cualquier otro sistema no habría constituído la reparación, sino el acuerdo.

Y ahí están como para ser confrontados el ideal y la conveniencia; el propósito extraviado de los que pactaron y la línea recta del radicalismo revolucionario, triunfando ya con su bandera reparatoria.

Muchos han pretendido que la revolución nació de una compresión díscola y cerrada de la realidad política. Otros fingían creer que era una impotencia cubriendo su propio ridículo y su descontado fracaso. El primer comicio medianamente libre que se levantó en la escena nacional, después de casi 20 años de abstención—el de Santa Fe—les convirtió en asombro la sorna de la sonrisa y el gesto de afectada superioridad.

Aquella victoria dió la razón íntegramente al ideal y al propósito reparatorio.

Aquel comicio — ya volveremos sobre él — fué abierto por la piqueta revolucionaria: no fué una concesión tirada al pueblo desde la casa rosada, no fué una gracia de una majestad bondadosa,—aquel comicio fué un reconocimiento.Después del triunfo fué una sanción y una indiscutida consagración.

Pero los que han voceado en contra de la revolución, los que en la hora primera desertaron, diciendo que era preferible todo a un desangre intestino, ¿qué han hecho desde afuera? ¿Han modificado las cosas? Si el ideal revolucionario era un atentado a la cultura, los que abandonaron sus filas y orientaron su planta por las complicidades administrativas y comiciales ¿hicieron algo?

Sí; lo que ya dijimos: consolidar al régimen. Si la revolución argentina hubiese estado perturbada no habría triunfado, como actualmente ocurre, y su ideología equivocada se hubiese desvanecido en la derrota.

Ha ocurrido precisamente lo contrario: Cada fracaso de la revolución hizo más solidarios a los hombres y reafirmó la doctrina.

Es que cada derrota era la contingencia injusta de un anhelo hondamente sentido por la república.

Pero dentro de esta doctrina hermética de la revolución ha nacido de rato en rato, de despecho en despecho, lo que podríamos llamar su parafraseo o su caricatura.

Los mismos que desde la casa rosada increpaban al pueblo su idocilidad y su extravío, cuando perdían sus posiciones o cuando se les fenecía la pri-

vanza, bajaban al llano y trataban de incendiar la hoguera fratricida. No era el convencimiento el que les sugería actitudes tan detonantes: era el fracaso de las conveniencias personales. Cada disención en la Casa Rosada tenía por repercusión un conato de revuelta, que no se perpetraba, porque una cosa es el peculado y otra muy distinta el ideal reparatorio. Se ha visto así esta dualidad permanente en el régimen: coparticipaciones satisfechas y descontentos revolucionarios. No existe uno solo de los ases del régimen que no haya sido en algún momento revolucionario.

Lo han sido en toda la gama de lo pintoresco; con los alcances y los atributos más distintos. Tenemos desde los revolucionarios que se aliaban con el extranjero, hasta los que se aliaban con los indios. Ello no les ha impedido anatematizar después las revoluciones reparadoras, que no eran un exabrupto ni un despecho ni una irreflexión, sino una doctrina, una escuela y un holocausto.

Tampoco se han conformado siempre con el resultado de las urnas los que más tarde han tenido por único culto el respeto al estado actual de las cosas, para no desacreditarnos en el exterior como un pueblo turbulento e ingobernable. Para ellos no nos desacreditaba ante el extranjero la bancarrota, el endeudamiento, la falta de justicia y de respetos.

Cuando la revolución clamaba su derecho supremo y los buenos argentinos marchaban a verter su sangre, para redimir los crímenes de los otros, se oía esta frase: "¡qué dirán en el extranjero!"

Pero la misma frase no se articulaba ni por los diarios ni por los cabecillas del régimen cuando se jugaban en Monte Carlos los dineros públicos, cuando las primeras instituciones de crédito del país sucumbían saqueadas, cuando cada obra pública en-

cubría un negocio, cuando las naciones europeas se atrevían a amenazarnos por las injusticias, despojos y crímenes cometidos impunemente en sus connacionales.

Nadie se percataba entonces de lo que podrían decir en Europa. Se comprometió muchas veces por culpa del régimen hasta la soberanía nacional; hubo momentos en que se pretendió dar en garantía de nuestra colosal deuda exterior las rentas aduaneras, con la inevitable intervención de los capitalistas extranjeros, en su cobro, es decir, convertirnos en Turquía, Egipto o en la China.

Después del estallido del 4 de Febrero, el doctor Pellegrini, que se encontraba en Europa, anticipó unos comentarios en que fustigaba aquel esfuerzo grandioso del civismo argentino.

En el manifiesto dado al pueblo por la junta revolucionaria, redactado por el doctor Irigoyen, se leía este párrafo, como respuesta a las apreciaciones del doctor Pellegrini:

"Los causantes y beneficiarios de este desastre del honor y del crédito nacional, carecen de autoridad y de título para condenar, invocando el prestigio argentino en el exterior, un movimiento de protesta armado, respetable y digno, porque es y será siempre representativo de intereses sociales de todo orden y exponente de potencia cívica, de sanas energías y de altos anhelos."

Corren los días, cuando una mañana, en que el doctor Irigoyen salía de la librería Peuser, siente que alguien le tocaba por la espalda. Se vuelve y encuentra a Pellegrini, con sus dos brazos colosales extendidos, en ese abrazo que no mentía en

aquel hombre que, como Danton, tenía grandes defectos y conmovedoras sinceridades. Era Pellegrini, con su gesto suavizado por una sonrisa afectuosa. Cruzaron dos palabras y en seguida murmuró sonriendo aquel Hércules niño: "Amigo, ¿sabe que me contestó lindo"? A lo que el doctor Irigoyen, respondió sonriendo también: "Y qué quiere! Usted tiene la culpa"—"Así es" contestó Pellegrini y los dos se separaron. Ya no se volvieron a ver.

He oído al doctor Irigoyen rememorar muchas veces, con esa fidelidad de placa fotográfica con que repite los mismos incidentes y anécdotas, esta escena; termina siempre el relato con un: "ya no nos volvimos a ver".

Hay en la frase una melancolía velada, una añoranza que vierte su lágrima recóndita en el recuerdo: ¡Ya no nos volvimos a ver! Dura frase, compendio de las carreras brillantes y de las obscuras vidas. Punto final del recorrido; eclipse de las vidas en la eternidad; derroteros ignorados en la penumbra.

—"Ya no nos volvimos a ver". Hé ahí lo que queda después de tantos afanes y de tantas ensoñaciones: un poco de polvo, un nombre más o menos brillante, y tal vez nada más. Pero no; que para el gran paladín, la inexcusable ley del aniquilamiento da un salto y deja su alma en sus obras, y sus obras en la veneración de sus conciudadanos.

Ya es algo.

Veamos entre tanto desfilar alguno de los revolucionarios del régimen.

Empezaremos por el actual gobernador de la provincia de Buenos Aires,

Un día el doctor Irigoyen recibía un emisario del señor Ugarte por intermedio del cual este le solicitaba una conferencia. El doctor Irigoyen se la acordó, haciéndole presente que se la concedía en la más absoluta reserva. La noche fijada concurrió a la casa de la calle Brasil el señor Ugarte.

Resumen de lo que allí se conversó fué lo siguiente: el gobernador de Buenos Aires ofrecía su concurso, es decir, el de las fuerzas de la provincia, para cooperar, sin ninguna exigencia, a la revolución que entendía preparaba en esos momentos la Unión Cívica Radical. Estos hechos ocurrían durante la presidencia del general Roca.

El ofrecimiento era pleno, no solamente en el sentido de la dirección revolucionaria que se reconocía en el doctor Irigoyen, sino también en cuanto a la situación misma de la provincia, que se jugaba sin reservas en aquel propósito.

El doctor Irigoyen realizó tres cosas: no le aceptó el concurso, no le engañó y no le descubrió su labor revolucionaria.

Habría que agregar que cuando estas conferencias se efectuaban, el gobernador de Buenos Aires era prisionero de la Unión Cívica Radical.

Otro revolucionario ocasional fué el doctor Roque Sáenz Peña. Este solicitó también una conferencia al doctor Irigoyen, que tuvo lugar en el Club del Progreso. Era la época de la segunda presidencia del general Roca. El doctor Sáenz Peña, que hablaba por sí y por un grupo considerable de amigos—entre ellos el doctor Pellegrini—quería prestar su contingente revolucionario concurriendo a él bajo la dirección del doctor Irigoyen, confundido en las filas de la Unión Cívica Radical.

Como elemento de acción, el concurso de los amigos del doctor Sáenz Peña era importante; pero no fué aceptado.

El Dr. Irigoyen le contestó que era imposible reparar con los mismos factores que habían puesto a la nación en la dura necesidad de tener que recurrir a la revolución.—Apercíbase Sáenz Peña—le dijo, entre otras cosas—que ustedes son la razón de ser de nosotros. Así lo comprendió aquel caballero, y entonces díjole:—"Ya me esperaba su respuesta". Tiene razón y agregó qué les contesto a estos amigos que con el mejor propósito han querido llegar hasta usted? Deme un pretexto, algo, en fin, que no los desencante. A lo que el doctor Irigoyen respondió:—El mejor pretexto es hablarles con lealtad. Y levantándose para retirarse, díjole vibrando en sus palabras el acento de la sinceridad:—Como argentino me felicito y me enorgullezco por su actitud.

¡Así ha hecho patria este hombre extraordinario! Esta breve anécdota explica la actitud asumida por el doctor Sáenz Peña cuando fué exaltado a la primera magistratura del país.

LA INTRANSIGENCIA

Otro de los motivos de crítica de los que no se rinden a las grandes causas, pero que, desde su rincón egoísta, tratan de ponerles reparos, ha sido el concepto de la intransigencia. La Intransigencia es tan sustantiva, es tan de la esencia de la Unión Cívica Radical, que casi diríamos que es el radicalismo, que es su integridad, que es su bandera, su sueño desvelado, flotando más allá de los desvíos, de los pactos y de las conveniencias. Es, pues, ineludible referirse a la intransigencia, desde que ella constituye, por así decirlo, la brasa encendida del ideal reparador. El concepto de la intransigencia debe su arista recia y su alto idealismo sin complicidades, al doctor Irigoyen. En esto también, como en todos los desenvolvimientos doctrinarios, la reparación ha tomado de su conductor esa rigidez austera, ese fervor persistente, que la hace superior a todas las contingencias y a todas las derrotas. El radicalismo, tal como lo ha gestado y concebido su misionero, es la nación misma buscando su equilibrio constitucional, pujando por serenarse en la legalidad, como si el fiel diera por fin en el punto céntrico del honor y de la dignidad colectivas. Siendo, pues, la Unión Cívica Radical, la nación convocada para restaurarse, nada puede haber superior a ella misma, ni nada podría evitar su advenimiento en el devenir más o menos cercano.

Lo único que puede descalificar a la nación, es la nación misma, y por eso se ha entendido, y así lo ha enseñado el doctor Irigoyen en documentos y escritos suyos, que la reparación sólo podría vulnerarse a sí misma, el día que se saliera de sus normas inflexibles por cualquier conveniencia o por cualquier éxito momentáneo o definitivo, arriara su bandera y pactara con sus adversarios.

Desde ese momento nos habríamos confundido con el mal, habríamos sido los seguidores del aprovechamiento y no los caballeros invictos del más grandioso sueño que puede cobijarse bajo las mentes, incendiándolas como en una llamarada.

Credos así, integraciones superhumanas, romanticismos recónditos, anhelos de mejoramientos infinitos, idealidades absolutas, no transan: trinfan para señalar derroteros a los pueblos en postración o caen y entonces, arrastrándose, aún de rodillas, llegan para morir ante los altares mismos de la patria.

Cristo no podía transigir. El día que hubiera reconocido como legítimos el desenfreno y el crimen reinantes, no hubiese sido un vidente; de apóstol se habría transformado en cómplice. Su doctrina magnífica habría rodado vencida y el espíritu más alto de los tiempos habría concluído en el trueque de un alma de mercader. Y Cristo no podía transar con el régimen que combatía y destruyó, no porque fuese un rencoroso, sino, precisamente, porque era un misericordioso.

Reconocer el crimen era sancionarlo, era aceptar el orden de cosas subvertido y relajalo que se proponía destruir. Había, pues, que dar con la piqueta de la predicación y con el martirio sobre las murallas bamboleantes; había que destruir—tal como entre nosotros—lo caduco y lo corrupto, para que

sobre las ruinas del pasado se sentara, con sus alas abiertas, próximas a tender el vuelo, el ángel radiante del porvenir.

Al Nazareno también le llegaban voces de todas partes, insinuaciones, tanteos, palabras murmuradas en la sombra, palmoteos de hombros significativos, sonrisas que querían ser de inteligencia, prevenciones que encubrían amenazas, amenazas que encubrían prevenciones.

El régimen le rodeaba y le rondaba. Le ofrecía todo género de aprovechamientos personales, le pedía que reconociera la brutal realidad y que partiera de ella en adelante.

Cuando ya creían tenerle envuelto como en una red, su paciencia inacabable debió, por fin, sublevarse y, esgrimiendo en una frase el látigo con que arrojara a los mercaderes del templo, como un desahucio a todas las posibilidades, como un ademán encolerizado que importaba arrojar lejos de sí todas las conveniencias, murmuró su credo en una frase, acrisoló su fe en veinte palabras y clamó desde la cima de los siglos a los pueblos prosternados y descreídos: "mi reino no es de este mundo."

Sublime frase; verdad flamígera que concreta en sí todas las idealidades superiores de los grandes apostolados. Cuando les toca la conveniencia, cuando se mueven por el interés, sucumben.

Por eso puede decirse que la resistencia argentina ha tenido este lema: intransigencia en los principios y tolerancia con los hombres.

Era de la esencia de la separación, y lo será mientras exista, no pactar, no separarse de su doctrina, no arriar su bandera. Desde el momento en que se hubiese entrado en transacciones con el régimen se le habría reconocido, resultando "ipso facto" confundidas la ilegalidad y la reparación.

Su misión habría terminado desastrosamente, viéndose la República, burlada en sus anhelos de justicia y de verdad, obligada a esperar a los nuevos iniciados, a los nuevos misioneros.

¡Cuánto habría tardado y qué males no hubiera reportado esta descalificación! Habría sido la nación misma la que no respondiera al anhelo reivindicador, quedando toda su historia ensombrecida precisamente en una de sus páginas más brillantes y más íntegras.

Pero volvamos atrás. Ya dijimos que el 90, en su condición de movimiento precursor. fué el anticipo glorioso del radicalismo en su concepción actual. vale decir, en su modalidad trascendente y espiritualizada.

En aquel gran foco debieron de fundirse materiales muy selectos, cuando de aquella pira nació por una interviación superior y concorde, la escuela más completa del carácter, de la virtud y del civismo.

El 90 fué. ya lo dijimos, un movimiento instintivo. Fué algo así como el primer cabildo abierto del año 10. El pueblo en la plaza, confederado en una reacción soberana y a la vez impulsiva.

Así lo reconocía el manifiesto de la junta revolucionaria en el párrafo que transcribo: "El movimiento revolucionario de este día, no es la obra de un partido político. Esencialmente popular e impersonal no obedece ni responde a las ambiciones de círculo u hombre público alguno. No derrocamos el gobierno para separar hombres y substituirlos en el mando; lo derrocamos para devolverlo al pueblo, a fin de que el pueblo lo reconstituya sobre la base de la voluntad nacional y con la dignidad de otros tiempos".

Este párrafo, que fué redactado por el doctor

Irigoyen, lo entresacamos de un artículo de José Luis Cantilo, aparecido en "El Radical" sobre el aniversario de Julio, quien, al reproducirlo, agrega el siguiente comentario:

"En este breve párrafo está la fuerza y el prestigio del histórico movimiento y se halla sintetizado el programa de la Unión Cívica Radical y la inspiración de la resistencia, a la cual los adversarios llaman calculadamente *política extrema.*"

Y así es, efectivamente. En el breve párrafo transcripto está implícita, virtualmente comprendida la Unión Cívica Radical, y ello por el pensamiento de quien debía de ser su abanderado y jefe. Ese párrafo, esa síntesis, está como dividiendo el pasado reciente con el porvenir cercano. Diríamos con Castelar que está colocado como el Paraíso: entre un gran recuerdo y una gran esperanza.

Pero en el se concreta que la revolución no es la obra de un partido nacional, sino un movimiento de orden popular. Está, pues, caracterizado el rasgo típico de improvisación, de autorreacción diríamos, de aquel movimiento. Después de él vino la sistematización y la doctrina. De allí en adelante nació el credo, fué el apostolado. Esto puede decirse que ocurrió cuando al poco andar del 90 se produjo el acuerdo. La antigua Unión Cívica se fragmentó: unos quedaron al pie de la bandera originaria, continuaron en la resistencia, y los otros se pasaron al régimen y con él se confundieron. Como consecuencia de esta incomprensible transacción ocurrieron dos hechos: se reafirmó aquél por los mismos convocados para destruirlo y se consolidó la reparación popular.

La transacción que implica el acuerdo tuvo como un movimiento de disolución hacia afuera, centrífugo, y otro de consolidación, de agrupamiento ha-

cia adentro, centrípetro. Las líneas quedaron tendidas y el país reconoció dos fuerzas, o mejor dicho, una fuerza y una inmoralidad: la reparación y el régimen.

La reparación fué de ahí en adelante — y ello por virtualidad de su signatario — lo que es hoy; este supremo idealismo que entre las ruindades y las miserias y las apostasias, se abre brecha y cubre treinta años de recorrido sin la menor sombra, sin haber vulnerado ni haber rozado un solo principio en la más integral y fecunda de las trayectorias.

Los movimientos revolucionarios posteriores al 90 ya no son la obra informe y aleatoria de las circunstancias: son el propósito conciente, el sacrificio aceptado como un deber por la Unión Cívica Radical.

Así se dice en el manifiesto lanzado al país con motivo de la revolución del 4 de Febrero de 1905:

"La Unión Cívica Radical, que es la fuerza representativa de ideales y aspiraciones colectivas; que combate un régimen y no hombres, no puede, pues, declinar de su propósito ni arriar su bandera. Cumple las decisiones de sus autoridades directivas y responde a las exhortaciones de todos sus centros de opinión.

"Va a la protesta armada venciendo las naturales vacilaciones que han trabajado el espíritu de sus miembros, porque contrista e indigna, sin duda, el hecho de que un pueblo vejado en sus más caros atributos e intensamente lesionado en su vitalidad, tenga aún que derramar su sangre para conseguir su justa y legítima reparación. Pero el sacrificio ha sido prometido a la nación; lo reclaman su honor y su grandeza y lo obligan la temeraria persistencia del régimen y la amenaza de su agravación. Se efectúa sin prevenciones persona-

les inconcebibles dentro del carácter del movimiento y extraña a la índole moral de los que lo dirigen, con derecho a substraerse a estas agitaciones, escudados en el antecedente de una larga labor cívica."

"La revolución la realiza la Unión Cívica Radical porque así lo marca su integridad y lo exige la homogeneidad de la acción".

"Ese es el sentimiento que la inspira y esa es la consigna que lleva cada uno de sus soldados. En ese concepto se solicita el concurso de cuantos quieran contribuir con su esfuerzo a la obra de la reparación".

Estamos, pues, en el momento actual de la evolución política. Ya tenemos después del 90, constituída la reparación con su bandera y con su credo: la intransigencia.

Los que habían transigido—los acuerdistas—eran el régimen y los que de ahí en adelante transaran serían también el régimen. La doctrina se abroqueló, pues, como en una fortaleza. Se replegó en sí misma, buscó dentro de ella todas las energías, y todas las soluciones. Así la vemos lanzarse al supremo recurso de la protesta armada el 93 y el 905 en su concepto orgánico, con sus principios y su bandera. Ya no es el 90, el pueblo y los factores más divergentes y heterogéneos. La revolución del 4 de Febrero, según lo transcripto, se realiza—y así lo hace constar en Córdoba el doctor Fernando Saguier, delegado nacional—bajo la absoluta integridad de los principios de la Unión Cívica Radical, bajo la dirección de sus autoridades constituídas y sin ninguna otra intervención.

En todo esto se advierte la inflexibilidad del dogma, la austeridad de la doctrina.

¿Y puede esto criticarse? ¿No es la más evidente

torpeza, vituperar a una escuela, porque permanece igual a sí misma?

Ni en la política, ni en la filosofía, ni en la historia, ni en las artes, los dogmas se modifican sin sucumbir. Las doctrinas que se han modificado se han transfundido en sectas, han perdido su virtualidad, han originado con el cambio el descreimiento de los sinceros y han realizado una selección invertida que ha agrupado a los acomodaticios y exitistas.

Tomemos en literatura el romanticismo. ¿Podría acaso transar con el clasicismo la escuela fría e irreprochable? ¿Alguien puede imaginarse a Hugo, cuyo cerebro, como la vía láctea, estaba formado por una constelación de mundos, volcando las tempestades de su genio en los moldes escuetos y rígidos del clasicismo? ¿Puede acaso una tempestad de rayos y de ideas encerrarse en un puño?

Tomemos dos escuelas filosóficas cualquiera: la estoica y la epicúrea. ¿Podrían los discípulos de Zenón aceptar las satisfacciones inferiores de la vida natural sin transformarse en epicúreos, aunque no cambiaran de etiqueta? Y a la inversa, ¿podría un discípulo de Epicúro sustentar los dolores, las injurias de los hombres y del tiempo sin lanzar un ¡ay!, sin transformarse en estoico? O en otros términos: ¿Podría Bruto transformarse en Atico? Bruto es el estoico, educado en Athenas, sorbiendo en los manantiales mismos de la madre eterna, los raudales de aquella filosofía severa que debían transformar el efebo, retraído en el vengador implacable y sangriento.

Atico, es el espíritu fino, cauto, talentoso y acomodaticio. Atico se hace epicúreo por conveniencia, porque la secta griega mira con desdén la política, y así aquél, socarrón y egoísta, se ve libre

de comprometer opinión. Abraza una moral inferior sin convencimiento, por logrería. Se mantiene al márgen y dentro a la vez de todos los partidos. Es íntimo de Cicerón, consejero de César, amigo de Pompeyo, camarada de Antonio, consejero de Celio y acreedor, para mayor seguridad, de todos ellos.

Su lema era vivir, no estar mal con nadie, no atropellar los obstáculos, sino sortearlos con cautela. Y así, mientras Bruto cae por su mano vengadora y terrible, Atico muere en su lecho, rico respetado y tal vez dichoso en los precisos momentos en que Roma cae en manos de Octavio Augusto y del Falftaff de Antonio.

¡Y qué prole interminable y acrecentada nos ha dejado el pobre Atico!

¿Se concibe que el cristianismo acepte la ideología mahometana, que despueble su cielo beatífico y lo llene con huríes y las mágicas visiones del Coran?

Precisamente la fuerza que ha mantenido enhiesto, durante veinte siglos, al poder temporal de la Iglesia y al Cristianismo, que es su esencia y su filosofía, es la intransigencia. El dogma fué promulgado, y ahí está, solemne como una roca que desafía los embates del mar a través de las épocas.

¿Podría la doctrina filosófica espiritualista aceptar, sin descalificarse las premisas de la escuela positiva o materialista?

¿El determinismo histórico puede proclamar, acaso, como eficaz al determinismo económico, como dinámica de la evolución de los pueblos y de las razas?

El problema se simplifica todavía, cuando desde la cumbre del pensamiento humano bajamos hasta nuestra realidad. Entre nosotros nadie puede pensar, en transar con una doctrina antípoda o distinta: con un principio o postulado adverso.

Frente a nosotros no hay ni tal doctrina ni tal postulado. Frente a nosotros no existe una escuela equivocada, sino la posesión de un hecho, el triunfo de una impudicia. El régimen no es una doctrina, sino su negación. El régimen es el peculado. El régimen es la industria política, y sus socios y comanditarios ha de reclutarlos en los mercados donde se ofrecen y no en el reducto donde se combate y se muere: por una verdad, por un principio, por un sentimiento, por la moral, por la causa y por la patria.

No hay que confundir, empero, como maliciosamente se pretende, la intransigencia con la intemperancia. De ahí que la fórmula cerrada de la intransigencia tenga sólo un alcance doctrinario. Se es intransigente en los principios; se es tolerante con los hombres.

Si la Unión Cívica Radical apenas organizada sintió desplazarse de su seno fuerzas que habían militado bajo la misma bandera, pero que, potencialmente, no le eran afines, si soportó más tarde otra desintegración, es decir, otra selección, porque los que se van se califican a sí mismos, ya que no tienen condiciones para resistir la lucha o paciencia para saber esperar—que es tal vez toda la ciencia de la política—fué por su concepto de la intransigencia.

Como estas cosas no son palabras, sino hechos, lo confirmaremos rememorando ciertos acontecimientos históricos.

Vamos a referirnos al acuerdo pactado entre el doctor Bernardo de Irigoyen y el régimen.

Fenecía la gobernación del doctor Udaondo. Este había ascendido al poder cuando todavía el suelo de la Provincia se sentía como trepidar con los últimos estertores de la revolución del 93 y el desarme subsiguiente.

Como se recordará, el doctor Udaondo fué elegido por los sufragios unidos de los mitristas y nacionales. Con todo, tuvo una mayoría de tres electores sobre la fórmula radical compuesta por los doctores Mariano Demaría y Leonardo Pereyra.

Terminaba el doctor Udaondo su mandato, cuando el doctor Pellegrini, árbitro del régimen en ese momento, trataba de buscar una solución patriótica, aunque, claro está, que desde su punto de vista. Esto es, suplantándose al pueblo y ofreciendo a la Provincia un gobierno gestado, como todos los del régimen, no en las urnas, sino en las antesalas de la presidencia de la República. Con ese propósito, se llegó hasta el revolucionario victorioso y vencido—extraño y, al parecer, paradojal dualismo—al doctor Hipólito Irigoyen, cuyo prestigio en la Provincia de Buenos Aires, entonces, como ahora, era unánime.

Destacó el doctor Pellegrini a un amigo común—digno correligionario que actualmente vive retraído de la política — para que, invocando razones de patriotismo, hablara con el doctor Hipólito Irigoyen y le ofreciera la gobernación de la provincia.

El ofrecimiento se hacía ampliamente y sin ninguna clase de compromisos; venía, además, envuelto en las mejores formas de la cortesía y ¿por qué no decirlo? de la sinceridad.

Pellegrini, hombre del régimen, veía las cosas desde su punto de vista y le parecía admisible de buena fe, que se ofreciera una gobernación de provincia, como cualesquier cargo electivo, ya que el régimen tenía confiscada la función electiva.

En el concepto de aquel ciudadano ello no importaba agravio y no percibía tampoco el doctor Pellegrini que tal actitud era la justificación más absoluta de la razón de ser del radicalismo.

El doctor Hipólito Irigoyen contestó como debía y como él sabe contestar a esa clase de ofrecimientos.

Dicho cargo le fué ofrecido a don Bernardo de Irigoyen quien fué de esa manera electo gobernador de la provincia de Buenos Aires, y como tenía que suceder—ya que el problema no es de hombres sino de sistemas, fracasó a pesar de todo su talento. Hizo uno de los tantos gobiernos del régimen, si bien con una honestidad que éstos no suelen tener.

Pero lo cierto es que aquel malhadado gobierno en que cayó don Bernardo. — séanos permitido designarle con la abreviación popular,—originó, como tenía que ocurrir, otro cisma.

Don Bernardo nunca fué radical, aunque no pocos creerán lo contrario. Llevó a las veces la etiqueta pero siempre desteñida. Don Bernardo fué Don Bernardista, tuvo un pie y eso brevemente, en la reparación y el cuerpo y el alma en el régimen.

Ya lo dijo con sorna el mismo Pellegrini, en aquel discurso en que fingía lamentarse que Don Bernardo se hubiera extraviado, hubiera perdido por un momento su antigua senda.

Don Bernardo era, indudablemente, una figura consular, por su talento, por su probidad, y, hay que creerlo, por su patriotismo.

No tenía más defecto que carecer de los atributos necesarios para ser radical, lo que, por otra parte, no solamente ha ocurrido con él, sino con muchos otros hombres eminentes. Dijérase que se nace radical, como linfático o sanguíneo, como Don Quijote o Sancho.

Don Bernardo es la figura argentina que más se identifica con Cicerón: gran orador como el romano: amante de las bellas letras y de la buena sociedad. Cicerón escribió casi la historia romana de sus

días en sus epístolas, que suplían entonces la información diaria, chispeantes, con una asombrosa movilidad de espíritu, llena de observaciones, a las veces triviales y profundas, de aticismo cuidado, de metáforas concluyentes.

Don Bernardo hizo lo propio en su conversación salpimentada y dúctil. desfilaban en ella los hombres, los hechos y los sucesos, como aclarados por la lumbre insinuante de su talento.

Pero don Bernardo, como Cicerón, cambiaba. Este rotaba desde el campamento de Pompeyo al de César; clamaba en contra del despotismo, y, al mismo tiempo, elogiaba hasta enternecerse al conquistador de las Galias. Y en ello no había malicia ni siquiera insinceridad.

Era la barca sin timón, juguete del vaivén de las olas: era la falta de carácter. En lo único que fué romano el fulminador de Catilina y de Clodio fué en su muerte. Supo morir y eso lo reivindica ante la posteridad, demasiado alarmada con sus cambios, trueques y mutaciones.

Así también era don Bernardo, tornadizo, impresionable, correligionario de César y de Pompeyo y aún de Bruto, al mismo tiempo.

En lo que fué una maravilla aquel viejo porteño atildado y fino, con su barba en "u" y sus características berrugas, que eran en su cara lo que la sátira en su conversación y en su malicia—en lo que fué grande don Bernardo, fué en la tribuna. Puede llamársele uno de los más elocuentes y completos oradores que haya tenido el país, como lo hubiera sido en cualquier tribuna del mundo.

Don Bernardo, como si se hubiera propuesto imitar a Cicerón, no se contentó con ser un príncipe de la palabra, uno de los más eminentes principados de la tierra; quiso ser gobierno, y, por añadidura, gobierno del régimen.

Pero, ya lo ha dicho Shakespeare: si decir fuera como hacer, las ermitas serían catedrales y las cabañas, palacios.

Cicerón fué procónsul; pero, a diferencia de los procónsules romanos, no esquilmó a la pobre ínsula lejana, sino que administró honestamente Claro está que de allí no excedió su buena intención, porque, a pesar de su buen gobierno, no variaron gran cosa las cosas del imperio. Todas las demás provincias siguieron gimiendo bajo el azote de los legatarios romanos.

Lo propio ocurrió con el gobierno de don Bernardo. Gobernó mal, se complicó con el régimen, concluyendo por confundirse con él y todavía restó a la causa reparadora algunos buenos y dignos hombres, que, hasta ese momento, habían cumplido con su deber.

Muchos creyeron de buena fe que don Bernardo era radical y que, siendo esto así, era también radical su gobierno. No lo fué, y la opinión de la provincia apercibida tuvo, como en el primer acuerdo, que modificar, no la bandera. que siempre fue. ha sido y será la misma, pero sí el rótulo. La Unión Cívica Radical, que no quería ser confundida con el oficialismo, hubo de agregarse, si bien temporalmente y como una ocurrencia popular el calificativo de intransigente. Es decir, los radicales y los epicúreos de don Bernardo.

Antes, en el 90, un pacto también dió el lema definitivo, transformando la Unión Cívica que así se denominaron las fuerzas de opinión que se dieron cita en el Parque, en la Unión Cívica Radical.

Asimismo, entonces el adjetivo define y califica el carácter que había de asumir y con el cual se ha conservado la reparación.

El acuerdo de don Bernardo tuvo las más funes-

tas consecuencias, no ya para el radicalismo porteño, sino para la fuerza y unidad del radicalismo de todo el país.

Pero, sobre todo en Buenos Aires dividió las fuerzas, creó un cisma, restó a muchos hombres de significación y, hasta ese momento, de prestigio, que lo perdieron exactamente como todos los hombres, eminentes o no, que han abandonado su puesto. Más gravedad adquiría esta parcelación de elementos en la provincia de Buenos Aires, que ha sido el alma máter, la cuna del movimiento reparador. No es de oportunidad reeditar caducos antagonismos que ya nadie siente, de porteños y provincianos; pero, como quiera que vamos diciendo la verdad y aún con una natural satisfacción, ya que no con un poco de orgullo, hay que decirlo: la reparación argentina es de origen porteño y porteño de la provincia de Buenos Aires.

Fué el sacrificio de sus hombres, las pruebas allí afrontadas y vencidas, las que corporizaron la resistencia pública. Fué su conductor un porteño también, quien concretó todas sus idealidades superiores y quien desde el recinto victorioso de la provincia proyectó de consuno la causa y su personalidad, en todo el escenario de la República.

Se explica, pues, la trascendencia que tuvo para la opinión nacional la transacción, el pacto de don Bernardo.

Su ruidoso fracaso en el gobierno, que amargó su vida y le quitó títulos a la consideración de sus conciudadanos, le sirvieron de expiación, al par que ratificaron al pueblo, siempre digno y altivo, en su inquebrantable línea de conducta. Aquel pacto, aquella pobre transacción—sin moral y sin ley—fué otra lección objetiva, dada por los acontecimientos, que sirvió para hacer más invulnerable el dogma intransigente.

Ahora bien: no hay que confundir maliciosamente la intransigencia con la intolerancia o intemperancia.

De ahí que la fórmula cerrada de la intransigencia tenga sólo un alcance doctrinario. Se es intransigente con los principios, se es tolerante con los hombres.

Refiramos un ejemplo, el más reciente entre tantos otros.

Corría la presidencia del doctor Sáenz Peña y la intervención nacional había abierto bajo las garantías federales la escena de Santa Fe.

La Unión Cívica Radical, concurrió a calificar con su presencia aquella lucha, que de otro modo habría transcurrido sin horizontes y sin proyecciones saludables, anulada en la propia complicidad del régimen, como tantas y tantas otras intervenciones nacionales. Lo había prometido al país cuando el doctor Sáenz Peña, apenas ascendido al poder, le ofreció por intermedio del doctor Hipólito Irigoyen, sus ministerios. En aquella oportunidad, como se recordará el doctor Hipólito Irigoyen manifestó al presidente ofertante que la reparación no buscaba posiciones de gobierno, y que entonces como antes las declinaba, pero que estaba dispuesto a prestigiar con su concurrencia los comicios siempre que éstos fueran dignamente garantizados. En cumplimiento de este voto y como una nueva demostración de que se anhelaba resolver el problema reparatorio desde el atrio, la Unión Cívica Radical, por el acuerdo de su convención expresamente convocada al efecto, decidió asistir a aquellas elecciones. La convención anterior—Enero de 1909—había sancionado unánimemente la abstención, que es como si dijéramos la fórmula pasiva de la revolución.

Vino la lucha comicial y con ella los aprestos consiguientes. El pueblo de Santa Fe, fué agitado hasta en sus fibras más recónditas por aquella bocanada cálida, que quemaba los entusiasmos y erguía las voluntades. La provincia se sentía como desvelada por una turbación hasta entonces no conocida. Un viento de fronda agitaba las multitudes y las cabezas trepidaban como sus trigales en sazón. Era el verbo de la democracia resurrecto desde las tumbas antiguas, eran treinta años de proscripciones y de desvelos que hallaban su ruta y se precipitaban para vencer. Era un espectáculo digno y reconfortante. Sobre el trabajo de la provincia agrícola habíase descubierto por así decirlo otro trabajo superior. Como una cabeza que no sabe pensar y de pronto se orienta en una idea y acampa en un razonamiento: tal aquel pueblo absorbido por la preocupación mercantil, replegado en su trabajo y en su indignación, como el de toda la república, ante la primera oportunidad de pensar y de exteriorizarse.

Aquel estado como todo el país estaba tan maduro para el gobierno propio, que pasó sin solución de continuidad desde la oligarquía a un gobierno dado por el pueblo, al único gobierno de verdad, el de la ley.

La Unión Cívica Radical jugaba en aquel momento su pasado histórico y su porvenir grandioso. La derrota le hubiera quebrado las armas en la mano. El régimen habría dicho que ella era la minoría, que había mistificado treinta años al país y que la revolución era la impotencia. Muchos creyeron que el pensamiento del doctor Sáenz Peña, al cumplir a medias, como cumplió, su palabra de garantía y de prescindencia, no era el ostensible y confesado. Se dijo que el presidente hacía com-

parecer al radicalismo a una emboscada, que en Santa Fe no triunfaría, porque así se había decidido en la Casa Rosada.

El rumor fué más que insistente, llegando a consolidarse con las fluctuaciones, con las ambigüedades del primer mandatario. La intervención fué perfectamente parcial.

No respondió ni al momento histórico ni a la palabra empeñada por el presidente.

Se recordará que el doctor Sáenz Peña llegó a declarar, en elogio del interventor, quien no se dió por aludido, que la intervención era él. Aquélla fué una intervención de regateos, de complicidades y de suspicacias. Cada denuncia era un proceso y cada proceso era un montón de papeles que no se terminaban de coser.

Era la sombra del presidente la que desacomodaba las cosas y, en lugar de colocar el poder federal en el plano superior, inaccesible a ninguna otra consideración que no fuera la de la justicia, lo achicaba hasta las camaraderías; en una palabra lo embanderaba con el régimen.

Era la sombra del presidente la que actuaba, la misma que había ido a defender la ley electoral con un dudoso apasionamiento y que, a espaldas de aquél, hacía signos convencionales al interventor.

Era la misma sombra sigilosa que había hecho faltar al presidente, ya muy postrado por su enfermedad, a su palabra empeñada de enviar un comisionado federal a Córdoba, como prenda de garantía y de legalidad en aquellas elecciones en que el régimen burló a la opinión y en que, por los dolosos recursos del fraude, exaltó a la gobernación al doctor Cárcano. Se recordará también que éste fué elegido, a pesar de faltarle un elector, pero, consumado el hecho, todo se echó al olvido.

Era la misma sombra que concertó el despojo de Salta, donde la Unión Cívica Radical perdió el gobierno de la provincia, legítimamente ganado.

Era la sombra que reaccionaba desde las antecámaras mismas del despacho presidencial; e, intranquila por la obsesión de su encumbramiento, trataba de consolidar en su beneficio, para su futura candidatura presidencial, los oficialismos de provincia, siempre claudicantes ante la suprema autoridad. Era la sombra que había equivocado el camino y, en vez de entregarse, ardorosa y patrióticamente, a la obra reparadora, con lo que se habría creado una personalidad y se hubiera acercado más a su objetivo, conspiraba, engañándose a sí mismo, al presidente y al pueblo.

Si la sombra hubiera cumplido con su deber, si hubiera colaborado de buena fe en la obra reparadora, ¡qué personalidad y qué prestigio no alcanzara a merecer! Pero, ya lo dijo el Evangelio, que la sombra se conoce hasta en sus dobles interpretaciones: Dios ciega a los que quiere perder. Es esta otra saludable elección objetiva que muestra al pueblo la verdad en un ejemplo. Aquel hombre que llegó a absorber la atención y el comentario público, al principio de su reinado, porque se le creyó sincero y luego porque se le vió politiquear; aquel hombre en quien puso el destino una de las mejores oportunidades para revelarse, ya que no le faltaban condiciones, y merecer bien de sus conciudadanos, anda por ahí, perdido, sombra de su propia sombra, camarada del régimen, despechado con sus amigos, si los tiene, meditando, allá lejos, en el fundo provinciano, sobre la suprema verdad del Eclesiastés: "vanitas vanitatum et omnia vanitas".

Por eso la intervención federal de Santa Fe de-

fraudó la expectativa pública, no respondió a las altas sugestiones del patriotismo y, en lugar de abrir una escena, digna y purificada, abrió una crujía, un recinto siniestro, sin calor y sin fe, donde, si la reparación no fué vencida, se debe únicamente a la justicia de su causa y a que ya había sonado la hora de su advenimiento.

Así fué que, terminado el acto eleccionario, el comité nacional publicó un documento en el cual se hacía el proceso de la parcial intervención nacional reconociendo que la única garantía, con que contó la opinión, fué la presencia del ejército que guardó los comicios. Nadie puede pensar que, después de un triunfo, se hable por otra consideración que no sea la estricta de la verdad. En Santa Fe había triunfado la reparación, pero había que puntualizar los procedimientos. Pocos son capaces de hablar, después de un triunfo, tan severamente. Pero ¿es acaso el triunfo y el gobierno lo que mueve y abroquela a la reparación? Así, únicamente así, pueden hablar los que viven el pasado y el porvenir en la patria. Cuando la delegación nacional presidida por el doctor Hipólito Irigoyen partió para Santa Fe, lo dije en el congreso y creo oportuno repetirlo—uno de los dos ministros de la intervención hacía a la sombra un telegrama en el que se le comunicaba, sin retraimiento y sin escrúpulos, "que el triunfo de la coalición estaba asegurado".

Quería esto decir, la consigna está cumplida. ¡No haya cuidado! Esta era la imparcialidad del interventor federal, que en puridad de verdad no fué el doctor Gil, ni el presidente, como lo había declarado y prometido, sino la sombra.

El interventor, por otra parte, no respondió a la respetabilidad de su alta investidura, superior, en ese momento—si hubiera cumplido con su deber,—a

la misma magistratura de la presidencia, porque ésta era el régimen, y la intervención pudo y debió ser la legalidad.

Después el mismo ciudadano que desempeñó tan pobremente aquella expectable misión, se encargó de desautorizarse y de ratificar con su conducta ulterior la verdad de los cargos que se le formularan. Fué a su provincia, a San Juan, y firmó un pacto, según el cual se dividían los hombres del régimen los cargos electivos por varios años.

Un hombre, con tales principios, no podía ser el interventor federal que cumpliera la solemne promesa del Presidente.

Demás parecería decir que concretamos estos antecedentes, muy vivos en la memoria del pueblo, como necesidad de la exposición que nos toca hacer, y en modo alguno porque nos mueva a ello asperezas de índole personal. que no las sentimos absolutamente para nadie.

Estos sucesos caen dentro de la órbita de la labor que nos hemos propuesto, como colaboración patriótica, para contribuir a que la Unión Cívica Radical dé la gran solución que todos esperan; y es por ello que nos vemos precisados a concretarlos. La parcialidad de la intervención hizo casi fracasar a la Unión Cívica Radical. Los dirigentes santafesinos, que tenían la responsabilidad de aquella jornada, vivían en permanente zozobra. Cada reclamo creaba una nueva susceptibilidad con la intervención. Por un milagro de paciencia no se echó a rodar todo, quebrando con aquella autoridad tan celosa con la reparación, como ostensiblemente amiga de los hombres del régimen.

Con estos antecedentes, la Unión Cívica Radical fué al comicio y triunfó. Pero antes de llegar a la victoria hubo reiteradas ofertas, de pactos y de

alianzas con los adversarios. que pronosticaban el éxito.

Ellas fueron traídas a la dirección nacional, y fueron todas rechazadas "in limine". Más de una vez se dijo: que se pierda Santa Fe pero que se salven los principios.

Y aquella inflexibilidad salvó la bandera y dió el triunfo. He aquí el concepto actuante de la intransigencia. No es con los hombres; se refiere a los principios. A raíz del triunfo de Santa Fe. la Unión Cívica Radical dió un manifiesto al pueblo, que lleva la firma del presidente del Comité Nacional. doctor Crotto, que tuvo en aquella jornada santafesina, como en todas las luchas ocurridas desde el 90 hasta la fecha, una actuación eficaz, desinteresada y patriótica.

En sus primeros párrafos decía: "El comité nacional, ante la jubilosa esperanza de alcanzar por la paz, bajo los auspicios del derecho electoral. las reivindicaciones morales y políticas, ha sancionado una nueva reorganización general. con carácter de la más amplia convocatoria pública.

"Dadas las perspectivas que así se diseñan y que, no obstante, demandarán siempre grandes esfuerzos, la U. C. R. se dirige a todos los argentinos. incitándoles a incorporarse para robustecer la acción de sus austeros principios en pos de los superiores objetivos que encendieran su fe en la vasta y azarosa obra.

"Esos esfuerzos, que supieron mantener y avivar el calor del espíritu nacional, reconcentrados bajo una enseña de noble y altiva resistencia, no decayendo jamás en la perseverante demanda. han traído, como lógica resultancia derivativa, el comienzo hacia la realidad de los grandes y justos anhelos profanados por los gobiernos rebeldes a las

consagraciones legales y a los comicios honorables y garantidos, por cuyo medio únicamente es posible el imperio de la verdad institucional y la morigeración de las prácticas subvertidas en el orden político.

"Impulsadas siempre por las más patrióticas sugerencias y en mérito a la causa reparadora, la U. C. R. incita a concurrir a todos los ciudadanos que, animados de un espíritu de perfeccionamiento moral y político, quieran solidarizarse con la ímproba pero honrosa tarea a que desde un cuarto de siglo está consagrada".

Era la hora del triunfo, pero no era la del retraimiento. El movimiento reivindicador acababa de obtener una legítima victoria en Santa Fe y otra no menos significativa y trascendente en los comicios del 7 de Abril de 1912 en la Capital Federal. No se diseñaban sino perspectivas hermosas; todos veían claro en el problema, y estos acontecimientos actuales de innegable ascensión desde aquel entonces se descontaban.

La U. C. R. no creyó que debía encerrarse egoistamente para usufructuar sola la victoria. Sancionó una reorganización con el carácter de la más amplia convocatoria pública e incitó a todos los ciudadanos sanamente inspirados a robustecer sus filas. Tampoco podía ser de otra manera.

Lo hemos dicho y cabe repetirlo: la U. C. R. no es un partido político militante: es una reparación nacional, como lo era la independencia, y en tal concepto es todo el pueblo, la nación convocada a sí misma para redimirse. Por eso caben en sus filas todos los hombres y todas las calidades, vengan de donde vinieren: del error, de la indiferencia, de las filas adversarias; por eso, cuando triunfa, no ha triunfado un grupo de hombres, una categoría de

ciudadanos que primero concurrieron a la empresa; ha triunfado el país. y a él pertenece la victoria.

Si después de Santa Fe y de Buenos Aires la reparación hubiera cerrado sus filas o llamado a su seno a los ciudadanos extraños a ellas estableciendo distingos y categorías. habría caído en una verdadera subalternería.

No han faltado quienes. con inspiración suma han juzgado que se debía ser parcos en la admisión de los nuevos partidarios, que no siempre se sienten atraídos por impulsos generosos. Con todo, esto es un error. ¿Quién penetra en el fuero íntimo de las personas para poder hacer semejante género de análisis? ¿Quién podrá decir: éste es un convencido, éste es un exitista?

Esta amplitud de procedimiento, esta confusión de la Unión Cívica Radical con la nación convocada para redimirse, es otra de las características doctrinarias impresas al apostolado argentino por el doctor Hipólito Irigoyen. De su jefe ha tomado la Unión Cívica Radical la intransigencia gloriosa que la encierra en sí misma como en una ciudadela, que la lleva a rechazar toda clase de conciliábulos y alianzas, y al mismo tiempo, esa ilimitada amplitud que abre la escena para todos los ciudadanos, que en lo momentos de triunfo los conmina a agruparse bajo su enseña, que no permite distingos entre los que llegan y los que estaban, porque todos son iguales, colaboradores, soldados de la reparación nacional.

Así puede verse, actuando en el mismo momento, dos principios antagónicos discordes, aunados, sin embargo, en la rigidez de una misma filosofía. La intransigencia y la tolerancia, el irreductible idealismo y la magnanimidad fecunda. De un lado, los

hombres y, del otro, la doctrina. Es como si dijéramos los dos polos opuestos, los dos elementos contradictorios, los gérmenes potenciales de signos distintos. Los hombres se renuevan dentro de la misma sociedad, cómo sobre el suelo de la patria. Los hombres van y vienen; pero la doctrina es inmutable, y, como en el polo inmóvil de la aguja magnética, señala siempre el norte: la ruta: del deber. Los que quieran seguirle ya son nuestros hermanos y no hay sino que regocijarse del arribo.

Si todos vinieran, ¿no estaría ya de hecho aniquilado el régimen y producida la reparación? Quiere decir, pues, que todos son útiles y que es deseable que lleguen y no que se retraiga uno solo por pueriles escrúpulos o por creer que es innecesario su aporte.

Todos, absolutamente todos, son necesarios. Hombres somos y con hombres tenemos que vernos, exclama como en una clarinada de pelea el héroe benaventino, y ese grito debe decir a los humildes y los poderosos que todos son útiles si un buen propósito les orienta y saben acompañarle con valor.

Además, aquellos que permanecen alejados porque creen que estamos triunfantes, se equivocan. El triunfo de la Unión Cívica Radical comporta mayores responsabilidades aún que la situación anterior de resistencia.

A partir del triunfo, serán necesarias más que nunca, todas las capacidades puestas honestamente al servicio de la Nación.

Si pudiera darse una fórmula de progreso portentoso, sería aquella que nos mostrara al gobierno utilizando de lejos o de cerca todas las eficacias. Tal sería el ideal, y si como ideal es inasequible en toda su sugerente realidad, aproximémonos a él en beneficio de la República y en merecimiento de nuestra causa.

Y en todo caso, en las filas adversas, de cara a la reparación; eso es preferible, por varonil, a la cobardía de los indiferentes.

La reparación puede exclamar con Pompeyo:— "Quien no está a mi favor está en contra mía".— Hay que cuidar sí, celosamente como hasta ahora, el credo, que él por su sola virtualidad realiza los milagros a que nos tiene acostumbrados la prueba, poniendo de pie provincias, estados, donde hacía 20 años que no se realizaba propaganda política y en donde la reparación tenía tres o cuatro hombres representativos y abnegados, y, claro está, que también el anhelo latente, pero no trabajado, de la multitud.

Los hombres se definen en política más que por sus condiciones individuales, por la causa a que sirven, y así un hombre políticamente considerado será bueno o malo, cifra positiva o negativa, según la bandera que escolte. No todos, empero, lo conciben así y como esto es un error de óptica intelectual insistimos, para ayudar a corregirlo.

Así se explica que un adversario de ayer pueda ser un compañero de hoy; que un hombre que servía al régimen pueda ser eficacísimo en la reparación. Es que como en la aritmética, ha cambiado con los signos, el valor. La cifra es la misma, la individualidad es análoga, pero con el destino ha modificado la resultante de su fuerza. *De menos A se ha convertido en más A.* De opresor, en libertador. ¡Grande y deseable transformación!

Algunos caen en la superchería de hacer comparaciones de orden individual y juzgar así de la eficacia de las doctrinas por el valor aislado de tal o cual partidario.

Error, craso error.

En la época de la independencia, por ejemplo, ¿cuántos españoles no eran superiores, individualmente, a muchos criollos? Sin embargo, unos servían a la causa del despotismo y otros a la causa de la libertad. Por eso, en la aritmética absoluta de los pueblos sublevados, unos eran cifras negativas, otros positivas; los unos avanzaban para cerrar el pesado portalón de la época colonial, y los otros para derribarlo. Unos eran agentes de las tinieblas y del atraso, los otros, compañeros de la aurora, se bañaban en su lumbre y mojaban la cabeza en ese bautismal anticipo de las épocas que presagiaban.

Individualmente, como hombre, como patriota, como convencido y como leal, pocas figuras como la del alcalde Alzaga, nervio de la resistencia contra los ingleses. Sin embargo, el premio de sus virtudes fué, por dura necesidad de la guerra, la horca. He aquí un patíbulo que, como el del Gólgota, no infama, sino glorifica. Alzaga era español y cuando estalló el movimiento de Mayo, cumplió como tal español que era, con la lealtad que debía a su patria y a su rey.

Los patriotas lo condenaron a la pena capital, porque los momentos eran terribles y toda vacilación podía ser la derrota. Como hombre y como español Alzaga ha sido todo un símbolo: ¡el del valor, el de la lealtad y el del sacrificio! Muchos patriotas, individualmente, no valían lo que Alzaga. Ello no obstante, Alzaga era una cifra negativa, mientras que el último y más ignorado de los patriotas era una cifra positiva. El uno luchaba—y era su deber—por el despotismo; el otro, el criollo, por la libertad.

¡Significativa y enorme diferencia! No son, pues, precisamente las condiciones subjetivas, las que definen o no de la bondad de los hombres en política.

Y ya que hemos traído como ejemplo de nuestro aserto al alcalde mártir de la Colonia, vaya un voto que puede ser algún día una fraterna realidad.

El patíbulo de Alzaga se levanta como dividiendo dos épocas, entre la España colonial y la Colonia revolucionaria. Entre el último día de la dominación española y el primero de la independencia. Decir que estamos más que reconciliados con España, enorgullecidos de nuestro origen, fuera una puerilidad, fuera repetir un lugar común. Creo—en contra de lo que en su época propalara Sarmiento—que a España debemos las grandes calidades espirituales, que en el tiempo han de definir con rasgos típicos nuestra raza, y han de dar al argentino —de los 100 millones de ciudadanos—características de humanidad superior. Renegar de nuestra ascendencia, fuera una blasfemia y una injusticia. Por nuestras venas se dilata la sangre más enrojecida de la especie humana. La sangre de Mendoza, de Pizarro, de Solís, de las Casas, de Garay, de Irala, de Hernán Cortés, de Cervantes, de Calderón, de Velázquez, de Alfonso el Sabio, de don Juan de Austria, de Gonzalo de Córdoba, y de aquel poco conocido prodigioso capitán Alejo García, que entró por la Banda Oriental, armó a los querandíes y fué a asomar la cabeza quemada por los soles del trópico dónde se suponía Eldorado, en el centro de Bolivia.

Macaulay dice, con razón, que ante la audacia y el valor de estos capitanes españoles, quedan disminuídas las figuras de los grandes generales romanos. Y así lo es en efecto. Con Camoens se puede sentir la perplejidad de su verso rotundo, cuando no sabe qué es más grande, si ser semidios o de aquellos hombres. Si la gloria de César es haber conquistado dos países desconocidos, las Galias y

La Bretaña, ¡cuál no será la de estos formidables caballeros del romanticismo y del valor, que, mar por medio de su metrópoli, conquistan un mundo, sin ejércitos regulares, sin hombres, sin armas, sin recursos, con sólo proezas y estupendas arrogancias!

Tenemos sangre de selección en las venas y la que luego ha confluído de otras partes, no ha hecho sino acrecentarle sus virtudes originarias.

Por eso algún día—como un símbolo viviente de la unidad de origen y de gloria con España—como una certidumbre de que el pasado nos vincula cada día más, debe levantarse, costeada por españoles y argentinos, la estátua de Alzaga. Su horca de entonces debe transformarse en su bronce de hoy, donde puedan llegar las nuevas generaciones argentinas a recoger enseñanzas; para saber que los mártires son venerados aún por los que han tenido que levantarles su calvario. ¡Que algún día se eleve en un rincón hermoso de nuestra Buenos Aires, la línea pura y el semblante adusto de aquel vasco, en cuya integridad, como en los Pirineos, se quebró la ola sin conmoverle y sin aminorarle!

Donde un credo se define por sus hombres es en las cúspides, en las cabezas representativas. Allí no puede haber buena doctrina y mal apóstol, ni mal apóstol y buena doctrina. En lo alto la doctrina se integra con el conductor para formar una sola y única verdad.

He aquí nuestro concepto de la intransigencia.

LA ABSTENCION

Como en un trípode, en tres principios fundamentales se sustenta la Unión Cívica Radical: la revolución, la intransigencia y la abstención. Son tres principios que integran una sola doctrina: la de la reparación institucional. Son tres caminos que conducen al mismo objetivo, tres facetas del mismo prisma.

Hemos estudiado los dos primeros conceptos. Trataremos ahora de la abstención.

El fenómeno político no puede realizarse sino dentro de la libertad, lo mismo entre nosotros que en todas las latitudes de la tierra. Elegir y ser elegido: he aquí los dos términos constantes de la vida pública, ya sea en una democracia o en los mismos gobiernos hereditarios democratizados. Donde se rompe el instrumento que deriva al pueblo en el gobierno—el sufragio,—ya nos encontramos frente a una absorción. Ya no hay una sociedad constituída bajo los principios eternos de la libertad, de la moral y del orden. Hay dos términos antagónicos en pugna que por mandato irrevocable de los sucesos, están destinados fatalmente a contender hasta que triunfe la legalidad, que es lo permanente y lo consubstancial en las sociedades civilizadas. Cuando la normalidad democrática desaparece, cuando la función electiva está confiscada, cuando el comicio está clausurado, tenemos: arriba

la usurpación y abajo la revolución. Este es el concepto de la abstención radical: la revolución.

Una sociedad oligarquizada no es una sociedad. es, más propiamente dicho, su negación. Por ley de polarización, casi física, un pueblo en tales condiciones se fragmenta, se divide en dos entidades antagónicas e irreconciliables, que han de estar frente a frente hasta que una abata a su rival. Es decir, una entidad y un conglomerado.

Una nación en tales condiciones tiene dos hemisferios: uno en la luz y otro en las tinieblas: dos clases: los que trabajan y los que usufructúan: dos morales: la de los libertadores y la de los opresores; dos creencias, la de los patriotas y la de los utilitarios; dos caminos: el de la legalidad y el de la crujía; dos pensamientos, la liberación y la usurpación; dos morales: una que monta las grandes acciones y la de Tartufo, que se acomoda a las grandes deserciones; dos justicias: una para los vencidos y otra para los vencedores; dos fe: la de Cristo y la de Judas.

He aquí nuestra innegable situación.

Desde hace más de un cuarto de siglo lleva la República en su seno el fermento de la descomposición y si sus fuerzas seculares no han fracasado del todo, es porque sobre el desquicio mismo la nación ha reaccionado, hilando su tela inacabable, como la esposa griega en la larga noche de la separación. Hasta ahora hemos tenido organizado el desorden; réstanos — misión grandiosa — organizar el orden. Recién entonces seremos una nación en el concepto integral y definitivo del vocablo. Recién se podrá medir la diferencia enorme que media entre una sociedad maniatada, sofocada en sus impulsiones más fecundas, y un estado rigiéndose asimismo en el libre ejercicio de sus derechos, renovando sus poderes en el orden y en el respeto, deli-

mitando las funciones de cada uno al papel que le asigna la ley y conciliándose todos tres en esa armonía que realizan los pueblos soberanos de sus destinos, ennoblecidos arriba por el pensamiento y la preocupación patriótica, y acrecentados abajo por la labor, por la confianza y por el decidido empeño.

Se ha querido en esto, como en todo, tergiversar el concepto real de la abstención, atribuyéndole otros móviles que aquellos rígidos y severos, que le dieron eficacia en épocas tan dilatadas y en momentos tan confusos.

Se ha parafraseado la abstención, diciendo de ella que era la inercia, el encogimiento de hombros característico en los que se despreocupan; que abstenerse importaba cruzarse de brazos y mirar sin ver las desgracias que padecía la nación.

No tal; la abstención no ha sido la indiferencia, el permanecer expectantes, y extranjeros, dentro de la propia patria: la abstención ha sido la revolución. No ha sido tampoco la Unión Cívica Radical la que se ha abstenido; ha sido el régimen que tapiándole con sangre los comicios, le ha obligado a recogerse y a buscar la fuerza para destruir lo que la fuerza había clausurado.

La abstención ha sido originada por los gobiernos rebeldes. Ellos, al erigirse en supremos electores, al centralizar en sí la función política para usufructuar la granjería administrativa, han llevado al pueblo a la situación digna: la de la no complicidad. Cuando el comicio es una farsa, los cómplices y los farsantes únicamente pueden frecuentarle. El pueblo se retira, pero no en el retraimiento pasivo, que nada hace y todo lo consiente, sino como el mar en su reflujo, retrotrae sus olas para embravecerlas más al lanzarlas contra las rocas.

La abstención se ha proclamado como una fatalidad, a que se sometía a la reivindicación, y ella se ha promulgado después de reiteradas incursiones en los comicios y ante la evidencia de la esterilidad de los esfuerzos en ese campo cerrado.

La Unión Cívica Radical, con una tenacidad única, ha concurrido a los atrios, para ser burlada casi siempre, y cuando ya no quedaba posibilidad de obtener por la vía pacífica la solución reparatoria, se ha replegado en sí misma, la desgracia le ha encendido más la fe y desde su tienda de campaña se ha preparado pacientemente para restaurar la legalidad.

La abstención ha sido el último recurso, y la revolución, que es su faz activa, sólo ha sido proclamada cuando ya nada quedaba por hacer; cuando los intentos eleccionarios se habían resuelto en el escarnio y el fracaso.

Por eso se explica que, ante la promesa del presidente Sáenz Peña de garantizar los comicios santafesinos, la Unión Cívica Radical reuna su convención nacional, que es su más alto cuerpo representativo, y después de una amplia deliberación, como cuadraba a la única asamblea legítima del país, se resuelva acordar a los correligionarios de Santa Fe la autorización que éstos solicitaban para concurrir a la lucha.

La convención autorizó asimismo a la mesa directiva, para que, en casos análogos, dispusiera o no la comparecencia a los comicios, según fueran las garantías ofrecidas.

Ya nos hemos referido a la forma en que se desarrolló el proceso electoral de Santa Fe, a pesar de la palabra empeñada como presidente y como caballero por el doctor Sáenz Peña. Ya dijimos que aquella no fué una escena nacional ofrecida

a la reparación después de un tan largo y digno retraimiento.

Pudo haber sido aquel un plebiscito que llenara de respeto a la autoridad federal, y desde ese mismo momento, toda tentativa de reacción por parte de los oficialismos provincianos habría quedado muerta, conociéndose,—como se conoce,—la observancia de éstos, el rendimiento y el vasallaje que siempre han tenido para el presidente de la República.

Si la intervención nacional en Santa Fe hubiera respondido a los móviles de reparación que debieron animarla, por hechos y no por palabras, la notificación estaba hecha a las oligarquías del país, y éstas se hubiesen convencido, mejor que por todos los discursos, mensajes y declaraciones, de que el presidente estaba dispuesto a cumplir con su deber y a garantir los comicios. Pero la forma pequeña, de evidente parcialidad en que se realizó la intervención en Santa Fe, fué un desmentido en los hechos a las reiteradas declaraciones verbales. Fué un signo convencional, una guiñada que los oficialismos de todo el país interpretaban regocijados: "*Esto no va en serio*". Y he aquí por qué fracasó la primer prueba, y su fracaso trajo, como consecuencia prevista, todas las demás deserciones.

En Septiembre y Diciembre de 1913, se realizaron las elecciones para renovar los gobiernos de las provincias de Salta y Córdoba.

Eran las nuevas pruebas a que concurría la reparación después de los comicios de Santa Fe y de su triunfo en la Capital Federal.

Aquí ya las garantías del presidente eran, como si dijéramos, de reflejo. Se trataba de estados federales, y el régimen, que hizo siempre de las provincias meras circunscripciones administrativas; el ré-

gimen, que ha nombrado todos los gobernadores desde la Casa Rosada; el régimen — decía — ha simulado un gran respeto por las autonomías provinciales. Es decir, la simulación fué coetánea a las promesas presidenciales. Influir en un Estado para que se dieran al pueblo posibilidades de llegar al comicio, era un sacrilegio constitucional; era tumbar el armazón federativo; era arrasar con los estados autónomos.

Nadie decía empero que semejantes autonomías no existían porque la única autonomía, real y cierta, era el compadrazgo de los gobernadores con los presidentes. Durante los últimos treinta años, no sabemos,—ni como excepción que confirme la regla,—de un solo gobierno de provincia que no haya sido reflejo y hechura de los presidentes de la Nación.

Los que no le han respondido en cuerpo y alma, han sido destituídos, esta es la palabra, con la complicidad del Congreso, cuando ha sido necesario. Este, y no otro, es el alcance de las intervenciones, que se han decretado a las provincias, numerosísimas, tanto como la necesidad las requería. ¿Había un gobernador rebelde que no marcaba el paso según el modismo gubernativo? Pues allí iba la intervención nacional. ¿Su objeto? Derrocar al gobernador, que había perdido, por cualquier indisciplina, su valimiento ante el gran elector, y nombrarle el reemplazante ya convenido. Así, pues, se obtenía la sumisión perfecta. ¿Alguien osaba no responder, incondicionalmente, al supremo tetrarca? Caía, como escarmiento de la víctima y como un ejemplo para los demás. ¿Qué un gobernador quería, como el uso lo ha establecido, saltar de su poltrona provinciana, a una banca en el senado nacional, y el presidente tenía otro candidato pro-

pio? Pues la intervención iba y arreglaba el pleito casero, arrasaba con el gobernador y con la legislatura si era preciso. ¿Qué el presidente tenía candidatos a diputados nacionales y se permitía igual designio el gobernador? La intervención nacional arreglaba este pleito de jurisdicciones, este espesamiento de orden constitucional.

Los ejemplos podrían repetirse hasta la saciedad.

Ha habido intervenciones de provincias, algunas muy recientes, que eran como si el Chacho hubiera caído en poblado. Algunas han tenido, además de sus inconfesables móviles politiqueros, características de desorden y de inmoralidad, tan notorias que han sido como reproducciones de escenas del bajo Imperio. Se han mandado intervenciones a provincias tradicionalmente cultas, que han revestido las características licenciosas de verdaderas orgías.

Otro de los alcances de las intervenciones del régimen ha sido el usufructo.

Se nombraban interventores y personal que les secundara, numeroso y espléndido, de la misma manera que se otorgaba un buen empleo innecesario, o un destino cualquiera para beneficiar a los agraciados o los amigos.

Todas estas cosas pasaban como en el mejor de los mundos. Uno que otro comentario aislado, uno que otro artículo que alcanzaba a indignarse, si se contrariaban las conveniencias propias en los gobiernos derribados, y nada más. Después del hecho consumado, a otra cosa! Al cabo de un mes de los atropellos más inauditos, de los escándalos más bochornosos, de los crímenes (¡pobre Santiago Pérez!) más cobardes y salvajes: todo ha pasado, ya nadie recuerda nada, los diarios terminan sus crónicas, y las cosas quedan como antes.

Hay, sí, muchas de estas heridas que se curan en falso, y que, por sobre la indiferencia y la complicidad reinantes, mantienen vivo el recuerdo de las responsabilidades, sobre todo en los altos gestores, en los que generalmente se escurren en la sombra.

Volvamos al examen de las elecciones de Salta y Córdoba.

El país entero sabe de aquellas dos hermosas victorias de la Unión Cívica Radical y también de las malas artes del oficialismo para arrebatarle, como ocurrió, el triunfo.

La elección de Salta, hizo que el ministro del interior, que había pasado años en Alemania, sintiera de pronto urgencias de visitar su establecimiento de campo, en aquel lejano norte, urgencias que coincidían con lo más intrincado del proceso electoral, y con las más difíciles interpretaciones sobre cómo había de realizarse el escrutinio, cuáles mesas deberían de escrutarse primero y cuáles deberían reservarse.

El ministro fuera del recato que merecía su investidura y su imparcialidad, abandona la metrópoli, visita su feudo, se detiene, como era natural, unos cuantos días en la capital salteña y ¡oh milagro de las interpretaciones escolásticas! todas las dudas se aclaran, todas las incógnitas desaparecen y el sobrino del ministro, hoy también su correligionario político, queda electo gobernador. La urna de Morón, pitonisa del régimen, también realizó su milagro en Salta!

Se explica, pues, por qué perdimos aquella jornada.

En cuanto a Córdoba, ocurrió lo propio. El doctor Irigoyen, acompañado por un grupo numeroso de amigos, con más de un mes de anticipación, se trasladó a Córdoba y se puso al frente de los trabajos electorales. A su arribo a la docta capital fué objeto de la manifestación política más grandiosa y entusiasta que se haya celebrado en aquella hermosa ciudad, de vetustos conventos coloniales, de cúpulas orgullosas, de reminiscencias antiguas. Córdoba se puso de pie, y con la falange abrillantada de su juventud, fué a recibir al signatario de la más ardua empresa y del más alto romanticismo.

Córdoba, creyente y universitaria, a los extremos de cuya gran avenida hay dos estatuas que la compendian: el manco famoso, vencedor de Facundo en la Tablada, el boleado de Rosas, el peregrino del Brasil, del Paraguay y de la República Oriental, el táctico severo; y la otra de Vélez Sársfield, aquel gran civilista y aquel gran orador, sahumado de artículos, de preceptismos, doctoral y ático a la vez, suspicaz y profundo, — que tenía el contorno y el fondo, la profundidad y la chispa. Córdoba se volcó en sus calles modernizadas y activas para recibir a aquel hombre que por vez primera abandonaba su fragua de la metrópoli, para ir a golpear sobre otra fragua su martillo de cíclope. Córdoba recibió a la plenipotencia más encumbrada del civismo y del pensamiento argentinos jubilosamente; su entusiasmo desbordó en sus avenidas y en sus callejas y el pueblo cordobés, que es soñador y varonil, convencido y ferviente, dió la evidencia del triunfo en aquella magna y memorable asamblea.

El doctor Irigoyen iba a Córdoba obedeciendo a la solicitación de sus amigos de aquella provincia, y al mismo tiempo rindiendo tributo de fe, a la palabra del doctor Sáenz Peña, quien se había com-

prometido, solemne y reiteradamente, a enviar, antes del acto eleccionario, un comisionado federal. Este compromiso falló y dió con la impunidad, ocasión para que el oficialismo cordobés nos defraudara aquella victoria, que costó tanta abnegación conseguirla.

Ya en Córdoba el doctor Irigoyen, asumió la dirección de los trabajos electorales, y con la seguridad que le da su larga práctica y sus muchos triunfos en esta materia, empezó a organizar la provincia en una forma realmente admirable.

Los diarios de entonces recuerdan que el mismo día de su arribo, el doctor Irigoyen dió audiencia a doscientas personas, la mayoría de las cuales no eran radicales, consiguiendo incorporar a casi todas a la causa.

Así inició su labor el doctor Irigoyen, que la fué intensificando día a día, hasta el acto eleccionario. Se puso al habla con todos los hombres de la provincia. Zanjó pequeñas dificultades y disidencias entre los amigos, inevitables, por otra parte, en un tan vasto organismo, formado por hombres libres, disidencias que, a no mediar su templanza y su concordia, hubieran podido producir dispersión y retraimiento de fuerzas. Trabajó como él sabe hacerlo, desde la mañana a la noche, en la mesa, en los paseos, en todas partes, con esa tranquilidad pasmosa, que da la impresión de que tuviese por suyo todo el tiempo y que le lleva a terminar sin nerviosidades, tareas abrumadoras, sin dejar un solo cabo suelto, una sola previsión que no esté anticipada.

Llegaban a su alojamiento del hotel San Martín hombres de todas las condiciones sociales, edades y culturas. Todos salían encantados, convencidos, entusiastas. A todos atendía con igual deferencia. Los que se ponían en contacto, con ese enorme con-

vencimiento, salían imantados, iban a los pueblos lejanos propalando la verdad y predicando el credo, que recién tal vez lo veían hecho realidad en aquel misionero sin pragmáticas, que daba la cabal sensación de un hombre eminente, de un convencido superior a todos los desfallecimientos y a todas las adversidades.

Aquella labor explica el triunfo reciente. Si nada se pierde bajo el sol, no cabe dudar que enseñanzas tan altas, prodigadas como a manos llenas, no solamente no se han perdido, sino que han realizado la inevitable tarea persuasiva: la inevitable propaganda.

Los amigos se renovaban, iban y venían. Telegramas, órdenes, instrucciones, conferencias, oradores para la campaña—prospectos de propaganda, reclamos al gobierno sobre reiterados abusos de la policía; entrevistas con los comerciantes, con los estancieros, requerimiento de adhesiones: en fin, era aquello un trabajo incesante, renovado, permanente, al que no se daba tregua. Todos cumplían con su tarea jubilosos, porque la dirección sabía utilizar a los hombres, y cómo todos son útiles, si se les asigna la tarea debida, todos trabajaban sin reservas.

Una tarde se hace presente un hombre, en quien costaba reconocer de primera impresión a un sacerdote, tal era de confusa y raída su vestimenta. Venía acompañado de un joven de diez y siete años, que se apoyaba en un bastón porque así se lo exigía su cojera.

Aquel era un viejo sacerdote, escuálido, ciego, de manos sarmentosas y amarillentas, ojos hundidos, cabello cano, y una sotana vieja y deshilachada. Los pies, desnudos, dejaban ver unas manchas costrosas, provenientes de aquel mal con que Job propalaba su fe y su martirio.

Aquel clérigo quería hablar con el doctor Irigoyen. Se le hizo pasar, en compañía del muchacho cojo, y hablaron. Aquel sacerdote veía,—o sentía—por que ya hemos dicho que era ciego.—al doctor Irigoyen, por primera vez, pero le tuteaba. Hablaron un buen rato. El fraile se anima en el transcurso de su conversación y a sus cándidas palabras de creyente unía, de cuando en cuando, una gruesa interjección, porque aquel sacerdote era un sincero y gustaba más que de la preceptiva caridad de forma, de aquella otra de fondo, que le llevaba a volcarse como un hilo de agua en la sed de los demás, a entregarse como un pan en el hambre ajena; a no tener más vida que la de los otros, sus pobres criollos serranos, con quienes vivía y por los cuales peregrinaba.

Aquel pastor de almas, cansado de ver miserias, tenía quemadas las pupilas—astros sin luz que vagaban a tientas, entre el dolor y la pobreza de las gentes sencillas. Aquel era un apóstol primitivo, un Job enfermo,—un San Francisco con úlceras que, sin su cayado de peregrino, recorría a horcajadas de su mula, día y noche su pedanía, repartiendo pan, plegarias y consuelos. Era como el espíritu augusto de aquellos campos floridos, de sierras bordeadas de árboles, de vegetación espléndida, de riachos murmuradores y límpidos, de cielos magníficos y serenos. En sus pláticas y sermones tenía la elocuencia primitiva de la fe y de la verdad. Hablaba a sus gentes en un lenguaje sin equívocos, con comparaciones pintorescas, dichos chocarreros, modismos eficaces, unciones paternales.

Aquel fraile escueto era la doctrina hecha hombre. Así debían de predicar en las montañas, en los valles y en los lagos de la Judea, los primeros apóstoles. Así debía de ser el verbo naciente de la

gran doctrina igualitaria y fraterna, cuando se echó a rodar por el orbe y por los siglos, animada en el aliento y en el ejemplo de sus santos rústicos, de algunos pecadores, de algunos jornaleros y de algunos videntes.

Sobre la mugre de aquel pordiosero flotaba ese respeto instintivo que todos sentimos para los grandes espíritus. Cuando se despidió, el doctor Irigoyen abrazó aquel guiñapo, aquello confuso, que era menos que un hombre, porque era más que un santo.

Cuando ya afuera nos despedíamos del padre Brochero, le notamos conmovido: y como si musitara una oración, se repetía entre dientes, como para él mismo: ¡es un gran hombre; es un gran hombre!

El joven que le acompañaba, que era como su secretario, había sido herido de un balazo en la pierna por la policía de Villa Dolores. En reclamo del atentado se había movido aquel fraile Santo, cuya memoria vaga hoy en consejas, cuentos y en ejemplos, por los lugares donde llevara en su escuálida figura nauseabunda todos los dones de la caridad, del consuelo y de la esperanza.

Si la intervención de Santa Fe, de la cual decía ampulosamente el doctor Sáenz Peña, que él era el interventor, no ofreció reales y eficaces garantías, habría que pensar ¿cuáles podría ofrecer un gobierno como el de Córdoba? La tarea más ingrata fué la que tenía que realizarse con las autoridades. Cada reclamo, aun cuando se reconociera su justicia, era cuando más objeto de una promesa. No se modificaba nada, aunque se prometía todo. El tonel de las Danaides simbolizaba aquella labor, interminable,

confusa, llena de vagos ofrecimientos, que, al último, hasta se suprimieron porque régimen se dispuso a maniobrar sin respetos y sin temores.

Con todo, la reparación no hubiera sido burlada si el Presidente cumpliera su palabra, a la que faltó en un renuncio histórico sin justificación posible.

Esto es tan cierto que el mismo doctor Sáenz Peña, afectado, reconoció, después, que no había cumplido con su deber ni con su palabra empeñada.

Trataba de cohonestar esta defección, diciendo que, si mandaba el comisionado, los carcanistas, según se lo habían significado, no concurrirían a las elecciones. No podía tampoco darse una confesión más palmaria del fraude que se proyectaba, y cuyos secretos ya hemos de descubrir. Si la única medida de legalidad, de orden y de respeto para todos, el comisionado o vedor del gobierno nacional, retraía a los carcanistas, cuya era la confesión de que únicamente esperaban triunfar por la ilegalidad.

¿Qué mal podía provenir, para los que pensaban luchar honestamente, de que hubiese garantías y seguridades, aunque fueran superabundantes e innecesarias? Ninguno.

No lo entendió así la candidez presidencial, y entregó a la reparación, inerme, a las asechanzas y maquinaciones del régimen, y, como estaba previsto, entre ellas se esfumó la victoria.

Pero para que no se diga que argumentamos con sofismas y palabras vanas, vamos a explicar la forma de que se valió el régimen para consumar su obra.

Realizado el acto electoral, y a pesar de la intervención de la policía y de las presiones de las autoridades, las noticias recibidas por el comité de la Provincia permitían asegurar el triunfo. Después

de meditados cálculos, así lo onunció al país la Unión Cívica Radical. Entretanto, empezaron a llegar las urnas, algunas con sospechoso retardo.

La Unión Cívica Radical pidió al gobierno de la Provincia permiso para custodiar lo que era el caudal de todos: las urnas, que habían sido depositadas en la legislatura.

El gobierno tuvo la impavidez.—porque de otro modo no puede calificarse—de no acceder a una petición tan justa y que en todo caso contribuiría a irresponsabilizarlo y a evidenciar su corrección. Se insistió en el pedido, se hicieron telegramas y denuncias al Presidente, y al fin se obtuvo el permiso para poder custodiarlas.

Ya era tarde. Ya habían sido violadas, y lo que en ese momento se custodiaba no era el voto del pueblo cordobés, sino el delito perpetrado por el régimen.

El fraude fué efectuado en las urnas, y vamos a explicarlo.

La urna cordobesa, que así hemos de llamarla, era, en su forma y exterioridad, igual a la nacional, —a la que entonces se estilaba,—que se desparecía a la que se usa ahora por tener de menos los aditamentos que se le agregaron después del concurso de urnas inviolables!

¿Qué se diría de un país donde el gobierno hiciera un concurso público, con premios, reclamos, a fin de que se descubriera una nueva forma para hacer inviolable los bolsillos? Se pensaría, y con razón, que tal país era una horda de foragidos y bribones.

¿Y qué se pensará de la moralidad de una nación, donde el gobierno formaliza un certamen de urnas inviolables con su jurado correspondiente?

Era menester encontrar la antípoda de la urna

de Morón, vientre fecundo del régimen que ha prolificado sin gérmenes, durante treinta años, presidentes, gobernadores, diputados, jueces, alcaldes, terratenientes; en fin: la infinita ralea de los usurpadores.

Decíamos, pues, que la urna cordobesa era exteriormente análoga a la urna nacional; su sola diferencia, tan pequeña a la vez como tan fundamental, que pasó inadvertida, consistía en la ubicación de la ranura, por donde introduce su sobre el votante. En la urna nacional dicha ranura quedaba en la tapa superior, arriba del agujero de la llave que cierra y abre la urna. Terminado el acto, en la urna nacional, la misma franja de papel que lleva la firma de los fiscales y del presidente, cierra ambas aberturas.

En cambio, en la urna cordobesa, la ranura para introducir el sobre estaba en la misma tapa, pero en sentido de las visagras.

Terminado el acto la franja de papel se colocaba en el sentido de las visagras, cerrando únicamente la abertura por donde el sufragante depositaba su voto y dejando al descubierto la abertura de la llave.

En términos más precisos: la urna cordobesa, por no tener clausurado con la franja de papel el agujero de la cerradura, se podía abrir discrecionalmente Ahora sólo nos resta decir que el gobierno era el fiel depositario de todas las llaves y de todas las urnas. Por eso el régimen no dudaba de su éxito, que no hemos de llamarle triunfo a semejante mistificación y por eso el candidato a la gobernación se vino a Buenos Aires, y antes del escrutinio proclamó, desde las columnas de los diarios "urbi et orbe" su éxito, asegurando que tenía 44 electores.

Era simplemente inaudito, pero perfectamente lógico. El escamoteo y substitución de sobres se ha-

bía hecho calculando tener ese número de electores, para que no dependiera la reunión del colegio electoral de la Unión Cívica Radical. ¡Cómo sería el triunfo popular, que los cálculos fallaron, y en lugar de 44 tuvo el régimen 37 electores!

Debemos agregar también, que en aquellas elecciones los sobres no tenían más firma que la del presidente del comicio, no como en las últimas que llevaban además, la de los fiscales. Esta única garantía salvó a la reparación en la contienda de Noviembre de 1915 justificando acabadamente nuestro triunfo de hace tres años, como lo había corroborado anteriormente la elección del doctor Borda, en que la reparación venció por más de once mil sufragios.

Después de los fraudes a que tuvo que asistir y resignarse la reparación, ante la brutalidad de los hechos realizados en Córdoba y en Salta, sufrió una serie de atentados suficientes para haberla alejado de los comicios, si el anhelo de alcanzar por la paz la dignificación del país no la hubieran llevado a mantenerse en su conocida actitud.

Vamos comentando estos hechos del pasado inmediato, como hemos de referirnos a otros anteriores, para probar en forma intergiversable que el comicio ha sido y es la orientación reparadora, y que únicamente para habilitarlo se ha recurrido a la revolución, después de abstenciones obligadas y forzosas.

Jujuy también se agitó, ha poco, en la actividad desusada de la lucha comicial. Jujuy, enclavada entre sus montañas milenarias, con la llama de su sol ardiente y su naturaleza subtropical, se sintió un

día conmovida por un impulso nuevo, por un lirismo extraño, que inflamaba el corazón de sus hijos ingenuos y enardecía el patriotismo de sus hijos preclaros. Una delegación del comité nacional llegaba a la pequeña ciudad íntima, donde se ha conservado la tradición, como en una cuna; donde las tapias, recubiertas de flores, dicen de la bondad del clima y de la feracidad del suelo, donde todavía hay apellidos de ilustres virreyes españoles y se guardan, en estuches viejos, antiguos pergaminos, ineficaces en la patria republicana e igualitaria. Aquellos delegados eran, en su fervor argentino, tres misioneros. Iban a la tierra lejana, entre cuyos picachos vagan las sombras de Lavalle y de Güemes: la de aquél, desvelada y trágica y la de éste, como tirándose al frente de una carga de sus montoneros. Iban, decía, a llevar la buena nueva, el evangelio de la nacionalidad, para que clamara su verbo, en las calles, en las plazas, en las cumbres, en los llanos, a la vera de los fogones campesinos, sobre todos los hermanos, y sobre todos los descreídos.

Ganamos la gobernación, y la perdimos por el fraude.

Jujuy respondió al impulso, y se mostró digna de su pasado.

Poco después volvió a triunfar la reparación, vino ungido por el voto popular al congreso, el doctor Teófilo de Bustamante. Traía credenciales legítimas. Así lo demostró en un hermoso discurso, que hizo exclamar a muchos diputados adversos; ¡qué lástima, qué buen diputado perdemos!

El informe del miembro de la comisión de poderes, el señor Avelino Rolón, fué un alegato sencillo y eficaz. Demostró, con una elocuencia de agua clara, al alcance de los más prevenidos, que en Jujuy había triunfado la Unión Cívica Radical. Este nue-

vo triunfo ratificaba el de la gobernación; pero el régimen anuló aquella legítima victoria con la razón del número, y el doctor Bustamante regresó a su provincia con su diploma bajo el brazo; ¿qué pensaría aquel pueblo de la justicia de la Cámara de Diputados? ¿qué confianza le merecerían las leyes dictadas por semejante tribunal? ¿No era esto una forma de notificarle lo inútil e ilusorio de sus esfuerzos?

Sería largo, no obstante, puntualizar todas y cada una de las burlas sufridas por la reparación en estos comicios bastardos, con urnas violables, policías bravas y congresos cómplices. En la elección de gobernador ocurrió lo propio en La Rioja. Era candidato a la gobernación el doctor Pelagio B. Luna, uno de los hombres más eminentes, tranquilos y respetados, con que cuenta en el interior la Unión Cívica Radical. Desde las primeras horas solidarizado con la causa, tiene en su provincia y fuera de ella, prestigios reales que se acrecientan por sus condiciones de lealtad, de eficacia y de modestia. En aquella prueba salió triunfante su nombre, pero los escrutinios escandalosos—"la urna de Morón" y otros atalajes del régimen—le hurtaron su legítima representación.

En la provincia de Buenos Aires, los hechos son muy recientes y notorios. Las elecciones de Diputados Nacionales de Marzo de 1914, dieron lugar a un proceso en el que se concretaron contra el régimen, cargos tras cargos durante seis días. Con todo, la diferencia entre los votos reales de la Unión Cívica Radical y los fraudulentos del régimen, fué de cuatro mil en un total de 120.000 sufragantes. Aquel proceso está vivo en la conciencia pública y ocioso es recordarlo.

Pero hay una defraudación anterior, que es im-

prescindible recordarla. Me refiero a la elección de Gobernador y Vice, que se realizó durante el mandato de don Luis García.

La Unión Cívica Radical hizo, por intermedio del presidente y secretario del comité de la provincia, gestiones ante el gobierno de Buenos Aires, a fin de obtener el mínimum de garantías indispensables para concurrir al comicio. Como era de esperarse no las consiguió. Creemos oportuno transcribir de "La Nación", una síntesis publicada por dicho diario, sobre aquellas conferencias.

He aquí dicha crónica:

"Los delegados Dres. Crotto y Oyhanarte se presentaron a la hora convenida para continuar la discusión promovida alrededor de las garantías que en su fórmula de condiciones planteó la Unión Cívica Radical, como base fundamental para concurrir a los próximos comicios.

"La conferencia comenzó a la 1.30 y se prolongó hasta las 4, considerándose en conjunto y en detalle las cuestiones planteadas por el partido radical.

"Además de los mencionados, estaban con el gobernador el ministro de gobierno Dr. Uriburu, el fiscal de estado Dr. Gnecco y el vicepresidente del senado Dr. Sáenz, que se presentó a poco de empezar la discusión.

"Considerados ampliamente los puntos en debate, el P. E. provincial coincidió con la delegación en las cláusulas consignadas en petitorio publicado ayer, a excepción de dos. La referente a la verificación del escrutinio parcial en la misma mesa, inmediatamente de terminado éste y el que exige la presencia de un comisionado del poder federal a título de fiscal, en cada comicio.

"Concretada la conferencia al primero de los puntos enunciados, fundamental para el partido

radical, los miembros del gobierno exteriorizaron una franca resistencia, negándose a concederlo.

"A esta altura—dijo el gobernador—que conceptuaba, para la Unión Cívica Radical, suficiente garantía que las urnas fueran debidamente custodiadas después de la elección, hasta el momento del escrutinio, y que éste lo realizara la legislatura, con lo que se cumpliría un precepto constitucional y se impediría a la vez posibles perturbaciones en esos escrutinios parciales, que podían degenerar en derramamientos de sangre, siempre dolorosos y que era juicioso prever y evitar.

"Contestó la delegación que la legislatura actual no ofrecía garantías de ningún género, desde que era un cuerpo que pertenecía totalmente al partido gubernista, y en cuyo recinto no se había levantado hasta ahora uno sola voz que abogara por los derechos de la Unión Cívica Radical y no era posible, entonces, entregarle totalmente la función del escrutinio a ese cuerpo, porque todas sus leyes últimamente sancionadas no sólo no ofrecían ni siquiera la sospecha de una buena inspiración, conducente a asegurar los derechos colectivos de todas las agrupaciones políticas, sino que por el contrario evidenciaban, sin lugar a dudas, que se habían dictado con el exclusivo propósito de burlar a la opinión pública y contrariar el ejercicio del derecho electoral.

"A juicio de la delegación, no existían razones de orden legal, constitucional, ni de hecho, que pudieran fundamentar las observaciones del ejecutivo, ni que se opusieran por consiguiente a que el escrutinio se realizara por los presidentes de comicio, con la presencia de los suplentes y la fiscalización de los representantes de cada partido. Se trataba de un escrutinio parcial que tenía por único objeto

averiguar el número de votantes obtenido en cada mesa por los diferentes partidos, a raíz de terminada la elección, con lo que no se cercenaba ninguna facultad a la legislatura, por cuanto ésta realizaba el escrutinio general de toda la provincia, como lo requiere la constitución. Legalmente, no existe, pues, imposibilidad de ningún género.

"Siguió diciendo la delegación que tampoco existía ninguna circunstancia de hecho que contrariase ese sistema, pues las aducidas por el gobernador eran a todas luces inconsistentes.

"Entendía que abrigar el temor de que el escrutinio realizado en la mesa diera lugar a disturbios y derramamientos de sangre, era desconocer la cultura política de nuestro pueblo, que sólo ha llegado a los extremos violentos y al supremo derecho de las revoluciones, cuando el atrio ha sido inaccesible o se ha encontrado cerrado u obstruído por el fraude.

"Pensaba la delegación radical que sostener tal peligro era pueril, que él no podría gravitar en una elección garantizada, máxime cuando el escrutinio de cada mesa aparece aislado y el presidente de comicio y demás personas sólo pueden conocer el resultado de su mesa, pero no así el general de los comicios de toda la provincia.

"A las palabras del gobernador, "que el escrutinio verificado de inmediato en cada mesa violaba el secreto del voto", replicó la delegación que tal peligro era evidentemente infundado, por cuanto en cualquier momento que se hiciera el escrutinio era imposible individualizar por cuál partido político había sufragado cada elector, por lo que consideraban que tal reparo era nimio quererlo sostener como argumento.

"En cuanto a los temores del ejecutivo, respecto

al escrutinio parcial en cada mesa, los delegados invocaron como antecedente la elección presidida en la provincia de Santa Fe por la intervención nacional, a partir de la cual la Unión Cívica Radical había intentado en varias provincias por medio del comicio la reparación que persigue, donde se había adoptado como fórmula de escrutinio el practicado en las mesas, sin que se hubiese anotado un solo hecho violento, ni el más ligero disturbio, a pesar de que los ánimos se hallaban caldeados por una larga preparación electoral que había durado más de un año.

"Se refirieron a las luchas para designación de presidente de los Estados Unidos, país que marchaba a la vanguardia en materia de libertad de sufragio y en cuya legislación política se había inspirado la nuestra, dónde con tal sistema, no obstante votar millares de ciudadanos, se conocía de inmediato y sin inconvenientes el resultado de la elección.

"Hicieron notar los delegados que la Unión Cívica Radical había abandonado parcialmente en algunas provincias la actitud de su digno recogimiento abstencionista, a base de garantías reales y efectivas, y era evidente entonces que en cualquier momento que se cohonestaran esas garantías, antes o después del comicio, el acto quedaría descalificado y la opinión pública burlada.

"Expresaron que las garantías solicitadas ante el gobierno de la nación, que se consignaban en el memorándum en discusión, eran las mínimas que podían exigirse en una lucha de la trascendencia nacional como la que debía realizarse en la provincia de Buenos Aires, donde todos los resortes y factores de legalidad estaban absorbidos por el oficialismo.

"Pusieron de manifiesto que la Unión Cívica Radical no exigía garantías desarticuladamente. sino la única y eficiente, de que el proceso electoral apareciera rodeado en sus exteriorizaciones más generales e importantes de las debidas imparcialidades, y que siendo por otra parte único el acto electoral, en cualquier momento que se le vulnerara, se le destituía de eficacia y de legalidad, por cuya causa no acordar una sola de las medidas requeridas, era exactamente lo mismo que negarlas a todas.

"La Unión Cívica Radical podía corroborar este raciocinio con la dolorosa experiencia de lo ocurrido en la lucha en las provincias de Córdoba y Salta, en cuya primera provincia la opinión pública venció al oficialismo en el acto eleccionario, siendo burlada inicuamente con posterioridad. en el intervalo de tiempo que media desde la conducción de las urnas al recinto legislativo y el acto del escrutinio.

"En Salta. en cambio—agregó—cuando el régimen imperante advirtió el triunfo de la Unión Cívica Radical, pospuso el escrutinio de algunos departamentos, como Rivadavia y otros, donde era indiscutible la mayoría radical, para después de verificado el escrutinio de las demás mesas anular esas urnas. restando así, fraudulentamente, los electores que ellas consagraban y que debían entregarle el gobierno.

"Que el escrutinio era la operación más esencial de las elecciones y que por lo mismo debía de estar rodeado de los mayores prestigios y seguridades, circunstancias estas que impedían fuera confiado a un cuerpo político manifiestamente adicto al gobierno.

"Significó entonces el gobernador que si la Unión Cívica Radical no declinaba en los puntos en dis-

cusión, se podía interpretar que buscaba un pretexto para no concurrir a la lucha; la delegación dijo:

"La opinión del país no se engaña al respecto, desde que ha visto al partido concurrir a los atrios en Jujuy, la provincia más apartada del territorio y que menos pesaba en las decisiones de carácter nacional, estando también a cubierto de esa sospecha, no sólo por la índole de su alto apostolado, sino también por los propósitos de reparación nacional que se había impuesto, por lo que era evidente que concurriría en condiciones de legalidad a la provincia de Buenos Aires, no solamente por su importancia, sí que también por los prestigios tradicionales que en la misma tiene la Unión Cívica Radical.

"Finalmente los delegados expresaron que, dada la índole de la garantía erigida en discusión, y en presencia de la inanidad de las argumentaciones opuestas por el ejecutivo para resistirse a otorgarla, no podían sino fortalecerse en el convencimiento de que se estaba buscando con la denegación conveniencias de orden político, contrarias a la legalidad y a las garantías de orden general. Este criterio no podía menos de ser ratificado, si se tenía en cuenta que el fiscal de estado, Dr. Gnecco, presente en ambas conferencias, había manifestado en un aparte con los delegados que "se tenía razón al exigir el escrutinio en las mesas; porque era precisamente en esa operación donde se iba a defraudar al partido, como era lógico esperarlo de la legislatura que no entregaría el triunfo al adversario, que por lo mismo el gobierno no cedería en ese punto y que era inútil, por consiguiente, toda discusión al respecto."

"La conferencia había terminado.

"Los delegados abandonaron el despacho del gobernador, pero al despedirse repitieron lo que habían sostenido al principio: "La Unión Cívica Radical no declinará en ninguna de las cláusulas contenidas en el memorándum que constituyen las garantías reclamadas."

"Esperaban, pues, el pronunciamiento definitivo del gobierno."

Para terminar, recordaremos que el padrón provincial, tan reiteradamente ofrecido por el gobierno de Buenos Aires,—del cual se decía que era más completo que el nacional,—era el mismo cuya falsedad nos tocó concretar y demostrar en la Cámara de Diputados al discutirse los diplomas de los diputados electos por la provincia de Buenos Aires. Demostramos en aquel debate, nombre por nombre, los inscriptos falsos, que alcanzaban a un cincuenta por ciento de todo el padrón.

Debemos asimismo recordar que las conferencias con el ex gobernador García tuvieron lugar del 23 al 25 de octubre de 1913, y que luego de realizadas las elecciones de gobernador en la provincia, la Unión Cívica Radical concurrió a los comicios nacionales, en que debían elegirse diputados o sean los que tuvieron lugar en fecha 22 de marzo de 1914.

LA REPARACION

La Unión Cívica Radical,—dije un día desde mi banca en el Congreso,—no es un partido político. La afirmación produjo las mismas sonrisas que Sarmiento pedía a los taquígrafos que anotaran para legarlas a la posteridad como suficiente condena de sus adversarios. Hube de explicarme y cabe ahora incidir en aquella afirmación.

Efectivamente, la Unión Cívica Radical, en la mente iluminada de quien la interpreta y de quien la blasona, en la realidad de su acción y en la unidad de su pensamiento, no es un partido político,—es algo anterior y superior a un partido político: es como ya lo hemos repetido con insistencia: la reparación nacional.

Entre un partido político militante y un idealismo objetivo y subjetivo, como el radicalismo, media la misma diferencia que existe entre la revolución de Mayo y el partido unitario de Rivadavia o el federalismo de Dorrego y de Rosas.

La reparación nacional es por definición anterior a la coexistencia de los partidos militantes, cuyo tipo lo compendian los grupos europeos, radicales, conservadores, Wigth y Torys, socialistas, que se estrechan alrededor de las bancas legislativas, y ante las gradas de las poltronas ministeriales. Es anterior la reparación a un partido, porque lo primero que hay que fundar en una sociedad civil, es

la constitución política, no como una proclama hueca que estractifique sus declaraciones inaccesibles en el papel, sino como un fenómeno normal, como la razón misma de ser del Estado. Una nación, sin constitución política carece de personería, no es un Estado, podrá ser un conglomerado o un usufructo.

¿Cuál fué el ideal magno y enardecido, que precipitó a los patriotas de Mayo en tan estupenda y casi inverosimil aventura? En primer término, acabar con la dominación española, por las razones económicas e históricas que fuera ocioso repetir ahora. En segundo término constituir un Estado soberano con su gobierno propio.

El primer propósito que era, aún mirándolo desde la serenidad de nuestros días, enorme, porque la España, a pesar de los gérmenes de descomposición que la asediaban, era un poder inmenso, acrecentado todavía por el valor aventurero y quijotesco de sus hijos. El primer propósito decíamos se cumplió. Nos falta terminar el segundo objetivo.

A pesar de aquel poder, en veinte años se terminó con esa fagina de titanes, con aquel acometer de unos y de otros que estaba identificando, en el enardecimiento y en la bravura, que aquellos hijos eran dignos de aquellos padres. La guerra de la Independencia se concluyó en una brevedad admirable si se tiene en cuenta la fuerza y el poderío español y la precaridad de recursos de los patriotas.

El segundo gran propósito de la revolución libertadora, es todavía un interrogante. No se ha cumplido. Este es el programa histórico y trascendente de la Unión Cívica Radical; llegar al gobierno propio: al gobierno de derecho.

Terminada la guerra de la independencia y aún antes, empezaron los ensayos de gobierno. Era como si la naciente individualidad se orientara a tientas,

en la sombra. El despotismo español, duro, no había permitido que se arraigara en su suelo ni una sola idea de libertad. Las autoridades coloniales que tenían el brazo férreo de la inquisición por norma, y el aprovechamiento de las colonias lejanas por fin, llegaban hechas con su armazón completa desde España, tal cual hoy se puede importar una máquina.

Todo venía de allí sahumado de rancias teologías; de ritualismos complicados; de infolios interminables; de suspicacias escolásticas; de complicaciones costosas.

La colonia no tuvo escuela donde hubieran podido practicar sus hijos la ciencia del gobierno propio.

Otra cosa había pasado en Norte América. La colonización española se fué realizando al acaso; era casi siempre trashumante y sin arraigo; aquí venían los aventureros, los presidiarios, los nobles sin doblones, los piratas audaces, gente de inmejorables condiciones heroicas, pero sin la voluntad de fundar nada y sin la intención de quedarse en Indias más tiempo que el necesario para enriquecerse y volver a las Españas cargados de oro y de relatos maravillosos.

Norte América se colonizó por las sectas religiosas perseguidas en Inglaterra. Los puritanos, de cuyo culto salió Oliverio Cronwell; los cuákeros; los anglicanos, abandonaron su tierra de origen, en pequeñas sociedades, en rudimentos de pueblos, y así se radicaron en la Nueva Inglaterra. No iban trás de aventuras ni de proezas, iban en busca de tranquilidad y de trabajo. Las sectas religiosas, al dejar su patria, le habían dado un adiós eterno, se marchaban para no volver, a una tierra remota, donde bajo un cielo nuevo, pudieran adorar al Dios de sus conciencias sin limitaciones ni venganzas.

Se ausentaban en un viaje sin retorno, y, además de la fe, que había de ayudarles en el camino ignoto que se proponían, llevaban el ansia de la libertad, el culto al trabajo, las tradiciones familiares, sus hogares formados de acuerdo con sus cultos, es decir, en germen todas las virtudes y disposiciones que puedan fundar sobre base inconmovible una sociedad de labor y de orden.

Otro fué el tipo de la colonización española.

Los españoles llegaban, pero generalmente para retornar; venían aligerados de todo: de "blanca", de familia, de escrúpulos, ávidos de hacer furtuna en poco tiempo y regresar a los lares patrios, a consumir en el ocio y en la francachela los doblones indianos. Pero hagamos una distinción previa, que nos evite una injusticia. Como tipo de conquistador, el español quedará en la historia, como un asombro y como un prodigio. Nadie puso como él más denuedo en la empresa ni más utopía en la acción. Su valor tocó los límites del desvarío, y su crueldad necesaria, parece que se hubiese petrificado en el tiempo en aquella horrorosa matanza de la Noche Triste, que tiñó de sangre las aguas espantadas del Tezcuco.

Nadie como ellos hubiera realizado la conquista del mundo inmenso y enigmático, donde había que luchar como en la Apocalipsis, con los hombres y con los elementos, con ríos como mares y en donde existían como valladares imponentes, montañas colosales, con los fríos del polo y los soles del Ecuador, con las llanuras infinitas, con las selvas impenetrables, con las fieras, con los reptiles, con los miasmas, con las fiebres, con los indios astutos y vengadores.

Los conquistadores sobrellevaron todo esto, vencieron todo esto, con un valor inaudito y con un

tesón que ha quedado en la leyenda, como ejemplo tal vez único.

Esta tarea de limpiar un mundo, que esa fué su empresa, la realizaban a más de un año de tiempo de la metrópoli, cuyo viaje ya en sí importaba una heroicidad. Abordaban este empeño, sin recursos, con escasísimos elementos, sin conocer el país, orientándose en la inmensa heredad salvaje por su instinto y por su audacia. La tarea de conquista la cumplió España como ninguna nación hubiera podido realizarla.

Tal fué su misión y tal es su inmutable gloria. Para lo que no estaba habilitada—y eso no es culpa suya, sino de la época—era para la otra tarea, la pacífica, la de crear. España limpió el mundo salvaje y le dejó listo para que la semilla de la civilización germinara en su seno ubérrimo. Pero ella no tenía esa semilla. De ahí la diferencia entre el conquistador y el colonizador. Mejor dicho, ambos tipos se confundían Los colonizadores españoles nunca fueron los pacíficos puritanos, cuyas armas eran su biblia y su conducta rígida. Eran conquistadores disfrazados de colonizadores. Ejemplo palmario es el de Don Pedro de Mendoza.

Su misión no pudo ser más loable. Don Pedro de Mendoza no vino a conquistar, vino a fundar. Trajo elementos de labranza, semillas, caballos, pobladores, agricultores, en fin, todos los elementos que no traían sus congéneres. Pero Don Pedro de Mendoza, no era, no podía ser, por muy buena voluntad que le animase, un colonizador, un hombre de trabajo, de disciplina pacífica y conciliadora.

Don Pedro era un brillante capitán. Su acero había acuchillado herejes, y se había empurpurado con sangre infiel. Con sus tercios formidables había ayudado al condestable de Borbón a saquear a Ro-

ma. Llegaba a las playas solitarias del Plata cargado con los despojos de aquel botín. Era un noble español, lleno de pergaminos, adusto en su impenetrable ensimismamiento, taciturno por temperamento, y por su enfermedad, cogida en las guerras, en los desmanes de los saqueos y de las violaciones. Para don Pedro, como para todos los españoles aristócratas de su época, el trabajo era una indignidad, que no se avenía con los quilates de su sangre azul. ¡Trabajar, trabajaban los gañanes y villanos, los siervos de la gleba, los que no podían ser monjes o soldados!

El único trabajo que convenía a un hidalgo español era el guerrear.

Por mor de estas calidades no podía ser núcleo de una misión colonizadora un hombre de este jaez; sobre cuyo espíritu heroico tocaban somatén las vísperas sicilianas y no la mansedumbre de esas campanas interiores que llaman a la paz, a la labor y a la concordia.

Su empeño fracasó precisamente por sus virtudes guerreras. A poco andar los indios—a quienes sometía a su férula en lugar de atraerlos pacíficamente,—se sublevaron, destruyendo por el incendio y la matanza a la primera Buenos Aires. Su empresa colonizadora se perdió en su gesto conquistador.

No hablemos de los otros brillantes capitanes que dejaban los puertos de San Lucar, Santander y Palos, sin más menesteres civilizadores que su acero toledano, su capa valentona y su mostacho airado.

Lo que sí trasplantó con toda fidelidad la España de Carlos Quinto y de los Felipes, fué su férreo despotismo. Cuando este cayó, cortado como el nudo gordiano, por la espada de la revolución, la incipiente nacionalidad se encontró lógicamente desorientada.

En su espíritu, más que en su cuerpo, las cadenas de la servidumbre habían dejado sus marcas indelebles.

El pasado colonial inmediato gravitaba con sus espesos muros de sombra sobre los rumbos a seguir.

Rota la vinculación con la metrópoli, la antigua colonia, llevada por su arrojo a la categoría de nación libre, se encontraba en una situación análoga a esos púberes que quedan ricos y sin padres:—¿En qué devaneos, en qué parciales desorientaciones no iba a gastar su inexperiencia, su falta de capacidad para regirse?

Y así tuvo que ser por un fatalismo histórico, que estaba en la sangre, en lo atávico, en la educación claustral y limitada, y en el ejercicio de obedecer practicado durante tres siglos! Allí empezó la tarea más difícil y más compleja.

Las sectas que poblaron la Nueva Inglaterra llevaban en su organización, el gobierno; en su respeto a la libertad, su inviolable derecho; en su práctica del trabajo su engrandecimiento futuro.

Los nuevos pobladores del norte venían connaturalizados de siglos atrás con la carta magna, con el "habeas corpus" con los tres sistemas de gobierno propio instituídos por Inglaterra en sus colonias; y así pudieron pasar sin solución de continuidad, de la dominación extraña al gobierno emanado de su voluntad. Tenían el hábito y la educación que da la libertad. La metrópoli lejana se había expandido económicamente en sus colonias, pero no les había confiscado para mayor previsión la libertad política. En fin, cada nación había trasplantado lo que tenía: la Inglaterra la libertad política y civil y la España el despotismo.

Vienen así, a raíz del grito de mayo, las primeras dificultades de organización interna. Nadie acer-

taba ni con la forma ni con el sistema. Los primeros gobiernos patriotas se pierden en una serie de ensayos ineficaces. Nace así la primera junta, rémora como cuerpo ejecutivo porque le sobraba número; los triunviratos, vago recuerdo de una fórmula romana; el directorio. Todo adolecía de la misma falla originaria; de que el gobierno propio en lo individual y en lo colectivo. es lo más difícil, porque es el resultado de la educación y de la naturaleza.

Las primeras cabezas revolucionarias se pierden en la tradición, que está ahí mismo dentro de sus propios espíritus, y hasta se piensa en buscar un noble extranjero para coronarlo; en inventar un rey incásico, con tal que haya donde afirmar en una corona de oropel, el símbolo americano del autoritarismo colonial.

Vienen los congresos constituyentes, doctorales, presuntuosos, llenos de reminiscencias de Juan Jacobo, de Montesquieu, de Benjamín Constant.

Explicable empirismo de los que sólo han mirado los libros, pero no han visto la realidad, y como epílogo de esta profunda desorientación doctrinaria y del buen sentido, la otra desorientación, que finca en el instinto su rumbo: la de la guerra civil, la que Sarmiento llama más pomposamente, como si estuviéramos en presencia de Mario y de Sila, la guerra social.

Esta era la desorientación en los hechos, eran las doctrinas a medio digerir, buscando en el ambiente su fórmula transativa, su acomodo circunstancial. Eso vino después de la sangre y del lodo, el 53.

La independencia, decíamos, terminó en 20 años de guerra, en que se combatía al enemigo exterior y se fundían, como en un horno, los materiales pro-

pios. La organización nacional, el gobierno libre, dentro de la forma simplista inglesa y norteamericana se le buscó ardientemente en los campos de batalla y en las meditaciones de las asambleas constituyentes.

La fórmula fué encontrada en la Agora del Paraná. Dirigió brevemente, a medias, como para traernos el recuerdo de su eficacia, a la república, recién constituída; pero luego no más se perdió en el peculado y en la usurpación. Esta ha sido la tarea reversiva del régimen.

Para consumarla ha dispuesto a mansalva de todos los recursos que da el poder. Esta reacción hacia el pasado, es doblemente atentatoria, porque ella se realiza cuando a la nación le sobran capacidades para regirse, en los precisos momentos en que la Europa se volvía a nosotros con simpatía y hubiera estado dispuesta, con garantía y seguridades, a inundarnos con su capital y su brazo.

A los que han consumado tamaño atentado, cabe repetirles: "Que ante la magnitud de sus crímenes, " de esa fatalidad sin reparo, sus causantes son " más que reos de lesa patria, son todo y no son " nada, porque en presencia de la enormidad del " agravio, sus responsabilidades son un sarcasmo, " sus protestas de regeneración una blasfemia y el " progreso de que blasonan, una iniquidad."

Decíamos que la Unión Cívica Radical no era una agrupación política de las muchas contingentes y hasta transitorias que pueden formarse en una nación que se gobierna a sí misma, al calor de tendencias, propósitos, ideas, conveniencias e intereses, en que se bifurca y fructifica la compleja actuación de una sociedad moderna.

Para que sean posibles los partidos, con cartabones o programas declarados, es primordial que exista el órgano mediante el cual esas declaraciones han de hacerse prácticas, han de llegar al gobierno. Si el gobierno no existe como realidad democrática, porque está enfeudado en una oligarquía que se renueva fuera de la ley y de la verdad, la tarea substantiva, el ideal eminente, el anhelo práctico, tiene necesariamente que orientarse en el sentido de restablecer la legalidad.

Esta es la tarea suprema. y ésta es la misión histórica indeclinable de la Unión Cívica Radical.

El problema argentino en lo que a su gobierno se refiere, no es el de las palabras, ni el de las declaraciones, sino el de la verdad.

Tener programitas y vocinglear su eficacia, cuando el comicio es sólo una aspiración burlada, es promulgar a sabiendas una mentira, es cometer una insinceridad; es pactar con los usurpadores, en el deseo arribista y cómplice de obtener algo de lo que está confiscado.

Todas las agrupaciones políticas nacidas y muertas en veinticuatro horas en el escenario enrarecido del país, han tenido esa característica.

Han sido rótulos varios de la misma complicidad. No han buscado sino coincidir en la repartija tranquila del botín cobrado al pueblo.

No son los programas tan fáciles de formular como de no cumplir. lo que la nación reclama desde su mutilamiento ciudadano de más de un cuarto de siglo: es la practicabilidad de su vida política.

Como declaraciones de derecho. como mentiras convencionales, no habría sino que leer y reeditar los mensajes de todos los presidentes del régimen.

En los precisos momentos en que el país sucumbía. cuando se agitaba en la zozobra de los conflic-

tos internacionales creados únicamente por la incapacidad del régimen, cuando instituciones, finanzas, dignidades y respetos, todo rodaba en la misma vorágine, los presidentes oligárquicos al inaugurar las sesiones del Congreso, hacían una inimitable disertación cantando el progreso, la prosperidad y el porvenir del país.

Como doctrina, como pulcritud platónica, como previsión y desinterés gubernativo, los mensajes eran la última palabra de la perfección. Cualesquiera que los lea y juzgue por ellos el estado del país, pensará en el insólito desparpajo de aquellos gobernantes.

Por palabras, por fórmulas, declaraciones, programas y promesas, no se ha producido en la república nada más perfecto que los mensajes presidenciales.

Maquiavelo les hubiera tributado su aplauso, y acaso los habría hallado tan irreprochable obra de sumisión y de dominio, como el asesinato perpetrado por César Borgia en la persona de su hermano, el duque de Candia, ultimado después de esperar pacientemente que Alejandro VI acumulara sobre él todos los títulos, señoríos y dignidades que por muerte del mayorazgo debía heredar el propio César.

Frente a los programitas cómplices y baladíes, el pueblo, instruído por su propio dolor y su larga adversidad, murmura con el escepticismo del príncipe de Dinamarca en la escena más realista del teatro universal, contemplando la calavera del bufón Yorick: "palabras, palabras, palabras".

La reparación institucional lleva implícita la solución de todos los problemas que puedan susci-

tarse en el país. Rehabilitada la constitución, el pueblo, en uso de su soberanía, está en condiciones de resolver por sí solo, o por medio de las agrupaciones políticas que nazcan entonces auspiciadas por la libertad, todas las cuestiones concretas y modificables que se presenten en el decurso del tiempo, con el cambio de los factores sociales, ideológicos o económicos.

Veamos si no:

Se plantea en el país, en el terreno financiero, la reforma del arancel aduanero.

Sabemos que actualmente hay dos tendencias que podríamos llamar la del interior y la del litoral. El interior es proteccionista, por la radicación de sus industrias que se defienden con el arancel. El litoral es librecambista, porque no teniendo ni la industria del azúcar, ni la del vino, sino las agropecuarias, no solamente no tiene nada que proteger, sino que su verdadera protección está en comprar donde se le venda más barato, y hasta ahora el mercado extranjero le ofrece por la vía del mar, a mucho menos precio, aquellos dos artículos, de cuya explotación viven Tucumán, Jujuy, San Juan y Mendoza.

Habilitado el sufragio ¿cómo se resuelve este conflicto de intereses?

Pues por el sufragio, por la constitución actuando. Si hay mayor número de proteccionistas que de librecambistas, aquéllos llevarán al gobierno su mayoría legítima que se encargará de mantener como hasta aquí los aranceles. Advierto, sí, que tomo convencionalmente la palabra arancel, pues el nuestro no existe; está por crearse. Existen, como lo demostró en la cámara el doctor Le Breton, una cantidad de leyes sancionadas en diversas épocas bajo el impulso de diferentes necesidades. Hay algo primitivo e informe sin plan y sin doctrina.

El arancel que a Francia va costando diez años para estudiarlo, está por hacerse, como todas las cosas vitales del país.

Tomemos el otro término: que triunfen en los comicios los librecambistas; tienen ya en sus manos la oportunidad de modificar los derechos aduaneros, dándoles la orientación de sus conveniencias.

De ahí que dentro de la legalidad no caben conflictos. Todos los resuelve la maravillosa adaptabilidad del instrumento representativo, del régimen constitucional. Los conflictos se derivan en plebiscitos; los que triunfan, los más, están en condiciones de resolver los problemas o teorías que les preocupan.

Las minorías, a su vez, ejercitan su eficaz misión de contralor. Con las críticas sanamente inspiradas hacen tanto como con el número. Pueden, además, siendo minorías, hacer triunfar parcial o totalmente sus decisiones: o por la fuerza de su elocuencia y de su razón, o por esas votaciones disgregadas, que dan una resultante nueva distinta de la común.

Contemplemos otro problema cualquiera; la separación de la Iglesia y del Estado, la educación pública, la colonización de los desiertos, la formación de la marina mercante, y siempre el resultado será el mismo. Triunfará el interés de las mayorías, atemperado como ocurre, casi siempre, por las críticas y las conveniencias de los menos.

Pero es que las leyes mismas son por definición transitorias, y por eso el programa de los partidos políticos militantes tiene que evolucionar, desde su punto de vista, con las ideas, tendencias e intereses que agitan a la masa social. Una conquista realizada es un propósito que fenece, y hay que reemplazarle por otro nuevo y conducente.

Inglaterra y los Estados Unidos pueden servir-

nos de punto de referencia. A Inglaterra, tradicionalmente librecambista, se la ve evolucionar en las últimas datas hacia el proteccionismo. Necesita defender sus mercados coloniales, recibir, con la protección aduanera, los productos de Australia, Canadá y las Indias, en cambio de la colocación en los mismos a la socapa del privilegio de los artículos de su enorme industria. Inglaterra, se ha dicho, que ha labrado su grandeza mercantil, que ha conquistado el dominio de casi todos los mercados del mundo por su sistema librecambista. Sin embargo, la vemos evolucionar, por la necesidad, hacia la protección.

A la inversa Norte América necesitaba para defender sus propias industrias como arma, la valla aduanera y fué por imperio del proceso de su evolución mercantil e industrial, proteccionista.

Reaccionó hacia el librecambismo cuando ya sus industrias habían adquirido el desarrollo suficiente para defenderse por sí mismas, por su propio mérito, por su baratura y su calidad. El mismo fenómeno se repite en todos los órdenes, en las mil radiaciones de la actividad social cada día más compleja.

La reparación tiene pues el programa de los programas; ninguno podría ser ni más trascendente ni más eficaz, ni más perentorio. De su solución derivará el progreso y la grandeza del país.

El día que se le conquiste en toda su eficacia, sin limitación, la república habrá cambiado desde sus bases mismas; una inusitada revolución, vigorizará sus fuerzas. Todos los rumbos del progreso le serán asequibles; todos los caminos del honor y del trabajo le estarán abiertos.

Gloriosa y fecunda reorganización. ¿Que será del país cuando venza su propio despotismo y labre

con la fe, el esfuerzo y la honradez de sus hijos mejores, su nuevo credo, su nueva verdad, su soberana doctrina?

Hace ya once años y parecería sin embargo, que fuera ayer—brevedad de la vida humana! — se decía en el manifiesto dado al pueblo de la república después de la revolución del 4 de febrero las palabras que copio, porque ratifican los conceptos antes expresados.

"La Unión Cívica Radical, no es propiamente un partido en el concepto militante. Es una conjunción de fuerzas emergentes de la opinión nacional, nacidas y solidarizadas al calor de reivindicaciones públicas. Servirlas y realizarlas, restableciendo la vida del país en la integridad de su prestigio y de sus funciones, es el programa que formuló al congregarse, y que ha realizado con fidelidad hasta el presente. Ha sido y será el centro de los espíritus independientes, que, queriendo o debiendo prestar su concurso a la obra de la reparación nacional, busquen la orientación propia de ese deber y la fuerza eficiente para llenarlo. Sus afiliados saben, de antemano, que no van a recibir beneficios ni conquistar posiciones, sino a prestar servicios en la plena irradiación de su personalidad. Así lo ha demostrado en la cruenta labor que le ha correspondido en el lamentable período de vida por que atraviesa la República, *rechazando la dirección* de gobiernos, la *coparticipación en otros* y la jefatura de oposiciones falaces y engañosas. Mediante los primeros, habría conquistado influencias reales, y la segunda, habría sido suficiente para ensalzar su acción y enaltecer a sus hombres. Pero se ha sustraído, a unos y a otra, considerándolos contrarios a su programa y susceptibles de descalificar su autoridad, sin beneficio para la República.

"Será enseñanza en el presente y honor en el futuro, el ejemplo de esta fuerza que se mantiene íntegra y poderosa sin las atracciones de la autoridad, resistentes a los halagos y a las tentaciones, y superior a las adversidades que la combaten, porque la alienta un sincero y patriótico convencimiento de la magnitud de su misión en la existencia de la República. Sus sacrificios entrañan prestigios que serán imperecederos y fecundos por la inspiración que sugieren, mientras que, cuanto a su acción se opone, al desmoronarse, siguiendo la ley de las transformaciones, no dejará luz ni huella benéfica alguna.

"Lo imprevisto, tiene tanto de cruel como de injusticia; pero el esfuerzo hecho al calor de convicciones y de deberes sagrados, no se esteriliza nunca en desenlaces negativos. Hay siempre fecundación de savia nueva en las inmolaciones sufridas y en los superiores sacrificios. Los que son capaces de realizarlos, con la alta visión de la felicidad de la patria, están siempre en el corazón de los pueblos."

Hace once años que se pronunciaban estas palabras y que se predecía el triunfo de la reparación. Después de aquel fracaso nunca suficientemente lamentado, se decía, mirando lejos en el porvenir e irguiéndose por sobre las dolorosas contingencias del momento: "el esfuerzo hecho al calor de convicciones y de deberes sagrados, no se esteriliza nunca en desenlaces negativos". Y esto es tan cierto como que de aquel pasado, de aquellas sombras emerge este presente, en que ya tocamos la realización de la obra. Pero para mirarla realizada en el futuro después de malogrado el más grandioso esfuerzo para llevarla a efecto, hay que tener la fe de un vidente y el convencimiento de un abnegado!

Durante la lucha de Salta, de hace algunos me-

ses, el comité de aquella provincia sancionó una plataforma de gobierno que era la última palabra del progreso y de las necesidades públicas.

No tuvo más defecto que el que todos recordarán.

La oligarquía salteña de vieja y arraigada prosapia, malogra el triunfo y la plataforma irreprochable y perfecta, no pasó de ser un lirismo ineficaz, soñado al margen de las trapisondas del régimen.

El carácter de la reparación explica también el de los elementos que la integran. Dentro de la Unión Cívica Radical como en la hora primera de la independencia cabe todo el pueblo argentino en la diversidad de sus opiniones, intereses y doctrinas.

Ya hemos dicho que la resistencia pública se identifica con la nación. Son términos correlativos: la Unión Cívica Radical es el pueblo de la república buscando su organización definitiva. Todo lo que no está en sus filas, aun los indiferentes, son la fuerza inversa: es el régimen, cuya existencia se fundamenta en la ilegalidad.

Colocad la vida política del país dentro del precepto constitucional y el régimen habrá desaparecido, habrá terminado, sin dejar "luz, ni huella benéfica alguna."

De ahí esta diversidad, que es como la vida misma del país concretada en nuestras filas. Las tendencias particulares, las doctrinas individuales, los intereses más antagónicos caben en la reparación, porque todos se nivelan en el mismo objetivo y tienen el mismo común denominador: terminar con la ilegalidad.

Emergemos de la revolución de Mayo y traemos análogas características. El ideal libertador conglomeró también a todos los hombres sin escudriñarles sus convicciones personales tocantes a la

variedad de problemas que forman la psicología humana y la sociología de los pueblos.

El móvil de la Independencia, el propósito único, unitario, — valga la palabra, — armonizó a todo el pueblo colonial. Ante esa coincidencia claudicaron las preferencias individuales, los idealismos o predilecciones de cada uno. El objetivo no podía ser ni más concreto, ni más eminente; terminar con el despotismo, concluír con la dominación extraña. Luego sería el agruparse en campos distintos, según las ideas de cada grupo de hombres. Por eso coincidieron los patriotas, entonces, lo mismo que ahora, en las trincheras de la Europa caen y ruedan y triunfan todos. Católicos, cuyo evangelio es el perdón y el olvido, sectarios, que a su vez parafraseaban aquel concepto y clamaban la huelga general el día que el espectro de la guerra asomara sobre la tierra maldita su magra calavera: creyentes fervorosos y ateos escépticos, pobre y ricos, nobles y vasallos, industriales y obreros, menestrales y rentistas, gente moza de un porvenir hermoso, y viejos ya fatigados cuya muerte sólo les abreviará su cansancio. Rusos azorados e ingenuos, que no saben leer y van a la matanza porque así lo ordena padrecito el Zar; republicanos franceses, sobre cuyos labios Voltaire insinúa su descreimiento; jóvenes de las facultades alemanas, que quién sabe qué destino no les reservaba la paz fecunda y tranquila; rubios ingleses, que combaten con su pipa sobre la boca altiva y entonan como en una fiesta sus cantos populares; irlandeses que sueñan con su verde isla; italianos que reviven en su proeza el rebato de la sangre latina. Todos, todos, todos!...

En la hecatombe coincide todo! Razas, hombres, pueblos, doctrinas, organizaciones, los prejuicios, banderas, plegarias, los descreimientos, la ciencia

en sus inventos más formidables y en sus solicitaciones más generosas.

El pasado y el presente, el porvenir, las finanzas, la economía, el trabajo de los que guerrean y de los que trabajan; las resistencias del corazón de las madres; el vagido de los niños que nacen sobre la visión del apocalipsis. Se combate como para despoblar el planeta: sobre la tierra, bajo la tierra; en el aire; sobre el agua, bajo del agua. Es la coincidencia universal, dentro del rencor universal, y de la renovación de las razas, pueblos, sistemas, gobiernos, credos y doctrinas. Los descreídos oran, los creyentes blasfeman, y todos presienten que sobre el haz de la tierra incendiada flota ya una nueva verdad; tal vez un nuevo evangelio, algo confuso; feto enorme de quién sabe qué insospechadas transformaciones.

Pero bajemos de esta pavorosa cúspide, hasta el plano menos trágico, pero no menos heroico que diseñábamos.

La revolución de la Independencia integró en su impulso todas las voluntades y todos los designios. Entonces como ahora eran dos las fuerzas que contendían: españoles y patriotas; godos y criollos. No había más, ni el drama necesitaba para su inevitable fin de mayores complicaciones. Desde Moreno, que daba los fundamentos sociológicos y económicos a la revolución, — hijo de la Enciclopedia — hasta Fray Cayetano, hijo del Evangelio, que incitaba a los patriotas con sus versos ingenuos, todos cabían en las filas heroicas. Saavedra, temperante y conservador; Belgrano, católico y abogado - general, dulce espíritu, que se anticipó a Sarmiento, fundando con la recompensa de sus victorias cuatro escuelas en el país convulsionado, acto que vale tanto, cuando menos, como sus victorias de Tucumán

y Salta. San Martín y Alvear, miembros ambos de la logia Lautaro, institución masónica, se codeaban con Fray de Oro, Monteagudo, Lavalle, Pueyrredón, Las Heras, Balcarce. Cabían todos los entusiasmos y todos los sacrificios.

Los que buscaban la república de Platón, como Rivadavia, y la dominación real como Alvear. Los federales y unitarios. Los republicanos y monárquicos. Los del privilegio y del libre cambio. Los guerreros instintivos como Güemes y tácticos que habían visado sus entorchados en Bailén y en Albufera. Los hombres de la ciudad y los gauchos de la campaña; el litoral con sus impulsiones liberales y Córdoba con sus retraímientos místicos.

La revolución abraza todo el país y le compendia en sus virtudes, en sus bravuras, en sus aspiraciones, en sus anhelos, en sus infortunios. Era una inmensa caravana sublevada, donde ni siquiera las mujeres se habían retraído, porque armaban el brazo de los libertadores o les socorrían con sus infinitas ternuras en los campos de batalla y en los hospitales de sangre. Era aquel un pueblo diminuto, hombres volcados como un puñado de trigo en la superficie del mar. Un terreno inmenso absorbía a aquella ínfima multitud, que por el prodigio de su heroismo y la convicción de su obra, prolificaba en sí misma, concurriendo a todos los extremos del desierto: desde las costas del Plata en el remonte de su audacia, hasta las callejas tortuosas de Lima. Aquel grupo homérico concurre a Tucumán, vence en Salta, contraataca en los desfiladeros, se bate en el mar, se interna en el Paraguay, cruza los Andes, se glorifica en Maipú y en Chacabuco, auxilia a los hermanos, se interna en el Brasil. Los desiertos, los enemigos, la pobreza, el aislamiento, todo cede a su impulso. Se improvisan tácticos de civiles, ca-

pitanes llenos de recursos y denuedos de gauchos rudimentarios y bravíos. Lo que no se sabe se inventa y lo que se ignora, se adivina. Era todo un pueblo amasando su libertad.

De ese pasado y con tal ejecutoria llegamos sobre los acontecimientos contemporáneos. Venimos de lejos, de la adversidad y de la gloria; traemos una fórmula para promulgarla, un ideal para cumprirlo, un apostolado para clavarlo como una bandera en medio mismo de la nacionalidad redimida.

Por eso caben todos los hombres en nuestras filas. Somos la nación en la variedad infinita de sus fuerzas, de sus aspiraciones y de sus propósitos. La reparación ofrece el espectáculo reconfortante de aunar todos los hombres cualesquiera que sean sus convicciones íntimas y sus preferencias doctrinarias. Todos se identifican en la unidad del credo. Quieren establecer el reinado de la verdad institucional, y luego cumplida la cita de honor y de sacrificios, cada uno, como los soldados licenciados después de terminada la campaña, podrán seguir en todo caso, sus orientaciones genéricas. Antes, fuera prematuro e ineficaz. Esta variedad de factores, homologados por la bandera reivindicadora, da a los hombres del radicalismo una amplitud de espíritu que sobrepasa los límites comunes de la tolerancia; un profundo respeto por las convicciones ajenas se llega a cimentar, en el transcurso del tiempo, coincidiendo con tantos hombres, que no piensan con relación a determinados problemas, como nosotros.

Los católicos, los liberales, librecambistas, proteccionistas, los provincianos, los porteños, los del litoral, del interior, los hacendados, agricultores, peones, jornaleros, militares, marinos y trabajadores, los ricos, los empleados, todos fortifican nuestras filas y todos nos dan la certidumbre del triunfo.

Este fenómeno, que algunos ofuscados califican de carencia de uniformidad, es precisamente lo que constituye la fuerza y la solidaridad radical, que concretada en una fórmula podría llamarse la integridad política.

Con lo expuesto creemos dejar establecido el concepto de la reparación. Pero como quiera que escribimos para la juventud, hemos de hacernos cargo de otros criterios erróneos de interpretación que andan por ahí a fin de analizarlos.

Suele llamarse a la Unión Cívica Radical—claro que no siempre ingenuamente—partido extremo; partido de oposición; extrema izquierda; partido avanzado y otras denominaciones igualmente erróneas.

Hay quienes confunden la reparación argentina con los partidos radicales europeos.

No cabe tal confusión: los partidos radicales europeos son militantes, se desenvuelven con un programa circunscripto y dentro de un régimen aceptado por legal. Son agrupaciones de un liberalismo intermedio menos detonantes que las demás fuerzas avanzadas.

La Unión Cívica Radical, no tiene más coincidencia, que la de su nombre con tales fuerzas.

Pretender confundir a la reparación con los partidos extremos o avanzados, es otra puerilidad. No existe ningún punto común entre la reparación y semejantes providencias sociales, nacidas bajo el imperio del pauperismo de las civilizaciones fatigadas de la vieja Europa.

Partidos avanzados son—o han sido porque ahora no existen partidos en la Europa conflagrada—las sectas sin bandera, sin Dios, sin ley y sin patria.

La guerra actual no es en el fondo sino la reacción contra el materialismo y el descreimiento rei-

nantes, infiltrado en las bajas capas sociales, casi diríamos en el pueblo todo, por una filosofía escéptica, por un credo rudo, que no admite más posibilidades que las concretas y materiales.

Esa filosofía escéptica y limitada, había roto el globo terráqueo como un juguete que destrozan los niños por capricho, y le habían encontrado sin alma. El mundo estaba sin espíritu, la eternidad sin justicia, el vacío sin Dios.

Había que aprovechar las horas, que apropiarse de los bienes tangibles ya que en los reducidos contornos de nuestros días, todo terminaba, todo fenecía, como si acaso fuera necesario perpetuarse más allá del infinito, para comprender que el hombre es inmortal, aquí en la tierra en que se sigue perpetuando en su raza y en sus hijos.

Los resultados de este evangelio rojo, los está sufriendo el mundo y sus primeras víctimas fueron sus mismos parciales. La guerra actual no es sino un chiflón heroico que barre con la civilización, no diré materialista, sino materializada de la Europa y del mundo. Por eso adquiere esta guerra contornos tan trágicos y renunciamientos tan dignificados. Las reacciones se producen en razón directa de los males y de las causas que las precipitan. Así se explica este espectáculo que hace algunos meses creíase inverosímil, este heroísmo, que no asombra ya por su universalidad, este desprecio de la vida por el futuro de la patria y el deber que lo manda, éste sacrificarse por utopías y por ensueños que no han de alcanzar nunca quienes los realizan sino los otros, herederos de su orfandad, nacidos como de las raíces mismas de una civilización utilitaria, mecanizada, diría despectivamente el autor de "Los Héroes".

Hace apenas unos meses el mundo era una gran

casa de comercio; hoy es un sangriento campo de batalla. Entre la adoración de Mercurio y el culto de Júpiter existe el abismo que hoy se está rellenando con cadáveres. Dura ley, tal vez justo castigo de los que no ven más allá de la realidad, de los que no quieren creer que la vida humana está formada de lo ideal y del misterio, que somos peregrinos a tientas y que nuestro orgullo es la evidencia de nuestra ignorancia.

Decíamos, entretanto, que no cabe confundir la reparación ni con las sectas, ni con los llamados partidos extremos. Tampoco puede decirse que la Unión Cívica Radical es un partido de oposición, porque tal característica involucra sólo un propósito negativo. Hacer oposición sólo implica estar en contra de algo. Esto puede ser una faz del radicalismo, pero nada más. La reparación no es sólo un credo que niega, sino una verdad que afirma.

LEY ELECTORAL

Electo presidente de la República, llega de Europa el doctor Roque Sáenz Peña; ya en el país uno de sus primeros actos políticos fué solicitar por intermedio de un amigo común, una conferencia al doctor Irigoyen. El amigo era el doctor Manuel Paz, a la sazón diputado nacional por Tucumán, y las conferencias, porque fueron varias, se celebraron en su casa.

Entre el doctor Irigoyen y el doctor Sáenz Peña mediaba una afectuosa amistad, de muchos años, avivada por los azares de la lucha, por la persistencia del primero en la recta de su actitud y por la simpatía que un esfuerzo y un denuedo así levantaban en un alma romántica, como la que dilataba el pecho del soldado de Arica.

Sáenz Peña había abandonado el país, después de sus disensiones y rozamientos con Pellegrini, sin ánimo de volver. Pensaba radicarse definitivamente en el extranjero, cuando la suerte, o la casualidad que según Hugo es la firma de Dios cuando no quiere firmar, le fué a anunciar en su voluntaria expatriación que se había sacado la lotería. La lotería como se comprenderá, era la presidencia. Sáenz Peña se había ido descorazonando con los hombres y las ingratitudes de sus amigos, pero ya en trance de volver para ser presidente, debió pensar, con Enrique IV, que "París bien vale una misa".

Vino a su país trayendo la "nuance" de su espíritu romancesco, saturado de visiones espléndidas de la vieja Europa.—donde había admirado su lujo en las cortes de los reyes y en los palacios de los príncipes.

Embajador ante el gobierno de Italia, había frecuentado el Quirinal y la corte; enviado de la República en los desposorios del rey de España, había paseado su indolente despreocupación por la Granja y demás residencias reales. Luego de designado presidente había estado en varias otras cortes en todas agasajado; en Francia, donde la pompa regia mal encuadran con la austeridad de la República. Su espíritu había vagado más por la superficie de las cosas que en el fondo de la vieja civilización, que como un sepulcro encubría con el zahumerio de sus ceremonias, con el lujo desbordante de sus mujeres y con la brillantez de sus uniformes, el colosal embrión de la guerra que ya palpitaba en sus entrañas.

Esto explica el desusado ornamento aristocrático que el doctor Sáenz Peña introdujo en el gobierno. Llegó a ser algo así como un presidente con corona.

Todos los oropeles de las cortes europeas se desplegaron con rumbosidad inusitada en el servicio de la presidencia; se construyeron viviendas regias, casas y palacios de veraneo, se compro un yacth, se desalojaron de la Casa Rosada a varios ministerios para dar cabida a la residencia del nuevo mandatario. Un enjambre de porteros de calzón corto y genuflexiones reiteradas, llenaban la casa, los pasillos y los despachos oficiales. Autos, cocheros, chauffeurs, telégrafos y teléfonos directos a Martínez y a Brandzen, vajillas lujosas y para no tener ocioso todo este costoso atrazo, un gran baile remedo de aquel dado en Montevideo en la Legación argentina.

El grupo de aristócratas que suspira siempre por los condados y mayorazgos clamó: ¡por fin tenemos un presidente!

El pueblo, en cambio, que había visto a Sarmiento presidente, limpiar las jaulas de sus pájaros pruebistas, preguntábase, a su vez: ¿qué significa todo ésto?

Obtener una conferencia con el presidente de la República o de la nación como él se llamaba, era una tarea ímproba. El protocolo se alzaba con sus mil ridículos artículos y era labor de un previo expedienteo llegarse hasta el magistrado. Algunos dijeron que todo aquello no era la expansión de un espíritu monarquizado, sino las vallas necesarias para poder romper los círculos,—la presión de los íntimos,—que hacen rehenes de los mandatarios y agrupándose a su alrededor no le dejan ver sino aquello que les conviene.

Si era así, el más peligroso se le quedó cerca y ese tuvo mientras alentó Sáenz Peña el privilegio de desfigurarle la verdad y hacerle faltar más de una vez a sus compromisos. Si los actos son ideas manifestadas, fácil es inducir en cuál situación de espíritu llegaba desde el extranjero este mandatario que el régimen había ido a buscar allende los mares como replegado en su misantropía.

La pasión por el boato, por el lujo, por las muelles comodidades sibaritas, por las genuflexiones, por los protocolos, nos están diciendo que el doctor Sáenz Peña gustaba más de las exterioridades brillantes, que del fondo a las veces duro de las cosas. Recapitulo estos antecedentes, sin ánimo de crítica y sí sólo con objeto de inducir por el ambiente, el personaje y los móviles y propósitos que pudieran impulsarlo.

La Europa nos enviaba un monarca sin cetro, tra-

yendo en sí mismo el agotamiento de su milenaria civilización cansada.

Consignar lo que conversaron y dilucidaron durante varios días el presidente y el doctor Irigoyen fuera largo y ajeno a nuestro propósito. El doctor Sáenz Peña traía de las cortes extranjeras, no solamente las apariencias pomposas, sino también el espíritu. Después de referir sus paseos triunfales por todas las capitales del viejo mundo: por el Brasil, por Montevideo, se entró al tema de las conferencias. En el transcurso del diálogo el presidente aventuró una frase que evidenciaba su profundo escepticismo: "los pueblos ya no votan". Era como la síntesis de sus convencimientos democráticos. La frase en boca de un mandatario representativo, no podía ser ni más cruel ni más insólita. "Los pueblos ya no votan", como compendio de las escrutaciones hechas en el extranjero, era declarar en falencia la democracia, significaba decir que nuestra organización política que nace toda ella del voto o era una utopía o un lamentable retardo. Si los pueblos ya no votaban había que convenir que la fórmula plebiscitaria había hecho crisis, que el sistema representativo era inconducente y que sobre la armazón ficticia de la República efectiva había que restaurar la monarquía o el cesarismo. Parecerá exagerada la consecuencia pero es la inevitable si el voto se declara ineficaz. No hay otra forma, ni otro procedimiento para reemplazarle. ¡Y el autor de esta frase, aparece después como el paladín de la reforma electoral! Contradicción que parecería imposible si no nos encargáramos de aclarar las cosas.

El doctor Irigoyen contestó al descreimiento del presidente diciéndole, poco más o menos, lo que veinte años antes le dijera al doctor Pellegrini, también primer mandatario del país. La opinión pú-

blica, la reparación argentina, no le demanda a usted sus juicios sobre el sufragio: le reclama que se coloque dentro de la constitución garantiendo los comicios. Después veremos si el pueblo vota o no.

Y ya se vió por qué en las elecciones de diputados nacionales del 7 de Abril de 1912 en la capital y en las de la gobernación de Santa Fe, el pueblo retraído de los comicios por muchos años marcó el mayor porcentaje de sufragantes en el mundo.

El doctor Sáenz Peña reconoció que ese era su deber y de aquí y de otras conversaciones análogas salió la promesa de las garantías electorales a base de una nueva ley que fuera en sí misma una seguridad y una evidencia.

Pero hubo más: el doctor Sáenz Peña ofrecía a la Unión Cívica Radical por intermedio de su jefe los ministerios que, como se sabe, no fueron aceptados prometiéndose la concurrencia a los comicios si estos eran garantidos.

De aquellas conferencias surgió la ley electoral. Fué el doctor Irigoyen quien marcó el rumbo y obró el milagro.

La misma gestión había sido hecha meses atrás de estos sucesos ante el anterior presidente de la República, doctor Figueroa Alcorta. Se recordará que la Unión Cívica Radical solicitó de aquel magistrado la sanción del padrón militar, prometiendo, con las seguridades que daba tal instrumento, concurrir a las elecciones presidenciales. El doctor Figueroa Alcorta, desgraciadamente, no supo colocarse a la altura de los anhelos del país y contestó que no era posible sancionarla, porque no había tiempo de reunir el congreso. Esto era un pretexto porque tiempo no solamente había, sino que sobraba. En realidad se quería evitar la concurrencia del pueblo a los comicios porque ya el doctor Figueroa Alcorta tenía he-

cha su elección en el doctor Sáenz Peña, a quien pensaba dejar en su reemplazo .

Era ésta la segunda vez que el doctor Figueroa Alcorta rehusaba el destino eminente que le salía al encuentro para hacer de un presidente del régimen una personalidad descollante en el recuerdo y en la gratitud de sus conciudadanos.

La primera vez fué el 25 de Enero. Si el doctor Figueroa Alcorta hubiera seguido hasta el fin, habría logrado ser el instrumento elegido por la Providencia para consumar la obra reparatoria. Se quedó a medio camino, intentó una actitud resuelta, entornó la puerta en vez de cerrarla y por ella hubo de comparecer más tarde a dar explicaciones a sus indisciplinados. Su actitud ambigua llegó hasta la ilegalidad y no traspuso sus dinteles.

El presidente, para salirse del marco de una lucha subalterna, sin proyecciones ni eficacias, no tuvo sino un solo camino: disolver el congreso, intervenir las catorce provincias y llamar al pueblo, para que, de presidente a abajo, se diera por vez primera sus gobiernos y representaciones legítimas. Hubiera merecido, por semejante actitud, el aplauso de los contemporáneos y el respeto de la historia . Aquella actitud era reclamada de todas partes. Se recordará que el cierre del congreso, en cuanto implicaba una actitud resuelta, fué más bien aplaudida por el pueblo. No hubo una sola persona que se moviera a favor de aquel parlamento largo, desprestigiado, resumen de todas las oligarquías del país.

Aquél no era, como no han sido todos los congresos del régimen, una asamblea libre, en que el pueblo se manifestara en la diversidad de sus ideas, orientaciones e intereses.

Aquél era uno de los tantos areópagos hechos a imagen y semejanza del supremo elector. Pintar

una de estas asambleas es reconocerlas a todas a lo largo de los treinta últimos años. La docilidad para con el presidente ha constituído la característica de estos cuerpos, donde la unanimidad quitaba al ambiente las efervescencias de una asamblea soberana. Ni una ráfaga libre agitaba los pulmones caducos sobre las frentes mustias. La parsimonia constituía sistema en aquellas caricaturas de la representación popular. El *modus vivendi* aconsejaba a todos no incomodarse, ser mutuamente tolerantes, hasta con las vanidades ajenas.

Couvier reconstruyó con un solo hueso, todo un fósil, de inducción en inducción. Tomando también cualquier institución del régimen, es fácil reconstruirlo: sus modalidades han quedado indelebles.

En aquellos congresos, los discursos pocas veces se pronunciaban. Se daban escritos a los taquígrafos y al otro día aparecían en el Diario de Sesiones, columnas y columnas, de la inspirada improvisación. No era la incapacidad lo que dictaba este artificio, sino la falta de estímulo. Pronunciar un discurso, improvisar una oración, ¿con qué objeto? No había barra, ni entusiasmo, ni los propios colegas atendían esos valores convencionales, cuyo objetivo iba enderezado a la nombradía, siquiera entre dos luces del orador, y no a un asunto de interés general.

El país no seguía los debates del congreso, por la razón elemental de que ese congreso no le pertenecía. No había nacido de su voluntad en los arrebatos dignificadores de luchas democráticas; era fruto de retardo; había nacido en la incubadora de la casa rosada. Todo lo que allí se trataba, eran otros intereses que los del pueblo; y éste, ya resignado con las expoliaciones y los aumentos de impuestos desconsiderados, miraba con indiferencia

aquella agrupación, que no perdía al través del tiempo su fisonomía característica.

Del Diario de Sesiones se hacía una tirada de cuatro mil ejemplares, para las reparticiones públicas, para los gobiernos de provincia y para enviar al extranjero a nuestros ministros. diplomáticos y cónsules. Nadie leía aquel papel, que no traducía los anhelos de nadie. Actualmente. del boletín de la Cámara se tiran treinta mil y no se imprimen más ejemplares por razones de economía, pues los pedidos sobrepasan a cien mil. Y como en un entreparéntesis digamos que creemos que se comete una incorrección al no imprimir tantos ejemplares como pedidos existan; en primer lugar, porque todos los ciudadanos tienen igual derecho para informarse de los actos producidos por sus representantes, y no complaciendo a todos, se crea una situación de privilegio que repugna a nuestra modalidad igualitaria; en segundo lugar, porque no editándose en número suficiente el Diario de Sesiones, se viola la publicidad de los actos de gobierno, aspiración republicana, garantizada desde la Primera Junta que creó al efecto *La Gaceta* para que el pueblo supiera lo que hacían sus delegados. Las discusiones del Congreso, son actos de gobierno, y el pueblo tiene derecho de saber, como en la asamblea histórica: *de lo que se trata.*

Hay muchos otros campos donde se pueden ejercitar saludables y urgentes economías. sin violar los preceptos constitucionales y sin defraudar al pueblo en ese anhelo que debe enorgullecer a los diputados argentinos.

Este cambio se debe a la Unión Cívica Radical y es sólo el principio del total y definitivo, porque no se ha de quedar a medio camino. O se consumará la obra en toda su plenitud, tal como el voto de

la república lo reclama, o se abandonarán las posiciones conquistadas al régimen, para volver al reducto.

Quien hubiera concurrido hace seis años. a una reunión de la Cámara joven y volviera ahora, no reconocería ni al ambiente. ni a los hombres.

Mr. Clemenceau visitó nuestro Congreso viejo,—llamémosle así al del régimen,—y todo su juicio, que no pudo ser más lapidario, fué este: "Es una asamblea de caballeros correctos que tratan de no decirse nada desagradable."

Efectivamente, en el Congreso viejo, la corrección era la característica. Todos deseaban ser correctos, como si esta negativa condición social fuera el summun de la elocuencia, la magia de la palabra, el sacerdocio de la verdad, el símbolo de la acción.

Aunque en sus veinte años de reelecciones sucesivas un diputado no hablara,— o no trabajase—no era inconveniente para su carrera administrativa pues hasta embicaban en la jubilación, con tal que fuera correcto. Nada debía discordar, porque eso, tras de ser ineficaz. incomodaba. Ni las palabras, ni los ademanes, ni el gesto, ni el timbre de la voz.

No desentonar, no intranquilizar aquella reunión de hombres amables, era todo el anhelo y como todos coincidían en él, la paz de Varsovia era en el recinto, en las antesalas y en las comisiones.

En aquella reunión gris, de hombres cortados todos por un mismo patrón, obsecuentes y gentiles, nadie se hubiera atrevido como Mirabeau en la Asamblea, al dictarse la ley sobre los emigrados, exclamar. rugiendo desde su banca, ya turbado por la sangre que le obscurecía la vista y le anunciaba su próximo fin: "¡Juro no obedecerla!"

Esto hubiera sido una demasía incalificable, colin-

dando con el crimen y quien tal actitud hubiera asumido aunque fuera para salvar al país, hubiese merecido el apóstrofe y el escarnio: no habría sido un hombre correcto.

Hoy las cosas han cambiado y el Congreso, entreabierto apenas a las auras populares, ha perdido en corrección lo que ha ganado en sinceridad.

No es que aceptemos la destemplanza, el insulto grosero, el personalismo que nace de la irresponsabilidad. No; eso está bien en boca de presidiarios y no de hombres de doctrina, de convicción y de cultura.

Pero la cámara vieja, a pesar de su tranquila superficie, sin ondas y sin rumores, supo también tener su mar de fondo. No siempre la concordancia era tan unánime como la concordia parecía denunciarlo. Muchas veces hubo disensiones que no nacían por ver desde distintas faces los asuntos y conveniencias colectivas, sino de los intereses de círculos.

Hubo Montescos y Capuletos, bien que sin Romeo y Julieta, que aquietaran con sus desposorios los ánimos turbulentos,—la solución era más difícil, porque había que transar sobre las conveniencias y sobre la dominación.

En la irreprochable asamblea había gérmenes de disolución y de encono. Si no se iban a las manos era porque el instinto de conservación les retenía, y por qué no eran siempre confesables las causas de estos pleitos caseros.

Así surgió aquel 25 de Enero. Fué el contragolpe del presidente a una estocada esgrimida por la espalda. Un gobernador se había hecho de una mayoría circunstancial para derrocar al tetrarca. Contaba—lo mismo que ahora—con las fuerzas de la provincia, militarizadas, pagadas con los dineros que

los maestros de escuela no reciben para venirse sobre la capital federal. Era un golpe de estado, que abortó, no dejando más recuerdo en la crónica del régimen que una fecha: el 25 de Enero.

En el ridículo se disolvió la intentona; dió explicaciones el presidente al congreso, todos se reconciliaron y la asamblea de hombres correctos, siguió su órbita prefijada.

Decíamos que el padrón militar reclamado al doctor Sáenz Peña, ya había sido pedido con anterioridad al presidente Figueroa Alcorta.

El doctor Sáenz Peña prometió y cumplió; hubo innovaciones empero, en la ley electoral, que corren únicamente de su cuenta. Así el voto obligatorio no tenía explicación posible y la intentada por el doctor Sáenz Peña como un medio contra el enervamiento ciudadano, podía ser una disculpa del régimen pero no una verdad.

El pueblo argentino ha sido siempre celoso en el cumplimiento de sus deberes cívicos. Ha concurrido a los comicios, tantas veces como ha sido convocado de buena fe. Aun con atrios, alrededor de los cuales se conglomeraban las policías bravas y en cuyos contornos, los cantones oficialistas—de milicianos y aún del ejército de línea,—apuntaban hacia las mesas, ha concurrido también como para demostrar su arrojo y enseñar la inutilidad de tales sacrificios.

El pueblo,—y esto es una verdad palmaria y que a todos consta,—no votaba por que el comicio estaba clausurado por la fuerza, confiscado por la usurpación. El pueblo no votaba, porque los padrones eran una patraña, iguales a los de la provincia de

Buenos Aires, cuya falsedad demostré en el congreso con miles de nombres de inscriptos falsos, padrón aquel que ha servido para ungir a su actual gobernador.

El pueblo no votaba porque las urnas, que debían de recoger su voluntad, eran cajas de sorpresas, cubiletes de doble fondo como la urna de Morón.

A un pueblo en tales condiciones llevarlo por la fuerza a los atrios, es inferirle un agravio, una ofensa gratuita.

Cuando se discutía la ley electoral, en una de sus conversaciones o conferencias, el doctor Irigoyen, que opuso reparos fundamentales a la actual ley, le significó también este juicio al doctor Sáenz Peña, quien refiriéndose al voto obligatorio, reconoció su error y aun manifestó sus temores de que el Congreso no lo sancionara.

Lo propio puede decirse de un último decreto del Poder Ejecutivo, que prohibe tomar participación en la política a los profesores y maestros normales.

Si los encargados de formar el pensamiento y el carácter de la juventud, no pueden mostrar a la luz del día sus convicciones y deben de aparecer mendicantes, ¿qué ejemplo, ni qué moral cívica podrían enseñar a los jóvenes?

Se explica que no se haga de la cátedra una tribuna política; pero de ahí a suprimir la exteriorización libre de las convicciones, media un abismo de timideces, de cobardías, de pésimos ejemplos. Los únicos que no podrían ser maestros en una democracia a los únicos que debían estarle prohibido moldear, con dedos de artistas la masa blanda, el plasma impoluto de las generaciones nuevas sería a los que carecieran de una convicción y de un credo.

A los indiferentes les debiera estar vedada la mi-

sión que nivela el pasado con el porvenir, teniendo por sacerdote al maestro y por medio sublime a la juventud.

Ciudadanos hemos de formar, antes que lugareyos, médicos, ingenieros y escépticos. Sin una convicción patriótica, un hombre es un extranjero dentro de su propio país podrá ser un sabio, pero no alcanza a ser un ciudadano.

Y hombres es lo que necesitamos, los pide el desierto con sus cien mil leguas despobladas, los demandan las altas direcciones representativas, las ciencias y las artes, las letras y las industrias, el trabajo, las instituciones armadas.

Hombres necesitamos, en el concepto de todas sus integridades ciudadanas, ciudadanos conscientes de una gran democracia, vivificada por sus impulsos, auspiciada por sus esfuerzos.

Y para esto, ha menester de escuelas y las escuelas no son el edificio: las escuelas son los maestros.

Ya hemos relatado cómo la ley electoral fué sancionada a requirimiento de la Unión Cívica Radical, y cómo lo que se ha llamado la obra política de la presidencia Sáenz Peña, no ha sido otra cosa que el pensamiento reparador atendido en parte por aquel mandatario. Esto ya implica, sobre todo si se tiene en cuenta lo empedernido de las presidencias anteriores, una gloria para el doctor Sáenz Peña que pudo ser plena si hubiera seguido hasta el fin y no hubiera reaccionado en el camino. No tratamos de restarle méritos a la memoria de aquel mandatario, ni de socavarle siquiera el pedestal de la estatua, que ya se le quiere discernir. Pero, la verdad es que el doctor Sáenz Peña atendió la reclamación radical, que hacía 25 años estaba como enclavada en el corazón mismo del país; sin embargo no supo seguir adelante gustó más de las frases ampulosas que de los hechos felices.

"Se ha dicho que los gobiernos eligen porque los pueblos no votan, cuando ha debido decirse que los pueblos no votan porque los gobiernos eligen".

Mientras el doctor Sáenz Peña hablaba de su gobierno y de su pueblo, como el zar de todas las Rusias dice "mis estados, mi marina y mi ejército", mientras pronunciaba discursos con plataformas y programas, los sucesos seguían una orientación que se alejaban de más en más de tan sonoras palabras.

La primera prueba fracasa. Ya nos hemos ocupado de la intervención de Santa Fe y no hay para qué repetir el juicio.

En Córdoba el presidente embarca a la reparación en una verdadera aventura electoral, con la sola garantía de su palabra, que prometiera en hora oportuna el envío de un comisionado. No cumplida la palabra presidencial la reparación es burlada.

En la provincia de Buenos Aires, donde el presidente había prometido al doctor Irigoyen hacer que se abriera una escena garantida para que la opinión pudiera concurrir al comicio, fracasa también, permitiendo que el régimen no dé el mínimum de garantías posibles para que la Unión Cívica Radical, en la renovación del ejecutivo provincial, concurra a los comicios. En su presencia se realiza aquel despojo inaudito, que perpetuó un gobierno más del régimen en un escenario que siempre ha sido íntegro de la reparación.

En Salta ocurre lo propio: la reparación es defraudada, y el presidente no solamente no lo evita, sino que se cruza de brazos ante las evidentes intervenciones del ministro del interior.

Refiriéndose a estos sucesos, dice en la sesión del 3 de Mayo de 1913, el doctor Gallo:

"En efecto, cuando veía converger tantos tiros sobre la Unión Cívica Radical, debía necesariamente

pensar: ¡Qué grandeza la de su causa; qué prestigios los de su bandera; qué justicia la de su propaganda; qué seguridad la de su marcha en el camino de la victoria inevitable, aunque se levanten, para retardarla, las concentraciones llamadas conservadoras y a pesar del apartamiento del señor Sáenz Peña, de la política de reparación ofrecida al país!''

Como se ve, las proclamas iban por un lado y los hechos se orientaban en otra dirección. Ya a los comienzos mismos de la obra, teníamos a la presidencia que pretendía garantir el comicio, reaccionaria de tan magno propósito. Que en ello pudiera influir la enfermedad del presidente, cuya gravedad extrema certificó luego su deceso es muy posible; las explicaciones y las indulgencias para juzgar de esas actitudes pueden variar, pero los hechos, los actos consumados están vivos, palpables, sin que nadie pueda negarlo, ni desconocerlo. Ellos son en todo caso los que acusan.

El móvil íntimo, subjetivo, que llevó al doctor Sáenz Peña a conferenciar con el doctor Irigoyen no fué lo que después se vió y el país contempló en el primer momento regocijado.

Hemos de decir toda la verdad para eso hemos requerido la pluma y antes de mancharla con una inexactitud o siquiera con una reserva mental, la quebraríamos en las manos o la dejaríamos en su ociosidad respetable.

Si se fuera a definir al doctor Sáenz Peña, habría que decir de él lo que creo que ya se ha dicho: era el caballero. Pundonoroso, bravo y romántico. rendía culto a la amistad y a su palabra, la que no pudo cumplir porque no faltó quien mal le aconsejara, para hacerle ver deformada la verdad.

Tenía pasión por la vida mundana y muelle, era incapaz de las consagraciones ni aún de la la-

bor continuada. Medio perdido en nuestro ambiente, había en él espléndida levadura para un capitán español, para uno de esos conquistadores audaces, que ganaban en una batalla un reino, y luego lo jugaban a una carta.

No era hombre de doctrina ni siquiera concebía como pudiera vivirse al margen de todos los halagos, llevando una existencia de rudo trabajo, encendida bajo la frente amplia, la estrella desvelada de un ensueño.

Hombre de principios no habría podido pertenecer al régimen que es la negación absoluta de todos ellos Un hombre de principios no habría aceptado la presidencia del país, como se acepta un nombramiento de embajador o de ministro plenipotenciario.

De ahí que las conferencias no tuvieran el alcance con que luego habían de proyectarse sobre el país, por la fe, el esfuerzo y la convicción del doctor Irigoyen.

El doctor Sáenz Peña quiso hablar, como después lo refiriera al mismo doctor Manuel Paz, no con el doctor Irigoyen, como éste se le presentó, jefe de la Unión Cívica Radical, sino con el doctor Irigoyen su amigo, a quien admiraba y respetaba y a quien una vez había solicitado comparecer juntos y bajo su dirección, en la misma prueba revolucionaria.

El doctor Sáenz Peña, quería renovarle al doctor Irigoyen el mismo ofrecimiento que éste recibiera de Pellegrini, respecto a la gobernación de la provincia de Buenos Aires. El doctor Sáenz Peña deseaba vivamente que su sucesor fuera el Dr. Irigoyen. Este hubo de contestar a sus insinuaciones como 20 años antes contestara al doctor Pellegrini. Pero habiendo ya coincidido pudo arrancarle el compromiso de garantizar el voto,—de ahí el doctor

Sáenz Peña, hiciera sancionar la nueva ley electoral, de ahí que se hiciera una reacción que pudo ser la del país sobre sus errores, si el presidente no se hubiera apartado de su compromiso.

Esta es la verdad, y todo lo que pueda acusar una modificación en las costumbres pervertidas, en el atrio y en el gobierno, es obra exclusiva de la Unión Cívica Radical, o si se quiere, de su conductor.

Por otra parte la reparación estaba planteada 25 años antes que el doctor Sáenz Peña ascendiera al gobierno y estará otros 25 si ha menester, hasta que se cumpla su inevitable postulado: hasta que el pueblo se gobierne y no lo gobiernen.

EL CUARTO PODER

Hacer el proceso del régimen y silenciar las responsabilidades de la prensa sería guardar con respecto al mal, la misma actitud que ella ha asumido con respecto al bien.

La prensa, el cuarto poder del Estado, como le calificaba Lord Marfield, debe ser algo más que un cartel de anuncios y una empresa industrial. Debe ser lo que decía Benjamín Constant, "una tribuna ensanchada y engrandecida". No se concibe un órgano de publicidad sin que sea órgano de algo: de un anhelo, de una causa, de un doctrinarismo, de un error, de una utopía.

Si sobre el blanco de un papel de diario, ennegrecido por la migración de las letras de imprenta —hormigas fatigosas que sudan su labor.—no se concreta un credo y propósito de mejoramiento común, ese papel no es un periódico, esa página no es un estandarte civilizador, esa hoja no es más que un avisador mercantil, una página de anuncios y de remates.

Sin la virtualidad de un idealismo, un periódico es un párpado cerrado en la noche.

¿Qué ha hecho nuestra prensa en los treinta años de absorción del régimen? Apoyarlo, defenderlo, apuntalarlo.

Son, pues, sus responsabilidades comunes, y no se puede condenar al régimen y absolver a la prensa

sin cometer una evidente injusticia y una cobardía aun más evidente.

La verdad es que nadie se atreve con la prensa. La prensa en esta sociabilidad pesada nuestra, en que todos cubren su jornada premiosamente, no todos se dan el trabajo de juzgar por impresión propia por lo que la pupila avizora descubre en los fenómenos y en los hechos. Muchos necesitan del juicio exteriorizado, de la opinión ofrecida a la mente como un manjar al paladar.

Así la prensa hace el juicio en la relatividad de ciertas cosas y de ciertas gentes; actúa en el cerebro de cierta mayoría como los jugos gástricos en los alimentos.

La prensa crea y abate famas; coloca una causa, o un orden general de ideas, o una doctrina política, fuera de la ley; decreta lo que en las legislaciones antiguas se llamaba la muerte civil. En nuestro país, donde no existe, el delito de lesa majestad existe este otro más grave, porque es la muerte por consunción, por agotamiento, por el silencio: el delito de lesa prensa. Es el que estoy cometiendo con estos comentarios, que me los dicta la verdad y me los sugiere el patriotismo.

Por eso se explica que la infinita generalidad de los hombres y de los partidos transijan con la prensa.

El periódico—institución moderna—ha nacido como resultante del progreso científico, del tráfago bulicioso y tumultuoso de las ideas y de las doctrinas, es hijo directo de la discusión y del libre examen. ¡Guay, empero, de quien se atreva a discutirlo y no quemarle la mirra que él ha gastado agitando su incensario en las crujías del régimen, en los despachos presidenciales y en las antesalas de los ministerios!

Así es cómo esos colosos del diarismo argentino

viven—hay que confesarlo—en una precaridad de opinión realmente aflictiva.

Al pueblo no se le engaña ni se le mistifica. Se dirá: ¿por qué el pueblo alimenta a estos monstruos que han de devorarle, como Neptuno a sus hijos?

¿Y, acaso, puede la gente prescindir de la información universal; de los valores de la bolsa? del precio de los cereales y de los ganados; de la venta de tierras y de tantos otros servicios de orden material como el periódico transporta en sus columnas?

Diarios hay que imprimen cien mil ejemplares que se difunden por todo el país, y que si pretendiesen convocar al pueblo con un objeto cualquiera, desde el más trivial hasta el más trascendente, no reunirían doscientas personas. A las veces es cierto, han reunido muchas más, en aquellas oportunidades en que el pueblo ha ido a pedirles cuenta del mal uso que hicieran de su fingido apostolado, en manifestaciones hostiles que terminaban con algunos vidrios rotos.

Las nuevas generaciones argentinas deben ir acostumbrándose a perder la timidez frente a estos *milodones* encascarados en su propio extravío y que han hecho tanto y tanto mal a la República. Corifeos del régimen no han tenido un solo impulso generoso para combatirlo, y cuando han esgrimido la protesta no ha sido por sinceridad y patriotismo, ni por hacer escuela, ni por atacar un orden corrompido de cosas, sino haciendo puntería sobre la cabeza de algún hombre, desahogando el rencor personal o tomando revancha de algún desahucio.

Nuestra prensa es así la creadora de una escuela personalista y rencorosa. Ella jamás ha discutido principios, sino hombres, no admitiendo tampoco a su vez que se le juzgara. Los que han tenido esa

independencia de espíritu, primaria en una democracia y en una organización de hombres libres han sido excomulgados.

Vigías de la intolerancia, han escrutado los horizontes para abatir a los que se mantenían erguidos. Si por ella fuera el país estaría reducido al común denominador de una sola complicidad. Esta es la escuela de democracia que han propalado desde sus columnas huérfanas de solidaridad nacional estos voceros no escuchados, predicadores en el desierto y en la justa y merecida indiferencia.

Sabemos que la prensa está tan acostumbrada a la impunidad, que se ha de maravillar no encontrar en estas líneas las inevitables cortesías y los interesados elogios.

Pero es bueno que ella escuche alguna vez la voz de la verdad y que, mirándose en la pureza sin agravios de este juicio, vea que no puede como Narciso, según finge en sus propios juicios y ditirambos estar enamorada de sí misma.

En el proceso de la descomposición nacional, la prensa tiene una responsabilidad tan grave, tan inexcusable, que fuera pueril no concretarla, siquiera sea con el propósito elevado de que las cosas empiecen a cambiar, de que el país vuelva a tener su prensa de antaño, brava y decidida, que se perdía muy a menudo en el apasionamiento, pero que jamás acampaba en la coparticipación.

En esto también hay que restaurar y desde muy hondo, y para ello se necesita la diestra de Júpiter.

La prensa comenzó a descalificarse después del noventa, perdió los atributos de su apostolado y formó sumisa en la farándula de los que acompañaban al régimen.

Hay que remontarse a antes de esa época para encontrar a la prensa argentina, pobre como un pre-

dicador, andrajosa, viviendo en bohardillas sucias y sin luz,—porque dijérase que hasta la del ambiente se gastaba en las columnas viriles y aguerridas, formadas en escuadrón, como un ejército en marcha. ¡Y era el ejército de la verdad y de la justicia!

Su arrojo era propincuo de la montonera y en sus páginas cargadas hasta el tope de ideas, vibraba el espíritu de la nacionalidad; se resumía en sus hojas como en una síntesis, se agolpaba en sus artículos como en una nube, para llover desde lo alto.

La prensa habitaba entonces en casuchas abiertas a la intemperie, por donde el viento y la verdad circulaban alegremente. La prensa de entonces era pura alma y poco cuerpo. Tenía el revestimiento carnal del Nazareno,—el semblante pálido que trasunta las hondas vigilias las hambres largas; las pupilas insomnes perdidas en lo infinito, dialogan do en contradichos de luz con las estrellas.

En sus páginas abiertas como un surco sobre el país díscolo y bravo, escribían: Sarmiento, Rawson, Goyena, Estrada, los Gutiérrez, Alberdi, Alem, del Valle, los Varela, escuadrón invicto que el pentélico debiera inmortalizar como un grupo de sembradores y de sableadores inscribiendo en la base inalterable de granito referido al pueblo, aquel verso de la canción griega que murmura la cabeza cortada de Klephte: "Come, ave, aliméntate de mis fuerzas, aliméntate de mi valor y tu ala adquirirá la longitud de un ana y tu garra la de un palmo."

Esa era nuestra prensa, penacho de luz sobre un cerro bravío, plumón mosquetero sobre una frente infanzona. A las veces como Don Quijote, el imperturbado andante, ella también sufría sus extravíos, daba en las astas de los molinos, decapitaba títeres, acuchillaba pellejos y se manchaba con su sangre apócrifa. Era el extravío bendito de los ilusos, de los

aventurados, de los que viven sobre Rocinante desfaciendo entuertos, peleando por la verdad, cayendo por los infortunados.

El viejo Sarmiento llevaba diariamente con su paso de buey cansado y sañudo, siendo presidente, su carga, su pedazo de bloque andino, para arrojarlo desde las columnas de "El Nacional" como desde una honda a los adversarios. Alberdi negreaba su esfuerzo en las planas fecundas, y cuando se enrojecía hasta la polémica, era como un héroe de la Iliada: se le adivinaba se le presentía por el número de los enemigos derribados. Rawson llevaba también su carga tesonera. Aquel gran tribuno fué también un gran periodista. ¡Y cómo cambian los tiempos!

Vaya de paso una anécdota, para que se sepa, o se rememore, ya que muchos lo saben, cómo hacían patria aquellos hombres sanos y buenos, talentosos y sacrificados.

Rawson después de haber actuado treinta años en la vida pública del país, se encontraba en la misma respetable pobreza amiga inseparable que le acompañara desde San Juan.

En justiciero homenaje a sus servicios y a su mérito, el Congreso sancionó una ley dándole un pequeño subsidio para que fuera a Europa.

Rawson no quiso aceptar pero sus amigos se lo exigieron.

Hablando, antes de su partida, con el doctor Bernardo de Irigoyen, le dijo amargamente: "Me voy, doctor, porque en nuestro país empezamos todos a degradarnos; ya ve: hasta yo he aceptado la pensión."

Desde Europa escribía a uno de sus discípulos preferidos. Alberto P. Martínez: "Muy triste estoy con el aspecto ingrato que presenta nuestra pa-

tria en sus luchas políticas actuales. Cada día se siente más la degradación moral en que vamos cayendo y que viene acentuándose en proporciones alarmantes.

"No sé a dónde iremos a parar; pero, si sé que cada administración va dejando en pos de sí una masa de corrupción que infecta como escuela la masa social.

"El único consuelo personal que me queda en esta vida que se acerca a su término, es que nunca he perdido la oportunidad de juzgar y condenar con todas mis fuerzas esa perversión funesta del sentido moral."

¡Qué ejemplos, qué hombres!

Y decía bien Rawson; en aquellas horas empezaba el declive; era como si hubiéramos alcanzado la cúspide y emprendiéramos el descenso de la montaña dolorosamente, cabeza abajo. Pero lo que el altivo sanjuanino visionado de cumbres nativas, no se hubiese sospechado ni habría creído en su ingénita probidad, eran las cosas que nos reservaba el porvenir. Percibió el declive, pero no sospechó el abismo hasta el cual habían de rodar en torpe confusión hombres, calidades, cosas, instituciones!

Mientras la prensa ha victoreado al régimen, ha guardado para la reparación la clausura más completa y persistente. Su arma para combatir al gran idealismo argentino ha sido la conspiración del silencio. Como Sancho en la conocida escena, ella ha paseado en puntillas por el país anarquizado, con el índice en los labios. No había que despertar al pueblo: era la consigna cartaginesa,—sin saber que el pueblo estaba despierto velando su propio infortunio y expiando el momento de caer sobre los fementidos.

La conspiración del silencio,—ese tartufismo com-

puesto de hipocresías y de envidias, de pobrezas morales y de miedos: he ahí el arma esgrimida contra el pueblo por los signatarios del cuarto poder; por los voceros de la prensa libre.

Los abanderados de la prensa reparadora han vivido, — ¡pero han vivido! — excomulgados por el diarismo cómplice. En sus columnas atildadas se deslizaba más fácilmente un error de ortografía que sus nombres.

El pueblo los voceaba en la plaza pública, los aclamaba en el congreso en horas solemnes y creadoras; les entregaba sin reservas su destino; pero si se busca su trayectoria luminosa en los órganos de publicidad coetáneos a esos acontecimientos, no se encontrará en ellos otra repercusión que la de un significativo silencio.

Cuando Alem paseaba como el último de los Gracos, el gran sol de su alma republicana,—desvelado e insomne, jadeante y trágico,—por sobre los linderos de la Nación conmovida, la prensa le llamaba despectivamente ocultando una calumnia póstuma, el caudillo del poncho colorado!

Necesitó caer; necesitó sacrificarse como Catón por la libertad de su patria, entrar a la tumba para salir espiritualizado en gloria; necesitó no estorbar a nadie no interponer entre los mentecatos y el pueblo la sombra de su alma inmensa,—para que los mismos que le habían amargado la vida, le hicieran la más estruendosa de las apoteosis.

¿De qué le indemnizará al pobre caudillo en su confinación de sombra y de podre este aplauso que rompe su eco contra su sarcófago?

Y se adivina todavía en la intención de las laudatorias tardías más que el anhelo de la justicia póstuma, el deseo de restar méritos al que vive, al que ya proyecta su silueta pensativa y férrea, en los murallones peremnes de la historia.

Por eso hay que escribir estas verdades. Por eso hay que mostrar a la luz del día este perfil romano, sobre el cual han proyectado sombra y silencio durante treinta años, los aliados y los corifeos del régimen.

NI CONFLICTOS RELIGIOSOS NI CONFLICTOS ETNICOS

¿Ha existido, acaso, entre nosotros el problema religioso?

Hay quienes le pretenden crear artificialmente lo que no conseguirán, porque el problema religioso ha sido desarmado por nuestra constitución, en cuyas garantías, sabias y previsoras, van a quebrarse las intenciones aviesas de los extraviados y de los rencorosos.

En cambio la mitad de América ha sido perturbada y asolada por las guerras civiles encendidas por el extravío de los partidos liberales y católicos.

Y no hay nada que cave tan hondo en el odio aciago de las multitudes, como las guerras o los sacudimientos intestinos que se derivan por conflictos o por antagonismos de creencias.

La historia universal es un ejemplo de esta notoria afirmación.

Luchas religiosas fueron las Cruzadas; los seis siglos que costó a España la expulsión de los árabes; las luchas del bajo imperio; la guerra de treinta años; las derivadas de la Reforma; las de Felipe II, en fin, la historia tiene enrojecidas sus páginas por las luchas de creencias.

En América, los conflictos de esta índole no han sido menos perturbadores.

Al conflicto religioso debe Chile la inmolación de uno de sus primeros hijos, hoy glorificado: Balmaceda, y Ecuador, que ha vivido permanentemente desangrada por estas revoluciones implacables, le debe el martirio de su gran reformador Alfaro.

Entre nosotros no ha existido el conflicto religioso, porque el país ha seguido las impulsiones generosas de su constitución política y ha tenido una amplia y real tolerancia de cultos.

Todas las creencias han encontrado en la República un asilo seguro, un hogar sagrado. La preeminencia del catolicismo—que no solamente es el más difundido de los cultos, sino también el originario por la España católica—está en el mandato constitucional, que ordena sostenerlo.

Esta adherencia de orden monetario carece en sí de importancia, y cuando se han levantado voces pidiendo la separación de la Iglesia y el Estado, de ambos campos han partido, coincidiendo, las opiniones favorables.

Católicos sinceros y fervorosos, como Goyena y Estrada han sido partidarios de que la Iglesia, no recibiera emolumentos del Estado.

De todos modos, el cumplimiento del mandato constitucional no puede derivar dificultades ni crear conflictos, que sólo los ansían los que desean especular hasta con estas cosas.

Tampoco hemos tenido el conflicto étnico. Conquistados y colonizados por la Europa, de ella descendemos los argentinos. La rica veta de nuestra sangre pura a las veces se empalidece por los vínculos de la sangre aborigen y africana.

La cruza está en una pequeña y diluída minoridad. El pardo o el mulato avivan la suspicacia de la inteligencia, pero no forman una casta, ni reivindican un dolor, ni pretenden otro lugar en la socie-

dad que el que cada uno se labra por sus esfuerzos, no correspondiéndoles por cierto el último, porque son industriosos, inteligentes, avizores e intrigantes. Esta sangre dual se va perdiendo día a día entre nosotros, como ocurre con los últimos resabios indígenas. Se diluye en el gran torrente de la inmigración: de los italianos, de los españoles, de los rubios germanos, de los galos; en el turbión confuso de todas las razas civilizadas que se han dado cita en este gran alto de la historia humana que se llama la República Argentina. Constituída nuestra raza futura con la esencia — porque los que emigran son los mejores — de todas las razas, el tipo argentino que surgirá de esta aleación enorme será un prototipo. Tendrá el vigor, la virtud y el talento de las razas originarias. Del hidalgo español tomará la quijotada invicta; del francés, el espíritu rabelairiano y la malicia gala; del italiano, el afán tesonero y la idealidad artística; del inglés, el respeto a las instituciones y el culto a la libertad; del teutón, la pertinacia y el talento organizador. Así, de resúmenes, de mezclas inverosímiles, se han formado todos los grandes pueblos. Sobre el pequeño recinto de Grecia habían confluído desde el fenicio comerciante hasta las tribus más anónimas del Asia. Por eso Grecia creada por el prodigio de una aleación así diversa, fué a su vez el prodigio de la historia y la cuna del espíritu humano.

Con Roma ocurrió lo propio, y cuando ya su sangre no se confundía, paralizada en su vena corrupta, desde el lejano norte vinieron los bárbaros a traerle la vacuna de su simiente salvadora.

Por su transfusión obligada. Roma renovó su cuerpo y difundió su espíritu aun no extinto, en las nacionalidades modernas.

Pero volvamos al conflicto étnico. Brasil no sabe

qué hacerse con sus negros, que le bajan el quilate de su pueblo y le reducen la calidad de sus gentes. En el gran país tropical y hermoso, el problema étnico está planteado entre la población blanca y los negros.

Pero donde el conflicto ha revestido caracteres alarmantes es en Norte América. ¡Qué no daría el coloso por purgar de su organismo a la raza proscripta que arrastra su confuso rumor de cadenas! ¡Destino implacable el que se ceba en los pobres negros! La esclavitud les quiebra la dignidad, y cuando se le reconocen sus derechos de hombre es para avasallarles fuera y dentro de la ley. La guerra de secesión, que tuvo por causa la esclavitud, que amenazó con la disolución de la patria de Wáshington no fué sino una variante, o mejor tal vez, una resultante del conflicto étnico.

Y ahí está planteado el pavoroso problema. Norte América, que se enorgullece de su crencha rubia y cuya altivez sajona no reconoce nada superior a ella misma, tiene que compartir, quieras que no, su hogar con veinte millones de africanos que desentonan la jactancia yanqui. ¿Cómo se resolverá este dilema? Lo cierto es que el pueblo norteamericano vive dividido en dos hemisferios, en dos grandes castas antagónicas e irreconciliables: los blancos y los negros. El conflicto está latente y si se ha de vaticinar por las violencias y masacres a que se entregan ambos rivales, las cosas no tendrán una solución tranquila.

Nosotros más felices y más culpables, no hemos tenido en estos últimos y largos treinta años de la absorción oligárquica, ninguno de estos conflictos, que exacerban a las veces hasta el paroxismo las pasiones, y desencadenan sobre las sociedades perturbadas las calamidades, los rencores y los odios más sangrientos.

En aquel país profundamente democrático, lleno de puritanos, de cuáqueros, donde la doctrina de cualquier secta religiosa gana en seguida adeptos, como en la India, con lo único que no se transa es con el negro. El negro no es un hermano, ni un igual, aunque la ley lo proclame, ni un conciudadano, ni un hombre.

El negro es un réprobo; se le aisla, se le humilla y se le somete. La ley de Lynch es el punto de unión de ambos enemigos, de las dos clases. ¡A pesar de llevar este fermento en su seno, Norte América es el país coloso que todos conocemos, mientras nosotros nos debatimos todavía en los principios de la efectiva organización nacional!

Mal se avienen estos forzados hermanos siameses, iguales ante la ley, con la misma patria por herencia gloriosa, madre para los unos y madrastra para los otros.

La soberbia yankee se exacerba frente a los descendientes de Espartaco que arrastran todavía entre los esplendores de la República enriquecida, la denunciadora lamentación de sus cadenas.

Lincoln concedió libertad a los negros después de aquella guerra de los Estados del Norte y del Sur, que parecía—tal fué su violencia y su saña—que iba a dividir definitivamente en dos naciones a los Estados Unidos. Lo que no consiguió la magnanimidad evangélica del hijo de Kentucky, fué la reconciliación entre amos y siervos, entre patrones y esclavos.

De ahí que el negro continúe, a pesar de la igualdad de todos los ciudadanos en el derecho, siendo un liberto. Su amo antiguo continúa implacable y su obsesión de todos los momentos es ver de exterminarle. En esta furiosa persecución, llegan hasta lo horrible.

En los hospitales de la Unión, casi sistemáticamente—me lo han referido viajeros—se mutila a los negros para evitar la prole de esa raza que parece que se defiende con la fecundidad, de las brechas que han abierto en sus filas desde antiguo sus exploradores. Tenemos pues en la civilizada república del Norte habilitada la mutilación para denfenderse de los negros. Hay pues actualmente una categoría de eunucos en el país de la libertad y de la democracia, no para que cuiden serrallos o canten en la capilla Sixtina, sino para que no engendren y se prolonguen.

¿Cómo se resolverá este problema? ¿Incendiará una nueva guerra civil?

¿Espartaco tratará de reivindicar sus derechos en la efectividad de sus garantías?

Cuando se advierten estos dilemas, es cuando se comprenden mejor las enormes responsabilidades del régimen. Así Estados Unidos, a pesar de estas luchas intestinas, que no dan cuartel, ha poblado sus desiertos, ha agrandado su herencia histórica; tiene una poderosa marina mercante, otra de guerra, una industria colosal y pesa en los destinos del mundo como una de las primeras potencias.

Nosotros no hemos tenido más problema que el problema político ni otro conflicto que el de la ilegalidad.

Esto nos dice qué clase de absorción ha ejercitado el régimen sobre todas las actividades de la vida argentina.

Y nos dice también de su supina y crasa incapacidad.

Sin las turbaciones que crean en un país el conflicto religioso y el problema étnico, el régimen no ha hecho ni intentado hacer nada duradero ni definitivo, en el campo inmenso de los progresos sociales.

Todo está por hacer, todo está intacto, salvo aquello que ha sido perturbado y que habrá que restaurar, antes de proponerlo a las soluciones concordes del país.

LAOCOONTE

La estatua de Laocoonte simboliza desgraciadamente, lo que ocurre entre nuestro pueblo y al régimen.

El mármol griego representa, como se sabe, a Laocoonte y a sus hijos en trance de ser ahogados por la serpiente, que se anuda a sus cuerpos y les sofoca como una cuerda que se cerrara implacable. la serpiente, que se anuda a sus cuerpos y les sofoca como una cuerda viva que se cierra implacable. Laocoonte forcejea desesperadamente, pero la malla viva cierra sobre sus presas. Lo propio acontece con la República y el régimen.

Cuando el país retome la dirección de sus destinos toda su obra fecunda y sencilla consistirá en matar a la serpiente. El milagro estará realizado y la sola salud y energía de la Nación obrará la transfiguración esperada. Muerta la serpiente, arrancado de las espaldas del pueblo trabajador el fárrago inmenso de cosas artificiales que le abruman, éste recuperará su expansión necesaria; sus espaldas hoy encorvadas, se erguirán en la recta pura de su robustez; los pulmones se dilatarán sin la comprensión de la serpiente angustiosa; la sangre circulará libremente por todo el organismo, hoy raquítico y empobrecido, y el equilibrio normal de la salud dará la ilusión de un impulso ciclópeo, de una fuerza nueva, de un *fiat* ignorado que prendiera en los flancos de la raza las dos alas con que Mercurio vuela sobre los espacios y sobre los prodigios.

Podría hacerse todo un programa de política argentina con este símbolo. Allí donde el Evangelio dice como norma individual de conducta: *no matarás,* los responsables de nuestro gobierno futuro podrán decir sencillamente: *no sofocarás.* El pueblo y la energía sana y briosa del trabajo no demandan nada más que este negativo y rudimentario programa. Dejar hacer, he ahí casi toda nuestra política burocrática: no entorpecer; no crear engranajes inútiles; leyes anacrónicas; reglamentaciones descabelladas; trámites innecesarios; largos expedienteos, y, lo que es más cargante, impuestos y gabelas arbitrarias. Dejar hacer, que ya era un postulado económico con aquella otra fórmula, aplicable también a nuestro infortunio: dejar pasar. No detener la corriente de natural progreso, dejar que circule la sangre cálida en el organismo hoy anémico. Aire, sol y altura, requiere nuestra política económica y nuestra economía política, tal como esos cloróticos jovenzuelos que la vida artificial de las grandes metrópolis ponen en peligro de perderse para sí y para la sociedad. Y creo que para realizar esto, como todas las grandes y esplendorosas transformaciones, no se necesita del genio de Napoleón, ni de las videncias de César sino del buen sentido de Wáshington o de la práctica honrada de Lincoln o Franklin.

Matar la serpiente, al régimen que sofoca y aprisiona y que como las plantas parasitarias, vive de los jugos ajenos; he aquí toda la obra a realizar. No es por otra parte, el gobierno quien hace al país; es el país quien hace el gobierno. No son las células las que nutren el organismo; es la sangre quien le lleva en sus calorías renovadas la indispensable vitalidad circunscripta. Si la sangre detiene su rotación, la célula fatalmente sucumbe. Lo mismo en el orga-

nismo colectivo. Hay sobre el particular un inocente anacronismo que yo creo colonial. El estado, cuya faz activa es el gobierno, es, en la concepción corriente de mucho, una Providencia. El gobierno es omnipotente y lo puede todo: es dueño del poder y de la fuerza, de la riqueza, de la justicia, del honor y de la virtud. El estado, es decir, el poder discrecional e irresponsable, lo puede y lo realiza todo: el bien y el mal se vuelcan desde sus manos próvidas.

Las ingerencias incontenidas del régimen en todos los órdenes de la vida, han creado entre nosotros este mal del que hay que reaccionar en el tiempo y en la legalidad, mal que Spencer llama el militarismo, no en el concepto del ejército, sino en el del tipo de sociedad donde el gobierno tiene más dilatada esfera de acción. Sabido es que para el filósofo y sociólogo inglés, todas las sociedades y conglomerados humanos, se reducen a dos tipos, los que él, dentro de su sistema, llama sociedades militaristas e industrialistas. Las primeras son aquellas en que existe el máximum de gobierno y el mínimum de libertad individual y las industrialistas, al contrario, o sea el máximum de libertad individual y el mínimum de gobierno.

Las armas están resolviendo actualmente este principio sociológico, y ellas nos dirán con las estupendas transformaciones de las sociedades futuras, —en donde las consecuencias de la conflagración europea se dilatarán por siglos—quiénes tienen razón, o más razón, desde que los términos absolutos son inasequibles.

Alemania e Inglaterra realizan los dos tipos antagónicos, y el resultado final de la contienda dirá si debemos evolucionar a la más amplia libertad individual posible, o sí a la inversa, de la subordina-

ción, de la disciplina, del renunciamiento de cada individualidad al ideal colectivo, nacen la fuerza la mejor supervivencia de todos. Ahí están los dos principios como si dejéramos en la pedana, y nosotros, espectadores de la desolación más grande de los tiempos, hemos de recoger en el egoísmo obligado de nuestra situación, inequívocos beneficios. De entre tanta sangre, lodo, rencores y románticos heroísmos, ¡qué síntesis estupenda no nos deparará el porvenir!

La ingerencia del régimen, decíamos, en todos los estadíos de las actividades generales, ha creado entre nosotros el culto a una Providencia terrena: el gobierno. El pueblo, ha visto que el gobierno todo lo descalificaba, todo lo subvertía y en su comprensión primaria de los fenómenos colectivos, ha creído también que todo lo podía.

Que si era omnipotente en el mal, podía igualmente serlo en el bien. Este es el error. Los gobiernos pueden anarquizarlo todo, destruirlo todo, tienen facultades extraordinarias para desquiciar y arruinar una sociedad. La historia nos lo ratifica hasta la evidencia, pero son impotentes para hacer el bien en una proporción análoga.

Pueden mucho, pero no lo pueden todo.

Empezando porque el gobierno vive de prestado. El gobierno no crea riqueza: el tesoro público forma la economía privada, y así en todos los órdenes.

Nuestro tipo de sociedad legal es de origen industrialista, individualista; provenimos de los Estados Unidos, dónde el hombre lo es todo y el Estado es su derivación.

Descendemos decíamos de los Estados Unidos y de Inglaterra en lo que respecta a nuestra organización política. Somos, bajo este concepto, sajones individualistas o dentro de la fórmula spenceriana,

mínimum de gobierno y máximum de libertad individual. Por raza, por tradición, por sangre, por hábitos, descendemos de España, y somos así latinos, en cuanto esta voz puede significar más que tipo específico absoluto, una determinada idiosincrasia, un determinado calor en la sangre, una mayor o menor adaptabilidad de los hombres al ambiente y del ambiente en los hombres.

Por eso se explica, que nos haya costado tanto ponernos el traje constitucional. Hay cosas que están por sobre la malicia de los hombres, que éstos aprovechan y explotan. Hay fenómenos, luchas sociales, que se vienen derivando por un fatalismo imposible de no percibirlo. Las causas anteriores, traen los hechos actuales, y estos derivan sus consiguientes todo sin solución de continuidad. La cultura griega; el cristianismo; la caída de Roma; la irrupción de los bárbaros; el feudalismo; las cruzadas; el renacimiento; la Reforma; la constitución de los grandes reinos; el descubrimiento de América; la independencia norteamericana; la independencia de la América del Sur son acontecimientos históricos imposibles de no haber ocurrido en su época y en su tiempo, por la infinita variedad de factores que los determinaron y al propio tiempo les hicieron orientadores de milagrosas rutas desconocidas.

Todos ellos tienen entre sí una perfecta armonía; sacad uno solo de esos grandes eslabones de siglos y ya no os explicaréis ni lo que hubo antes, ni lo que vino después. Sacad, por ejemplo el descubrimiento de América y no podréis explicaros el estado subsiguiente de las grandes naciones europeas.

Hay cosas que están por sobre la malicia de los hombres. Nuestras guerras civiles no fueron determinadas ni por el rencor, ni por odio, ni por el

salvajismo, esas modalidades son efectos y no causas. Allí hubo más de desorientación que de crimen; hubo menos pasión por la sangre, que desarmonía entre los hechos y el derecho que se buscaba.

Estados Unidos con una civilización superior a la nuestra, con la práctica de la libertad y del gobierno propio no pudo eludir su grande eclipse moral: no otra cosa fué aquella despiadada y vergonzosa lucha entre los estados del Norte y los del Sur, entre los esclavistas y los que querían purgar de esta infamia a la civilización de la gran república. Hubo un momento para Norte América en que sus espíritus conductores habían perdido hasta la posibilidad de toda reacción. Se creía imposible salir adelante; tal era el abismo en que había caído la nación y tan graves eran sus miserias y su desorganización. Si nos ha costado tanto trabajo la organización nacional, es por las dificultades que han existido entre nuestra prosapia y nuestro hábito constitucional. Esto antes; que del 80 en adelante, las cosas no tienen disculpa, si no es por la absorción empedernida del régimen.

¿Os imagináis a Pizarro vestido con el traje de un puritano? Tomad un español y un inglés del siglo XVI y encontraréis, desde el punto de vista del ejercicio de los derechos políticos y civiles, dos antípodas. Nosotros, al organizarnos, hemos salvado siglos y siglos con respecto al estado social y político de la antigua colonia española. La guerra de la independencia en su arrojo y en su heroicidad fué nada comparada con los gobiernos que a raíz de aquel grito libertario nos dimos. Después de todos los primeros ensayos y tanteos llegamos por fin, a la constitución del 52. Sus antecedentes más directos, como lo hace constar Alberdi, están en la constitución de los Estados Unidos; pero fué aquélla

una obra de adaptación y, por lo tanto, de creación. De la república del Norte se tomó en general el modelo exterior que ya estaba creado y no había para qué inventarlo. Pero bajo este patrón se contemplaron con profunda ciencia, las modalidades propias de la nueva entidad distinta a la otra, por razón de raza, de educación política, de ambiente, de población y de riqueza. Nuestro federalismo fué nuestro: como nuestro traje aunque sea cortado por un figurín de Londres, es también nuestro y se adapta a nuestro cuerpo. Si se compara un federalismo y otro, surgen en seguida las diferencias fundamentales.

Nuestro federalismo es mucho más atemperado que el yanqui. Este deja a las provincias, o las provincia se reservan al constituir la nación, la legislación de fondo y la legislación sobre la moneda. En cambio nosotros tenemos una sola ley monetaria para toda la república y un solo código civil, comercial, penal y de minas. ¡Y vaya si es profunda la diferencia! Y como ésta muchas otras. Allí el federalismo fué sustancial orgánico, histórico; mientras que nosotros, acostumbrados y creados en el unitarismo colonial, que era despotismo todavía para ser más crudo, llegamos al federalismo en un momento dado como accidente de las cosas y de los hechos. El país lato, la falta de vías de comunicación, el aislamiento casi absoluto de cada centro de población, el predominio por esas razones de los caudillos, fueron factores que nos trajeron un federalismo circunstancial, que hubo que contemplar al organizar al país, pues si se les hubiera desconocido en la carta política, habríamos rodado otra vez en la guerra civil.

Hubiera pasado lo que le ocurrió a Rivadavia cuando antes de la constitución unitaria del año 26, envió una comunicación a los caudillos de provincia,

en la que les decía que los gobiernos provinciales subsistirían hasta tanto se sancionara la constitución.

Se dictó la constitución unitaria que arrasaba con los catorce rudimentos de gobiernos provinciales y éstos como era natural se sublevaron contra semejante constitución, y como eran la fuerza del país dieron al traste con la constitución y con la presidencia de Rivadavia.

Ruda lección para los utopistas. que se imaginan que en el papel se puede modificar la constitución real y efectiva de una sociedad.

Decíamos que nuestros gobiernos de usurpación se declaran omnipotentes, y en tal concepto lo pueden todo, son dueños del poder y de la fuerza, de la riqueza, de la justicia, del honor y de la virtud. El estado, es decir, el poder discrecional soy yo, decía Luis XIV si es que la frase no quería decir que después de la disolución feudal recién el estado difundido en los dominios lugareños, se integraba en el rey de Francia.

Nuestras oligarquías han parafraseado ese concepto y como han sido, en puridad de verdad, reales y permanentes tiranías, se han salido del marco severo del principio representativo y han caído como verdaderas catástrofes, en todos los órdenes de la vida general. Ejercida la política, la alta dirección de rumbo de garantía y de justicia, que en todo país se signa a los pueblos cultos, ejercida, decíamos como una industria, el ideal de los usurpadores no ha sido el de realizar uno solo de los grandes postulados de la vida nacional, sino el pequeño anhelo sanchesco de llenar las alforjas. Así se ha vis-

to a los desgobiernos usurpadores hacer de la función pública eminente, no el ejercicio de la dignidad ni de la sana inspiración nacional, sino una casa de contratación. Todo ha tenido valor y provecho para estos publicanos. Si era en el congreso, un aumento en la tarifa de exportación, servíales de pretexto para extorsionar a una categoría de industriales, y hacerse pagar el desistimiento con los consabidos treinta dineros. Si era un aumento impositivo a algún producto de la precaria industria nacional, el móvil era el mismo. En fin, esto ya ha pasado y no habremos de remover estas miserias, ni remontar el curso de los acontecimientos, hoy que, más que nunca, es necesaria la sagrada tolerancia, para las cosas irreparables, que ya no se pueden ni impedir ni modificar.

Una obra pública, una licitación, una empresa, una iniciativa, la más inocente al parecer, no han tenido en el régimen de la política industrial otro objeto que el de un determinado lucro. Esto, por otra parte, se hacía casi sin malicia. Nadie pretendía engañar a nadie. De antemano se conocían los intermediarios, el monto de los beneficios y los copartícipes.

Así se ha sumido al país en el desastre y en la bancarrota. Nuestros hombres de trabajo, nuestros ganaderos y agricultores, sudaban su fatiga, llenahan sus noches de preocupaciones y de insomnios, todo en vano. Fueran las cosas mal o bien, se lograran o fracasasen las cosechas, murieran o engordaran los ganados, allí estaba implacable el régimen voraz, reclamando sin prórroga la parte del león.

Y la malla maldita, la serpiente de Laocoonte, ha tenido una triple vuelta fatal. Ahí están, si no, los tres factores de absorción fiscal: el gobierno de la comuna, el de la provincia y el de nacional. La ar-

monía y la decantada autonomía federativa de estos tres peculados, han consistido en no atropellarse en la rumia pacífica y tranquila. En otros términos: tomar cada uno a su víctima, que fatalmente era la misma, como si dijéramos, de frente, de atrás y de costado. La incompatibilidad de poderes nacía allí donde el cadáver pretendía ser devorado por una de estas entidades. Pero como el instinto de conservación es casi anterior a la vida, o, por lo menos, nace con ella, jamás las incompatibilidades llegaron a malograr la realización consciente y metódica del saqueo.

Podría creerse que se recargaran las tintas y que esa mentira, propalada brillantemente por el régimen de la colosal riqueza argentina, está dando un mentís a estas aseveraciones honradas. En todo caso, ahí está la realidad: esta crisis sin precedentes que sufrimos. No es ésta una crisis del trabajo ni de la producción; es una crisis originada por el régimen, por sus expoliaciones y por sus despilfarros. Es una crisis de gobierno o del gobierno, que hace fracasar el lucro legítimo de nuestros productores en manos de los intermediarios, o de otras naciones que han comprado casi íntegras nuestras cosechas para revenderlas, obteniendo incalculables beneficios. La realidad estadística se toca y se siente; es por otra parte, un hecho, y si las doctrinas pueden discutirse y no aceptarse, los hechos, no hay sino que comprobarlos y admitirlos en toda su imperativa realidad.

¿Cuál ha sido la función del régimen?

Ya lo hemos dicho: el usufructo. La política en sus cálculos positivos no ha sido sino un negocio. Los presidentes aceptaban de sus predecesores la silla curul con un compromiso y una recompensa: el primero, el de la fidelidad; por eso se buscaba

casi siempre los individuos mediocres y carentes de personería. Se les entregaba el gobierno como puede un rico terrateniente nombrar un mayordomo en su estancia. El compromiso no se cumplía, como no cumplen los bandidos sus pactos realizados fuera de las leyes. La recompensa en cambio, se aseguraba hasta el esquilme. Así el nuevo funcionario entraba sin mayores miramientos en la realidad abrumadora de su tarea. Empezaba por traer de su provincia, si era provinciano, a toda la caterva de parientes, recomendados y amigos. Si no había puestos y canonjías que darles, se creaban nuevos engranajes superfluos, y la ubicación quedaba realizada. De ahí la frase: hay que ubicarlo, cueste lo que cueste!

A las veces, para evitar incomodidades, se advertía al novel empleado o funcionario que la concurrencia a las oficinas debía de ser rigurosamente exacta, es decir todos los primeros de mes para cobrar los sueldos y emolumentos. Así se podían acapararse cuatro, cinco o más destinos. Luego el magistrado representativo tenía delante de sí un vasto programa. Lo relatado no es sino el exordio.

Había que "acomodar", valga el modismo guarango y significativo, en la vasta urdimbre del enengranaje federativo a los corifeos políticos, a la clientela que fraguaba elecciones y a algunos recomendados del gobierno anterior. De éstos muy pocos: de ahí que siempre esta clase de exigencias haya determinado la inevitable ruptura entre el delfín y el rey anterior. Toda la actividad administrativa, política y de ordenación o de encauce de los gobiernos oligárquicos, ha quedado reducida, invariablemente, a esta tarea de "acomodar". El presidente de la república debía de proveer como se llena la vacante de un empleo común, la senaturía acéfala de cualquier provincia. Debía indicar, es

decir, nombrar el gobernador de los estados. Las diputaciones nacionales y aun provinciales se llenaban también al caer de su índice imperioso. La tarea, como se comprende era ardua. Los intereses creados, las influencias divergentes, los candidatos distintos, las simpatías varias, complicaban la solución. Y había que decidir y a las veces hasta era necesario cortar de un solo tajo como Alejandro. En la sumisión absoluta sólo la voz del desahucio levantaba su pequeña tempestad, que rizaba apenas la superficie, si no limpia, del ambiente palaciego.

Cuando algún escándalo se prolongaba hasta el exterior nacía invariablemente de alguna esperanza malograda, de algún sitial entregado al contrincante. Ha habido también desahucio plenos, o si se quiere mejor, deslealtades absolutas. Entonces el despecho se amotinaba en la plaza pública entre la justa indiferencia popular. Ha esgrimido sus dicterios contra el aliado de la víspera, ha movido los famosos formidables puños entre el silencio reflexivo y consciente. Como en la frase conocida, los compadres se habían peleado. Luis XV había arrojado de su valimiento a Fleury. Este llamaba a ese sencillo acto autoritario propio del régimen y de sus lealtades, cándidamente traición! Pero el pueblo, impávido ante esta reyerta de antiguos camaradas, no olvidaba que la misma voz que fulminaba el anatema, había hecho la apología; que lo que hoy era Sinaí, ayer había sido Capitolio, y que lo único que se debía al traicionado, era un bis que hubiera sido mejor que no se produjera.

Para lo que sirvieron muy eficazmente estas reyertas, fué para mostrar la afligente precaridad de prestigios de estos hombres, que durante veinte años habían venido disponiendo a su arbitrio del país. En el llano trocaron la zarpa en una blanca

mano de mujer. No soliviantaron un solo entusiasmo, no confederaron una sola voluntad. Predicaron en el desierto entre la sonrisa escéptica de las muchedumbres ausentes, que conocían que ese, no era pleito de ellas, y la letal indiferencia de los mismos ardientes partidarios de la víspera. La tribuna, la elocuencia, el impetuoso arranque, la generosidad desbordada, los servicios hechos a través de tantos años y de tantas oportunidades, no conmovieron a nadie. La empresa épica quedó reducida a una alianza subalterna con enemigos de la víspera y la acometida bélica, como algunas de Don Quijote, trocada en escarmiento.

Y cito este ejemplo entre tantos otros análogos, que he de decirlo, sin animosidad personal, porque los protagonistas de este suceso han sido los dos hombres de más responsabilidades dentro del régimen y porque el vencido de ellos o el traicionado, tenía personalmente cualidades altas que en el campo de la legalidad y del decoro hubieran podido hacer de él uno de los buenos y eminentes argentinos.

LA DIESTRA DE JUPITER

Las verdaderas responsabilidades de la Unión Cívica Radical nacerán al otro día de la victoria. Hacer prácticas sus promesas será toda su obra, y lo que con justicia podrá demandarle la Nación. Pasar de las declaraciones a las realidades, del ensueño heroico y digno en que se ha vivido, al plano más modesto de las obras: he ahí toda la tarea a realizar.

La reparación argentina hubiera podido terminar su cometido en abstracto, es decir, rehabilitando el sufragio y entregando el gobierno a otros, que no a aquellos que han realizado la tarea redentora. En el campo de la idealidad esta hubiera sido la solución más hermosa, pero hay que convenir que ella es absolutamente imposible. ¿Dónde se encontrarían los hombres? ¿Dónde la fuerza política extraña a la reparación misma que se encargara de esta segunda parte de la labor, o sea de gobernar con la Constitución y de hacer reales y ciertas las promesas de mejoramiento que el pueblo espera ansioso desde tan larga data?

La reparación hubiera podido así concluir en sí misma. Habilitar el comicio, volver al pueblo la soberanía de que fué despojado, podría haber sido toda su tarea histórica, por cierto magna y fundamental. Pero la soberanía misma no es una finalidad sino un medio y es evidente que la causa libertaria debe ir hasta el fin y no quedarse al borde de la efectividad y de la eficacia.

La soberanía no vale como postulado de derecho público, no significa nada como conquista política, sino desde el punto de vista de que ella es la democracia actuante; que ella es principio y fin, causa y efecto, o, en otros términos, de que de la soberanía emergen los gobiernos, que ella crea todas las magistraturas y es la razón de ser de todas las representaciones políticas. Llegar hasta el medio y detenerse ahí, sería simplemente paradojal, si no fuera del todo incongruente. Hay a las veces, aunque sea repulsivo, que avasallar la realidad. Hay que ir hasta el fin sin retroceder, porque detenerse a destiempo puede hacer fracasar la obra y colocarnos nuevamente en el comienzo de la jornada.

Hay que gobernar: esta es la dura necesidad. Y hay que llegar al gobierno como se llega a un buque que va a levar anclas, para seguir, para realizar obra, para poner en práctica todas las visiones que el idealismo y la Patria han encendido allá adentro.

Rehabilitado el atrio, ¿a quién entregaríamos el gobierno? No cabe duda que fuera de la Unión Cívica Radical no hay en el país sino despojos de oficialismos derrocados, compañías trashumantes de politiqueros vividores, que en este mismo momento aguzan el oído para venderse al mejor postor.

Y lo que ocurre con la Unión Cívica Radical pasa en lo que respecta a las responsabilidades del gobierno con su abanderado. El es el único que no puede declinar. De hacerlo, crearía conflictos de tal magnitud dentro de la misma causa, que comprometería la victoria. Y perder la batalla ahora implica, sea dicho cruda y virilmente, retornar a la revolución. Las primeras dificultades graves, desde luego serían de orden interno.

De no aceptar el doctor Irigoyen la piedra de

Sísifo, que no otra cosa comporta la Presidencia ¿quién le reemplazaría?

Nadie.

Desde luego, en la confianza pública, en el anhelo consciente de la opinión nacional, no existe sino su nombre, voceado de un extremo a otro de la República, aclamado en las grandes capitales y en los humildes villorrios, con una unanimidad y una fe, como no se conoce en nuestra historia. Y es que la opinión pública ahora como siempre no se equivoca. No es un capricho pasajero, no es una de esas ráfagas fugaces, que elevan momentáneamente a un hombre en la popularidad inconsecuente y baladí, especie de moda que, como la moda pasa; no es una improvisación hacia la cual coinciden las miradas por falta de otros prestigios eficientes y legítimos. El doctor Irigoyen es la reparación argentina, encarnada en su carácter, victoriosa en su perseverancia, magnificada en su talento.

Es su obra, su inmensa y humana obra, lo que le destaca muy por lejos de todos sus contemporáneos y la que desde ya le abre en el recinto de nuestra historia uno de sus prominentes lugares. El pueblo en su significación de muchedumbre y de selección, no cree y no confía sino en él. ¿Podría violentarse su voluntad? Tal vez sí, pero se iría al desastre, y esta consideración, que es de todo punto rigurosa, ha de hacer meditar, a quien tiene otra vez en sus manos la suerte de la República.

Se concibe que se haya deseado consumar la obra reparatoria sin tocar en los gobiernos. Bruto soñó con esa utopía después de apuñalear a César. Creyó que su tarea había concluído derribando al tirano; que el pueblo, como en nuestro caso reabsorbería su libertad y qué de hecho retornaría la República desde la tumba del despotismo asesinado.

En los llanos de Filippo, donde Antonio le derrotara, comprendió tarde que se había equivocado; que la sangre de César había corrido estérilmente y que, en lugar de su genio presidiendo el Estado, quedarían repartiéndose su herencia sus lugartenientes y segundones, sus merodeadores y cortesanos.

Su error no lo pagó sólo con su vida: lo solventó Roma con diez años de cruentas guerras civiles, a cuyo término la tiranía afirmó su planta y César continuó derivándose desde Octavio hasta Calígula y Nerón.

La política es una ciencia eminentemente práctica, y cuando las circunstancias cambian, cuando los factores varían, hay por fuerza que rendirse a la evidencia y dejar en el socavón oculto del cerebro que se agazape el ensueño, para encarársele a la ruda realidad. No hacer una cosa porque se le pudo pensar hace treinta años, cuando los elementos de juicio, el ambiente y las circunstancias eran otras, podrá ser una extraña firmeza y a la par un lamentable error.

El primer elemento de éxito en el gobierno lo constituye la confianza pública. En la fórmula democrática, nadie puede representar a nadie si no es a base de esa confianza.

El país no tiene confianza en este momento histórico de su evolución democrática sino en una sola y representativa personalidad. La confianza no se improvisa, ni se transfiere, ni se puede hacer de ella donación. El pueblo entrega su fe y su confianza no como dádiva, sino cobrándose en la misma moneda. El pueblo también desea tener la misma confianza que otorga a su mandatario. Sin ella, aunque éste sea irreprochable, el contrato sinalagmático está fracasado; el binomio está roto y todas las cosas en

consecuencia colocadas fuera de la indispensable normalidad. El pueblo necesita tener seguridad en su gobernante, porque así, y sólo así, puede entregarse sin zozobras a trabajar, a crear riqueza, a fomentar la cultura, a acumular bienestar y a dar impulsiones insospechadas a todas las actividades sociales. Claro está que el gobierno es una limitación. Es evidente que entre la llama del ensueño y la práctica de los asuntos del Estado, hay un abismo de por medio. ¿Pero no son así, acaso, todas las cosas humanas?

Además, en las circunstancias actuales, todo debe de ceder a la consideración primordial de la victoria. No porque se la busque por exitismo, ni por ninguna otra consideración que no sea la de la causa que nos ha aventurado a través de tantos años de esfuerzos y de dolores, sino que a esta altura de la prueba, o se vence, o se enarbola nuevamente el estandarte de la rebelión. Tendríamos entretanto otros diez años, por lo menos, durante los cuales el régimen se afirmaría en sus posiciones y continuaría su obra nefasta con más ardor, después de haber asistido casi al desplazamiento.

Todo lo que puede comprometer el triunfo cae, pues, fuera de las posibilidades actuales. ¿Quién realiza el mayor número de prestigios? El doctor Irigoyen.

¿Quién suma el mayor número de sufragios? El doctor Irigoyen.

¿Quién está encarnado en la opinión pública de un extremo a otro del país? El doctor Irigoyen.

¿Quién es prenda de paz y de tranquilidad, de labor proficua, de ecuanimidad y de tolerancia? El doctor Irigoyen.

¿Quién tiene la fe de las provincias, indispensable en un gobernante popular, electivo y real? El doctor Irigoyen.

Y esto no amengua en nada — y ellos lo saben muy bien — los prestigios de muchos hombres de méritos dentro de la Unión Cívica Radical. Ellos son los primeros en reconocer todas estas interrogaciones que dejo planteadas y que podrían repetirse hasta la saciedad, obteniendo siempre igual respuesta.

Saben ellos también que, a estas horas, el veredicto nacional está pronunciado; saben cual es el ungido del pueblo, a quien, no obstante, hay que mostrarle sin ambajes la verdad, para que haga el último y más grande de los sacrificios.

Se pertenece a su causa; más todavía, a la nación; más aun, a la historia; y debe aceptar su puesto de lucha y de fogueo como el 90, el 93 y el 4 de Febrero. El lo ha enseñado: el deber se acata y no se discute.

Tampoco se le puede ofrecer al país, en estos momentos en que va a pasar de las oligarquías al gobierno libre, una solución a medias. La nación tiene derecho a reclamar una gran solución, y esta solución no tiene dos fases, como la máscara antigua: esta solución es la presidencia del doctor Hipólito Irigoyen.

Cualquier otra fórmula, por respetable que fuera el hombre que la integrara, sería una solución a medias, es decir, sería una pobre solución. Y después de treinta años de lucha, ¿sería esto lo que ofreceríamos al país que nos ha acompañado, que se ha replegado en nuestras tiendas, que ha militado en nuestras filas y que nos ha seguido en la adversidad más allá de las fronteras de la patria, hasta las proscripciones?

Los pueblos no pasan sin un natural desasosiego, de un extremo a otro: de la oligarquía cerrada a la vida libre.

Por ley de inercia, asoman en seguida parciales ofuscaciones, reacciones disimuladas que solamente un brazo enérgico puede contener. Tenemos, desgraciadamente, muy cerca y ¿por qué no hemos de decirlo? muy nuestro el ejemplo.

Y eso será lo inevitable. Los que han de dar más trabajo hasta encauzar las cosas, y aun encauzadas, han de ser como siempre los amigos. Esa es la ley humana y no ha de hacer excepción esta vez con nosotros. Lo sabemos, además, por larga experiencia.

El gobierno de la Unión Cívica Radical no podría llenarse; estaría acéfalo si no lo presidiera un gran carácter, junto a una gran tolerancia. Y ya sabemos quién reune en sí, como Júpiter, el rayo y la misericordia.

Desde el gobierno será imprescindible tranquilizar a los amigos y utilizar a los adversarios. Vamos a explicarnos más claramente.

No todos los amigos saben que el principio es el gobierno; hay quienes creen que es el fin. Esto es un lamentable error o una ingenua ignorancia que hay que desvanecer, y cuyo desvanecimiento levanta protestas. El gobierno, además, no ha de ser para la Unión Cívica Radical; no habría valido luchar tanto por tan precario objetivo; el gobierno debe ser para el país. Y si el gobierno es para el país, habrá que utilizar todo lo utilizable. El Estado no puede ser madre para unos — los victoriosos, y madrastra para los demás — los vencidos. Habrá que desear también que al otro día de la victoria, se repitan como ya ha ocurrido, las palabras más altas que hayan resonado por nuestros ámbitos, despertando en el rencor atávico de los hijos extraviados la dulce fraternidad: "no hay vencedores ni vencidos". Tal sucederá, fuera de toda duda.

La Unión Cívica Radical no puede dividir la familia argentina en dos bandos enemigos e irreconciliables. Por otra parte, esto sólo puede acaecer dentro de la ilegalidad, o como efecto de una absorción ilegítima. En el terreno de la legalidad se reconcilian de suyo todos los factores discordes, todos suman sus energías aisladas para dar una sola y única resultante: el progreso general, dentro de la legitimidad del gobierno.

Pero, para que esto ocurra, hay que mantener el camino del atrio, por el cual se ha ascendido limpio de escollos, sin una sola piedrecilla, sin la más leve emboscada. Y para realizar esta primaria y sustantiva garantía, se necesita la diestra de Júpiter.

Creemos asimismo que la Unión Cívica Radical debe gobernar con sus hombres, pero sin excluir todo lo útil y lo necesario, viniere de donde viniere, siempre que sea exponente de talento, honestidad y competencia. No otra cosa exige la Constitución para otorgar los empleos y los cargos públicos. Pero también se debe ser vigilante, para no caer en el otro extremo, y gobernar con los otros. Los de afuera se disolverán en nuestro seno, y no hemos de ser nosotros los que nos destiñamos en ellos.

Y para esto también se necesita la diestra de Júpiter.

Todos los valores morales deben sufrir en nuestro país como si dijéramos una revisión, deben ser fundamentalmente modificados, desde la prensa hasta el hogar. Treinta años de régimen, han quebrado, han roto la tradición de la honestidad argentina, que resplandecía desde los hogares hasta en los actos más insignificantes de la vida civil y transactiva. En la larga noche de este eclipse moral, se ha perdido la noción de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto.

Se ha adoptado por moral la que triunfaba en las esferas oficiales, la que se creía la única moral factible: la del éxito. Nuestra sociabilidad perturbada en sus cimientos mismos, no ha tenido otra orientación que el logro inmediato del poder, de la riqueza, de la falsa y dorada espectación, del renombre simulado. La presión se ha sentido de arriba a bajo, como si de lo alto de la montaña un alud se precipitara. Y ya sabemos cómo se proyectan en todos los órdenes de la vida los ejemplos que emergen del gobierno.

El despotismo, como la libertad, tienen su moral, o mejor dicho son dos morales diferentes. No se concibe la sumisión política, el vasallaje por las prebendas, las coparticipaciones culpables, el saqueo de las arcas públicas; el endeudamiento del país; la repartición de la tierra pública; el asesinato político; la venta de las altas dignidades y representaciones, el servilismo como sistema y el lucro deshonesto como propósito, sino dentro de un orden de cosas desprovisto de las nociones más elementales de la moral y de la dignidad.

Basta abrir la historia del mundo para ver repetido el fenómeno: a gobiernos tiránicos o despóticos, ha correspondido una gran licencia en las costumbres y un relajamiento persistente en la moral de los individuos, cuya suma forman la étnica o moral ambiente.

Los gobiernos ilegales han tenido, que comprar artificialmente la legalidad: de ahí las dádivas, el corromper los caracteres que se creían mejores, y el sacar de las filas adversas con cargos y prebendas a los pseudos jefes. Se realizaba así una selección hacia abajo, a la inversa.

Había que comprar conciencias, anular personalidades, extender los beneficios para encontrar cóm-

plices y sostenedores. Los efectos de este sistema, claro está, que no han quedado circunscriptos al capitolio: como un veneno se han ido infiltrando al través de las capas sociales, y como esas plantas que producen con sus jugos narcóticos sueños plácidos y enfermizos, han ido tumbando en los divanes de las antesalas y despachos palatinos a los que se creían los más erguidos, a los que se consideraban los más fuertes.

Si un gobierno de ley es la moral, una oligarquía por contraposición es la amoralidad.

Menester es extender los beneficios de la reparación, no solamente al orden político, sino a todo el conglomerado colectivo, a las instituciones públicas y privadas. Sobre las ruinas del régimen deben levantarse dos cosas: el gobierno de la Constitución y la moral de nuestros mayores; aquella cándida buena fe de antaño que decía verdad aunque sucumbiera y que no conocía más camino posible y practicable que el inflexible de la línea recta.

No es que volvamos a la edad idílica, ni al ensueño de Rousseau, cuando proclamaba, con equivocado optimismo, la superioridad del estado de naturaleza sobre las deformaciones de la vida social. No; debemos sí restaurar lo que antes ha sido norma de la familia argentina, plasmada en el tipo de caballero español, adusto, irreprochable y severo. Así como bajo nuestras plantas duermen las cenizas de nuestros progenitores, existe ahí nomás, en la primera napa, el espíritu tradicional que es menester exhumar para que ponga coto a las impaciencias desorbitadas, que mandan llegar sin escrúpulos ni reservas, aunque entre las zarzas del camino vayan quedando los girones de la dignidad y de la hombría de bien.

Una Nación sin una moral pública eminente es

una tienda de mercaderes; es una factoría, y eso hubiera pasado desgraciadamente entre nosotros si la Unión Cívica Radical no prestase,—durante la larga noche en que los valores de la República yacían en el olvido y la obscuridad—asilo a las altiveces de nuestro pueblo, y conservado como en un inmenso hogar común todas las inmaculadas palpitaciones de la juventud.

Para realizar esto, también se necesita la diestra de Júpiter.

Pero, en fin, ¿qué hemos de analizar en detalle, minucia por minucia, cada una de las dificultades que engendra el gobierno, esta ciencia, este arte "ni enseñado ni aprendido", vario como la vida, llena de sorpresas como el acaso, ingrato com una dádiva donde todo fluctúa, cambia, torna, avasalla y pasa?

Los problemas complejos que por definición implica el gobierno, quedan de hecho resueltos por imperio de las cosas con la sola presencia en el poder de una gran autoridad moral y de un carácter que no ofrezca a las asechanzas de propios y extraños ni siquiera el punto vulnerable que hizo sucumbir a Aquiles. La fórmula debe así mismo ser una en su integridad radical. Preguntado el Doctor Tomás de Veyga quién debía ser el candidato a la presidencia futura, contestó: el Doctor Irigoyen. Preguntado luego quién debía ser el vicepresidente, respondió: el Doctor Irigoyen.

Su concepto, que es el nuestro, quería significar que el segundo término debía de estar representado por una integridad análoga a la del primero, por alguien que fuera como su prolongación, y de cuya lealtad no pudiera sospecharse. Y si no fuera así, se repetiría lo inevitable.

El Presidente no podrá gobernar si el Vice no se reduce a su misión expectante y tranquila. Si el

Vice quisiera gobernar, ya le tendríamos haciendo política, y si el Vice politiqueara, el Presidente no podría estar en su puesto. Tendría que descender de él y ya no podría hacer obra, sino evitar conspiraciones palaciegas.

El Presidente ha de gobernar sin cortapisas ni asechanzas. Su obra será hacer administración. La política para el comité. Desintegradas estas dos funciones, excluyentes y distintas, todo irá como por rieles. El país reclama administración y no política. La política la hace él, la administración el gobierno.

La única política asequible a un Presidente radical, será la alta política, la de rumbo, la de encauce, la de las grandes orientaciones. Y para realizar esto se necesita en la fórmula una solidaridad perfecta y una ilimitada confianza recíproca.

Habría una sola posibilidad para que el Dr. Irigoyen no aceptara la Presidencia de la República. Es la que me correspondió concretar desde mi banca de diputado cuando en Mayo de 1914 se produjo el debate de los diplomas de los diputados electos por la Provincia de Buenos Aires.

Dije en aquellas sesiones—o dijo, si se quiere, por mi intermedio, el doctor Irigoyen, cuyo pensamiento me cupo exteriorizar en aquel solemne momento —lo que seguidamente transcribo:

"Y ahora,—señor,—decía, me hago yo un honor en poder declarar aquí, en el Congreso de mi país, un honor múy grande; que si esa personalidad (el Dr. Hipólito Irigoyen) a que me he referido; que si ese ciudadano que ha consagrado toda su vida a la lucha por las instituciones, que les ha dedicado todo su pensamiento y su patrimonio, las más selectas palpitaciones de su espíritu y las consagraciones más íntimas de su corazón; que si ese patriota

pudiera en las contiendas que ya están por venir ser un obstáculo para las reparaciones que vamos buscando, él saldría de ellas como ha entrado, renunciando generosamente a toda situación de gobierno''.

''No será un obstáculo el Dr. Hipólito Irigoyen —agragaba—en las luchas que ya se avecinan, que están frente a nosotros y que solicitan toda nuestra energía y toda nuestra decisión''.

Hoy no cabe sino ratificar aquel concepto ante el fallo ya promulgado por el veredicto público. Quiere decir, entonces, que si el Dr. Irigoyen, como ocurre, no solamente no es un obstáculo para la solución del problema presidencial, sino que es la solución misma, nada puede excusarle ni retraerle de tan grave decisión.

Más aun: el Dr. Irigoyen no es un obstáculo, pero lo sería — e insalvable, — si declinara su candidatura. ¿Puede acaso no aceptar?

El dilema está planteado con lógica de hierro: ser o no ser. Esta es la cuestión.

¿Quién se atrevería a modificar estos términos y a comprometer la victoria?

Es tan evidente que la única solución es el Doctor Irigoyen, que así se le considera, no solamente desde la Reparación, sino también desde el régimen.

Sírvanos de suficiente información la carta de nuestro distinguido correligionario el capitán de navío Diógenes Aguirre, que íntegramente transcribimos:

He aquí dicho documento:

"Buenos Aires, Febrero 1916.

Señor Doctor Horacio Oyhanarte.

Querido compañero:

Sabiendo que usted está terminando un libro de actualidad política, me siento inducido a comunicarle dos referencias de ese orden de que tengo conocimiento personal, y son las siguientes:

Como usted sabe mantengo una amistad antigua y cordial con el doctor Emilio Civit, y en una de nuestras entrevistas hace meses, me enteró de que un mes más o menos antes de fallecer el general Roca en una conversación que tuvieron le manifestó "que era su opinión y convencimiento que la Unión Cívica Radical tendría una preponderancia fatal e inevitable en los destinos del país, y que a su juicio eso era lo mejor que pudiera ocurrir para garantía del porvenir y tranquilidad de la nación".

"Si los radicales gobiernan mal—continuaba el dos veces presidente de la República al dos veces gobernador de Mendoza,—sería una justificación a los gobiernos anteriores. Y si lo hicieran bien, lo que él creía, sobre todo si tenían el buen tino de llevar a la primera magistratura al doctor H. Irigoyen, sería una suerte para todos,—lo que por otra parte era de esperar tratándose de un hombre público de larga actuación, lleno de prestigios ganados en momentos difíciles y reconocidos sin distinción de colores políticos por eminentes hombres públicos de notoria significación y por la opinión sana de todos los argentinos. Su autoridad indiscutida, su integridad y patriotismo, recalcaba el general Roca, se-

rán para el país en todo tiempo prenda de seguridad y de confianza. Yo miro sin sobresaltos, añadía, la evolución política que se está operando a impulsos de un partido con nobles aspiraciones y que tiene a su frente un hombre ampliamente probado".

En cuanto a la segunda, alude a un ofrecimiento que el mismo doctor Doctor Civit hiciera por mi intermedio al Dr. Irigoyen hace tres o cuatro meses, en su nombre propio y en el del señor Ugarte, consistiendo en ofrecerle todo el concurso de sus respectivos elementos políticos a favor del triunfo presidencial de la Unión Cívica Radical, sin ninguna compensación y solo como una coincidencia que consideraban patriótica, y sin más condición que la de que el doctor Irigoyen fuera el candidato.

El doctor Irigoyen me contestó en el acto, que hiciera presente al doctor Civit que la Unión Cívica Radical estaba consagrada a una reparación fundamental en el orden moral y político de la República sin prevenciones algunas contra nadie y sí para bien de todos; pero con reglas de conducta invariables e imperterritamente conduncentes a sus fines, por las cuales toda y cualquier coincidencia política con otras agrupaciones era absolutamente incompatible. Que se apresuraba a dar la respuesta para que dichos señores no fueran a retraerse de cualquier otra solución política por la esperanza de que en algún momento pudiera ser posible esa coincidencia con la Unión Cívica Radical, puesto que jamás ni en ningún caso lo sería.

El doctor Civit se concretó a lamentar tanta intransigencia, cuando el ofrecimiento era tan generoso y en nada la comprometía.

Que estas gratas informaciones que le doy contribuyen a mayor abundamiento de la suma de luces, con que su noble alma iluminara el gran faro

de nuestras consagraciones en una norma inquebrantable del más irreductible apostolado política.

Su amigo afm.,

Diógenes Aguirre.

El general Roca conocía a los hombres, y su juicio, en los últimos días de su vida, aparece sincero, por lo desapasionado. Veía y juzgaba sin mezclarse en la lucha, y es muy verosímil que haya visto bien. Tanto más valedera esta opinión por venir de un hombre que fué adversario en todas las horas de la Unión Cívica Radical. Lo que hay en el fondo de ese juicio es que el general Roca veía como nosotros: que no puede haber otra solución para el país que la presidencia del doctor Irigoyen.

En cuanto al ofrecimiento hecho por el doctor Emilio Civit en su nombre y en el del gobernador de Buenos Aires señor Ugarte, se comenta por sí solo.

Si fuera el éxito el ideal de la reparación con haberlo aceptado se obtendría los sesenta electores de Buenos Aires, y también la mayoría y la minoría de Mendoza, es decir se aseguraba la Presidencia. ¿Dónde hay el ejemplo de una declinación semejante?

Tanto el general Roca, como el señor Ugarte veían la solución en el doctor Irigoyen.

Insistimos, tal vez con terquedad, sobre este punto, porque lo consideramos, en los actuales álgidos momentos, todo, absolutamente todo el problema político argentino. Creemos que él decide de los destinos de la nación y de la causa radical; que si, por cualquier circunstancia, no se cumpliera lo que el país reclama, se habría perdido treinta años de las más cruentas consagraciones para epilogar la obra en la anarquía.

Vengan en ayuda de mi tesis otras palabras que

no las mías, escritas en la proscripción por la pluma de Sarmiento, comentando la renuncia que hizo de la presidencia Rivadavia, después del fracaso de la constitución unitaria del año 1826.

"La Constitución dada por el Congreso es rechazada de todos los pueblos en que los caudillos tienen influencia. En Santiago del Estero se presenta el enviado en traje de etiqueta y lo recibe Ibarra en *mangas de camisa y chiripá*. Rivadavia renuncia *en razón de que la voluntad de los pueblos está en oposición*: "pero el vandalaje os va a devorar"—añade en su despedida.—Hizo bien en renunciar Rivadavia; tenía por misión presentarnos el constitucionalismo de Benjamín Constant con todas sus palabras huecas, sus decepciones y sus ridículeces; Rivadavia ignoraba que cuando se trata de la civilización y la libertad de un pueblo, un gobierno tiene, ante Dios y ante las generaciones venideras, arduos deberes que desempeñar y que no hay caridad, y compasión en abandonar a una nación por treinta años a las devastaciones y a la cuchilla del primero que se presente a despedazarla y degollarla. Los pueblos, en su infancia, son unos niños que nada prevén, y es preciso que los hombres de alta previsión les sirvan de padre. "El vandalaje nos cinarlo en una proclama y no hacer el menor esfuerzo para estorbarlo."

Cambiemos la frase: "el vandalaje nos va a devorar" por la de "el régimen nos va a devorar", y el párrafo transcripto parecería inspirado por las circunstancias actuales.

Dura verdad, pero verdad al fin, que parece que se alzara desde el fondo de nuestra historia: "el vandalaje nos va a devorar".

LA EDUCACION

La libertad, más que una conquista política, más que un derecho, más que un reconocimiento legal, es una virtud.

No sé que nadie la haya definido así, pero entre tantas fórmulas ensayadas tal vez no sea ésta la menos verosímil.

La libertad es una virtud, porque es un estado psíquico que se realiza en cada sujeto y se proyecta en cada colectividad.

Dad a un pueblo de esclavos los beneficios de la libertad, y veréis, que si antes no ha concebido la idea de la libertad continúa siendo esclavo.

Los romanos solían manumitir en sus testamentos a sus siervos como un acto espléndido o según los méritos contraídos. Empero, las más de las veces los manumitidos no aprovechaban la merced con que se les había agraciado. Rota exteriormente la cadena de la servidumbre, continuaba a pesar de ello como por un hilo invisible, remachada en el fondo del espíritu de los libertos.

La libertad y la esclavitud son estados espirituales de los hombres o de los pueblos.

Se concibe la pérdida momentánea de la libertad por la fuerza, por sorpreso, o por una absorción brutal, como entre nosotros.

Pero esas contingencias comunes en la Historia, terminan con el despertar heroico de los pueblos sojuzgados.

La libertad, que es en las sociedades cultas el medio de realización de sus grandes destinos, es una planta que ha menester cultivarse asiduamente. "Su victoria es su fe", y ha de fortalecerse en el hogar como en la plaza pública. Se sienta más en los bancos de los colegios y de los institutos que en las bancas del Congreso y los sitiales de los ministerios. De ahí la necesidad imperiosa en todos los países de organización y de índole democrática, de la educación y de la instrucción pública.

En las autocracias las aulas permanecen cerradas. Si los déspotas pudieran, apagarían el sol para dirigir sus pasos sin zozobras sobre el mundo en tinieblas. Los tiranos se han preocupado tanto de agostar las cabezas como de clausurar escuelas. Por eso en la democracia la primer necesidad es la luz. Una república sin escuelas es como un templo sin sacerdotes, como una religión sin discípulos.

Las democracias se gobiernan a sí mismas—y dentro de este concepto, que no otra cosa comporta la electividad, el que no sabe no puede gobernar. Elegir es lo más difícil, porque de lo que cada uno es capaz se puede responder; pero cuando se trata de compulsar calidades ajenas, la equivocación es fácil, más aun siendo la experiencia es falaz, según el aforismo de Hipócrates.

Toda la vida de una democracia se resume en esta palabra: elegir. Y cuando hay que elegir dentro de un vasto federalismo como el nuestro, ese verbo, expresión activa de la soberanía, no se acaba de conjugar.

Cuando el país entre sin reservas a la vida cívica normal, habrá llegado, sin duda, el momento de modificar algunas representaciones públicas en el sentido de hacer más extensivos los mandatos, como asimismo que se haga coincidir en una misma fecha

el mayor de elecciones posibles. Así se evitará la industria electoral que algunas pobres gentes tienen necesidad de implantar. La vida de comité y sus dilatadas holganzas.

Nuestro pueblo necesita de su tiempo para trabajar. Debe llegar entusiasta y preocupado al comicio, fortalecido por la pasión, pero debe venir del trabajo, y desear concluir para reintegrarse a él. A la nación le sobrarán, desgraciadamente, políticos, pero siempre le serán pocos los *pioneers,* los industriales, los trabajadores, los estancieros y los colonos.

No debe pues, distraerse sino lo indispensable a la gente de labor, que aprende a resolver los problemas de la alta política y a querer a la patria, más sobre el surco que en el comité.

Decíamos que la libertad es una virtud y habría que agregar que ella nace, crece y prospera con el trabajo y la educación, dos términos que recíprocamente se complementan.

En lo que atañe al problema educacional, ¿qué ha hecho el régimen? Lo que en los demás problemas trascendentes: nada, o peor, desorganizar las cosas, confundir las ideas, romper la línea simple de la verdad y del deber.

El problema educacional fué planteado también en su hora propicia cuando el país se convocó para organizarse.

Los dos apóstoles de la enseñanza fueron Alberdi y Sarmiento, cada uno desde su punto de vista. El autor de "Las Bases" pensaba que lo urgente era poblar y no instruir. Aquello traería esto.

Para Alberdi, la educación sería realizada por la emigración; sería la resultante de poner en contacto nuestras gentes ignaras, sin hábitos de labor ni conocimientos de la industria, con la cultura euro-

pea, cuyos hijos por el ejemplo directo de una civilización más adelantada, cundirían la más práctica y saludable de las enseñanzas.

Para Alberdi había que educar objetivamente.

Consideraba extemporánea la pretensión de educar sólo con institutos y escuelas, un país sin gente y empobrecido.

Para Alberdi poblar era educar.

Sarmiento, considerado más comúnmente el apóstol de la educación en América, lo fué en verdad desde el punto de vista docente, de fabricador y oficializador de escuelas y de institutos. Sarmiento tenía la pasión educadora. En el desierto él hubiera abierto escuelas sin reparar que el desierto es ineducable y que poblarlo es la única manera de civilizarlo.

¿Quién tuvo razón y vió en su hora las cosas con más presciencia?

Verdad es que el criterio de ambos grandes hombres se complementaban, que los dos puntos de vista franqueaban las necesidades imperiosas de aquellas y de estas horas.

Los dos exageraban un poco su criterio; pero, si hemos de decir nuestra verdad contra el común de los juicios, Alberdi ha visto con más clarovidencia.

Sarmiento ha educado más que con sus escuelas, con sus obras; con su interminable lección de cosas, con sus imitaciones juzgadas temerarias en su momento.

El mimbre y el eucaliptus introducidos y plantados por él han enseñado objetivamente más que muchas de sus escuelas sin alumnos, pero claro está que con profesores.

Sarmiento, con las muestras de trigo que mandara a Mendoza, con las uvas exportadas de aquella Provincia en cestas construídas con mimbres de

San Fernando, con el añil cuyas semillas buscaba ya en su vejez, con sus ferrocarriles, con sus granjas, con lo que hizo, con lo que derramó con sus manos próvidas como las de un Dios, con sus ejemplos y con sus obras, ha educado y civilizado más que con los pupitres vacíos.

La necesidad de aquellos momentos fincaba en poblar el desierto. Si no teníamos hombres, ¿qué gobierno ni qué escuelas, ni qué institutos podían fundarse? No hubiera estado de más hacerlo, pero eso no resolvía la cuestión vital de los destinos nacionales: había que industrializar, poblar, enriquecer, construir caminos de hierro, canalizar los ríos, llevar el litoral al interior por la rapidez de las comunicaciones, difundiendo la vida europea entre la barbarie y el despoblado.

En otro lugar nos ocupamos de la inmigración.

Planteado hace sesenta años el problema y resuelto doctrinariamente en la Carta Magna, permanece en un evidente retraso, desorientado, y el país está poblado de analfabetos.

La educación primaria, que es, puede decirse, toda la educación, tiene dos benéficos y altos propósitos: enseñar los rudimentos indispensables para que un hombre pueda desenvolverse en la vida, y hacer de un niño el ciudadano de una república en el concepto cabal de sus obligaciones y de sus derechos.

Ninguno de estos dos móviles los más transcendentales en el desarrollo de un pueblo, se han verificado en el régimen de nuestra educación popular. Ella ha fracasado en ambas finalidades.

El número de los niños que han recibido los beneficios de la escuela ha sido el mínimum. Hay actualmente mayor número de analfabetos que de educandos. Más de la mitad de la población infantil

queda sin recibir la educación primaria que la constitución sanciona gratuita y obligatoriamente, y ello por falta de escuelas, de maestros, de establecimientos oficiales adecuados.

Son el déficit que el país lleva como un peso muerto dentro de sí mismo. Son los pobres rezagados de la marcha, nó por su culpa, sino por la incapacidad del régimen.

Son las frentes veladas, los parias de una democracia donde los iletrados y analfabetos están en mayoría.

Muchos de ellos serán en el decurso de los días, los réprobos de las cárceles y de los presidios, ya que es verdad estadística que el delito recluta entre los analfabetos el mayor porcentaje de sus extraviados.

Lo que el Estado les regateó en maestros habrá de pagárselo en carceleros.

Es la revancha de los que no saben.

Es la ignorancia que cobra, son los que andan a tientas en las sombras. Y muchos de ellos hubieran podido pensar y exudar sobre la cúspide en que se constela el raciocinio, el rocío benéfico de las ideas.

¡Cuántas auroras que no han roto sus nimbos se hundirán en el ocaso, pasarán como un cielo en borrasca, sin mostrar su vientre fermentado de luz sobre la vida y sobre el dolor!

Apenas si se concibe que a esta altura de la civilización haya en un país pletórico de aspiraciones quienes sean nuestros antípodas y estén en el otro hemisferio.

El régimen tiene más culpabilidad por estos delitos irredimibles, que por el peculado y la simonía.

Es el relajamiento moral; el fracaso de la realización de todos los problemas vitales de la nacionalidad; lo que ha impedido; lo que ha dislocado: eso es lo que más le acusa y le condena.

Si se hubiese detenido en el usufructo, el trabajo argentino copioso y bravo, habría reparado esas miserias, pero no: el régimen lo ha comprometido todo, todo lo ha subvertido. La justicia, la educación, la corriente inmigratoria, la riqueza, la moral, las virtudes privadas y públicas, todo ha rodado en la tremenda descalificación.

Del gobierno ha hecho una industria, y dentro de este concepto fenicio nada era despreciable para la finalidad lucrativa.

El país no puede estar más retardado en lo que respecta a la educación primaria—su porcentaje de analfabetos es una vergüenza que nos amengua ante nosotros mismos y nos desacredita en el exterior—y frente a nosotros tenemos el ejemplo edificante: la República Oriental del Uruguay. De expansión económica infinitamente menor a la tan decantada riqueza argentina, no tiene analfabetos; su porcentaje estadístico da un coeficiente casi paralelo al de Alemania, que forman con Suiza las naciones en que está más difundida la educación primaria.

Pero no es solamente el número sino la calidad de esa educación lo que más la compromete. Nuestra educación popular ha fracasado en su doble concepto cuantitativo y cualitativo.

En una república de organización democrática como la nuestra, la educación común tiene una función específica: formar ciudadanos. Su propósito no es precisamente dar nociones abstractas a la mentalidad embrionaria de los discípulos, ni imbuirlos en empirismos inasequibles a sus pocos años, ni recargarles las mentes núbiles con cifras, fechas, nombres, reglas y casos. Una escuela común es el altar laico donde los párvulos han de aprender sus deberes de ciudadanos y de hombres.

La lectura, la escritura, la aritmética, los rudi-

mentos de moral, de historia y de geografía, deben de llevar esa impulsión sagrada; los niños que concurren a las bancas de primeras letras no van a transformarse en hachilleres; a perderse en abstracciones y en casuísticas, fuera de las necesidades urgentes que siente el pueblo de armarse cuanto antes para la lucha por la vida, y ¿por qué no pensarlo? por el ideal.

De las bancas escolares deben salir con los primeros y más indispensables rudimentos del saber, con el camino abierto para seguir en todo caso hacia adelante según las contingencias de cada uno.

Pero lo que el pupitre escolar debe infaliblemente devolver a la sociedad es un ciudadano, es un argentino. Esta tarea, que es de orden moral y sentimental más que intelectiva, es la gran función de la enseñanza primaria. Si fuese permitido usar de un símil, diríamos que la educación primaria tiene por objeto acuñar con el sello de la nacionalidad el alma de los futuros ciudadanos.

Se concibe también cómo es de urgente esta necesidad en un país que se ofrece a las más diversas razas, donde comparecen a las escuelas públicas niños de los más variados orígenes.

La escuela común tiene esa ímproba y casi religiosa tarea. Tomar todos los factores heterogéneos y fundirlos en una única y soberana resultante común, hacer con nuestros niños, los extranjeros y los hijos de extranjeros, la levadura de la patria del porvenir.

Para poder cumplir esta bíblica misión es indispensable unidad de miras y de propósitos. De ahí que la enseñanza común deba ser por naturaleza, privativa del gobierno federal. El régimen que ha modificado a su antojo la constitución siguiendo el índice de sus conveniencias, no ha propuesto las re-

formas fundamentales, y henos aquí, no sólo con escasísimas escuelas sino, lo que es aún peor, con pésimas escuelas. Si el número es ínfimo, la calidad es detestable.

La educación común no se la puede imaginarse sino dentro de un solo tipo para toda la nación y con un solo programa. Su objeto, su finalidad, así lo imponen.

La nación no puede tener dos tipos de ciudadanos y menos catorce, según sea la provincia en que el educando se forme.

Tenemos como 25 tipos de escuelas comunes con 25 programas y con 25 variedades de profesores. No es posible pedir una anarquía más desconsoladora, y todo comentario parece superfluo, si a esto se agrega que hay provincias donde se han adeudado dos o tres años los sueldos a los maestros. No es esto solo: la escuela por definición es el hogar agrandado y embellecido.

La escuela primaria argentina es bajo este particular otro desastre. Desde el hediondo rancho de adobe, que he visitado en Santiago, en Salta, en San Juan, en Mendoza, en Córdoba, en Catamarca, en Buenos Aires, hasta los casuchones que amenazan ruinas, toda la policromía imaginable sirve de refugio a los niños. Se ha cuidado más la estética y la higiene de las cárceles que la de las escuelas.

Quiere pues, decir que si más de la mitad de la población infantil no concurre a las escuelas, la que lo hace, ya se ve los reales beneficios que reportará de semejante estado de cosas.

Si de la educación infantil pasamos a la instrucción superior, el miraje no cambia, ni la perspectiva se modifica.

Los colegios nacionales han dejado de hacer hombres ilustrados, desde que desaparecieron los grandes maestros que trajo Sarmiento.

Dependiendo del ministerio de instrucción pública, es decir, del ejecutivo nacional, ha sido este otro campo entregado al usufructo. Se han inventado cátedras y se han creado los institutos sin otro objeto que ubicar amigos. La enseñanza superior ha sido también campo de la politiquería, que la ha desquiciado, correspondiendo su disciplina y su estímulo con el espectáculo de la complacencia y del aparcerismo.

La cátedra ha sido un apéndice político, un instrumento para servir a los amigos y no los elevados e impersonales móviles de la función docente.

Por eso le falta el primer ineludible elemento que define un instiuto de enseñanza sea primaria o superior: el profesorado.

Así como no se concibe un ejército sin jefes y oficiales, tampoco se explica un orden cualquiera de estudios sin sus conductores ilustrados, sin sus jefes de establecimientos, sin sus maestros competentes. El profesorado de los colegios nacionales es como el de las escuelas comunes. En él coinciden todas las profesiones, todas las razas y todas las inepcias. Ser catedrático de una materia cualquiera no es ser un especialista, sino necesitar de la cátedra. Un abogado, un médico, que recién se recibe, lo primero que piensa es en una cátedra, para desempeñarla no porque conozca la asignatura, ni porque sienta vocación por la noble tarea, sino porque necesita una ayuda de costas.

Es decir, los colegios nacionales se han hecho para los profesores y no para los alumnos. Estos a su vez son ganados de inmediato por el ambiente disoluto. Con esa lucidez de los jóvenes nuestros, en los cuales la inteligencia y hasta el talento sobran en general, ven las cosas, perciben las fallas del ambiente, y se echan a rodar cuerpeándole al estudio.

Se plantea el problema educativo en esta frase desoladora, y que podrá vérsela repetida en su hondo escepticismo en todos los órdenes de la vida argentina: ¡pasar!

La finalidad no es saber, dominar un orden especializado de los conocimientos, ponerse en contacto con las irradiaciones más selectas de la historia, del pasado o del presente, no; eso es considerado un lirismo ineficaz, una risible utopía. Pasar: eso es lo trascendente. Salir del aula como se entró, desnudo de conocimientos y orientaciones, pero agilizada la mente en la trampa, en el subterfugio y a las veces, desgraciadamente también, en la adulonería.

Los libros permanecen intactos, nadie se asoma a beber en ellos; en vez del camino real y leal del saber, se ha descubierto la crujía, el paso falso que tiene para la regocijada malicia de la juventud el estímulo picante de toda falta. A campo traviesa se cursa por los institutos superiores, y pocos son los que se modifican y no siguen el falso rumbo, en la universidad más tarde y luego en la vida.

El verbo sigue luego martillando su golpe siniestro: pasar, es decir llegar, se dice en la vida pública; pasar en los negocios; pasar, en las amistades; pasar, en los cultos serenos que dan a los hombres norte y eficacia. Pasar, pasar, pasar: he aquí el lema de un pueblo de arribistas, de utilitarios para quienes lo importante es el fin y lo secundario los medios morales y los propósitos.

Yo he presenciado este pobre espectáculo en el colegio nacional central de Buenos Aires. Llegar alumnos que habían sido reprobados a pedirle al rector que les levantara los ceros. Era de quedarse estupefacto con el petitorio, pero el rector lo acogía de buen grado como un modus vivendi trocado casi en ley. Inquiría sólo el número de ceros que había

que volver a la vida. El máximum más general eran tres, se levantaban también hasta cuatro.

Esta extraordinaria justicia no era sino un síntoma. Lo que gravitaba seguramente en el espíritu del rector, que era un hombre talentoso, era el escepticismo. Convencido del total fracaso de la enseñanza secundaria debería resultar como un remordimiento hacerles perder más tiempo a los alumnos en medio de aquel desquicio. Claro está que para este resultado mejor hubiera sido clausurar los institutos, no tirar millones a la calle y engañar juntamente a los jóvenes estudiantes, a los padres y, lo que es aún más grave, al país.

Una anécdota—o una vergüenza—acaecida no hace mucho tiempo durante uno de los últimos períodos presidenciales, demostrará lo que por otra parte todo el mundo sabe, o sea la intromisión de la politiquería en el régimen interno de la enseñanza.

Había que elegir un senador nacional en una de las provincias del centro. La mayoría legislativa era adversa al candidato del Presidente de la República. Este destacó a la provincia lejana un enviado confidencial, cuyas razones para hacer claudicar a la legislatura rebelde consistían en las exoneraciones firmadas por el presidente y el ministro del ramo de los profesores normales y del colegio nacional, que eran a su vez diputados provinciales.

El enviado del presidente procedió sin ambages y puso a los diputados-profesores, como vulgarmente se dice, entre la espada y la pared: o daban su voto para el candidato a senador o perdían sus cátedras y la jubilación consiguiente, porque quedaban exonerados. Los profesores transaron y continuaron así educando con el ejemplo a la juventud argentina, y el Presidente de la Nación sacó triunfante a su candidato.

Hermoso ejemplo, digno de un país como el nuestro, que ha insumido de cien años de vida independiente, setenta por lo menos guerreando por la libertad y por su organización definitiva!

Pero hay otro ejemplo que es como el reverso de la medalla. Hay un profesor en una escuela normal que desempeña cátedras de historia, y de derecho político y de filosofía, nombrado por Sarmiento. Es la suya una alta enseñanza que orienta y define. Ese mismo profesor, que educa con la palabra y con el ejemplo, es jefe de la revolución del 4 de Febrero, y el presidente de la República, por ese delito, lo exonera de su cátedra cuyos sueldos jamás cobró, porque los donaba al Hospital de Niños.

Los programas de enseñanza no tienen estabilidad. Cada ministro trae el suyo, que el que le sucede a su vez modifica. Es así la desorientación perfecta. Como si se cambiaran las piezas en una partida de ajedrez, así se cambian las materias de un año para otro. Un día los años preparatorios son cinco, al siguiente seis. Un día se enseña latín; al otro, se suprime la cátedra luego se agrega italiano al francés y al inglés que nadie aprende. Los alumnos resultan así verdaderos tubos de ensayo.

En la enseñanza normal ocurre lo propio: son más escuelas de bachillerías que institutos donde se modela el alma de la mujer, para la función fundamental que le está reservada en la vida: para ser madre.

Empirismos cientifismos cargantes y nada más. Después de tantos años de escuela normal cabría preguntar: ¿Dónde está la mujer de talento que hayan formado? Incubadoras de maestras, las escuelas normales también se hallan entregadas del todo a la política, donde no se provee una sola cáte-

dra si no es a base de las recomendaciones del caudillo oficialista de la provincia de que se trate. Las escuelas normales han fracasado: no han respondido a la función que les estaba reservada.

Y en cuanto a la educación universitaria que tiene la relativa independencia, que permite el régimen a todo lo que es susceptible de explotación, ocurre lo mismo. Desde que Estrada, Goyena, del Valle y Rawson educaban con la palabra y con el ejemplo, el alto profesorado no ha tenido una de esas personalidades que por sí solas dan rumbo, orientan, en el deber, en la ciencia, y en la rectitud a toda una generación. La cátedra sin grandes palabras y con precarios ejemplos, ¿podría acaso formar esa juventud idealista que sale de las aulas abroquelada en su propio respeto, llena de hermosos sueños las mentes, deseando sacrificarse por el bien común, buscando causas grandes y románticas para otorgarles las preferencias de sus espíritus selectos? Fábricas de profesionales y no de ciudadanos con fe, o de sacerdotes de la ciencia por la ciencia misma, nuestras facultades han aumentado en general el número de comerciantes, el montón anónimo de los que no tienen más visión que de enriquecerse cueste lo que cueste. Llegar, pasar y nada más!

Se ha hecho fracasar así a muchos talentos que en otro ambiente y bajo la impulsión de otras sugestiones hubieran podido ser gloria y luz de las artes y de las ciencias.

Hemos contemplado, no hace mucho, una enconada huelga de los estudiantes de medicina. Era la dignidad lo que les amotinaba. Se acababa de cometer una gran injusticia por el régimen y los alumnos en actitud de asonada abandonaron las aulas y los hospitales.

Duró la resistencia ¡más de un año! Muchos jóvenes pobres bajo la urgencia de la necesidad abandonaron los estudios, dejaron sus carreras truncadas. Otros por rebeldes, por tener exceso de dignidad, fueron expulsados. Episodios dignos de la época.

Conmover y perturbar así a la juventud estudiosa por móviles de dolosa ubicación es una miseria y a la vez un crimen.

Los hombres que en el país se forman, los que se destacan y llegan son aquellos que logran salvarse y no claudican al través de tantas asechanzas.

Y lo que dijimos al principio de este capítulo: la Libertad es una virtud, ¿dónde se la enseña? ¿dónde se la practica?

EL CABOTAJE

He dicho que todos los problemas orgánicos, imperiosos del país, estaban sin resolverse, porque el régimen, preocupado sólo del usufructo, ni los había considerado o cuando había entrado en ellos simulando resolverlos, era a modo de las tribus pampas, sobre las poblaciones convecinas.

Después del desierto y de la justicia, el problema más decisivo que ha debido resolver el país, es el de sus medios de comunicación. El riel, el canal, los ríos navegables y los caminos han debido ser una verdadera providencia para nosotros, abrumados por la soledad, con una escasísima población diluída en un área de 3.000.000 de kilómetros cuadrados.

La fórmula de nuestro progreso, gobernar es poblar, ha debido ser completada por la de gobernar es comunicar.

El desierto se ha dicho, es el enemigo de nuestra civilización. Sin población, y con un predio inmenso más grande que Francia, Italia, España y Alemania juntas, la soledad nos abruma, nos desciviliza, nos hace presa de la inercia, de la miseria y del atraso. Porque es miseria la civilización de un país que cuenta 8 millones de habitantes, en los precisos momentos que debía tener 40.

Sin embargo, la primera condición de nuestro progreso económico es la extensión. Con un área pequeña de tierra, ¿hubiéramos sido acaso esta colo-

sal promesa, que diseña en el porvenir más o menos remoto una entidad con doscientos millones de habitantes? Luego, pues, la primera superioridad de la riqueza nacional es la extensión de nuestro solar aunque ella haya podido ser en algún momento, y continúe aún siéndolo, la rémora en su organización política y la pesantez en su solvencia económica.

Dos factores han existido y existen para llenar las soledades infecundas de nuestros campos. El hombre, el inmigrante, que hemos debido pedirlo al exterior, ofreciéndole las garantías efectivas de su redención y de su enriquecimiento, y el otro factor interno que hemos podido resolver casi directamente: las comunicaciones.

Puede afirmarse como un aforismo indubitable, que a mayor número, rapidez y eficacia de comunicaciones y transportes, corresponde un mayor número de población.

La brevedad del transporte y su baratura, amplifican, acrecientan extraordinariamente la capacidad productora.

Si en filosofía el don de la ubicuidad es una mentira insostenible, hay que convenir que no ocurre lo mismo en economía política.

El don de la ubicuidad existe, como factor económico, y a esta maravillosa utopía deben los Estados Unidos del Norte el vertiginoso desarrollo de su industria.

El gran factor, pues, para simplificar el desierto, para pasar sobre él, para reducirlo a sus menores proporciones, debía ser entre nosotros las vías de comunicación y los medios de transporte.

En cambio, ¿qué hemos, qué ha hecho el régimen? Nada. No, peor aún, ha retardado, ha obstruído el problema.

El estado podría tener una red considerable, va-

liosísima, de ferrocarriles. En cambio, ¿qué ha hecho? los ha enajenado a vil precio, pretextando que el gobierno carece de condiciones administradoras.

¿Pero, acaso, es otra cosa la función gobernativa? ¿Administrar no es acaso gobernar? Y si un gobierno carece de esas cualidades, ¿qué otra función podría desempeñar en el conjunto de las fuerzas sociales? ¿No se dice administrar la justicia? ¿No es administrar, dictar y reglamentar las leyes? ¿No son, acaso, igualmente actos primarios de administración, el fomento de la educación popular y superior, la parcelación y colonización de las tierras fiscales, la construcción de las obras públicas, la organización de la marina y del ejército?

Se ha oído repetir inconscientemente por el régimen culpable y aun por la prensa cómplice, el lugar común de que el gobierno, ya sea nacional o de las provincias, debía desprenderse de sus ferrocarriles porque no tenía capacidad para administrarlos.

Efectivamente, los gobiernos del régimen no han tenido capacidad administrativa. No porque esa capacidad no sea de la esencia de la función pública, sino porque su finalidad lucrativa les apartaba de ese objetivo.

No había tiempo para administrar, era más sencillo enajenar y en seguida repartir el producto de la venta.

Valga para el caso una anécdota casi lugareña.

La Plata, la hermosa ciudad romántica y pensativa, llena de institutos de enseñanza, reclinada sobre el río descubierto por Solís, que la vincula con el mundo y que en un día no lejano hará de su puerto uno de los grandes centros de actividad mundial. La Plata, decíamos, tiene entre sus muchas bellezas y encantos un parque, donde los eucaliptus de 30

años hienden sus bizarras copas oxigenando el ambiente y haciendo de aquel lugar uno de los más sanos y hermosos de la república.

Con explicable azoramiento los habitantes de la ciudad docta,—y ha de serme permitido robarle a Córdoba el adjetivo inseparable,—empezaron a contemplar un hecho inaudito. Los eucaliptus del bosque, del parque Iraola, como se le llama, porque los árboles aquellos fueron plantados por ese *pionner*, empezaban a desplomarse, tronchados por el hacha implacable del oficialismo comunal platense.

¿Qué ocurría, se preguntaban perplejos los tranquilos vecinos. ¿Qué furia, qué rencor, podía dar en tierra con esas plantas viejas y familiares, pulmones de la ciudad, que combinando lo útil con lo bello avanzaban hacia arriba para que el viento quebrara su quejido y entonara su dulce cantilena?

¿Por qué se destrozaba un paseo público sacándole a la ciudad su nota característica y simpática, abatiendo esa hermosa obra de los años y de la naturaleza?

La respuesta, el enigma era muy sencillo. ¡Los comisionados municipales o la comisión de fomento del bosque necesitaban dinero y habían vendido para leña los eucaliptus!

He aquí como el régimen tiene capacidad administradora.

Lo mismo ha ocurrido con los ferrocarriles; pero como no podía decirse la causa fundamental de las enajenaciones, había que inventar un pretexto, que tramar un engaño,—ingenuo por otra parte,—porque el pueblo jamás puede ser mistificado; podrá desorientársele momentáneamente, pero nada más.

Así nos encontramos en la situación actual, sin que el estado posea una sola línea ferroviaria que sea una empresa que sirva a los intereses generales y que reditúe como es justo un sensible provecho.

No es el caso de discutir si los ferrocarriles deben de ser del estado como en Alemania, o de empresas particulares como en Francia. No es el momento de plantear la discusión doctrinaria ardientemente sostenida.

De lo que no cabe duda es de que el sistema mixto ofrecía incomparables ventajas.

No es tampoco que pensemos que los ferrocarriles particulares no hayan llenado una gran misión civilizadora. Negarlo sería cerrar los ojos a la verdad y a la evidencia.

Basta preguntar el precio de un pedazo de terreno, de una estancia de una provincia antes que la cruzara el riel y después de construído un ferrocarril. Hay la diferencia entre lo que no tiene precio y lo que tiene valor.

Precisamente la provincia de Buenos Aires pudo ser un Estado; la tierra prometida del trabajo y de la facilidad del vivir.

La provincia de Buenos Aires pudo ser el primer Estado del mundo, que solventara todos los gastos de su administración con el producido de dos instituciones: el Banco de la Provincia y sus ferrocarriles.

Con esto solo no hubieran necesitado del sistema impositivo. Si lo que afirmamos, que parece una utopía, y que pudo se toda una realidad, se hubiese realizado, el primer Estado argentino podría tener en la actualidad veinte millones de habitantes, alcanzando así una importancia y un desenvolvimiento superior, dos veces cuando menos, a la totalidad actual de la república.

Pero el Banco de la Provincia que fué en su hora la segunda institución de crédito del mundo, fué saqueado para comprar conciencias, enriquecer paniaguados—y en cuanto a los ferrocarriles, la pro-

vincia los vendió a vil precio a empresas extranjeras, que hoy realizan con su explotación colosales ganancias.

Pero estos hechos los explica cómodamente la hermenéutica del régimen: el gobierno no sabe administrar. ¿Y entonces qué sabe? ¿Y entonces para qué se obstina en gobernar?

Lo que ha pasado con los medios terrestres de comunicación, es decir, con los ferrocarriles, ocurre, no sé si reagravado, con los medios fluviales y marítimos.

Nuestro país si hubiera tenido el gobierno de la ley y no el usufructo de la ilegalidad, debería contar a esta altura de su vida, con una gran marina mercante.

En cambio, cuenta con una ardua reglamentación fluvial.

El cabotaje nacional está en pañales y si las cosas continuaran como hasta aquí, fácil sería augurar que no saldría de ese estado. El fenómeno a primera apreciación parece incomprensible. En efecto: nuestra carta magna no olvidó un punto tal capital del desarrollo y del progreso argentinos. Sancionó los principios más liberales para que el país pudiera en la gradual evolución de su riqueza contar con una numerosa marina mercante.

Su papel es primordial. El buque amplifica el radio de la patria, agranda sus horizontes con su bandera y su soberanía; lleva más allá de los mares sus productos, valorizándolos así y ofreciéndolos a las compeñsaciones saludables del comercio. Sin una marina mercante propia, una nación por rico que sea su suelo, por grande que sea su población, por sanos y solicitados que sean sus productos, tiene fatalmente que asumir una actitud dependiente.

Esta ingrata situación es la que atravesamos, de-

bido a la incuria y a la incapacidad del régimen.

Ya en el 52 el doctor Alberdi predicaba en su célebre libro la necesidad de fomentar la marina mercante; nos decía entonces y lo repitió después obstinadamente, que el canal era más barato, más cómodo y, por lo tanto, superior al riel. En esto como en todo, el autor de "Las Bases" predicó a oídos sordos.

La contextura geográfica misma de nuestro país, ha debido impulsarnos en el sentido de poseer una gran marina mercante, ese ejército del trabajo que enriquece a las naciones más cultas y más poderosas.

Tenemos, en efecto, inmensos ríos. El Plata que es un mar, el Paraná y el Uruguay, el Dulce y el Salado, el Carcarañá, el río Negro, y un sinnúmero de ríos menores que con un poco de canalización serían navegables y harían de nuestro sistema hidrográfico la red fluvial más completa y útil de que pueda servirse país alguno para mover la sangre de su trabajo y de su riqueza.

Basta mirar el mapa de la república para ver la trama de ríos caudalosos que desde el lejano Ecuador y desde los Andes se dirigen al litoral y al océano. Buscan como el destino que nos protege, salida al mar, como si una secreta fuerza bienhechora les dijera que en ese rumbo está la civilización, la Europa.

Agréguese a estos las costas oceánicas, la Patagonia llena de hermosos puertos naturales, donde hoy no se oye ni el rumor de los guinches ni la fagina de los buques, ni el humo de las fábricas, sino las confidencias estériles y vanas de sus olas que desde afuera vienen a quebrarse en el silencio y en el olvido.

¿Por qué, pues, no tenemos ni la perspectiva de una marina de trabajo?

Mucho se habría conseguido en éste, como en todos los problemos de la vida nacional, si se hubiera dejado que la fuerza de las cosas realizara su labor. Pero no: aquí también como en el símbolo de Laocoonte la serpiente ha anudado sus vértebras para sofocar toda expansión. La burocracia ha reglamentado el cabotaje nacional en una forma que haría sonreir, por lo torpe, si no indignara.

En esa malla han debido sucumbir los primeros esfuerzos tan noblemente intentados para formar una marina.

Estudié en oportunidad el asunto y hube de presentar al congreso algunos proyectos de ley.—Luego me dí cuenta de su ineficacia y desistí del propósito. ¿Qué ganarían nuestros armadores con que algunos proyectos más fueran a morir a las carpetas de las comisiones? Además, no es ese el problema. En este asunto capitalísimo, como en todos los que afectan a la nacionalidad y a la formación de su riqueza, no es cuestión de leyes que están sobrando; es cuestión de rectitud de miras, de honestidad de propósitos.

No son leyes lo que reclama el país. En todo caso todas le estarían de más cuando no hemos podido cumplir los 110 artículos, casi evangélicos de la constitución, en cada uno de los cuales se encierran, como en una semilla maravillosa, los más estupendos desarrollos, las más colosales transformaciones.

Las leyes son, por definición, limitaciones, cercenamientos, acaso, de la voluntad general.

Con la constitución y la práctica real de muy pocas leyes fundamentales el país avanzaría, como libre de ligaduras. Entraría en rutas nuevas y en caminos encantados.

Cuando más retardatario ha sido nuestro progreso, era precisamente cuando la colonia vivía abrumada por los infolios de sus leyes arcaicas.

Las Siete Partidas, el Fuero Juzgo, la legislación de Indias, las leyes de Toro, las ordenanzas de Bilbao con el engranaje complicado de los alcaides, corregidores, audiencias, cortes, era realmente un armazón magnífico para entronizar el despotismo y tener desierta y despoblada a la América.

Entonces no faltaban leyes,—faltaba sólo la libertad,—exactamente como ocurre hoy.

Hago estas consideraciones porque una parte importante del pueblo vive engañada, mistificada, creyendo que las leyes son la providencia, que a ellas deberán su liberamiento, su riqueza, su tranquilidad. Los fabricantes o proyectantes les sostienen en esta candorosa creencia. Les va en ello su industria y se explica el calor que ponen en convencerles.

Pronto les dirán que han de promulgarse leyes para que las madres paran a sus hijos sin dolor. Un médico—y sea permitido el recuerdo—de talento, que curaba por humanidad, llamado a asistir a algún enfermo desahuciado por otro colega, realizaba invariablemente la siguiente operación: miraba la mesa de luz la que, como ocurre generalmente, aparecía llena de frascos, tinturas, pócimas, goteros, en fin, transformada en un botiquín. Sin decir palabra, con el asombro de los deudos y sin darse el trabajo de averiguar las medicinas que contenían los frascos, implacablemente los arrojaba afuera.

Luego agregaba convencido: estas son las cosas que estaban matando al enfermo.

Lo mismo podría decirse de esas legislaciones enfadosas, de esas reglamentaciones inútiles y casuísticas, de esa infinidad de leyes y de decretos: son las pócimas que matan al enfermo.

Lástima, y grande, que con ellas no pueda hacerse lo que tan sabiamente realizaba el médico del cuento.

La sociedad, perdida la carga inútil, la trabazón innecesaria, retornaría a su vigor normal, cobraría hermosa robustez.

Los griegos tenían una estatuaria impecable porque no ceñían su cuerpo con los artificios con que hoy lo desfiguramos; su túnica suelta, permitía el beso del sol y la caricia del viento y entregado cada cuerpo al impulso de la naturaleza, llegaban sin artificios y sin afeites al ideal de la belleza plástica.

Luego la ayudaban en la palestra.

En el organismo colectivo pasa lo mismo. La más sana y previsora de las políticas, es la que no obstaculiza el juego libre de las fuerzas sociales, la que deja hacer, la que no crea un estatuto o un precepto ni para cruzar un río ni para sembrar un erial. No hemos de sostener, de más parecería decirlo, que una sociedad civilizada debe de carecer de norma, de convencionalismos, de puntos de referencias por todos aceptadas, que esto y no otra cosa son las leyes.

Su mal está en su cargazón, en ese afán inaudito de arreglarlo todo con sanciones legales. Las sociedades se rigen mejor por la probidad que por leyes entendidas y aplicadas tendenciosamente.

Entre una mala ley y un buen hecho hay la diferencia que existe entre Musolino y Víctor Hugo.

Pero me he apartado en esta digresión necesaria, más de lo debido.

Decía que no tenemos ni procuramos tener marina comercial.

Refiriéndose a este punto, ¡pasma anotarlo! decía Alberdi hace 60 años:

"Con tal que ningún buque fondee sin pagar derechos de puertos, de anclaje, de faro; que ninguna mercadería entre o salga sin pagar derechos a la

aduana; que nadie abra casa de tratos sin pagar su patente anual; que nadie comercie en el interior sin pagar derechos de peaje; que ningún documento de crédito se firme sino en papel sellado; que ningún comerciante se mueva sin su pasaporte ni ninguna mercadería sin guía competente pagada al fisco; fuera de estas y otras *limitaciones, el comercio es completamente libre,* como dice la Constitución".

No puede hacerse una pintura más fiel de lo que ocurre en la actualidad.

El cabotaje nacional ha sido suprimido, esta es la palabra, por las gabelas impuestas, cortapisas, requisitos, superabundancia de personal, demoras en el despacho de los buques, en fin, por una red tan cuidadosamente estudiada que parece que se hubiera urdido cumpliendo una consigna.

Los resultados que se han obtenido con semejante sistema *chino* han sido evidentemente rápidos. Los muy pocos armadores nacionales venden sus navíos o los matriculan en la república Oriental donde no existen ni el expediente ni las exigencias brutales y ridículas que hay entre nosotros. ¡Y saber que tenemos entre costas oceánicas y ríos navegables una enorme longitud kilométrica!

¿Cuál es el resultado de semejante intolerable sistema?

El siguiente: el Delta del Paraná, ya presentido por Sarmiento, en cuya visión genial los destinos de la república se vigorizaban e idealizaban, era señalado en su hora como un emporio de riqueza. Las maravillosas islas que a una hora de Buenos Aires, aunan como las del archipiélago griego a la más poética, la más fecunda de la naturaleza, están casi vírgenes.

No sabemos si como Mitilene, Chíos, Samos, nuestras islas podrían disputarse ser la patria de algún

Homero; pero sí, en cambio, que estarían en condiciones de sustentar con los tesoros de su fertilidad inagotable, un número infinito de hombres.

El Delta, cantado por Marcos Sastre con unción de artista, está sobre Buenos Aires; y en los preciosos momentos en que la gran urbe se amotinaba de hambre, allí a una hora del espectáculo, deplorable y vergonzoso, en las islas encantadas, se pudrían sus abundantísimas cosechas, sus frutas deliciosas, sus pomas doradas como las del jardín de las Hespérides. Es la rutina, es la irresponsabilidad, la que crea estos contrastes violentos, estas situaciones, en que no se sabe si las determina la malicia o la pobreza de espíritu.

El Delta podría abastecer a Buenos Aires.

Podría ser su despensa, sobre todo, para las clases sufrientes y trabajadoras, que no pueden regalar sus mesas sin manteles con las manzanas de California ni las naranjas de Cádiz.

Los pobres de Buenos Aires, mientras dure esta anormalidad, tendrán que sofocar su hambre, palabra ésta que no debiera existir en el vocabulario argentino, y los pobres isleños quedarse a su vez, con sus superabundantes producciones, que en ciertos casos no valen ni el trabajo de recolectarlas.

Por eso esta paradojal relación: en la región del Mississipí, tierra igual y en todo caso, inferior a la nuestra, vale el metro cuadrado lo que en las islas del Paraná vale una hectárea.

Se explica: la tierra vale por lo que produce, a condición, de que los frutos tengan mercado.

Sarmiento tenía el presentimiento de la importancia de esta región, que será una de las muchas sorpresas del país, el día ya cercano, en que éste se gobierne.

Me ocuparé, por último, del sistema de vialidad,

más modesto, pero igualmente importante: me refiero a los caminos comunes o generales.

Los caminos carreteros son, en su aparente humildad, tan importantes como los ferrocarriles y los ríos navegables.

Un callejón desarreglado suele importar tanto a la economía rural como un aumento en las tarifas ferroviarias o en los fletes marítimos. Sobrecargan el transporte de la producción, a las veces en forma desusada. Buenos caminos, buena justicia, buenas y muchas escuelas y buen régimen impositivo, sería el programa de gobierno que podría reclamar el pueblo al mejor de sus elegidos.

En el imperio incásico era notable la red de caminos, no ya de los que hoy llamaríamos vecinales, sino internacionales. Había un solo camino que iba desde la capital del Cuzco hasta la Tierra del Fuego, costeando los Andes, y estaba tan bien conservado como la mejor calle de Buenos Aires.

Francia completa el jardín de su campiña con su red completa de carreteras, que centuplican el kilometraje de sus caminos de hierro.

En la República Argentina, casi parece excusado tratar el tema.

No solamente no hay caminos interprovinciales, sino que las carreteras comunes sólo son transitables en los años de grandes sequías; es decir, cuando los agricultores y ganaderos están en la miseria por no tener cosechas ni animales que transportar.

En los años de grandes lluvias, los caminos están impracticables al cuidado del cielo, se cubren de pantanos, de baches, de zanjas.

En esto, como en todo, es el régimen el responsable. En la provincia de Buenos Aires son, como se sabe, las municipalidades y la dirección de caminos los encargados de desarreglar las cosas.

Las municipalidades son verdaderos cubiles de politiqueros de profesión, que hace treinta años no tienen otra industria conocida que administrar las comunas. Se explica que no ordenen el arreglo de ningún camino.

Así vegetan los más ricos pueblos y ciudades de Buenos Aires: sin obras públicas, sin empedrados.

La dirección general de caminos no hace tampoco nada. Tiene su sede en la capital federal y un complicado y numeroso personal burocrático.

En pagarlo bien se consume la mayor parte del fuerte impuesto territorial, que forma su fondo propio, y que se percibe a razón de pesos 0.04 moneda nacional anual por hectárea.

La provincia está, pues, sin caminos vecinales, sin carreteras que hagan factible la circulación de sus ganados y de sus cosechas.

Para colmo de dificultades y de rémoras, el famoso canal del Norte y las obras de desagüe han inundado, con 2 y 3 metros de agua, lugares que antes eran secos o que apenas se anegaban en la época de las grandes lluvias y crecientes.

Pero llega el momento de la recolección de los productos, y las dificultades hay que atropellarlas. Los colonos no pueden quedarse con sus cosechas, y si no hay caminos practicables, los trigos y los maíces han de llegar a la estación.

Y, generalmente, llegan, aunque en el acarreo, forzoso y difícil, suelen quedarse las legítimas ganancias del agricultor. La falta de caminos carreteros es una fórmula indirecta de impuesto. A malos caminos, mayor porcentaje de fletes. Aquí también, como en todos los descarríos administrativos del país, las responsabilidades son soportadas invariablemente por la misma víctima: el productor.

LOS PEREGRINOS

Es un espectáculo que se creería inverosímil el de nuestro pueblo que se está formando por aluvión. Cambiable, tornadizo, de contextura protoplasmática, derivándose en una entidad que acusa precisamente sus más contradictorias modalidades.

Todo ayuda a nuestro pueblo a ser inconstante, a no tener fijeza en los propósitos, perseverancia en los objetivos, seguridad en la tranquila firmeza de los fines. La modalidad permanente de nuestra sociedad en embrión, es el cambio, el trastrueque de todos los valores, la imitación a las cosas extranjeras, aunque no las comprendamos, y aunque sean opuestas a las direcciones de nuestras sanas conveniencias.

Ha dicho Max Nordau que la popularidad y la trascendencia de Bismarck y de Gladstone se explicaban, porque Bismarck era el único egoísta en un país de soñadores, mientras que Gladstone era el único soñador en un país de egoístas. Podríamos explicarnos, parafraseando este concepto, la representación pública eminente del doctor Irigoyen, no ya por sus condiciones positivas, sino diciendo que es lo único inmutable en un país donde todos cambian.

No hay ninguna nación que sufra tan intensamente como la nuestra el fenómeno inmigratorio, que como todos los problemas fundamentales de la

vida nacional, se está resolviendo solo, sin que la previsión ausente de los gobiernos, en ningún caso, sea capaz de encarrilarlos. Vienen a nuestra playas hombres de todas las naciones y las razas. Es la sangre destinada a circular en un organismo anémico, donde los glóbulos rojos del trabajo rotan en una aflictiva indigencia.

En el problema fundamental del país estamos hoy lo mismo que hace cincuenta años, en que se promulgó nuestro estatuto constitucional, con la diferencia de que en estos momentos la emigración ha sustituído a la inmigración. ¡Este año han retornado a Europa más de cien mil extranjeros!

El desierto, que debiera ser una leyenda, es todavía una retardataria y afligente verdad. Nos movemos los argentinos como los fastuosos señores feudales de la Bretaña o de la Normandía, en la grandiosidad de un palacio deshabitado. El desierto fosco, a una noche de viaje de Buenos Aires, abre todavía su página blanca, su virginidad ineficaz, su estéril abandono, en los precisos momentos en que veinte millones de hombres, por unos metros de tierra, rellenan las trincheras, socavan el suelo, mueren en legiones inauditas, asolan el mapa de la vieja europa, braman su cólera ennegrecida, blasfeman como condenados dantescos y se lanzan al exterminio más colosal de las épocas buscando un reparo mejor bajo la luz del sol!

Acaso si nosotros hubiéramos entregado en la porción que hemos debido hacerlo, el seno virgen de nuestra tierra para que la Europa lo fecundara con su trabajo, la corriente de la historia se hubiera mutado, y actualmente, en la labor de la Patagonia engrandecida y de los desiertos ya poblados tal vez se nivelaran en esfuerzo y gloria pacífica, las energías que hoy se conflagran para hacer de las naciones en guerra un vasto y tétrico cementerio.

A la incapacidad del régimen hay que anotar estos fracasos, esta inepcia, que después de cincuenta años mantiene sin resolver todos los primordiales problemas de la nación. Y no solamente sin resolver sino que los ha complicado, los ha empequeñecido, malográndolos muchas veces en forma que el día que el país recupere la dirección de sus destinos, tendrá que repararlos, substraerlos a las descalificaciones que han sufrido, para poderlos recien resolver en todo su eficacia, siempre ha sido más ingrato y difícil reparar que fundar.

En esta situación de relajamiento están todas las instituciones y todos los postulados básicos del progreso argentino.

El fenómeno migratorio contribuye a hacer cambiables a los argentinos. Y así lo es, efectivamente. Cada extranjero que pisa nuestro suelo es una afirmoción y una negación a la vez. Tiene como el mundo que en pequeña abreviatura condensa, un hemisferio en la luz y otro en la tiniebla. En su precaria maleta de bohemio trae un ensueño y una indiferencia: el anhelo incoercible de prosperar por el trabajo que lo ha arrancado al lagar y a su familia, para encontrar a sus esfuerzos de hombre compensaciones más inmediatas y mejores. Su ensueño es la riqueza; es toda su verdad, toda su vocación sagrada, tan respetable en su cándida simplicidad, que ella ha obrado el fiat de aventarlo hasta nosotros, como una energía, como un par de brazos más, que han de sumarse a los millones del ejército pacífico que rotura nuestros campos, y como recuerdo a la patria lejana abrevian en pan el hambre de los deudos que quedaron allá lejos.

Un emigrante es un conquistador, como un sacerdote es un soldado de una idea pacífica. Pizarro, Mendoza, Valdivia, Magallanes, Garay, no han de-

jado de visitar nuestras playas. Todos los días llegan, si bien con otro atalaje y blandiendo las armas que hoy son las únicas de que espera la América su redención. Los conquistadores se movían por el romanticismo de la gloria y la sed de la riqueza. Sus descendientes actuales, en cambio, llegan buscando un mayor bienestar, campo más propicio para solventar su incapacidad económica. Y llegan con la afirmación de sus dos brazos dispuestos a la empeñosa fagina y con su indiferencia para la vida interna del país.

Si en el trabajo el extranjero es una afirmación, en la política es una negación. El peso de la masa extranjera es enorme en el país, y su indiferencia o su horror a las cuestiones internas no quedan circunscriptas sólo a ella. Se proyecta en sus hogares, se impone en sus hijos y así va restando a las sanas preocupaciones de los problemas generales, inmensa cantidad de personas que, por ser de trabajo, son las que están en mejores condiciones para prestar su entusiasmo y su fe a una causa que vive de esas calidades superiores del espíritu.

En la inmensa generalidad de la masa extranjera la preocupación no es la causa política sino la riqueza, en cuya conquista fatigosa insume sus mejores años y energías, llegando a las veces a la meta sin condiciones y sin años para disfrutar de la anhelada holganza de la vida tranquila. Su lema dijérase que es el de los epicúreos: "no ocuparse de política". Aquí la frase es otra: "no meterse en política". Y no son sólo los extranjeros quienes la izan en la punta de su egoísmo,—al fin en ellos es disculpable—sino gran cantidad de argentinos, que sienten un instintivo repudio por esta profesión de la política que ellos no ven realizada sino en forma de merodeos, de complacencias, de apropiaciones ilegí-

timas y hasta de crímenes. El espectáculo del régimen en plena corrupción produce en muchísimos ciudadanos esta náusea, este desencanto hacia la cosa pública y hacia los problemas colectivos, cuya doble funesta consecuencia se siente reafirmando al régimen en el usufructo y estando a la reparación valiosos y ponderados elementos. Hay, desgraciadamente gran cantidad de opinión que se desorienta por el análisis superficial de la cuestión y cree que meterse en política comporta de suyo una trapacería.—Yo no me meto en política,—se oye decir a cada rato, en la equivalencia justa de—yo vivo de mi trabajo; yo no tengo esa reprobable profesión.

Quien ha dado origen a esta repulsión, a este estigma que lleva involucrada la cuestión política, en el concepto equivocado de muchos, es el r-gimen. Los que ven un solo lado de la medalla creen que toda la política es la política industria, la del régimen. Ven en las comunas de la campaña, perpetuarse durante más de un cuarto de siglo a las mismas bandas usufructuarias. Las ven enriquecerse con la dirección de las municipalidades, rotar incesantemente de un cargo a otro: intendente, juez de paz, miembro del consejo deliberante, diputado, senador, Si elevan la vista al orden provincial o al nacional es el mismo espectáculo: las túnicas cambian, los personajes son siempre los mismos: ni la muerte siquiera los elimina porque dejan sucesores.

Se explica, pues, que muchos tengan un sincero horror a la cuestión política.

Saben, además, que el atrio estaba clausurado; que el pueblo no era convocado en forma alguna; veían las groseras parodias electorales, que en la irresponsabilidad de los últimos tiempos llevaban a los oficialismos a volcar los registros a vista y paciencia del pueblo.

De ahí el lema escéptico y materialista, de ahí ese

encogimiento de hombros para las desgracias públicas; de ahí la repetida frase: yo no me meto en política!

Lo que muchos ignoran es que por un fatalismo sociológico, todos actuamos en política: unos activamente y otros en forma pasiva. La diferencia que existe entre los unos y los otros, es la que hay entre un pagaré firmado por una cantidad cierta con respecto a otro firmado en blanco. El ciudadano que tiene un credo, una convicción, es un pagaré por cantidad cierta; el que no se mete en política, es un pagaré firmado blanco. El régimen, maestro en escamoteos electorales, lo descuenta a su favor, y el resultado inevitable es que quienes más actúan en política y en forma más ingrata para los intereses comunes, son precisamente los indiferentes, los que permanecen descreídos al margen de los acontecimientos.

Los que no tienen sexo político, son los que originan mayores males. Con su carga muerta de pesimismos y de complicidades negativas, son los que más han contribuído a dilatar la solución reparadora.

La manera de ser normal de un ciudadano dentro de una democracia es tener su convicción, es precisamente actuar en política, ser elector o elegido.

Quien no cumple con este deber se transforma, sin saberlo, y a su pesar, en cómplice; sobre la cariátide de su indiferencia se apoya el régimen y se dilata en su usurpación.

Los jesuítas, que son maestros en perspicacia y en organización social, tienen un principio, de rigurosa aplicación para nosotros: ellos dicen que sus enemigos no son los liberales, ni los ateos, ni sus adversarios declarados, sino los indiferentes.

¡Profunda y sabia verdad!

Así ocurre con el problema de la reparación argentina: sus mayores enemigos son los indiferentes. Contra los adversarios se esgrimen las armas de la lucha, contra ellos deponen sus errores, sus culpabilidades y sus licencias. Los indiferentes están, como a nuestra misma vera pero son impalpables, se escurren, no dan blanco, pero su peso gravita en el otro platillo de la balanza.

Los neutros tienen una responsabilidad que ni su escepticismo puede disculparles. En esa masa amorfa se han apoyado todas las tiranías de la tierra. Plasma informe, arcilla blanda, entre los dedos de los falsos artífices, se hace símbolo, cobra formas, actúa sin actuar, gana batallas sin combatir, alcanza nefastas victorias sin moverse en la somnolencia desconcertante de su hipocresía. Lo más dinámico—aunque parezca contradictorio de todas las leyes físicas y humanas—es la ley de inercia. En física le impone el desgaste del movimiento y en sociología el impulso de las cosas remotas, la canalización del cansancio, la paralización de las almas, la estática de los espíritus, la fatiga de la lucha.

Así ha observado Spencer, con profunda razón, que todas las instituciones humanas principian por ser útiles cuando nacen, pero luego de pasado su momento o su época, continúan por inercia entorpeciendo el progreso durante un período más o menos dilatado.

Volvamos a los extranjeros. Podría decirse que los únicos extranjeros en nuestro país son los indiferentes. La cuestión de nacionalidad no nos sorprende, ni crea entre nosotros dificultades, ni vallas que no sean convencionales.

Desde cierto punto de vista somos extranjeros todos. Somos los descendientes de los extranjeros establecidos en el país. Somos extranjeros por sangre,

por cultura, por idioma, por civilización, por creencias; somos la Europa posesionada de esta parte del mundo y purificada por este ambiente nuestro que da mayores calorías a la sangre, constela ideas más radiantes en la mente é impulsos más sanos en el corazón. Desde la Europa hemos llegado en nuestros abuelos y el afán que a ellos les arrancó de su tierra huraña y fatigada, se ha cumplido en parte en nosotros; hemos mejorado; somos los conductores de una grande nación, los hijos elegidos del destino que ha rendido a nuestro esfuerzo una de las regiones más vastas y más fecundas de la tierra.

Los únicos extranjeros en la República son los que no sienten la solidaridad inexcusable de la raza, de esta prodigiosa raza en gesta, en la aleación de cuyos materiales auríferos vienen todos los pueblos del orbe, a dejar como ofrenda su mejor calidad espiritual y su rasgo físico más definido.

Como quiera que nuestra nacionalidad está destinada a formarse por aluvión,—porque pensar en el crecimiento vegetativo sería ridículo sino fuera peligroso,—es obvio que una de las grandes cuestiones a resolver es la que se refiere a los extranjeros.

¿Cuál había de ser su situación frente a nuestra ley? ¿Debíamos de incorporarles ipso facto, nacionalizándolos? ¿Debíamos otorgar sin tasa la honra de nuestra ciudadanía? ¿Debíamos de ser cautos y meticulosos? ¿Qué derechos se debía conceder a los extranjeros y qué extensión a los mismos, según se naturalizaran o no?

He aquí una cantidad de postulados a derimir, interesantes y graves, porque afectan lo más esencial en la vida de un pueblo, su composición misma.

El régimen ha tenido para estos interrogantes la misma solución monocorde que ha dado a las demás

cuestiones inaplazables que afectaban los destinos y el porvenir de la nación.

No ha hecho nada, es decir, ha hecho peor. Toda la política en esta ardua cuestión era la de incorporar al país, a su material viviente, el mayor número de extranjeros, sin otra consideración que la de sus condiciones para merecer la ciudadanía.

Hacer práctico por el imperio de la ley el viejo aforismo romano: "ubi bene, ubi patria". Esta es la verdad humana repetida en la historia hasta la saciedad, ratificada en los grandes pueblos que para serlo han necesitado o del concurso de grandes emigraciones o de grandes dominaciones. Sobre el minúsculo recinto de la Grecia se habían dado cita todas las razas de la antigüedad, y cuando ya éstas no venían paralizadas en su propia inercia, aquel mago de treinta años que se llamó Alejandro salió a volcar sobre las sociedades estagnadas del Asia la civilización, el arte y la filosofía helénicas.

Roma fué el gran imperio porque conquistó y fué conquistado a su vez por todas las naciones. Cuando Roma dió tregua a sus legiones, cuando todo el orbe fué presa de su ambición, cuando ya no conquistaba ni fundía razas ni pueblos nuevos, cayeron sobre ella los hombres del Norte corridos por la nieve y la miseria. Sobre su sangre empobrecida por las orgías, los desenfrenos y la esclavitud, transfundieron, injertaron la propia; y la historia cambió de dirección, y sobre la aplastadora unidad romana, nació el individualismo. Todos los viejos pueblos son síntesis, resúmenes de razas diferentes. Dijérase que en lo colectivo, como en lo individual, la consanguinidad dá hijos mudos que no traen la palabra del destino, que no saben lo que hay más allá de la sombra, que vienen sin fe y sin luz a esta vida donde la caravana corsaria migra siempre, como si en ella

se cumpliera rigurosamente la sentencia del judío errante.

Andar, andar, ésa es la consigna de los pueblos fuertes. La China vive encerrada en sus propios errores. Con 400 millones de habitantes de ojos oblicuos y de ingenio fértil, no representa nada en la civilización. Su símbolo podría ser su borceguí que le aprisiona el pie y le reduce el alma.

Un día, un grupo insignificante de hombres, huyendo de las persecuciones religiosas, de las sentencias del tribunal de Starchamber, huye de Inglaterra a Holanda. Eran puritanos, discípulos de Know y nietos de Lutero. Escrutan desde su dolor los horizontes, no sabiendo donde plantar su tienda.

Se acuerdan de la Nueva Inglaterra, un inmenso desierto, como el nuestro, lleno de salvajes, de fieras y de obstáculos. Invocan fervorosos al Dios de sus conciencias, juntan sus fondos en común, tripulan un pequeño navío, la Mayflower, elevan un himno solemne, rogando al Hacedor, dice Neal en su "Historia de los Puritanos", se apiade de sus hijos, tenga misericordia de ellos y los acompañe en el desierto.

Partieron, como todos los peregrinos, viaje a lo ignoto. Iban a playas desiertas, a una inmensa soledad inculta, donde la naturaleza y los salvajes todos conspiraban en contra del pequeño grupo valeroso, a pesar de su desarme evangélico y creyente. Llevaban el caudal de una conciencia recta adherida a una fe con todas las potencias de su sinceridad; llevaban cuerpos fuertes y almas sanas, anhelos de libertad, es decir, de vivir la vida sin cortapisas ni disimulos, según sus ritos y sus deberes; en un brazo un instrumento de labor, y en el otro, como para impulsarlo, como para que no desfalleciera en la ímproba jornada, un libro de dolor y de misterio,

de consuelo y de esperanzas, exudado por esclavos y profetas también en el desierto y en la soledad: la Biblia.

De aquella miseranda y a la vez fructífera semilla descienden los Estados Unidos de Norte América, el canto de cuya grandeza entonan muchos extraviados sin recordar que su actual poderío no reconoce otro origen que aquel grupo anónimo de peregrinos que la Mayflower abandonara un día en las costas de América, buscando tierra mejor para la fe y para el trabajo.

Aquel pequeño grupo, como el de todas las selecciones, como el de Leonidas, como el del Renacimiento, como el del Cabildo abierto, obró el milagro de acrecer la población de los Estados Unidos aumentada en 50 años de 3 a 60 millones de habitantes para llegar actualmente a más de 100 millones.

Aquel grupo errante de puritanos, detuvo su planta en el erial y obró el prodigio: según la parábola, de él brotó el agua y creció la simiente. Pero más que del suelo huraño, el agua manó del fondo de las almas y la simiente creció en el fervor de la libertad. Aquellos hombres llevaron un lábaro con su fe, y le plantaron alto sobre la tierra sobrecogida por la audacia y por la fortaleza. Fué la libertad, el respeto por las creencias ajenas, la solidaridad consciente y efectiva entre los que llegaban y los que les recibían lo que ha creado la asombrosa grandeza de la República del Norte.

Nosotros nos hemos guardado de tal imitación. Rodeados, circuídos de extranjeros, siendo el fenómeno inmigratorio la normalidad de nuestra vida, y el rumbo a seguir para nuestro engrandecimiento, el régimen no se ha preocupado de dar solución a uno solo de los problemas antes planteados, en forma de interrogaciones, que todavía vagan sin respuesta.

El régimen tenía demasiado trabajo con explotar el trabajo de los laboriosos extranjeros y en ello ha insumido los largos días de su dominación.

El sistema que rige para nacionalizar los extranjeros, está como concebido para adicionarle al país lo que no sirve y privarle de lo que le sería útil y premioso.

La ciudadanía, ha debido concederse por imperio de la ley, sin necesidad de requisitoria, sin más formalidades a llenar que un orden de previsiones legales, que diera la certeza de que el incorporado a la nacionalidad, era un elemento útil.

La ley ha debido declarar de hecho ciudadanos a los que tuvieran cierto número de años de residencia, una determinada profesión, medios de trabajo, industria lícita o que fueran propietarios; a los que tuvieran hijos argentinos o fueran casados con mujer argentina; a los que hubieran prestado servicios al país, con descubrimientos, industrias, con adaptación de nuevos cultivos, con propagación de nuevas ideas.

Con este procedimiento, que era el indicado por la naturaleza de las cosas, en pocos años hubiéramos duplicado y más quizá, la masa ciudadana argentina, aportándole el contingente de los que trabajan y sufren, de los que son hermanos nuestros en el pensamiento y en el deber, en las impaciencias y en las responsabilidades.

Es un fenómeno comprobado que la masa extranjera, laboriosa y consciente, desea ser ciudadanizada, pero por imperio de la ley y no por acto deliberativo.

Le repugna solicitar la ciudadanía. Entiende que reniega de su patria, que abjura de su fe civil. Y por esa consideración respetabilísima continúa siendo extranjera en el derecho y argentina en el hecho.

Se cuentan por miles de miles los extranjeros que tienen un hogar constituído entre nosotros; hijos argentinos; que no han vuelto ni piensan volver a su patria de origen; que tienen intereses; tierra que han hecho fructificar con su trabajo; que quieren a este país más que al suyo propio, porque es el de su redención, y sin embargo, no se naturalizan; se detienen cabizbajos y doliridos ante una ley, que les remueve el fondo invulnerable de sus corazones.

¡Renegar la patria! ¡Solicitar otra nacionalidad les parece una apostasía! No lo es seguramente porque la patria de ellos es la de sus hijos, la de sus esfuerzos y la de sus esperanzas. ¿Pero no es respetable la preocupación? Una preocupación tiene muchas veces más fuerza que una verdad. Una verdad puede ser o no creída: pero una preocupación, errónea que sea, siempre es activa, actúa siempre. La patria lejana continúa siendo para estos expatriados sin retorno, una especie de poesía del corazón, tanto más susceptible cuanto más lejana y remota. La patria es un pueblecillo que se abandonó, casi de niño, en una hosca mañana, o en una riente tarde, en que el acaso giró su rueda, y puso frente al insondable abismo, en la cubierta de un buque a un pobre peregrino de alforjas escuálidas y de hondas penetraciones.

La patria es una aldea que se calienta al sol sobre los Pirineos o en los Alpes, que se asoma al golfo de Nápoles, o se ensucia de polvo de carbón sobre las aguas de Génova. La patria es la fría Alemania, con su mitología maravillosa, con sus hadas y Sigfridos, Lohengrins y Wagner. La patria es la Francia, quebrada como en dos alas, sobre la una remontándose el genio del gran Corso y sobre la otra el genio del desterrado de Jersey.

La patria continúa siendo el hogar lejano, las tra-

diciones familiares, los cultos sencillos, una noche buena llena de frío y de nieve, en que al rescoldo del fuego se asaban las castañas, mientras el vino generoso fermentaba en los vasos y las zampoñas daban al aire el misticismo cándido de las escenas primitivas. Y todo esto es respetabilísimo; es lo que hay de fuerte en el alma humana. Por eso los más dignos de ser incorporados a la patria joven son estos hombres, que sienten estas turbaciones y que lanzan los espíritus de retorno allá lejos, donde el humo de una vieja chimenea asciende lento, sobre la solemnidad de las montañas o la serenidad de los cielos.

Estos hombres que quieren a nuestro suelo, pero que guardan, como una columnita de humo el credo de las cosas primeras, sobre las cuales vislumbraron la vida, son realmente dignos de ser nuestros hermanos, de cobijarse bajo nuestra enseña.

Traen el anticipo de la fidelidad a la patria de adopción, por el culto de la patria de origen. No pertenecen a esa turba sin conciencia que trafica con la ciudadanía y para la cual ser argentinos, es una impunidad y un lucro.

La ley ha debido—y era tan fácil zanjar la dificultad—dar la nacionalidad, hacerla caer desde arriba e imponerla por su imperio. Los mismos que no se sienten con fuerzas para solicitarla, la hubieran aceptado jubilosos. Sus escrúpulos de conciencia quedaban salvados, a la par que sus anhelos casi irresistibles de ser argentinos también en el derecho, estaban complacidos.

No se ha hecho esto, en cambio se ha hecho lo contrario. La carta de ciudadanía se otorga exigiendo un cúmulo de requisitos, que en la generalidad de los casos se llenan mentidamente.

¿Quiénes forman dentro de este sistema el mayor porcentaje de ciudadanizados?

Los que no debían gozar del beneficio de la ciudadanía bajo ningún concepto.

Hay—excepción que confirma la regla—muchos extranjeros dignos que transan con este procedimiento y requieren su carta. Pero el inmenso número no lo hace porque se sienta argentino. Absolutamente! Van buscando finalidades inconfesables. La mayoría de ellos son llevados a los juzgados federales por los agentes del régimen. La carta de ciudadanía se busca no para incorporar elemento útil al país, sino un adherente incondicional al comité. Bajo este patrocinio indecoroso están concedidas el mayor número de ciudadanías. No es un misterio para nadie esta afirmación. Todo el mundo conoce, — entre tantos ejemplares, — a un caudillo italiano, que descontaba su influencia ante los primeros mandatarios del régimen, a base del número de libretas cívicas que tenía en sus cajas de fierro, procedentes de cartas de ciudadanía fraudulentamente obtenidas.

Un país en donde estas cosas no solamente se toleran, sino que se prohijan desde tan arriba, la viciosa práctica tiene que haber cundido extraordinariamente.

No se puede concebir tampoco un régimen más descreído que el nuestro. Nada ha respetado: ni lo más respetable: todo ha sucumbido ante su ansia de apropiación y ante la necesidad de sostenerse artificialmente en el poder.

Las cartas de ciudadanía han servido, pues, para adicionarnos la hez de los elementos vagabundos, sin ley y sin patria.

Se cuentan por miles el número de emigrantes que desde el puerto ya han sido orientados por los agentes electorales hacia los juzgados.

Conocemos el caso reiterado de turcos que han obtenido cartas de ciudadanía, a pesar del ritual del juramento, sin conocer nuestro idioma.

Todos los tenebrosos de Buenos Aires que giran su vil comercio en el país, están naturalizados. Se han pertrechado de la ciudadanía por dos consideraciones; para descontar su influencia como elemento votante y para eludir el cumplimiento de la ley de defensa social. ¡No pueden ser expatriados porque son ciudadanos argentinos!

Para obtenerlas, se han valido de consuno de los caudillos del régimen y de aquella poderosa razón con que don Juan Tenorio confiaba abrir el convento.

Pero hay un problema previo.

Se puede preguntar, y con razón, ¿qué país es éste que admite, que recibe en su seno a elementos de semejante clase? Lo primero que debía realizar el poder público en salvaguardia de la tranquilidad interior, y én cuidado del futuro desenvolvimiento del país, es no admitir en su seno sino lo que es digno de ser admitido. Toda esa resaca social, toda esa podre, producto del relajamiento de las grandes ciudades, debería encontrar nuestras puertas cerradas.

Hombres de trabajo reclama el país, y no traficantes de carne humana. Sin embargo, el régimen no ha querido precaver a la república de la aleación de esta cáfila que, corrida de todas partes, halla entre nosotros una tranquilidad y un beneficio de que no gozan las gentes honradas.

La ley de aduana rechaza desde nuestros puertos un libro obsceno, pero en cambio deja pasar un tratante de blancas. ¡Hermosa y edificante compensación!

Y como en todo: la República, no solamente no ha poblado sus desiertos, no ha sido fecundada por el trabajo extranjero en la proporción maravillosa que pudo serlo, con otras garantías y otras probida-

des, sino que ha admitido en su circulación normal esta plata falsificada de los anormales y degenerados, mil veces peor que las adulteraciones del dinero mercantil, porque éstas afectan los intereses materiales y aquéllas la moral, el alma sagrada de la nación.

Si los monederos falsos sufren penas infamantes y casi perpetuas; ¿qué castigo corresponde a estos falsarios de la ciudadanía, del título y de la dignidad de argentinos?

EL HOMBRE

Si fuéramos a definir en una fórmula al doctor Hipólito Irigoyen, diríamos que es el máximum del talento, dentro del máximum del equilibrio mental. Ya sabemos lo difícil, lo providencial, que importa que se realice este dualismo, esta verdadera entelequía. Cuando ella aparece concretada en la frente de un hombre, ese hombre es un iluminado que lleva en sí el fuego que caldea y el freno que contiene, la vela hinchada del ideal y el timón que le orienta, es a la vez fuerza y serenidad, empuje y resistencia, terquedad gloriosa, empecinamiento magnífico, fuego y luz, lluvia y germen.

Tener un gran talento y una ponderación igual a ese talento, servidos ambos por una fe en el ideal que colinda con el misticismo, es un verdadero milagro. En nadie se ha realizado tan cabalmente en nuestra historia, como en este hombre, todo sencillez y todo austeridad.

Y ya sabemos que talento y ponderación, genialidad y equilibrio mental, pueden ser términos excluyentes en la organización generalizada de la naturaleza. A mayor talento corresponde, a las veces, mayor desequilibrio mental. De ahí, sin duda, la teoría de la escuela positiva de que el genio y el talento sean una anormalidad, como en efecto lo son, en el sentido de constituir una organización diferente de la mentalidad común. El genio y el talento suelen

elevar tanto más en sus radicaciones, cuanto más caen en las trivialidades, a la manera de esas montañas que más se elevan hacia el infinito, cuanto mayor es el hachazo de sus abismos.

Su estilo es como el trasunto de su propia individualidad severa, sin afectaciones, ni protocolos. Se le reconoce en su envoltura intelectual como en su vestimenta civil; parco, sin una sola cosa más de la necesaria. Así es también en todas sus modalidades.

Trabaja, sueña, piensa, vive, combate y guerrea por su patria, a la cual le dedica, sin limitaciones, desde la preocupación más leve hasta el insomnio más mortificante. Mira allá lejos dónde el horizonte se esfuma en interrogaciones y avanza hacia allá en línea recta por sobre el dolor, por sobre los amigos caídos, por sobre su propia alma, que va quedando como en retazos jaloneando el camino. No es de estos tiempos, como nunca lo han sido los predestinados.

En él, el pasado ha hecho una ofrenda cabal al porvenir. Anticipo de lo que será la patria de mañana, ya él la lleva concretada en su cerebro, como Colón llevaba en su frente antes de largar amarras en el puerto de Palos, el mundo indescubierto.

En el retraimiento activo y espectable en que vive, en el apostolado de su vida pública, consumido de extremo a extremo por una sola llama, fué siempre refractario a la figuración corriente; a salirle al cruce al pretexto fútil, para hacer disertaciones y actualizarse en el comentario pasajero y renovado de la crónica. Han pasado diez años sin que su nombre se oyera en el ajetreo de las cosas y sucesos diarios; había como desaparecido; estaba en su celda, precipitando en la alquimia sorprendente de su talento y de su abnegación, una efeméride, un repechar de la altivez argentina.

Permanecer igual a sí mismo, que es tal vez la más difícil de las grandezas—ser en el descalabro o en la bonanza la misma entidad y el mismo convencimiento—sobreponerse a todo: a la oferta, a la fatiga, al descanso y al descreimiento, soñar siempre, en el lodo, en el llano y en la montaña;—soñar sueños de redención y de patria, ser el vengador y al mismo tiempo el misericordioso; tener dos polos, uno en la heroicidad y el otro en la sencillez; luchar, jadear, amar, todo eso es soberbio y merece ser proclamado como un ejemplo y como un prodigioso estímulo.

Hombre-idea, hombre-encarnación, hombre-bandera, hombre-símbolo,—sus proporciones materiales se difunden en sus hechos, como la vida de los dioses paganos en las mil aventuras de sus fábulas. De él se puede hablar en la misma partícula contemporánea del tiempo como de un ausente,—porque la gravitación irresistible de sus méritos ya le han vuelto cara a la posteridad. Sembrador, evangelista y profeta—sobre su dolorosa víacrucis no ha caído nunca; y cuando más arreciaban los infortunios, más se nimbaba de luces su frente y mejor en la borrasca que en la bonanza, piloteaba con mano segura, almirante insigne, la nave del ensueño —el esquife dorado, que parte en los amaneceres de la existencia, proa a la aurora y que no llega nunca, porque las playas parecen alejarse como temerosas y sobrecogidas.

Hay en la existencia obstinada de sus enseñanzas algo del predicador puritano. Es el sembrador en el surco. Es el doctrinario que nada confía al azar de los acontecimientos, que todo lo descuenta de la laboriosa parsimonia del trabajo, de la prodigalidad increíble de su energía. Pone sitio al azar con su férrea obstinación de vidente.

Todo lo somete a la lógica, menos el corazón y la generosidad desbordantes ambas como el Sol sobre los espacios. La medida del genio en este sigiloso socavador, la da el trabajo. Dominar el azar, reducir lo imprevisto, acorralar el acaso, parece que fuera el lema de este forjador, que no ha levantado su cabeza en treinta años del yunque donde bate el ideal, sino en el intervalo preciso para escrutar los horizontes y ver cómo arremolinan los adversarios.

Hombre de doctrina, no cree sino en la eficacia de los principios. La tela de Penélope, sintetiza su labor. Mientras todos han tratado de destejerla, él se ha preocupado de urdirla con una perseverancia que sólo puede encontrarse en estos grandes peregrinos de la historia. Férreo puntal de un credo magnífico, a él ha tocado reforzar, con principios, las murallas, muchas veces grietadas por la logrería y el exitismo. Es incalculable la tarea realizada por este soñador de los principios generales, por este creador de patrias, en la plenitud inviolable de sus derechos. Si el genio es, según la definición corriente, una larga paciencia, la República no ha tenido un genio como éste, que llevara la paciencia y el convencimiento más allá del desastre, sobre los abismos de los pueblos desorientados.

Gestor de almas, amasador de ensueños, sacerdote de un credo civil, general de ejércitos pacíficos, conductor de muchedumbres sanas, ha tocado en su tarea todas las altitudes y todos los desengaños. Ora ha vivido entre el descreímiento de los más y la complicidad pasiva de casi todos; ora se ha agitado entre la obscuridad, como una estrella sobre la cual las nubes fluyen sus sombras transparentes para que no alumbre o cuando menos para opaquecer el brillo. De la proscripción a la cátedra, de la cátedra a su estancia—donde trabaja al son de las campanas

que despiertan al alba y llaman en el "angelus" al recogimiento, para aportar fuego a la hoguera común—de la estancia, a las predicaciones así ha transcurrido su vida, como en un vértigo, como en un parpadeo, alejándolo de todo lo que no fuese la consagración absoluta a su causa.

Felipe II clamaba que él llevaría para quemar a su hijo, la primera carga de leña, si éste abjuraba de su fe católica. Irigoyen, más magnánimo que el sombrío monarca español, no ha dirigido ni un solo reproche a tantos y tantos como han abandonado las filas sagradas. Su compasión es superior a su desdén. Conoce, como buen conductor de hombres, lo que éstos pueden dar de sí. Sabe que la apostasía es el credo de las almas en embrión, de los fríos egoístas, que son capaces de desnudar los cadáveres de los compañeros caídos, para cubrir sus desnudeces morales, mucho más apenantes que sus indigencias físicas. En esta alma pristina, las defecciones, las pequeñeces, las asombrosas ingratitudes dejan menos surco que una estrella en el espacio. Su carne espiritual se cierra así que la mordedura de los pequeños han creído dejar su cicatriz. Como el diamante, pareciera que su sola materia podría vulnerarle. Y lo es así efectivamente; su juez es su conciencia, tan alta como para puntualizar allá adentro una ruta por donde sólo pueden volar las águilas. ¡Qué ingenuidad maravillosa la de esta alma, sobre la cual no dejan rastro las miserias comunes, porque se secan al calor de su optimismo, tan sano que, como el de Cristo, a cada extravío y a cada defección parece repetir el evangelio: "Perdónalos señor, que no saben lo que hacen"!

Las nuevas generaciones argentinas le debíamos este homenaje. En su diestra se incendia la tea, y ante sus claridades claudican las sombras y se en-

sanchan los horizontes. La doctrina y el ideal, se han aposentado en él, como el águila sobre su nido.

Somos de su falange y somos de sus discípulos. Si un hombre puede sentirse magnificado es cuando junto a su espíritu, encuentra la comunión solemne de una grande alma: Romántico caballero, lleno de unciones, cálido de intimidades, ejerce ha mucho la más alta magistratura de la República: la jefatura de las almas. Los solios se bajan ante él, las investiduras se amenguan, las falsías del poder y del mando se aminoran. Ante la historia que ha de recoger nimbada de luz su silueta pensativa, cuando su alma quede en sus obras y en sus ejemplos, podrá clamarse las palabras de Shakespeare para Bruto: "En él se han combinado en tal forma las virtudes y los talentos, que la naturaleza irguiéndose, podría exclamar orgullosa: ¡Este es un hombre!"

AL PRESIDENTE

Señor:

Ya cerrado este trabajo, fruto sano de mi sinceridad, que dedico a los jóvenes de mi país, abro un paréntesis, para vos señor, que estáis en el deber de cerrarlo dignamente, de acuerdo con las reiteradas declaraciones de prescindencia y de garantía que habéis formulado ante la Nación.

Ningún argentino se ha encontrado en una situación más eminente y más responsable que vos. La gravedad del cometido está por sobre la representación, vuestras credenciales de mandatario se pueden legitimar y aun magnificar en la prueba que el país os reclama.

El doctor Sáenz Peña recogió la voz del pueblo, articulada por la Unión Cívica Radical, durante 30 años, que pide libertad para deponer su ceño adusto y entregarse sin zozobra a acrecentar su patrimonio.

Empero, no respondió a la realidad de los hechos, a los anhelos públicos, ni a su palabra empeñada. Es gloria de su nombre, sin embargo, haber respondido en parte, a la hora histórica en que le tocó actuar. Lo más importante de la labor os toca realizarla a vos, señor.

Garantizar el comicio honesta e inflexiblemente: he aquí lo que la Nación os demanda.

Con esta seguridad, se habrá epilogado el período más largo y fragoroso de nuestra historia: la organización nacional será un hecho y no como hasta aquí, un anhelo.

Garantir el comicio en todo el país, restando el proceso de la renovación presidencial a los oficialismos provinciales que, reaccionarios a la obra de la reparación, harían fracasar tan trascendente empeño. No hay tarea ni más fecunda ni más trascendente.

De vos depende, señor, que el país se restablezca en la legalidad constitucional, o que peregrine todavía, retardando sus eminentes destinos, quién sabe por qué caminos azarosos y por qué difíciles derroteros.

La presidencia futura podrá ser el primer gobierno de derecho que se dé la República, después de más de un siglo de Independencia. Será la mejor y más digna manera de solemnizar el aniversario próximo de 1916, en el respeto de nuestra Constitución y en la intimidad, por así decirlo, calurosa de nuestro hogar.

Todo está preparado para tan magno acontecimiento. El pueblo tiene la conciencia de su soberanía y lo que es más, la conciencia de sus responsabilidades y de su grandeza futura. Las nuevas generaciones argentinas, en cuyo nombre llega hasta vos este petitorio, que es el del deber y el de la patria, anhelosas están de culminar esta obra para orientar sus energías por los campos del saber, del estudio y del trabajo.

Vuestro nombre, señor, será el de un patricio si, como la República confía, cumplís con vuestro deber. Si no lo hacéis, como en el juramento sagrado. "Dios y la Patria os lo demandarán."

POST FACTO

Escribimos este capítulo final, después de los acontecimientos a que tuvo que asistir la República, para darse la gran solución que había de redimir su pasado, afianzar su presente y proyectarse, como una vasta anunciación, hacia su radiante futuro. En cierto modo, estas páginas fueron una profecía, no solamente porque en ellas se predijo el triunfo de la Unión Cívica Radical, sino también porque ese triunfo fué con la candidatura del doctor Irigoyen, tal como lo habíamos predicho, a pesar de que conocíamos el criterio de absoluta declinación en que este ciudadano se había encerrado. Ocurrió lo previsto, que era lo inevitable. El doctor Irigoyen no pudo substraerse a los imperativos formidables de la opinión nacional, que impusieron su candidatura con la fatalista simplicidad con que se consuman todos los hechos históricos trascendentes. Su advenimiento al gobierno estaba anticipado por todo: por los treinta años de régimen, que han malogrado los destinos más preclaros de la república; por el cansancio y la fatiga del país acorralado por los ineptos y sojuzgado por los incapaces; por la anarquía que hubiera estallado dentro y fuera de la reparación, si una gran personalidad no iba a pilotear la nave en estos momentos trágicos de la historia universal; por esos movimientos isócronos en la vida de los pueblos que los llevan en circunstancias

prominentes de un extremo a otro, de la quietud a la revuelta, del despotismo a la libertad. Su candidatura, que era la única solución, estaba anticipada por todo: por los anhelos propios y las prevenciones adversas,—y no era menester de una gran penetración, sino apenas inclinarse en la escrutación relevante de los acontecimiento, para comprender que la República estaba colocada por imperio de los hechos, por la innegable sujeción de las circunstancias entre estos dos extremos: o la presidencia del doctor Irigoyen abriendo el ciclo de la vida institucional, o la anarquía que hubiera dilatado por muchos años su disolución, en el seno de la nacionalidad conturbada. En la temperatura de los hechos exteriores y en la gradación de los motivos subjetivos, estaba ratificado el mandato histórico, que en este gran alto del tiempo y del dolor marcaba para la gran república meridional la hora de una prodigiosa renovación, el comienzo de una etapa nueva,—sin vinculación absoluta con la renovación anormal y criminosa de los gobiernos anteriores, vinculado al pasado únicamente por la revolución,—triunfante en la lucha comicial—descalificada e ingarantida—por la revolución, para poder ser en las serenidades del mando y del poder, también la revolución.

Con otro significado el gobierno actual de la República — salvando su origen legítimo — sería un gobierno más en la sucesión de los períodos, y no el dualismo de esta realidad y de esta esperanza, que nos dice a los argentinos que recién somos dueños de nuestro destino,—que recién se inicia el repunte, sin cortapisas, de todas las energías nacionales, que recién se abre ante nosotros el porvenir seguro en su afirmación, nítido en su promesa, magnánimo y estupendo en su realización definitiva!

Por eso la presidencia del doctor Irigoyen, no es un gobierno; es el gobierno. Las insignias del mando, no las toma de su antecesor que las había usurpado: las recibe directamente del pueblo: él es su mandante, y él será por eso su gestor blasonado; de él recibe su impulso y a él debe su fe; él le ha encumbrado en una cima que, como la del Sinai, está circuida de truenos, erizada de relámpagos, y desde la que solo es dado descender con las tablas de la ley, con las revelaciones providenciales que el destino no niega nunca a los conductores abnegados.

La historia política argentina se divide en dos, a partir del nuevo período constitucional. La nueva presidencia no tiene vinculación alguna con el estado anterior; ha surgido a su despecho, venciendo a todos los resortes oficiales del régimen; a todas las artimañas del fraude y del crimen, que se habían conflagrado una vez más para cerrar el camino a la opinión pública. Fueran inútiles y fallidas todas las tentativas que se realizaron en sentido contrario, porque lo que la naturaleza de las cosas ha colocado como antípodas, no podrá aproximarlos jamás ni el deseo frustrado de algunos periódicos, ni el interés cómplice de algunos círculos. La presidencia actual no es la derivación de un estado en otro estado: es la imposición de un mandato superior, es el entronizamiento de la legalidad y de las virtudes republicanas; es la piqueta revolucionaria que en su labor sin tregua, abre por fin plaza y sobre las ruinas del pasado, afirma la soberanía de una nueva verdad.

Comentemos, siquiera sea a grandes rasgos y en sus lineamientos generales, el proceso eleccionario del 2 de Abril. Se puede desde luego anticipar esta

premisa absoluta: que la reparación venció porque fué imposible al régimen, apesar de los resortes oficiales, de los fraudes y de los crímenes, arrebatarle la victoria. El Presidente doctor Plaza, había prometido garantir el comicio con severa imparcialidad, tal como lo requería vivamente el anhelo público. En el terreno de los hechos, hizo todo lo contrario y no solamente se embanderó con el régimen, sino que a último momento, cuando vió que las ambiciones particulares hacían imposible una conciliación entre los dos bandos en que se había dividido la oligarquía, pretendió conjuntar las llamadas fuerzas conservadoras alrededor de un candidato propio y ocho días antes de que se pronunciara el veredicto nacional, patrocinó desde la casa rosada la candidatura del doctor Luis Güemes. El impudor de esta sucesión abortó, porque el propio candidato viose vencido antes de la prueba y presentó su renuncia. Pero el presidente desmintió con su conducta la dudosa eficacia de sus infidentes promesas. El hecho, en sí,—a pesar de su desenfado,—no produjo asombro en la opinión nacional que ya había seguido al presidente en sus conciliábulos y maquinaciones tratando de servir de trait de unión entre las llamadas fuerzas conservadoras, que no eran sino dos banderías de distintos rótulos e igual contenido: los demócratas progresistas y los conservadores. El presidente había buscado unir a estos dos grupos en que por ambiciones personales se encontraba dividido el régimen, poniendo en tal reprobable tarea un entusiasmo y un empeño, únicos en un mandatario somnoliento y ausente, cuya inercia era la mejor exteriorización de su eficacia.

El doctor Plaza no supo ser presidente; fué en todo momento partidario, y no del pueblo, sino del régimen. Amenguó su investidura; subalternizó su

rol. No tuvo la percepción de su responsabilidad, ni comprendió su misión histórica, que si hubiera sido de imparcialidad habría servido de redención.

El presidente no desperdició oportunidad para tocar a somatén, dando la voz de alarma entre las rencillas de la oligarquía fraccionada. Hay que reconocer que hizo cuanto pudo para reconciliar a la familia dividida, pero como las ambiciones particulares fueron más fuertes que el instinto de la conservación, demócratas y conservadores permanecieron divididos, hostiles y rencorosos. Cuando asomaba una posibilidad de arreglo deponían el rencor, para exasperarse nuevamente, cuando marraba la reconciliación entrevista.

Entre tanto el presidente Plaza, llamaba a la unión y predicaba la paz entre sus insubordinados.

Al inaugurar el período ordinario de sesiones de 1914, en reemplazo del doctor Sáenz Peña que se encontraba enfermo, concretó entre otros juicios análogos los siguientes:

"Es un hecho, empero, que preocupa la atención
" general, la especie de eclipse que se ha operado
" en las que fueron grandes agrupaciones políticas.
" que, después de extinguido el gobierno de la Con-
" federación y casi simultáneamente con la reorga-
" nización del país, surgieron como traídos por in-
" tereses vitales, no a disputarse el predominio de
" ideas extremas en el orden social y económico,
" sino a colaborar con sus distintos criterios lega-
" les en la ardua tarea de interpretar y aplicar los
" preceptos de la Constitución reformada".

"Esos partidos tienen su relación estrecha y di-

''recta con la Constitución, porque ella como ins-
''trumento de gobierno, es la que consagra y ampa-
''ra todas esas aspiraciones, y da las libertades ne-
''cesarias para realizarlas; pero, así mismo, están
''colocados en líneas laterales con relación a los
''partidos de que me ocupo, los que no pueden en
''manera alguna ser sustituídos.''

''Podría aducirse la argumentación, como más de
''una vez se ha hecho, de que esos partidos han ter-
''minado su evolución; que sus tendencias cadu-
''caron y cayeron, finalmente, en desprestigio por
''sus abusos. Todo ello puede ser así, según el punto
''de vista desde el cual se consideren las cosas, pero
''es pertinente observar que los hechos de inercia
''en los deberes cívicos, no se confunden con las
''ideas, que seguramente, como en este caso, no ca-
''ducan; ni las malas prácticas y errores de los
''partidos, afectan ni deforman los principios que
''deben servir y que están encarnados en las insti-
''tuciones.''

''Tampoco puede aceptarse que una gran parte
''de la comunidad argentina, bien preparada para
''las tareas de la vida democrática permanezca
''aislada de las funciones cívicas y queden sus su-
''fragantes indiferentes al éxito de las urnas; como
''a la vez, no es aceptable la solución poco dignifi-
''cante de que, compelidos a asistir por disposición
''de la ley los actos electorales, esterilicen sus votos,
''como viene sucediendo, en apoyo de programas co-
''laterales, o sea de aquellos de los partidos que les
''parece más aproximados a los suyos, por carecer
''ellos mismos de agrupaciones para sostener sus
''propios principios.''

''Toca ahora, después del detenido examen de to-
''dos los antecedentes enumerados, investigar si
''existe algo en la ley electoral que pueda haber

'' motivado la disgregación o la desaparición de los
''' partidos tradicionales, a los cuales he venido re-
'' firiéndome; hay alguna tendencia en sus cláusu-
'' las o en su espíritu que elimine la posibilidad de
'' la subsistencia de aquellos, o la de sustentar con
'' éxito en las urnas la representación de sus elemen-
'' tos en las cámaras legislativas?

''No puede negarse que despues de la aplicación
'' de la nueva ley, desapareció un partido impor-
'' tante que estaba engranado con las tendencias del
''autonomista nacional; a la vez que los restos del
'' otro, relacionado con el antiguo partido naciona-
'' lista, vió reducir sus filas; mientras que al mismo
'' tiempo que esa eliminación y debilitación de fuer-
'' zas militantes se producía, las nuevas agrupacio-
'' nes extremas, de más o menos lejana aparición en
'' la lucha electoral, adquirieron una sorprendente
'' consistencia.''

''Cuando se preparaba la segunda campaña cívi-
'' ca, terminada el 22 de Marzo, hablose con insisten-
'' cia de la necesidad ineludible de formar un parti-
'' do de concentración, para combinar los diversos
'' grupos de tendencias moderadas, que no deben ba-
'' jo pretexto alguno quedar excluídos de concurrir
'' con su voto en los destinos del país. Se comprende
'' sin esfuerzo que tales círculos no podían hacer
'' abandono de las ideas y principios que sostuvie-
'' ran en otras ocasiones, para amoldarse a figurar
'' en una agrupación electoral sin bandera ni color
'' definido, y sin otro propósito confesado y ostensi-
'' ble que el de resistencia a los partidos extremos;
'' y es fuera de duda que esa circunstancia esterili-
'' zó el pensamiento.''

''Habrá por lo tanto, que convenir o que en la ley
'' hay alguna disposición que no coincide con los
'' caracteres de los partidos a que me refiero y cons-

''pira contra su subsistencia en tanto que auspicia
''y robustece la de los partidos avanzados; o que
''esa enorme masa de opinión extraña a estos últi-
''mos, pero que votan ocasionalmente con ellos, por
''carecer de agrupaciones propias, incurre en la
''más censurable responsabilidad, al no insistir, con
''toda energía en la voluntad de ejercitar lealmen-
''te sus derechos.''

Como se ve por los párrafos transcriptos, ya en 1914 cuando el doctor Plaza no ejercía el Ejecutivo sino circunstancialmente, se conmueve por la disgregación y la desaparición de los partidos tradicionales, imputando tal hecho a alguna disposición de la ley electoral, que conspira contra la subsistencia de dichos partidos, a la enorme masa extraña a los ''partidos avanzados'', que vota ocasionalmente con ellos.

Hay que convenir que el doctor de la Plaza no se equivocaba del todo al atribuir a alguna disposición de la ley electoral la disgregación de los llamados por él partidos tradicionales. El error está en que no era una disposición de la ley electoral,—sino la ley misma, lo que había determinado tal deserción.

Los partidos tradicionales, las fuerzas conservadoras, o el régimen, que son las denominaciones varias de la misma ilegalidad, habían sucumbido, tan pronto el pueblo pudo acercarse al comicio, y en cuanto la ley electoral, sancionada a requerimiento de la reparación, garantía, siquiera parcialmente, este derecho.

A la ley electoral le era imputable tal derrumbe que acongojaba la complicidad del Vicepresidente. El régimen, se había sustentado en su dominación por el fraude; se había mantenido en el poder sellando con sangre, cuando era menester, los comicios.

La voz de alarma repetida con tanta obstinación por el doctor Plaza, no fué escuchada por las faccio-

nes oligárquicas en plena disención, pero esta indiferencia no fué óbice para que el mismo magistrado, desde la misma alta investidura siguiera señalando el peligro común, amartillando su "delenda est Carthago".

En el mensaje, al inaugurar el período ordinario de 1915, dice:

"En mi mensaje del año anterior, tuve ocasión de "señalar la sentida necesidad de la reaparición de "los partidos políticos tradicionales, que militaron "con dedicación y eficacia en altas y complicadas "cuestiones de organización del país y de sus ins- "tituciones; pero, sea quizás porque ofuscadamen- "te consideren unos su labor concluída, o porque "nuevas tendencias se antepongan en la dirección "de los destinos, el hecho es que no han asumido "hasta el presente la actitud que estarían llamados "a ejercer; y por aventurado que parezca afirmarlo "no puede desconocerse que ese retraimiento pro- "duce una innegable perturbación en el desarrollo "de la contienda presidencial."

"Digo lo que antecede, porque se siente en efec- "to cierta perplegidad en elementos que deben ser "activamente militantes en la elección de candida- "tos a cargos públicos tan elevados. Pudiera sospe- "charse tal vez que ellos esperan un llamamiento "general a cooperar como otras veces lo hicieron "defendiendo sus respectivos intereses, o que tre- "pidan en colocarse dentro de las líneas de las agru- "paciones actuales. Sea de ello lo que fuere, esa ac- "titud no puede subsistir sin menoscabo de aquel "natural empeño que el pueblo entero debe sentir, "porque se constituya un gobierno que represente "la mayor suma de opinión como garantía de acier- "to."

"Naturalmente no debe interpretarse lo que an-

''tecede *como una manifestación de prescindencia*
''en asuntos que es para todos y particularmente
''para mí, por la posición que ocupo, de tan vital
''interés, porque ni remotamente puede suponerse
''que por salvar formas de imparcialidad electoral
''pudiera serme indiferente la suerte del país o el
''desastre de sus instituciones.''

''Nada tan ageno a mí, como una conducta seme-
''jante que sería contraria a todos mis sentimientos,
''a todos mis antecedentes y a mis más imperiosos
''deberes como ciudadano argentino. *No confundo*
''*pues la prescindencia con la indiferencia*''.

El Presidente doctor Plaza, no confundió la prescindencia con la indiferencia, sino que se embanderó declaradamente en la contienda.

Cuando todas sus exhortaciones a las fuerzas oligarcas fracasaron, cuando estas se dividieron en dos grupos irreconciliables, el doctor Plaza exhumó como ya lo dijimos, su candidatura propia,—el doctor Güemes,—a quien hubiera sostenido con todo el poder de la Nación, si este, considerando posiblemente tardía y aventurada la empresa, no hubiera renunciado, en momentos en que ya era imposible buscarle sustituto.

El Presidente Plaza dejó librado, como lo preveíamos, el proceso eleccionario—cuyas responsabilidades le incumbían directamente—a los oficialismos provincianos,—que salvo los gobiernos legítimos—eran de distintas tendencias, pero uniformes todos en el mismo plan liberticida. La reparación tuvo que afrontar la prueba, abandonada a su propio fervor, sin que la autoridad nacional, prestara oídos a sus urgentes reclamos formulados ante las más torpes invasiones del régimen, que no cejó ni un momento en su designio avieso de arrebatar fraudulentamente el triunfo a la opinión.

Cuando el régimen esgrimía hasta el arma del cri-

men político,—que luego hemos visto loado desde las bancas del Congreso—y en varios estados caín los amigos victimados alevosamente se acudió en demanda de justicia al primer magistrado y este sin inmutarse contestó: "que la Unión Cívica Radical se hiciera respetar por si propia, y que rechazara la fuerza con la fuerza". Una semejante actitud creemos que es del todo desconocida en nuestros anales, ni en los días más aciagos, ni en los momentos más tenebrosos. Colocar a una sociedad civilizada en las condiciones ancestrales de una tribu, en que cada uno se hace justicia por su mano, es desnivelar las condiciones morales y de organización de un pueblo, es hacer de una sociedad moderna un grupo gregario, donde el instinto reemplaza a la ley; donde la magistratura es sustituída por la venganza.

Bajo estos auspicios y con estas impunidades, tuvo que concurrir la opinión nacional a la jornada del 2 de Abril.

El Presidente faltó a su palabra, sin ninguna clase de escrúpulos ni de reparos. Las libretas secuestradas por el régimen—que sumaban más de 50.000, en la Provincia de Buenos Aires, únicamente, y que importaban otros tantos votos muertos—no fueron devueltas a los ciudadanos que por medio de prisiones, multas y todo género de abusos les fueron secuestradas.

El entonces Ministro de la Guerra General Allaria, comprometió su palabra con el presidente del Comité de la Provincia de Buenos Aires, Dr. Marcelo T. de Alvear, en el sentido de que a los ciudadanos a quienes se les había secuestrado su libreta cívica les serían entregadas duplicados, para lo cual se dispondría que recorrieran la provincia comisiones especiales del ejército. Dijo también el General Allaria en nombre del P. E., que la nueva entrega de libretas

a los ciudadanos despojados, se haría a último momento para evitar una ulterior requisa, que hiciera infructuosa la tarea. Llegó la hora de cumplir la promesa y la palabra empeñada quedó en blanco porque el Ejecutivo Nacional, no solamente no ordenó la entrega de dichos duplicados sino que ni siquiera ordenó tal medida para satisfacer el pedido de más de 30.000 electores que los habían requerido de motu propio a las autoridades militares.

Esta actitud importaba embanderarse sin reservas con el régimen, y ella comportó la colaboración más decidida del Presidente Plaza en la victoria fraudulenta del oficialismo en la Provincia de Buenos Aires.

Hay que confesar que el triunfo de la reparación en estas condiciones, ha sido producido por el desborde incontenido del sentimiento público.

Se produce la prueba el 2 de Abril, y en el conjunto de colegios electores, la Unión Cívica Radical obtiene en el peor de los casos 152 electores, necesitando 151 para imponer su fórmula.

Ya consumados estos hechos, debe el Presidente doctor Plaza inaugurar el período ordinario de sesiones en mayo del corriente año.

La opinión nacional espera, como lógica consecuencia de la jornada del 2 de Abril y como necesaria seguridad para tranquilizar las reservas que perturbaban la vida económica del país en su propio recinto y en el exterior, como para poner coto a las maniobras fraudulentas que el régimen tramaba en esos momentos, la opinión nacional, decíamos, esperaba que el presidente, reconociera ante el Congreso y ante la Nación, el triunfo obtenido por la U. C. Radical.

Sin embargo, en lugar de este leal reconocimiento, que no significaba otra cosa que acatar el vere-

dicto pronunciado irrevocablemente en las urnas, el doctor Plaza no dijo una palabra, guardó absoluto silencio, lo que constituía una palmaria complicidad y volvió nuevamente a entonar su loa a los conglomerados extintos, instándoles, todavía, a resurgir, como si ignorara que su descalabro final, les había puesto el más ilevantable de los epitafios.

Vuelve en tan solemne oportunidad a decir el doctor Plaza:

"En mis Mensajes anteriores, hice presente la ne-
" cesidad de reconstruir aquellos partidos tradi-
" cionales con el concurso de los que se realizó gra-
" dualmente la organización del país sobre las ba-
" ses existentes, después de la reforma constituciо-
" nal de 1860 y de haber desaparecido el gobierno
" de la Confederación, partidos que, con sus prin-
" cipios, su acción y eficiencia, lo encaminaron a
" sus progresos, en el orden de las instituciones po-
" líticas y en el de su desenvolvimiento económico;
" a fin de que, inspirados en los mismos ideales y
" tendencias, continuaran su obra benéfica para el
" engrandecimiento de la República."

"Insisto sobre la acción de esos partidos, porque
" estoy persuadido de que hay un equivocado con-
" cepto acerca de la razón o necesidad de su subsis-
" tencia en los tiempos presentes."

"Predomina, en efecto, la opinión de que tanto
" el partido nacionalista como el autonomista, amal-
" gamado más tarde con el nacional, de donde tomó
" el nombre de autonomista nacional, llenaron su
" misión y han desaparecido; pero esa conclusión
" envuelve evidentemente un error. "Las tenden-
" cias de esos partidos eran virtualmente constitu-
" cionales. Representaba el primero la concentra-
" ción de mayores poderes por las autoridades fe-
" derales, mientras que el segundo, fundaba sus

''tendencias en la autonomía y amplitud de los po-
''deres no delegados que forman el mecanismo y
''base de la combinación de los poderes federales y
''locales.''

''Sostengo, pues, que esos partidos no solo no han
''terminado su misión, sino que son indispensables
''para que ejerciendo separadamente cada uno su
''acción, mantengan el equilibrio de la combinación
''constitucional; y que esas tendencias y principios
''políticos deben ser tan durables como la Consti-
''tución misma.''

No puede darse un empecinamiento más atentatorio a las legítimas preeminencias de la nacionalidad. Si el régimen no ha sobrevivido no fué por culpa del doctor Plaza que hizo todo lo posible por apuntalarlo, desde la situación eminente de su cargo.

El 22 de marzo del año en curso se reunió,—después de constituirse y deliberar en varias sesiones secretas—en asamblea pública la Convención Nacional de la U. C. Radical, para designar los candidatos a la presidencia y vice de la República.

Los que fueron expectantes y actuantes en aquella hora, guardarán un recuerdo inolvidable de la magna asamblea del teatro Victoria donde habían de jugarse los destinos de la U. C. Radical y la suerte de la nación. Fué aquello uno de los grandes plebiscitos de nuestra historia. El pueblo reunido en el antiguo teatro Onrubia tenía la representación de toda la república y supo interpretar el anhelo de la opinión nacional.

La elección de acuerdo con la carta orgánica, fué secreta, aunque presenciada por el inmenso pueblo que llenaba el teatro y en ella obtuvo, casi la unanimidad de votos el doctor Irigoyen, como can-

didato a la futura presidencia, y una respetable mayoría el doctor Luna para integrar la fórmula.

Comunicada la decisión de la soberana asamblea, al doctor Irigoyen, éste renunció su candidatura. Tomamos de "La Prensa", del 20 de marzo, los términos de la renuncia, con el breve comentario, en que se asigna la impresión que la misma produjo en los convencionales y en el pueblo que llenaba el Victoria.

"En conocimiento de que V. H. se ha dignado proclamar mi nombre como candidato a la presidencia de la República, cumplo con el deber de declinar irrevocablemente tan honrosa designación, por razones de absoluta identidad con los motivos que determinaron mi actitud pública.

Mi pensamiento no fué jamás gobernar al país, sino el de la concepción de un plan reparatorio fundamental, al que, según mi juicio, debí inmolar el desempeño de todos los poderes oficiales.

Fué así que, llegada la hora de la prueba, e incorporado a sus altas direcciones, desde el primer momento hice franca y categórica manifestación del eminente concepto con que debía afrontarse la contienda, dejando constancia, a la vez, de la resolución gubernativa.

"Mi credo, ante todo, ha sido el de un desagravio al honor de la Nación, y el de la restauración de su vida moral y política, a cuyo fin, me coloqué entonces, como siempre, en el plano superior de las abstracciones, asumiendo las actitudes y responsabilidades consiguientes."

"Tengo la convicción de que haría un gobierno ejemplar; pero un gobierno no es nada más que una realidad tangible; mientras que un apostolado es un fundamento único, una espiritualidad que perdura a través de los tiempos, cerrando un ciclo histórico de proyecciones infinitas.

"Creo, además, que el gobierno que surja de los esfuerzos del pueblo argentino, debe ser por y para la Nación, en toda la alta significación de la razón de Estado.

"En mérito de estas consideraciones, presento a V. H. mis excusas con la expresión de mi más profundo reconocimiento".

"Las últimas palabras del primer párrafo dice "La Prensa", de esta renuncia, apenas fueron oídas por algunos delegados, pues toda la concurrencia, inclusive los convencionales, estaban de pie y agitando pañuelos y sombreros, pedían el rechazo de la dimisión. Así pemaneció la sala durante diez minutos, resultando impotentes los esfuerzos de la presidencia para restablecer el silencio."

Entre nuevas interrupciones se continuó la lectura de la nota del doctor Irigoyen, terminada la cual volvió a recrudecer el clamoreo en una forma desbordante. Hubo entonces necesidad de esperar que la concurrencia de por sí terminara sus exteriorizaciones contrarias a la aceptación de la renuncia."

Resuelto unánimemente por la convención el rechazo de la renuncia del doctor Irigoyen, se nombra una comisión formada por un convencional de cada provincia a objeto de que se trasladara al domicilio del candidato y le pidieran que no insistiese en su propósito y que aceptara la voluntad tan categóricamente manifestada por la asamblea y ratificada por la opinión nacional.

Esta Comisión estaba formada por los señores Lauro Lagos, por la capital; José Camilo Crotto, por Buenos Aires; Ernesto Claros, por Jujuy; por

por impulso de mi fuero íntimo, poner en conocimiento de la Sociedad de Beneficencia tan dignamente presidida por usted, que si llegara al ejercicio de tales funciones, desde ahora renuncio los emolumentos correspondientes a todo el período gubernativo, en favor de las instituciones de misericordia que más lo requieran''.

La presidenta de la sociedad de Beneficencia contestó a su vez con otra nota, que entre otras cosas dice:

''La Sociedad de Beneficencia, que siente repercutir en su seno las angustias de los desamparados, el dolor de los que sufren, acoge con gratitud y aplauso todo donativo, todo propósito encaminado a mitigar sus penas, y se complace también en que un ciudadano tan caracterizado como usted comparta estas ideas humanitarias. No son una novedad para la Sociedad, que me honro en presidir, pues existe, por disposición de ella en el Hospital de Niños, una placa de bronce conmemorativa de que usted tuvo la generosidad de donar a ese establecimiento sus sueldos de profesor durante diez y siete años''.

Llegó entretanto la prueba del 2 de Abril. La opinión pública tuvo que comparecer inerme a aquel acto, que adquirió asimismo por el fervor del pueblo argentino los contornos de un grandioso plebiscito tanto más digno y revelador del sentimiento nacional, cuanto mayores fueron los obstáculos,—las fraudulencias, los atentados y hasta los crímenes que hubo de vencer.

Se rindió la prueba y la reparación salió triunfante. La formula Irigoyen—Luna obtenía como minimun 152 electores.

El régimen, con todo, no abatió su actitud subversiva, y rebelde siempre a las consagraciones populares, empezó a realizar una tarea aviesa y siniestra. En esta tarea colaboraron todos: las dos facciones del régimen, los progresistas y los conservadores, la mayoría del Congreso y algunos que otros personajes, de esos que no trepidaron en prestar su nombre, siempre que a su alrededor se fundieran todos los elementos dispersos y antagónicos que, con la traición inclusive, habían de imponer una fórmula presidencial, improvisada después de la contienda.

Con este designio el régimen invalidó electores atribuyendo al Congreso facultades privativas del colegio electoral. Y si no llegó hasta el fin, no fué porque se detuviera en ninguna clase de escrúpulos, sino que, como había una diferencia tan considerable entre los electores de la fórmula de la U. C. Radical y los obtenidos por los candidatos de los conglomerados del régimen, por muchos comicios que se anularan, por muchos electores que se substrajeran, era imposible modificar el estado de las cosas, ni esperar que debiendo decidir del pleito el Congreso, se atreviera a consagrar otra fórmula que la de la U. C. R. que aparecía con una inmensa mayoría de electores.

El régimen no tuvo ni la dignidad de su caída. En las intentonas finales, se iniciaron todas las maquinaciones posibles, se buscaron candidatos, se fusionaron tendencias que parecían irreconciliables, hasta la traición y la venalidad entraron como factores aceptales, en estas inverosímiles combinaciones. Así se conturbó por un período que va del 2 de Abril hasta el 20 de Julio la tranquilidad de la nación, asombrada ante el espectáculo de un ajetreo, que no guardaba ni el pudor del disimulo.

Dió pábulo a todas estas combinaciones e intrigas, la actitud que asumiría el grupo de electores de la U. C. Radical de Santa Fe, que se llamó disidentes. Sabido es que en esta provincia hubo un pleito de orden interno, que llevó a fragmentar en dos la unidad de la fuerza radical, creando antagonismos irreconciliables entre sus hombres dirigentes que habían estado vinculados por una estrecha y solidaria comunidad. Las autoridades nacionales, nunca dieron a este cisma otro carácter que el de una cuestión doméstica.

Los antagonismos entre los hombres dirigentes de Santa Fe se exacerbaron en tal forma que concurrieron divididos a la lucha presidencial, obteniendo los partidarios del gobierno la minoría de nueve electores, y la fracción antagónica, llamada disidente, la mayoría de diez y nueve. La actitud de estos últimos era decisiva quedando librado a los disidentes el problema presidencial.

El comentario público y el de la prensa, bordaba todos los días nuevas especies, acerca de la forma en que los radicales de Santa Fe cumplirían su mandato, asegurándose con insistencia que no votarían la fórmula del Victoria.

La fracción disidente que acababa de triunfar en Santa Fe y cuyo era el nuevo gobierno de aquel estado, quiso llegar hasta la alta dirección de la U. C. Radical, con objeto de proponer un arreglo, pero fué desoída en absoluto. Habiendo fracasado estas gestiones, los miembros del Gobierno de Santa Fe quisieron aproximarse hasta el Dr. Irigoyen y se valieron para ello de la interposición amistosa de los doctores Adolfo Dávila y Eleodoro Lobos.

Estos dos caballeros antiguos amigos personales del doctor Irigoyen, llegaron hasta éste, solicitándole, por varias veces una entrevista, por encargo

de los miembros del gobierno de Santa Fe, a lo que el doctor Irigoyen se negó en forma terminante, contestando en todas las oportunidades que en ese asunto no quería pronunciarse en ningún sentido.

Entonces los doctores Dávila y Lobos, le significaron al doctor Irigoyen, que ellos se sentían afectados por su actitud, al no quererles conceder la entrevista gestionada; a lo que este les manifestó, que para cualquier otro asunto o emergencia de la vida estaba sin limitaciones a las órdenes de aquellos caballeros; pero que su declinación al no querer conversar sobre la cuestión de Santa Fe, obedecía a reglas invariables de su conducta política, que había observado y mantenido al través de toda su actuación pública.

Ante esta negativa los doctores Dávila y Lobos, reclamaron que por lo menos, el doctor Irigoyen manifestara simplemente, que vería con agrado que los radicales de Santa Fe votaran la fórmula, lo que bastaría para que los electores disidentes se pronunciaran por el binomio presidencial del Victoria.

A esta última requisitoria contestó el doctor Irigoyen, que jamás haría tal declaración. Los caballeros que mediaron en esta gestión hicieron saber por último al doctor Irigoyen que lamentaban su resolución, pues que ello daría motivo a que por naturales prevenciones nacidas de tal actitud, los electores disidentes no dieran sus votos a los candidatos radicales y se perdiera en consecuencia la presidencia. A esto el doctor Irigoyen contestó: que se pierdan mil presidencias, antes que vulnerar la conducta de inflexible austeridad que había sido, al través de todas las visicitudes, la norma invariable de la opinión pública.''

Fracasada esta laboriosa tramitación, personas componentes del Gobierno de Santa Fe llegaron

a entrevistarse con el doctor Irigoyen, y como este se encontrara en el campo, se decidió enviar al doctor Rogelio Araya en su busca, el que no logró verlo. El Dr. Irigoyen al saber que el Dr. Araya le había requerido y con cual propósito, le hizo un telegrama desde su estancia al Presidente del Comité Nacional Dr. Crotto, manifestándole que no accedía a la entrevista solicitada y que sobre ese asunto, según lo reiteradamente manifestado, no conversaría con nadie.

Ante esta situación, la fracción disidente, que disponía ya del gobierno en Santa Fe, reunió la convención provincial, para que esta resolviera la actitud que se debía adoptar. El gobierno de Santa Fe hizo todos los trabajos imaginables,—luego que vió fallidos sus deseos de aproximarse al doctor Irigoyen,—para que la convención defraudara los anhelos de la opinión nacional y desertara del cumplimiento de su deber, abocando a la República a las contingencias más pavorosas. A pesar de todos sus esfuerzos y de los recursos oficiales, el gobierno de Santa Fe consiguió sólo que votaran a favor de sus deseos siete convencionales en un total de cuarenta y ocho.

No había contado la situación oficial de Santa Fe con la integridad radical de los electores, que en el momento decisivo se pronunciaron interpretando los anhelos más legítimos de la opinión, poniendo su voto a la altura del mandato, más arriba de los intereses de círculo y de los apasionamientos personales.

Se comprobó así que el sentimiento radical del pueblo de Santa Fe respondía a la solidaridad nacional, y que si del gobierno de aquel estado hubiera dependido, la solución reparadora hubiera fracasado en el instante mismo en que acababa de imponerse triunfante en todo la nación.

Se comprobó asimismo una vez más que mientras el régimen buscaba todos los pactos, todas las transacciones, la reparación permanecía indemne, rechazando, como lo había hecho antes de la prueba, no ya determinadas solicitaciones de elementos que le fueran ajenos, sino que no daba audiencia ni a las ofuscaciones propias, prefiriendo que se perdiera todo, antes de apartarse de su línea inflexible e inequívoca.

Son estos antecedentes el anticipo auspicioso de los días que explenderán para la república redimida, bajo la égida grandiosa de un postulado que ha permanecido siempre superior a todo, al éxito, al triunfo, al gobierno y a las posiciones; que llega para realizar no programitas baladíes y aleatorios, sino para restaurar valores fundamentales.

Su fórmula compendiosa en la realidad de su labor, podrá practicarse *realizando todo lo que no ha hecho el régimen y no haciendo nada de lo que el régimen ha realizado.*

Y henos aquí llegando, por fin, a través de todas las vicisitudes y de todas las austeridades, sobre los lindes mismos de las épocas; henos aquí frente a una fecha, en la elocuencia de cuya cifra hay algo de la sorpresa antigua, cuando el navegante impávido arriba al mundo desconocido, nauta de sus carabelas y de su ensueño: henos aquí ante la apoteosis del 12 de octubre.

Nunca un pueblo habrá producido el voto de una ratificación más terminante y más soberana.

Nunca un pueblo habrá replebiscitado mejor sus decisiones, ni sobre su anhelo conocido habrá puesto más calificadamente su rúbrica, subrayando de unción el encumbramiento de uno de sus elegidos.

Pero mejor que referirnos a nuestro juicio, dejemos hablar a una voz extraña, que desde las columnas de "La Epoca" ha dicho:

"En mi carrera diplomática he asistido a celebraciones famosas en diferentes cortes europeas; he presenciado la ascensión de un presidente de Francia y de un rey de Inglaterra; he visto muchos espectáculos populares extraordinarios por su número y su entusiasmo. Pero no recuerdo, no lo digo con el objeto de hacer un cumplimiento, no recuerdo nada comparable a esa escena magistral de un mandatario que se entrega en brazos de su pueblo y es conducido, entre los vaivenes de la muchedumbre electrizada, al alto sitial de la primera magistratura de su patria...

Ya me había impresionado fuertemente el aspecto del hemiciclo de los diputados, con sus bancas totalmente ocupadas por los representantes del pueblo, vestidos de rigurosa etiqueta, entremezclados con los embajadores y ministros extranjeros, cuyos brillantes uniformes y variadas condecoraciones producían deslumbrador efecto; desbordantes los pasillos laterales hasta formar un friso estupendo de oro, piedras, plumas y metales titilantes; repletas las galerías superiores de damas lujosamente ataviadas y de centenares de hombres suspensos ante el magnífico espectáculo...

Pero todo ello había de ser pálido ante la realidad de la plaza inmensa, del océano humano enloquecido de alegría, del hombre presidente entregado en cuerpo y alma a las expansiones de su pueblo, sin guardias, sin ejército, sin polizontes...

Yo había visto desfiles rígidos, por entre una doble hilera de bayonetas, a respetable distancia del pueblo, cual si se temiera su proximidad.

Tuve a manera de un deslumbramiento... ¿Sa-

béis cuál fué mi impulso, extranjero como soy en la Argentina? Correr también, confundirme entre la muchedumbre, gritar como ella, aproximarse al nuevo mandatario y vivarlo, vivarlo, vivarlo, en un irreprimible impulso de admiración surgida desde el fondo de mi alma...

En aquel instante, señores, no se sonrían ustedes, fuí un radical tan radical como los que cubrieron durante algunas horas las grandes arterias de la metrópoli inmensa..."

Ese extranjero dice la verdad, y hasta en la emoción que le hacía argentino, estaba el fuego de aquella sinceridad, y de aquel desbordamiento, con que nuestro pueblo ha asumido ante sí mismo y ante el mundo, el derecho de su personería, el rango de su dignidad acrecentada.

Lo que el pueblo condujo desde el Congreso, hasta la casa de Gobierno al través de la avenida de Mayo, inundada de gente, con sus balcones cuajados de hombres y de mujeres que arrojaban flores y vitoreaban enardecidos, no era un hombre, era un anhelo, una fe puesta de pie sobre el plinto inmenso de la multitud justiciera.

El pueblo aquel que recubría la extensión magnífica, era como la sangre agolpándose en la vena dilatada y estrecha.

En su desborde tenía, como el mar, su flujo y su reflujo, sus ondas, sus abismos, sus espumas, sus bramidos, sus precipicios. La multitud, como el mar tiene un alma inmensa que se tornasola arriba en el grito, en el impulso, en el repechar, y que se entenebrece allá adentro, donde el mar guarda el laberinto de sus monstruos y el pueblo la justicia de sus agravios. Era aquella la misma magna asamblea de la Plaza Mayor en aquel día pluvioso del 25 de Mayo. Aquella pequeña corporación resguardada,

por sus paraguas, del chubasco, no ha muerto, ha sido inmortal como la nacionalidad que fundara y como la historia que inaugurase. Ha crecido por selección y por sedimentación. A través de un siglo, ha tomado de cada época su rasgo más selecto, y ha incorporado su grupo más preclaro. La leyenda y la historia le han trabajado de consuno. Por eso aquella multitud, desbordada, era todo nuestro pasado y en su gesto, y en sus ademanes y en sus ímpetus y en sus latidos, estaban presentes nuestras viajes asambleas, nuestros granaderos, nuestras banderas, las cabezas más próceres, los corazones más argentinos, los ojos más avizores, las conciencias más rectas, las espaldas más férreas, los brazos más robustos. Condensación de todo, aquella multitud, conducía su propio destino, y como una cuádriga magnífica tras de ella marchaba la república, como Apolo, siendo la luz y hacia la luz...

ADVERTENCIAS

En salvaguarda de mis editores y de mi propio respeto, creo necesario consignar que este libro ha sido escrito e impreso en pocos días.

A esta precaridad de tiempo y al anhelo de que el libro se editara antes de celebrarse la Convención Nacional, se deben algunos inevitables errores, como asimismo de que no haya podido escribir los dos últimos capítulos, uno de ellos sobre La Justicia y el otro sobre el Fomento de los Territorios Nacionales.

El capítulo Post - Facto no aparece en las primeras ediciones.

EL AUTOR.

ÍNDICE

	Págs.
A mi madre	3
A la juventud	7
El 90	17
Después del Parque	41
Durante la presidencia de Pellegrini	51
El 93 y el 4 de Febrero	69
La Presidencia	101
La Revolución	119
La Intransigencia	137
La abstención	167
La Reparación	193
La ley electoral	217
El cuarto poder	235
Ni conflictos religiosos ni conflictos étnicos	245
Laocoonte	253
La diestra de Júpiter	267
La educación	285
El cabotaje	301
Los peregrinos	315
El Hombre	333
El Presidente	339
Post facto	341
Advertencias	368

LIBRARY
MAY
24
19
UNIVERSITY OF TORONTO

BINDING SECT. FEB 11 1982

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

F
2848
T75
O94

Oyhanarte, Horacio B.
"El Hombre"

67

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 21 25 12 012 5